
COLECCIÓN
DE LA FAMILIA
VALENTI
me encanta odiarte
UN OSCURO ROMANCE MAFIOSO DE ENEMIGOS A AMANTES
KELSIE CALLOWAY

ME ENCANTA ODIARTE: LA SERIE COMPLETA

UN OSCURO ROMANCE MAFIOSO DE ENEMIGOS A AMANTES

KELSIE CALLOWAY'S COLECCIONES

LIBRO TRES

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



ÍNDICE

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

Captor Posesivo
1. Raniero
2. Calliope
3. Raniero
4. Calliope
5. Raniero
6. Calliope
7. Raniero
8. Calliope
9. Raniero
10. Calliope
11. Raniero
12. Calliope
13. Raniero
14. Calliope
15. Raniero
16. Calliope
17. Raniero
18. Calliope
19. Raniero

Deseos Desviados
20. Prólogo
21. Mateo
22. Bambi
23. Mateo
24. Bambi
25. Mateo
26. Bambi
27. Mateo
28. Bambi
29. Mateo
30. Bambi
31. Mateo
32. Bambi
33. Mateo
34. Bambi
35. Mateo

Sucio Pecador
36. Luca
37. Sloane
38. Luca
39. Sloane

40. Luca
41. Sloane
42. Luca
43. Sloane
44. Luca
45. Luca
46. Sloane
47. Luca
48. Sloane
49. Luca
50. Sloane
51. Luca
52. Sloane
53. Sloane
54. Epílogo

Príncipe Salvaje

55. Stefano
56. Nicolette
57. Stefano
58. Nicolette
59. Stefano
60. Nicolette
61. Stefano
62. Nicolette
63. Stefano
64. Nicolette
65. Nicolette
66. Stefano
67. Stefano
68. Nicolette
69. Epílogo

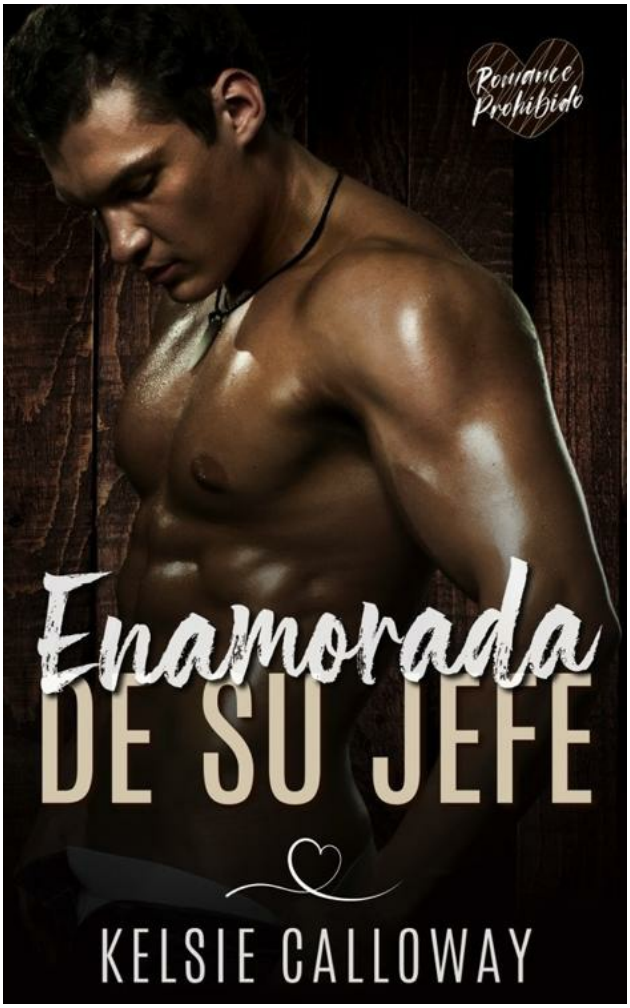
Secretos Sucios

70. Prólogo
71. Francesca
72. Cesare
73. Francesca
74. Cesare
75. Francesca
76. Cesare
77. Francesca
78. Francesca
79. Cesare
80. Francesca
81. Cesare
82. Francesca
83. Cesare
84. Cesare
85. Francesca

Epílogo

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!
También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

CAPTOR POSESIVO

RANIERO

Toda historia necesita un héroe y un villano. En esta historia, yo soy ambos.

El agente que me grita tiene un trozo de espinaca entre los dientes. O quizás sea lechuga. Llevo quince minutos mirando la misma verdura verde encajada entre su canino y un incisivo torcido y todavía no sé lo que es. Su aliento es extrañamente afrutado, como si hubiera echado una vinagreta de fresa en la ensalada que se le está pegando a los blancos perlados.

"¿Me oyes? Se inclina hacia mí y percibo un aroma a frutos secos que acompaña al escupitajo que me lanza a la mejilla. "¿Me estás escuchando, Valenti?".

Me llevo el dedo a la boca e indico hacia los dientes que he estado mirando durante los últimos minutos. "Tienes algo ahí". Chasqueo la lengua. "¿Tienes hilo dental o algo? Me molesta. Puedo traérselo si quiere".

El agente se echa hacia atrás como si le hubieran escaldado con agua caliente. Sus mejillas se tiñen de rojo fuego y se le sale la vena de la frente. "Que te jodan, Valenti".

"Pensé que debía decírtelo. Es vergonzoso tener comida entre los dientes. No puedo creer que tus amiguitos oficiales de ahí fuera no te lo dijeran". Mientras sacudo la cabeza, chasqueo la lengua en señal de decepción. "Deberías buscarte nuevos amigos, oficial Goodwin. Unos que te digan cuando pareces un imbécil".

Ahí debe ser donde se cruza la línea invisible entre ser un buen tipo y ser un imbécil. El agente Goodwin apoya las manos en la mesa metálica que nos separa y empieza a insultarme.

Entre una diatriba sobre gente como yo y pedazos de mierda como yo, chasqueo los dedos en señal de reconocimiento. "¡La ensalada de pecanberry!" Anuncio en voz alta, cortándole el paso. "Eso es lo que comiste. Es muy buena. Cuando estoy en plan saludable y quiero algo un poco más dulce, eso es siempre lo que pido en..." "Cierra la puta boca, Valenti. Jesucristo", jura. "Estás aquí para ser interrogado por un asesinato, no para convertirte en mi dentista personal".

Extiendo la mano e inspecciono mis uñas. Hace tiempo que no me las corto ni las pulo, así que parecen un poco largas. Debería cortármelas pronto antes de cometer el delito del que se me acusa y de que accidentalmente quede ADN atrapado bajo ellas. "Te lo dije una vez y te lo diré de nuevo, estaba en una recaudación de fondos de la escuela cuando este presunto asesinato tuvo

lugar. Puede llamar a la escuela primaria Bluemont y preguntarles. Tres de los hijos de mi primo van allí y...".

El oficial Goodwin me interrumpe de nuevo. Sé que se lo hice una vez, pero ahora sólo está siendo grosero. "No me importa cuántos de tus llorones primitos vayan a Bluemont. Tú lo hiciste, Raniero. Sabemos que lo hiciste. Te tenemos grabado golpeando a la víctima en la cabeza con un bate de béisbol".

Dejo de examinarme las uñas y miro al agente a los ojos. "Edward, tú y yo sabemos que no fui yo".

Se pone nervioso cuando lo llamo por su nombre de pila. "Es el agente..." "-Goodwin", termino por él poniendo los ojos en blanco. "Ambos sabemos que si fuera a deshacerme de alguien, no usaría un bate de béisbol. Para empezar, salpicaría demasiada sangre y yo no soy de los que limpian la escena. Le daría unos buenos lametones en la cara y luego le golpearía la cabeza contra el hormigón hasta que dejara de respirar".

Edward Goodwin parece a punto de saltar de emoción; probablemente piensa que estoy admitiendo un asesinato que yo cometí. Pero a la gente que cuido no la encuentra la policía. "Si fuera a asesinar a alguien, claro", le digo al final. "No soy más que un humilde hombre de negocios, oficial. Como la escuela primaria Bluemont podría apoyar considerando que se me emitió un recibo de impuestos sobre mi donación considerable a la escuela. Les di mi EIN federal y todo".

Si me trajeran aquí por un crimen que realmente hubiera cometido, tendría a mi abogado a mi lado. Pero la víctima en cuestión es alguien con quien nunca he tenido relación. Los papeles de la carpeta que hay sobre la mesa contienen pruebas falsas de nuestros muchos encuentros, pero no he visto a la fallecida en mi vida. Me están tendiendo una trampa. El problema es que no sé por qué.

Antes de que el agente Goodwin pueda volver a perder la calma, se abre la puerta de la sala de interrogatorios y aparece el jefe de policía. He tenido varios encuentros con Grant Jackson a lo largo de los años y tengo que admitir que está en la mejor forma de su vida. Cuando nos conocimos hace quince años, cuando empezaba su carrera, engordó como nunca lo había visto. Debe tener una nueva mujer en su vida si está perdiendo kilos y diciendo no a los donuts.

"Yo terminaré esto", dice Grant con un movimiento de cabeza en dirección a Edward.

El policía me mira como si tuviera algo más que decir. Cuando le dirijo una sonrisa estúpida y despreocupada, casi parece que vaya a saltar por encima de esta mesa metálica y estrangularme. Pero el jefe de Edward nos observa a los dos y se conforma con señalarme con un dedo acusador y decir: "Un día vas a meter la pata, Valenti, y te vamos a dar por culo de una vez por todas".

Le digo adiós con la mano mientras sale de la habitación. Pobre hombre. Lleva aquí una década y ha malgastado sus mejores años poniendo multas de tráfico y atrapando a conductores borrachos. "Jefe Jackson", sonrío cuando cierra la puerta tras su compañero. "Me alegro de volver a verle. Espero que esté aquí para sacarme de la cárcel. Tú y yo sabemos que yo no he hecho esto".

Grant se acerca en silencio a la mesa y mete la mano por debajo de la esquina inferior derecha.

Oigo un chasquido casi imperceptible cuando acciona un interruptor. "Esto es extraoficial", dice mientras toma asiento frente a mí.

"¿Ah, sí?" Me inclino hacia delante emocionada. "¿Me vas a pedir que me infiltre en una banda? ¿Que cometa algunos delitos para vigilar si tus chicos hacen su trabajo? Porque mientras limpies mi expediente, estaré encantada de ayudarte".

Junta los dedos delante de la cara mientras me mira fijamente. "Todo lo que tenías que hacer era cargar con la culpa de esto. Te habríamos enviado río arriba, habrías cumplido la condena y habríamos dejado en paz a la familia del crimen Valenti".

Un ceño fingido aparece en mi cara. ¿"Río arriba"? Ni siquiera hay un río cerca, jefe. Creo que está mezclando metáforas".

Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios mientras sacude la cabeza con frustración. "Nunca puedes mantener la boca cerrada, ¿verdad?".

Chasqueo la lengua y me alejo de él, con la espalda en contacto con la incómoda silla de metal en la que llevo sentada más de una hora. "Me temo que no. Pero creo que si lo hiciera, me echarían la culpa de mucho más de lo que soy capaz".

Grant resopla y pone los ojos en blanco. Debo admitir que, para tener casi cincuenta años, domina muy bien el lenguaje corporal y las expresiones faciales. No revela nada que no quiera que yo sepa. "Sé de lo que eres capaz, Raniero, créeme. Que no hayas matado a este tipo no significa que alguien de tu pequeña familia no sea responsable".

Si uno de mis chicos mató a golpes a alguien en un callejón bien iluminado y fotografiado, es un estúpido y merece pasar el resto de su vida entre rejas. "Tenga cuidado con sus acusaciones, Jefe. Los Valenti apoyan mucho a esta ciudad. Siempre hemos donado al fondo de la policía, incluso cuando sus chicos hacen estupideces como acusarme de un asesinato para el que claramente tengo coartada". Mi tono bromista se vuelve de repente más serio. Es la primera vez desde que me detuvo en la calle un puto policía de tráfico que me he cansado de jugar. "La próxima vez que uno de sus agentes me detenga para interrogarme por un delito con el que no tengo nada que ver, traeré a mi abogado para que prepare los papeles para demandar a este departamento. ¿Está claro?"

Veo cómo su gruesa y repugnante lengua sale para mojarse el labio inferior. Me dan ganas de cruzar la mesa y arrancársela de la boca. Estaría mejor si no pudiera hablar.

"Deberías haber asumido la culpa, Raniero. Porque ahora voy a investigar a todos los italianos de la ciudad y si tengo que meter a gente en la cárcel por multas de aparcamiento impagadas o por cruzar la calle imprudentemente, lo haré". Grant se levanta y apoya su peso en la mesa. "Acabaré con la familia Valenti uno por uno si es necesario. En algún momento, alguien se derrumbará bajo la presión del interrogatorio. Entonces es cuando te derribaré a ti. Aunque sea lo último que haga, veré tu culo entre rejas".

Si mi abogado estuviera aquí, me aconsejaría que mantuviera la boca cerrada y esperara a que me soltaran. Pero mi abogado está en Boca Ratón y lo único que me impide romperle el cuello a este insolente jefe de policía es el hecho de que estoy en su territorio.

Igualo su lenguaje corporal y me pongo en pie, inclinándome hacia delante hasta que nuestros

rostros quedan a escasos centímetros. "Haz lo que tengas que hacer, Grant, pero recuerda que tus actos tienen consecuencias. Si quieres amenazar a mi familia, será mejor que protejas a la tuya. Porque voy a por todos tus parientes".

"Hieres a mi familia y te mataré a plena luz del día con una multitud mirando. Nadie me declarará culpable cuando les cuente lo que hiciste". Grant apagó la grabadora de la habitación cuando llegó porque sabía lo que iba a pasar. Sabía que iba a entrar aquí, lanzar algunas amenazas y esperar que yo dijera o hiciera algo que pudiera hacer que me arrestaran.

Pero nunca he sido fácil de capturar o matar y no voy a empezar hoy. "¿Quién ha dicho nada de hacerles daño?"

Ya se está formulando un plan. Tendré que investigar para averiguar dónde están su mujer y sus hijos. Si tengo que recorrer medio país para encontrarlos en sus dormitorios universitarios, lo haré. Nadie amenaza a la familia Valenti bajo mi vigilancia.

CALLIOPE

En segundo curso, cuando el profesor nos preguntó qué queríamos ser de mayores, no dije que agente inmobiliario. Nadie lo dijo. Pero ahora que somos adultos, nuestras caras están por todas partes.

La mía decora media docena de jardines de Manhattan, todos con un precio de 250.000 dólares o menos. La comisión de la venta de cualquiera de esas casas me mantendría a flote durante un par de meses, pero mientras tanto, hago couchsurfing y vivo de la buena voluntad de mis amigos.

Pero hoy todo va a cambiar; puedo sentirlo. El aroma de los capullos de las flores está en el aire y mi nueva propiedad está en auge. Un domingo de puertas abiertas suele atraer a vecinos y curiosos, pero esta tarde hay unos cuantos interesados.

Y francamente, ¿quién no estaría interesado? Sharon Ray está vendiendo su bi-nivel dividido de cuatro dormitorios, tres baños casa por menos de valor de mercado. El atractivo exterior es prometedor como la casa reside en un barrio codiciado. Todos los electrodomésticos fueron reemplazados en el último año y la cocina tenía una renovación completa hace tres años. Todo en este lugar huele a dinero y privilegio, y vale al menos 50.000 dólares más.

Pero si la gente que curiosea en sus cajones y rebusca en sus armarios supiera que vende esta casa porque su marido se folló a la vecina de la nueva y reluciente isla de la cocina, quizá mostrarían un poco menos de entusiasmo. En lugar de toda la verdad, les digo a los posibles compradores que pasean por la casa que el vendedor está mejorando. No es mentira. Con un marido infiel y una vecina que no puede apartar las manos de la propiedad ajena, divorciarse y comprar una casa nueva es una mejora.

Cuando llegan las 2:00 pm, viene con una ráfaga de nuevos compradores potenciales. Todos son parejas, pero de muy distinta condición social. Un hombre me pregunta si puedo darle el número de mi cliente. Cuando se lo niego, resopla, coge a su novia y se marcha. Si quiere rebajar mi precio negociando directamente con el vendedor, se ha equivocado de chica.

La verdad es que me gusta ser agente inmobiliario. No es el trabajo de mis sueños, pero tiene sus ventajas. Hago mi propio horario y puedo venir tan temprano o tan tarde como quiera. Algunos fines de semana tengo que trabajar, pero nunca todo el día. Puedo pasar tiempo al aire libre y siempre conozco a gente nueva. Las comisiones tampoco están mal, cuando vendes una casa, claro.

"Señora", chasquea los dedos una mujer para llamar mi atención y me planteo ignorarla. No soy

un perro al que se pueda llamar y echar a voluntad. "Señora, ¿cuántas personas más han hecho una oferta por esta casa?".

No puedo decírselo. Tampoco puedo decirle cuáles son esas ofertas, aunque las hubiera. La casa acaba de salir al mercado hace treinta y seis horas; ¿espera que la gente ya haya hecho ofertas? No estamos en plena pandemia, cuando las casas se vendían en cuatro horas. "Me temo que no puedo compartir esa información". Pego una sonrisa en mi cara y miro fijamente el horrible broche en su pecho.

"Pero tienes ofertas", dice con sorna. "Eso es todo". Su tono es despectivo. Me dan ganas de cruzar el salón y quitarle la cara de suficiencia de un bofetón.

Aunque este trabajo tiene sus ventajas, también tiene sus inconvenientes. Como tratar con imbéciles que creen que tu trabajo es besarles el culo y conseguirles lo que quieran. Puede que trabaje a comisión, pero mi alma vale más que unos miles de dólares. No voy a ser maltratado para ganar un par de dólares. No estoy tan desesperado. Al menos, ya no.

A medida que pasan los minutos, los invitados se van filtrando poco a poco hasta que son las 2:45 y la última pareja se ha marchado. Podría cerrar la jornada de puertas abiertas antes de tiempo y tomarme esos quince minutos extra para mí, no vaya a ser que alguien se entere. Pero justo cuando estoy pensando en cerrar todas las puertas y marcharme, un coche se detiene delante de la propiedad. Un Tesla negro, por lo que parece.

Rebusco entre los papeles del mostrador que destacan los detalles de la casa mientras espero a que entre el posible comprador. Me sorprende ver salir del coche a un hombre solo, pero quizá su mujer se reúna con él en unos minutos o quizá esté trabajando. No obstante, esbozo una sonrisa cuando entra por la puerta.

"¿Llego demasiado tarde?" pregunta al cruzar el umbral. Recorre el salón con la mirada hasta que me ve en la cocina. "Puedo concertar una cita si te resulta más fácil".

Salgo de detrás de la isla y le hago un gesto desdeñoso con la mano. Parece bastante simpático, con una sonrisa fácil y un lenguaje corporal desenvuelto. "No, pase", le hago pasar. "Mucha gente ha venido antes o después de la iglesia, así que tienes suerte de haber llegado tan tarde. Hay mucha menos gente aquí que hace una hora".

El hombre da un suspiro de alivio y cierra suavemente la puerta tras de sí. "Estupendo. Gracias. Mi mujer me dijo que me pasara antes, pero perdí la noción del tiempo. No me habría perdonado si no hubiera visto este sitio en persona".

Aunque sus mechones de sal y pimienta me hacen pensar que tiene unos cuarenta años, por un momento, después de que entrara por la puerta, pensé que era atractivo. Eso se detiene en seco cuando menciona a su mujer, aunque debo admitir que no veo un anillo en su dedo. "Eres bienvenida a dar una vuelta y echar un vistazo. Si tienes alguna pregunta, dímelo. Es una casa generosa de cuatro dormitorios y tres baños, con espacio de sobra para una familia. ¿Tienes hijos?".

Echa un vistazo a la sala de estar y la cocina, que están perfectamente integradas. Noto la afilada línea de su mandíbula bajo la barba recién recortada. "No, aún no tengo hijos. Pero está en proyecto", murmura mientras se acerca a la isla de la cocina y pasa los dedos por la encimera de

mármol. "¿Podrías darme una vuelta? Cuando levanta la vista para mirarme a los ojos, percibo una pizca de vergüenza en su mirada. "No quiero perderme nada importante. Cuando mi mujer me pregunte qué he visto, quiero poder repetirle tus respuestas".

No tengo otra cosa que hacer. La alternativa es esperar en la cocina a que termine de revisar el piso de abajo. "Me alegro de poder ayudarte. Soy Calíope, por cierto".

Empuja una mano en mi dirección mientras luce una sonrisa encantadora que casi me deja sin aliento. "Raniero", se presenta. "Calíope es un nombre muy bonito".

Le estrecho la mano y le hago un gesto para que me siga al dormitorio principal, situado en el pasillo de la cocina. "A mi madre le gustaban los nombres griegos. Tengo dos hermanos gemelos llamados Ares y Apolo". Al principio, ella quería llamarme Atenea, pero mi padre lo vetó.

"Wow, esto es enorme", Raniero cambia de tema cuando entramos en el dormitorio principal.

"Tiene 350 pies cuadrados de espacio habitable, dos vestidores y un baño en suite. De hecho", empiezo a caminar hacia el cuarto de baño, "los propietarios instalaron una hermosa bañera de hidromasaje hace unos años con chorros incorporados. A su mujer le encantará llegar a casa después de un largo día y relajarse en su spa personal".

Siento la presencia de Raniero en el baño antes de darme la vuelta y verle. Dirijo su mirada hacia la enorme bañera que los actuales propietarios mantienen inmaculadamente limpia. "Y, como puedes ver, la ducha también tiene un buen tamaño". El baño principal convencería a cualquiera. Viene con dos lavabos, un montón de espacio de almacenamiento bajo el mostrador, y un armario cerrado de agua que alberga el inodoro. "Creo que los propietarios renovaron el baño poco a poco durante la última década, pero como se puede ver, cuidaron muy bien el espacio".

Raniero lo toca todo, incluso las toallas con monogramas que cuelgan junto a la ducha. Sus ojos aprecian el valor de cada adición hecha por los propietarios y asiente con la cabeza en agradecimiento a su gusto. "Esto es el paraíso. ¿Quién querría irse?".

Una vez más me guardo para mí los trapos sucios de Sharon Ray. "Están buscando una mejora", le digo rápidamente.

Me lleva de vuelta al dormitorio y se dirige al armario. Lo he visto por dentro media docena de veces. Es más grande que el cuarto de baño de mi anterior piso y está forrado de estanterías blancas impolutas y barandillas de madera rubia. Hay más invertido en la ropa del armario de Sharon de lo que nadie ha invertido nunca en mí.

"¿Qué es esto?" pregunta Raniero desde dentro del armario.

Sospecho que se refiere a la abertura cuadrada de la esquina trasera. Si lo empujas hacia arriba, tendrás acceso al desván. Estoy a punto de decírselo cuando entro en el armario y veo que me apunta con una pistola.

"No grites, Calíope", dice inmediatamente. Ha desaparecido el tono genial con el que hablaba al llegar. En su lugar hay una inflexión amenazadora que no deja lugar a discusiones.

"No tengo dinero", le digo mientras levanto las manos a los lados de la cabeza. Siento que el corazón se me va a salir del pecho.

Raniero da un paso adelante y yo hago lo contrario. "No te muevas", me dice. Luego vuelve a acercarse a mí y me pasa la mano por la mejilla. "Eres una chica preciosa, Calíope. Me sorprende que no lleves protección a las puertas abiertas".

Tengo una pistola eléctrica en el coche y un spray de pimienta en el llavero. Por desgracia, mis llaves están en la encimera de la cocina y mi coche en la entrada; ninguno de los dos está lo bastante cerca como para que pueda usarlos. "Los dueños no tardarán en llegar". No puedo apartar los ojos de la pistola que tiene en la cadera apuntándome al estómago.

"¿En serio? Creía que Sharon estaba en las Bermudas de vacaciones mientras vendías su casa". ¿Cómo sabe su nombre? Quiero decir, estoy segura de que es de dominio público, pero nadie busca al propietario de la casa en la que está potencialmente interesado. "Y si no recuerdo mal, Christopher ya ni siquiera vive aquí. Le echaron, ¿no?".

Aparto los ojos de la pistola el tiempo suficiente para encontrarme con la mirada de Raniero. "¿Cómo sabes todo esto?"

Se encoge de hombros, dejando una arruga en la camisa negra que lleva. "Cuando eres amigo de los dueños de la casa, sabes muchas cosas que el público en general no sabe".

Oh, Dios. Es uno de sus vecinos, quizás incluso el marido de la mujer que fue pillada engañando por Sharon. "Escuche, sólo hago mi trabajo", le explico, "no sé nada de la vida personal de los propietarios ni..." "Ahórreselo", me corta Raniero mientras deja caer su mano de mi cara. "No me importan Sharon ni Christopher más de lo que me importan las treinta y dos putas personas que han visitado la casa esta mañana. Lo único que me importa eres tú".

Me sudan las palmas de las manos y juraría que la humedad entre mis pechos proviene del miedo. "¿Qué quieres? pregunto, decidida a darle lo que me pida.

Raniero me agarra de la muñeca y me da la vuelta. De espaldas a él, casi me meo encima cuando siento la punta de la pistola presionando mi columna vertebral. "Quiero que camines hasta mi coche y entres sin gritar ni armar jaleo. Si creo que estás intentando llamar la atención de alguien o si te pillo gritando pidiendo ayuda, te enterraré una bala en la espalda y me aseguraré de que no vuelvas a caminar".

Me quedo congelada de miedo hasta que empuja la pistola hacia delante, obligándome a dar un paso.

"¿Me entiendes, Calliope Jackson?". Sabe quién soy. Mi nombre está en el cartel de fuera, pero no creo que sea una coincidencia.

"¿Qué quiere de mí?" vuelvo a preguntar mientras doy un paso tentativo tras otro.

Está sobre mí como una segunda piel. La mano que me agarró de la muñeca y me hizo girar ahora descansa sobre mi cadera. "Venganza".

RANIERO

He tardado tres meses en poner todo en su sitio, empezando por averiguar quién era el miembro más vulnerable de la familia de Grant Jackson.

Resulta que tuvo una esposa hace un par de décadas, pero ella le abandonó a él y a su familia para huir de sus abusos. Leí los informes y resulta que Grant formaba parte del 40% de los agentes que ejercen la violencia doméstica. Cuando su mujer huyó de casa, él intentó llevarla a los tribunales para exigir su regreso o alguna pensión alimenticia, pero ella desapareció del mapa. Un día huía para salvar su vida, y al día siguiente desaparecía en el aire como si nunca hubiera existido.

Grant tiene un par de gemelos, de 29 años, que dejaron Manhattan, Kansas, por La Gran Manzana. Se fueron al Manhattan real y se ganan la vida en las finanzas. Ares está casado y tiene tres hijos y Apollo tiene uno en camino. Podría haber ido a por los dos, pero tengo como prioridad no hacer daño a los niños.

Me conformé con su hija, una chica de 25 años con la que no tiene contacto. Según los registros policiales sellados, tuvo una juerga criminal infernal en su juventud. Hizo destrozos en edificios, se quedó fuera después del toque de queda, anduvo con algunas bandas, atracó una gasolinera y mucho más. Supongo que como su padre era el jefe de policía, consiguió que se retiraran o rebajaran muchos de esos cargos para que su nombre no apareciera en los periódicos.

El rastro de Calliope se perdió tras su graduación en el instituto, pero Manhattan es una ciudad pequeña. Si preguntas lo suficiente, puedes averiguar cualquier cosa sobre cualquiera. Incluida información sobre la chica que se escapó de casa a los diecisiete años y pasó los últimos ocho viviendo en la pobreza o justo por encima de ella.

Puede que no tenga ninguna comunicación con su padre, pero apuesto a que es porque hizo con ella la misma mierda que hizo con su ex mujer. Su madre se fue cuando ella tenía cinco años y eso ciertamente jode a una persona. Pero ser golpeada y abusada verbalmente ciertamente deja sus marcas. Es imposible que Calliope Jackson, campeona del concurso de deletreo de su clase de sexto curso, llegara al instituto y de repente empezara a juntarse con pandilleros para divertirse. Algo cambió durante el verano, porque no fue hasta el otoño cuando sus antecedentes penales empezaron a acumular incidentes.

Durante el último año, ha estado trabajando para obtener su licencia inmobiliaria. Calliope tenía una amiga en el negocio que estaba dispuesta a adelantarle el dinero de las clases y los exámenes si le pagaba con sus futuras comisiones. Encontré a la amiga hace unas semanas y pagué la deuda

de Calliope. Apenas había entrado en el negocio, pero quería que empezara de cero. Por no mencionar que cuanta menos gente viniera a buscarla, mejor.

Ponerla en el lugar adecuado en el momento adecuado se convirtió en algo crucial. Tenía que instalarla en un barrio tranquilo, donde nadie mirara a través de las cortinas y me encontrara llevándomela. Fue entonces cuando el nombre de Christopher Ray se cruzó en mi camino.

Christopher Ray era un abogado de alto perfil en Manhattan que se ocupaba de la planificación y administración de herencias. Hacía dos años había jodido a uno de mis amigos con su herencia debido a una laguna legal. Mientras me aseguraba de que mi amiga recibiera una compensación económica por su pérdida, guardé el nombre de Christopher en un libro. Un día lo haría caer.

Ya sabes lo que dicen de "dos pájaros de un tiro". Mi "entrada" era la familia Ray. Bastaron unas charlas con la vecina para convencerla de que coqueteara con Chris. Ella dijo que ya coqueteaban sobre el trabajo de jardinería de todos modos. Vi desde el final de la calle cómo la empalaba en la isla de la cocina, justo delante de la ventana del salón. Quizá si no hubiera estado oscuro fuera y él no hubiera encendido todas las luces, no habría podido ver cómo se la follaba como una perra en celo.

La pièce de résistance fue que Sharon llegó a casa temprano y los descubrió. Cuando encontró a la vecina con las tetas apretadas contra sus encimeras de mármol, se volvió loca. Era casi gracioso ver cómo los platos volaban y se hacían añicos al chocar contra la pared. Apuesto a que el interior de ese lugar estuvo cubierto de vidrio y cerámica durante semanas.

Pero Sharon fue conducida fácilmente a Foundation Realty. Su anuncio cayó en manos de Calliope y, por tanto, la jornada de puertas abiertas cayó en las mías. Tres meses de planificación para estar en el lugar adecuado en el momento adecuado.

"Esta es tu habitación". Vuelvo a meter la pistola en la funda de la cintura. "La puerta se cierra desde fuera. Con el tiempo, se le permitirá vagar por la casa por su cuenta, pero no ahora. Hay riesgo de fuga".

Calliope estuvo callada todo el camino hasta aquí. Estoy seguro de que estaba tratando de encontrar una manera de salir del coche. Yo esperaba que intentara abrir la puerta y rodar en un semáforo, pero nunca lo hizo. "¿Qué estoy haciendo aquí?"

Dios, hace la misma pregunta una y otra vez como un disco rayado. Es como si no pudiera funcionar sin una respuesta. "Te lo dije." Doy la vuelta a la habitación y empiezo a encender las luces para enseñarle dónde están el armario y el baño.

"Venganza", responde de forma aburrida. "Pero no sé qué significa eso".

Díselo, insiste la vocecita de mi cabeza. Debe de ser el ángel que se sienta en tu hombro y te dice lo que está bien y lo que está mal. "Eres la hija de Grant Jackson, ¿verdad?".

Calíope se acerca a la ventana y toma asiento en la alcoba acolchada. Observo cómo coge el dobladillo de su vestido y juega con él entre los dedos. "¿Eres una delincuente cabreada o algo así? Porque yo no hablo con mi padre. Si crees que vas a utilizarme para vengarte, te equivocas. Mi padre preferiría ver cómo me pudro a salvarme la vida".

"Creo que se equivoca. Entrará en razón cuando sepa que fui yo quien te secuestró". Aunque la única razón por la que intente salvar a Calíope sea para enviarme a prisión, aparecerá por su hija.

Mi cautiva se inclina hacia delante para mirar los jardines que hay bajo su ventana. "Es una bonita casa", comenta en voz baja.

Teniendo en cuenta que ha estado durmiendo en el sofá de un amigo durante las últimas tres semanas, este es probablemente el lugar más agradable en el que se ha alojado desde que vivía con su padre. "Disfruta de las vistas, vas a estar mirándolas un buen rato".

Suspira antes de girar la cabeza para mirarme. Veo sus ojos esmeralda cuando me mira. Los mechones morenos que rodean su rostro hacen que su piel parezca de porcelana bajo esta luz. "¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? Me gustaría ajustar mis expectativas a las tuyas".

Calíope habla muy bien y debo admitir que esperaba más de ella. Pero probablemente sólo esté esperando su momento antes de planear su intento de fuga. Puede intentar marcharse todo lo que quiera; yo la encontraré y la traeré de vuelta aquí siempre. "Vas a estar aquí el resto de tu vida".

Su ceño se frunce de confusión. "Creía que estabas esperando a que mi padre volviera en sí".

Una sonrisa se dibuja en mis labios y me cuesta no revelarle todo mi plan aquí y ahora. "Sí, que recapacite para ser mi suegro y el abuelo de nuestros hijos".

Se pone pálida y esos ojos esmeralda prácticamente doblan su tamaño. Le da un aspecto infantil cuando su nariz empieza a enrojecer. Calíope abre la boca para decir algo, pero le cuesta encontrar las palabras adecuadas. Como un pez que boquea, su mandíbula se mueve de arriba abajo.

"Deberías ponerte cómoda. En el cuarto de baño tienes provisiones de sobra, así como la ropa que mi diseñadora personal ha elegido para ti. Creo que tiene la talla adecuada, pero si no es así, házmelo saber y podremos reemplazar cualquier cosa". Unas cuantas prendas robadas de la casa mal cerrada de su amiga fueron todo lo que necesité para conseguir sus medidas. "Hay una mini nevera en el armario junto con una estantería llena de aperitivos. Tendrás comida y bebida a tu disposición en todo momento, pero cenarás conmigo todas las comidas".

Tardé tres meses en conseguirlo. Tres meses para equipar esta habitación con la ropa, la comida y los suministros adecuados que Calliope necesitaría. Tres meses para asegurarme de que todas las armas que pudiera crear fueran retiradas. Tres meses para tener todo en su lugar.

Le dije a Grant que protegiera a su familia y no me escuchó. Ahora su hija es mi cautiva y pronto será mi esposa.

Tal vez escuche ahora.

CALLIOPE

Siempre puede ser peor.

Hace tres años tuve que agacharme bajo un paso elevado y esperar a que dejaran de sonar las sirenas del tornado. El viento azotaba como un loco lanzándome tierra y piedras a la cara y yo estaba allí con media docena de hombres y mujeres. Los meteorólogos dijeron que las ráfagas de viento alcanzaban los ochenta kilómetros por hora. Pero, por suerte, la amenaza de tornado pasó. Dijeron que nunca llegó a tocar tierra, pero acurrucado en un pequeño ovillo bajo aquel paso elevado, siento discrepar.

Mientras volvía a mi tienda en el campamento de los sin techo, a las afueras de Manhattan, vi cubos de basura desvencijados, revestimientos arrancados de las casas y todo tipo de muebles de jardín esparcidos por las calles. Por no hablar de las ramas de los árboles que ensuciaban casi cada centímetro de los barrios por los que caminaba. Era un desastre.

El campamento de los sin techo apenas sobrevivió. La mayoría de nuestras tiendas y objetos habían salido volando por el campo que se extendía al este de nuestro emplazamiento, pero no había desaparecido nada importante. Recogí los objetos que pude encontrar y acabé robando la tienda de otra persona cuando no pude encontrar la mía, pero nadie se me acercó para contármelo.

No fue la única vez que me quedé sin hogar, sino la peor. Me echaron del sofá de un amigo después de que una noche volviera borracho de los bares e intentara meterse debajo de mis mantas. Cuando le dije que entre nosotros no era así, me dijo que me fuera. A las tres de la mañana, recogí las pocas cosas que tenía y salí a la calle. Por suerte, era verano.

Pasé tres meses viviendo en aquel campamento para indigentes antes de encontrar un trabajo que me pagara lo suficiente para conseguir un apartamento. Sólo era de camarera en el Texas Roadhouse, pero estaban tan ocupados que reuní suficientes propinas para conseguirme un sitio en la parte más degradada de la ciudad. Pero era mejor que dormir en el suelo.

La vida no ha sido fácil. He pasado por periodos de riqueza y periodos de pobreza, ninguno de los cuales elegiría volver a vivir.

Cuando más cómodo me sentía, tenía doce años y vivía en casa con mi padre. Mi madre había desaparecido unos años antes, pero seguimos adelante. Salimos adelante, como diría papá. Pero ese año empecé a florecer. Mi cuerpo se rellenó y mi cara parecía más madura que regordeta. Un día mi padre llegó a casa del trabajo, me echó un vistazo y me pasó el dorso de la mano por la mandíbula. A partir de ahí, todo fue cuesta abajo.

En mi punto más bajo, dormía con un ladrillo en el parque rezando para que nadie me encontrara. Si me encontraba la policía, me detendrían, y entonces tendría que lidiar con las burlas de mi padre. El ladrillo era para protegerme de ladrones y violadores, que había a montones según la hora del día. Por suerte, a partir de ahí todo era cuesta arriba, sólo que entonces no lo sabía.

Hace un año, una amiga del instituto, Cynthia, me encontró trabajando en la recepción de un hotel local. Estaba allí para una conferencia de trabajo cuando se paró a charlar un rato conmigo. Me contó que dejó el instituto sin saber muy bien qué quería hacer con su vida. Sus padres eran ricos y la ayudaron a salir adelante mientras lo averiguaba, pero al final se decidió por el sector inmobiliario. Ahora tenía marido y ganaba 60.000 dólares al año vendiendo casas ajenas. Cynthia afirmaba que no era la riqueza de la que provenía, pero era suficiente para ella.

No podía imaginar lo que sería ganar 60.000 dólares al año. Podría permitirme un apartamento que no conllevara la amenaza de robo cada vez que me fuera. Podría comprar comida todas las semanas en lugar de intentar racionar las espinacas que había comprado en Aldi hacía doce días y que parecían un poco cojas. Incluso podría permitirme mantener la calefacción por encima de 60 en invierno. Si pudiera ganar 60.000 dólares al año, viviría a lo grande.

Llamé a Cynthia al día siguiente durante mi descanso. No le conté todo lo que me había pasado desde el instituto, pero le di suficientes detalles para que pudiera hacerse su propia idea. No era rico ni necesitaba serlo, sólo quería ganar lo suficiente para sobrevivir.

Cynthia se lo pensó unos días antes de volver al hotel. Se ofreció a pagarme las clases que necesitaría para obtener mi licencia inmobiliaria. Decía que era porque éramos muy buenas amigas en el instituto y no podía soportar verme fracasar en la vida. Yo era lo suficientemente pobre como para aceptar su oferta.

La vida no cambió mágicamente cuando me convertí en agente inmobiliario. No tuve de repente todo el dinero del que presumía Cynthia. Tuve que esperar seis semanas antes de vender mi primera casa y otros dos meses antes de cobrar la comisión. Seguía trabajando a media jornada en el hotel para pagar las facturas, porque nadie me dijo que ser agente inmobiliario pudiera hacerte rico o arruinarte.

Pero cuando recibí mi primera comisión, un 3% por una casa de 225.000 dólares, tenía dinero suficiente para cuidarme durante los tres meses siguientes. No podía comprar comida de marca en Kroger, pero podía llenar mi carrito y no sentirme mal por haber derrochado en una caja extra de barritas de cereales.

Creo que con un par de años más, podría haber llegado a esa codiciada cifra de 60.000 dólares de la que hablaba Cynthia. Pero ahora nunca lo sabría.

Raniero me llevó más allá del lago. Vi Manhattan desaparecer por el retrovisor mientras me llevaba a su casa. Recordaba vagamente un artículo de prensa que decía que nunca dejaras que el secuestrador te llevara a un segundo lugar, pero eso ya lo había jodido. Iba a toda velocidad por carreteras secundarias y silbaba al ritmo de la canción de la radio. Pensé que cuando me llevara a donde me llevara, me violaría, me mataría y dejaría mi cuerpo para que se lo comieran los coyotes.

En lugar de eso, me llevó a una casa enorme por la que habría dado mi brazo derecho para venderla y cobrar la comisión. Debía tener al menos 5.000 pies cuadrados, si no más. La casa tenía vistas al lago por un lado y un amplio patio trasero que parecía extenderse kilómetros y kilómetros. Era el lugar más bonito en el que había estado nunca.

Cuando me llevó a la que sería mi habitación, casi me sentí como Cenicienta. Me había conquistado un príncipe azul de moral gris y estaba poniendo mi vida patas arriba. No quise pensar demasiado en ello porque entonces me di cuenta de que aún me había secuestrado y no tenía ni idea de cuáles eran sus planes para mí.

Hasta que me lo contó todo, claro. Bebés, matrimonio y cabrear a mi padre. Fue un gran shock para el sistema.

Pero, como me había dicho mil veces desde que dejé la casa paterna a los diecisiete, siempre podía ser peor.

Casarme con Raniero podría ser exactamente lo que necesito para dar un giro definitivo a mi vida. Es guapo, desde luego, aunque sea un poco mayor que yo. A pesar de la pistola que me clavó en la espalda en la jornada de puertas abiertas, fue muy amable conmigo.

Nunca quise tener hijos. No podía imaginar traer a nadie a este mundo cuando ya estaba haciendo un trabajo de mierda para sobrevivir. Pero el dinero que este hombre tiene tiene que contar para algo. Puede hacerse cargo económicamente de un niño. Incluso puede cuidar de mí.

Podría ser peor. Podría ser un pobre hombre teniéndome como rehén en una choza tratando de dejarme embarazada mientras vive de frijoles enlatados. En cambio, me tiene encerrada en un dormitorio con control de temperatura, sábanas bonitas y un armario lleno de ropa elegida a mano para mí.

Es el sueño de toda chica, pero el mío especialmente. Sufrí los abusos de mi padre durante cinco años. Seguro que puedo aguantar lo que Raniero me eche a cambio de una cama caliente y mucha comida en el estómago.

Seguramente...

RANIERO

Sampson trae a Calíope al comedor a las 19:00 en punto, como le pedí. Desempeña un papel integral como mi guardaespaldas. Cumple mis órdenes en diversas situaciones, pero su único papel en mi secuestro consiste en guiar a mi víctima por la casa y asegurarse de que no escape.

Hace una hora, una de las criadas informó a Calíope de que la cena tendría lugar en breve y debía prepararse. Con un armario lleno de ropa a su disposición, se decidió por una falda larga y una blusa holgada. Ninguna de las dos prendas acentúa las curvas que tiene debajo, algo que pude ver bien cuando se vistió de domingo para la jornada de puertas abiertas, pero no importa. Si quiere ponerse algo cómodo, no se lo impediré.

Calliope cruza el umbral y yo levanto la mano para detenerla. "Ponte de rodillas".

Frunce el ceño y se queda a seis metros de mí, al otro lado de la cocina. "¿Qué?

Mientras preparaba mi casa para la llegada de Calliope, se me ocurrió que podría intentar ganarse nuestra confianza para intentar escapar. Advertí a mi personal de que si la dejaban marchar, se armaría la gorda. Pero pensé largo y tendido en lo que tendría que hacer para disuadirla de su tendencia natural a huir.

"He dicho que te pongas a cuatro patas. Quiero que te arrastres hacia mí". Me conformé con tratarla como a un perro. Puede que me case con ella y que ponga a mi bebé Valenti dentro de ella, pero no necesita pensar que tiene algún control sobre mí. Aquí el que manda soy yo.

Calliope lucha con la orden durante unos segundos antes de caer de rodillas al otro lado de la cocina. Veo una expresión de dolor en su rostro mientras se apoya en las manos. Sus mejillas se sonrojan de vergüenza cuando se arrastra lentamente hacia mí. No llego a verle los ojos porque los tiene clavados en el suelo, avergonzada.

No debe de darse cuenta de lo guapa que está ahora. Su lenguaje corporal es completamente sumiso mientras se acerca a mí. Sólo podría ser más sexy si no llevara nada puesto y se viera obligada a arrastrarse lejos de mí. Me encantaría ver cómo se le retuerce el coño mientras se mueve de un lado a otro hasta su dormitorio.

Las rodillas de su falda deben de estar pintadas de tierra para cuando llega a mi lado. Levanta un poco la vista, vacilante, como si preguntara: ¿y ahora qué? Su inclinación natural a la sumisión me pone la polla dura. "Ya puedes sentarte", insisto. "Pero tendrás que mendigar las sobras".

Está tan roja que parece que va a implosionar. Tiene un color precioso en las mejillas y me

pregunto qué aspecto tendría en otras partes del cuerpo. Calíope aprieta la mandíbula y se reconcilia con la posición en la que se encuentra. "¿Puedo comer algo? pregunta al cabo de un momento.

Alargo la mano para acariciarle la cabeza y se la paso por la cara mientras se arrodilla a mi lado. "Debemos empezar por las verduras. Es una parte importante del cuerpo de una niña en crecimiento". Cojo el tenedor del lateral de mi plato y lo uso para pinchar un par de judías verdes, luego se lo acerco a los labios. "Sóplala", le digo con una sonrisa, "está caliente".

Sus labios forman una "O" perfecta y suave mientras se inclina hacia delante para soplar mi bocado de judías verdes. No se queja, simplemente sopla aire fresco sobre las verduras antes de abrir la boca y cerrarla alrededor de las púas.

Casi tengo que cambiar de sitio. Lo único que imagino es a ella haciendo el mismo movimiento alrededor de la punta de mi polla. Sus labios, perfectamente rosados, envuelven la cabeza de mi miembro mientras intenta tragarme como se traga esas judías verdes. Pierdo semen sólo de pensarlo.

Mientras ella mastica tranquilamente, llevo ambas manos a mi plato para cortar el filete. Después de unos trozos, me llevo uno a la boca para saciar mis propias necesidades. El sabor explota en mi lengua. "Delicioso", le digo a Calíope con un guiño. "Te va a encantar".

Y efectivamente, su enfado se funde en resplandor cuando su boca se cierra en torno al bocado de filete que le ofrezco. Conociendo su pasado, sé sin lugar a dudas que es la mejor comida que ha probado en su vida, aunque esté de rodillas.

Es un juego previo verla abrir y cerrar la boca alrededor de cada bocado que le ofrezco. La tensión de su mandíbula desaparece tras los primeros bocados y, cuando ya hemos compartido mi plato de comida, parece perfectamente satisfecha. Odio estropearlo, pero no tengo otra opción.

Cuando sólo quedan unos pocos bocados de puré de patatas y los restos del filete cubren mi plato, dejo el tenedor sobre la mesa. Lentamente, echo la silla hacia atrás y la inclino en diagonal para mirarla. En su mirada hay un atisbo de confusión, pero enseguida se convierte en miedo cuando me acerco y le agarro la cara.

Los huesos de su mandíbula se clavan en mi mano cuando aprieto los dedos alrededor de sus mejillas. La tranquila cena que acabamos de tener se sustituye por agresividad y ansiedad. "Hoy te has portado muy bien, cielo". Con la otra mano, acaricio su pelo. Los mechones morenos atrapan mis dedos entre las hebras, pero la agarro del pelo y tiro de ella hacia mí. "Pero si quieres un sitio en mi mesa, tendrás que ganártelo".

Los ojos de Calliope se abren de par en par. Me mira horrorizada y noto que su mandíbula empieza a moverse. Aflojo lo suficiente para que pueda hablar. "¿Cómo? Es su tímida respuesta. "¿Cómo me lo gano?".

Si hubiera encontrado una mujer tan obediente como Calíope, me habría casado con ella al instante. En lugar de eso, tuve que esperar. Han sido cuarenta y un largos años de salir, follar y dejar a mujeres que no estaban a la altura de mis exigencias. Todo este tiempo, sólo tenía que mirar un poco más de cerca el círculo en el que me movía. Si hubiera sabido hace siete años,

cuando Calliope cumplió dieciocho, que era exactamente la mujer que buscaba, habría vivido una vida más feliz.

"¿Todavía tienes hambre?" Tiene que tenerla; yo la tengo. Compartimos un plato para uno.

Después de un momento, Calíope asiente con la cabeza antes de seguir con un acuerdo verbal.

Le suelto la cara, pero mantengo la mano enroscada en su pelo. "Entonces come lo que quieras". Con la mano libre, me desabrocho el botón superior del pantalón.

Los ojos de Calíope observan cada uno de mis movimientos y juro que oigo cómo se le acelera el corazón al darse cuenta de lo que le estoy pidiendo. Tarda un momento, pero cuando vuelve a mirarme a los ojos, lo hace con un rastro de timidez en su mirada. "Empieza a tartamudear antes de respirar hondo. "Nunca lo había hecho", admite por fin.

Joder. Hacía mucho tiempo que no le reventaba la garganta a una mujer. En unos segundos, se estará ahogando con mi polla gruesa y dura. Mi futura esposa... una mamada virgen. Pero no por mucho tiempo.

Suelto mi agarre de su pelo y me siento en mi silla. Me desabrocho los pantalones y saco mi polla para ella. Sus ojos verdes se desvían hacia abajo mientras me masturbo. "Hoy vas a aprender a hacerlo", le digo. "Ahora métete a papá en la boca y chúpamela como una piruleta".

Sea lo que sea lo que está pensando, lo deja a un lado mientras se inclina hacia delante y envuelve mi polla con sus labios como hizo con mi tenedor. Disfruto de una película porno mientras ella hace realidad mis fantasías.

La parte posterior de su cabeza sube y baja sobre mi polla hasta que estoy a punto de estallar. Nunca me toca con los dientes, pero me pasa la lengua por la cabeza en el momento justo. Para ser una mujer que nunca ha follado a un hombre con la boca, sabe exactamente qué hacer para que me corra.

Le lleno la garganta de semen hasta que se separa de mí y veo que le chorrea por la barbilla. Dios, es una criatura preciosa. Lo que no haría por ver su coño manchado de crema y goteando así.

Calíope se lleva el dorso de la mano a la cara y se limpia con ella los restos de mi placer. Me levanto de la silla y me inclino para darle un beso en la coronilla. "Sampson te traerá un plato de comida. Siéntete libre de sentarte a la mesa y disfrutarla. Buenas noches, mi amor".

Necesito una ducha fría antes de arrancar a Calliope del suelo, tirarla sobre la mesa del comedor y follármela hasta dejarla sin sentido.

CALLIOPE

Ahora métete a papá en la boca y chúpame como una piruleta.

No sé si volveré a pasar otro día sin oír esas palabras resonar en mis pensamientos.

Me inclino tímidamente hacia delante y reemplazo la mano que tenía sobre su polla por la mía. La piel es suave, como el terciopelo que envuelve su entusiasmo duro como una roca. Algo dentro de mí chasquea y me arqueo hacia su miembro.

Me relamo los labios antes de estirarlos sobre su punta. Siento tensión en la mandíbula al abrirla tanto, pero aparto el dolor de mis pensamientos.

A medida que avanzo sobre su polla, tengo que esconder los dientes detrás de los labios para no rozar con ellos la sensible piel del tronco. Podría morderlo ahora mismo y dejarlo gritando de dolor mientras me alejo a toda prisa de su mansión. Pero apuesto a que me encontraría y haría algo peor que encerrarme en una bonita habitación y obligarme a arrastrarme de rodillas para conseguir mi cena.

No sé lo que estoy haciendo, pero Raniero emite sonidos como si lo disfrutara. Me recoge el pelo en un puño y me lo aparta de la cara para poder ver mejor su polla desapareciendo dentro de mi boca. Oigo una palabrota que sale de sus labios.

Siento la lengua inútil en la boca mientras me la meto todo lo que puedo. La punta de su polla desencadena mi reflejo nauseoso y me ahogo. Se me hace un nudo en la garganta y los bocados de la cena amenazan con reaparecer. Pero tan rápido como me ahogo a su alrededor, me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás.

Me detengo en la mitad superior de su polla unos instantes mientras intento recuperar el sentido. Le paso la lengua por debajo y oigo cómo empieza a alabar a María y a José. Creo que es una buena señal.

Cuando vuelvo a sentirme cómoda con él en la boca, subo y bajo sobre su miembro. Mis movimientos son poco profundos al principio, para no ahogarme de nuevo, pero Raniero me obliga a bajar más la cabeza hasta que vuelvo a sentir sus cosquillas en el fondo de la garganta.

"Joder", jura en voz alta, la palabra resuena en las paredes del comedor. Un segundo después, explota en mi boca. El sabor de su esperma salado me empapa la boca y no sé qué hacer. Quiero sentarme y dejar que termine en otra parte, pero su agarre de mi pelo lo hace imposible. En lugar de eso, trago tan rápido como puedo. No sabe a gourmet como el filete que me acababa de dar,

pero no está mal.

Raniero me suelta por fin el pelo y me cae sobre los hombros como una cortina. Me separo de él y el semen me gotea por la boca. Lo que no pude tragar lo bastante rápido ahora me gotea por la barbilla y subo la mano para limpiármelo subrepticiamente.

Cuando se levanta, se inclina y presiona la parte superior de mi cabeza con los labios. Es un gesto íntimo que me produce un escalofrío. "Sampson te traerá un plato de comida", dice Raniero al cabo de un momento, con un tono de voz muy serio. "Siéntete libre de sentarte a la mesa y disfrutarla. Buenas noches, mi amor". Luego sale de la habitación, las suelas de sus zapatos resuenan por el pasillo antes de llegar a la escalera.

Un segundo después, Sampson aparece con una bandeja de plata cubierta. "Señorita Jackson", me dice con la cabeza, "me han ordenado que le dé esto".

Me pongo en pie y las piernas me tiemblan un poco. Me duelen las rodillas, pero era de esperar después de arrodillarme sobre mármol durante la última media hora. Ocupo el asiento en el que estaba Raniero mientras Sampson retira el primer plato y deja el mío a su paso. "Gracias", murmuro en voz baja.

Sampson asiente con la cabeza una vez antes de salir de la habitación. No hay nadie alrededor, pero sigo teniendo la sensación de que alguien me mira. Cojo el cuchillo de carne que queda en la mesa y el tenedor que compartimos Raniero y yo. Entre los dos, corto el divino tesoro poco hecho que tengo ante mí. A pesar de tener la barriga llena de semen y medio plato de filete con patatas, el estómago me ruge cuando me llevo las púas a los labios. Definitivamente, ha merecido la pena perder la virginidad por esta mamada.

Mientras me acompañan arriba unos minutos después, cuando estoy demasiado lleno para seguir comiendo, observo la mansión bañada en oro por el sol poniente. De las paredes cuelgan cuadros de valor incalculable. Cada centímetro del suelo de la planta baja está cubierto de frío y hermoso mármol. Hay herrajes ornamentados por todas partes: picaportes, tiradores de cajones, tiradores de armarios y mucho más. Todo está recubierto de una capa de riqueza y privilegio que, incluso cuando vivía con mi padre, nunca había experimentado.

"¿A qué se dedica Raniero?" le pregunto a Sampson. Me sujeta por el bíceps y, por un segundo, las yemas de sus dedos se clavan en mi piel. Sampson se aclara la garganta antes de decirme que si Raniero quisiera que yo supiera lo que hace, me lo diría.

Suspiro de frustración cuando me obligan a volver a mi prisión. Aquí dentro tengo todo lo que una mujer puede desear: comida, bebida, libros, televisión, una cama mullida, baño, ropa y mucho más. Pero lo único que realmente quiero es algo que no puedo tener: respuestas.

Me tiro en la cama y grito contra el edredón de gran calidad. El estampado de damasco rojo y negro amortigua mi rabia.

Mi padre ha sido un gilipollas desde que tengo uso de razón. Ha cabreado a todo el mundo, desde funcionarios estatales hasta traficantes de droga callejeros. Ha trabajado en todas las comisarías de este condado y en la de al lado, pero sólo cuando empezó en la oficina de Manhattan empezó a ascender en la escala de mando.

Sus acciones me han metido en problemas más de una vez, pero esta es la primera vez que amenazan mi vida. He sido acorralado por bandas a las que él arrestó y golpeado por las madres de chicas a las que llevó a la cárcel por vender pastillas con receta, pero nunca hicieron más que proferir algunas amenazas y dejarme unos cuantos moratones.

Lo que le hiciera mi padre a Raniero debía de ser grave, porque es raro que una multa de tráfico facilite este tipo de reacción por parte de un hombre. ¿Qué hizo Grant para enojar a Raniero? ¿Y por qué? Si tiene tanto dinero como para tener una mansión con vistas al lago, ¿por qué mi padre se ha metido con él?

Me revuelvo en la cama y miro el techo de mi nuevo hogar. Sé que podría ser peor, pero ¿y si Raniero dice la verdad? ¿Y si realmente planea dejarme embarazada, casarse conmigo y retenerme aquí para siempre?

La vocecita de mi cabeza me dice que podría ser peor que un hombre rico y guapo con una gran polla.

"Una gran polla con la que no sé qué hacer", murmuro en respuesta, aunque la voz sólo está en mi cabeza. ¿Quién le va a decir al gran secuestrador malo que mi boca no era el único agujero sin penetrar en la cena de esta noche?

Cuando estaba en el instituto, no tenía tiempo para novios. Estaba ocupada defendiéndome de los ataques abusivos de mi padre y evitando que mi profesor de educación física viera los moratones. Aprendí pronto que denunciar a mi padre solo me metería en más problemas. Convenció a mi orientador del primer ciclo de secundaria de que me estaba comportando mal por la pérdida de mi madre y que yo misma me daba esas palizas. No podía imaginarme lo que me haría si intentaba contárselo a la enfermera del instituto.

Cuando me hice mayor, estaba demasiado ocupada luchando por no salir a la calle y evitar que entraran en mi tienda. No tenía tiempo para relaciones cuando el único lugar al que podía llevar a un hombre era el sofá de una amiga. Utilizaba aplicaciones de citas para conseguir cenas gratis de vez en cuando, pero nada progresaba más allá de un par de besos.

Cuando Raniero quiera algo más que un par de abrazos en la boca, ¿quién va a ser el que le diga que soy mercancía intacta?

RANIERO

Me pasé media noche revisando los archivos de la familia Jackson.

Leí los informes médicos que Grant presentó a la policía. Ha tenido la tensión alta durante los últimos cinco años, pero por lo demás, está en plena forma física. Obtuve sus revisiones anuales desde el año pasado hasta el año en que empezó como policía. Sus superiores siempre han tenido una buena opinión de él, incluso mejor cuando su vena violenta condujo a redadas de drogas que la comisaría llevaba años intentando descubrir.

Ares Jackson, el mayor de los gemelos por tres minutos, sólo estuvo cerca de su hermano. Hay muy pocas fotos de él y Calliope a lo largo de los años. Y una vez que se mudó a Nueva York, cortó todo contacto con su padre y su hermana menor. Me hizo preguntarme si Grant también había sido un poco duro con Ares, pero sin informes archivados, no se sabía. Se casó con la primera mujer que conoció y empezó a tener hijos un año después.

Apollo siguió a su hermano a Nueva York, pero ha mantenido el contacto con la familia desde su traslado. Él y su mujer van a cenar a casa de Ares todos los domingos por la noche. Ambos trabajan en el potente negocio de las finanzas, pero Ares es analista financiero mientras que Apollo es director de operaciones financieras. Apollo llama a Calliope cada pocas semanas para saber cómo está y ella le miente sobre su paradero y lo que está haciendo con su vida. Envía mensajes de texto semanales a su padre y los dos suelen charlar sobre las tonterías que ocurren en sus respectivas líneas de trabajo.

La carpeta de Calliope es a la vez la más delgada y la más interesante. No fue a la universidad ni dejó la manzanita como sus hermanos. Su pasado delictivo probablemente le impidió obtener el título que deseaba, pero también huir de casa. Grant pagó gustosamente las licenciaturas de los gemelos, pero en cuanto Calliope salió por la puerta principal y no miró atrás, le cortó el paso. Fue lo bastante amable como para sellar su expediente juvenil, pero eso no le impidió perseguirla por las calles sin techo de Manhattan para arrestarla por infracciones menores.

Conocía sus informes al dedillo. Mis hombres se pasaron semanas recopilando información sobre la familia Jackson y yo me pasé semanas devorándola como si fuera una comida de cinco platos en un restaurante con estrellas Michelin. Pero después de mi explosión en el comedor, necesitaba asegurarme de que no se me había pasado algo por alto.

Cuando llega la mañana, he dormido cuatro horas y necesito desesperadamente un café con tres dosis de espresso si quiero aguantar el día.

"Buenos días, señor Valenti", me saluda sonriente la cocinera. Es una mujer agradable con dos hijos en casa. Su marido estaba a mi servicio, pero falleció hace unos años en acto de servicio. Le ofrecí de todo, desde riquezas hasta un lugar donde vivir, pero ella aceptó encantada un trabajo cocinando para mí. Le pago unos honorarios exorbitantes para compensar su pérdida y me trata como a uno de sus hijos. "Sampson me dijo que tienes un invitado quedándose con nosotros. ¿Tiene alguna alergia?"

Apollo Jackson es alérgico a las fresas. Ares es alérgico al marisco. Calíope no tiene alergia. "No, Grace, que yo sepa".

Deja un plato de gofres recién hechos y me da una palmada en el hombro. "Avísame si eso cambia, ¿de acuerdo?" Luego se pone a tararear distraídamente mientras vuelve a la cocina.

Podría sobrevivir sin el personal que empleo para cuidar de mi casa, pero mi vida sería mucho más dura. Mis padres crearon un patrimonio para ellos y sus hijos antes de dejarme su casa y volver a Italia. Utilizo parte de ese dinero para dar trabajo a viejos amigos y a personas necesitadas. Si me hubiera cruzado con Calliope por la calle y hubiera pensado que necesitaba un trabajo, se lo habría ofrecido.

Grant Jackson cree que soy una mala persona porque las cosas que hace la familia Valenti no son del todo legales. Pero no le veo en las recaudaciones de fondos de la escuela primaria ni en los torneos de golf que benefician a niños desfavorecidos. No es él quien mantiene a flote a los miembros de su familia con préstamos que nunca espera que le devuelvan. No es él quien da trabajo a los pobres, los mantiene alejados de las calles y les ayuda a labrarse una vida mejor.

Puede que haya apaleado a un hombre hasta matarlo una o dos veces, pero protejo a la gente que quiero.

Sampson entra en el comedor con Calíope en sus brazos. La sujeta del brazo con tanta fuerza que, cuando la suelta, quedan pinchazos blancos en el lugar donde sus dedos acababan de sujetarla. "Es muy curiosa", me dice encogiéndose de hombros, como si pudiera leer la pregunta en mi cara. "Sospecho que está recopilando información para tramar una fuga".

Calíope se vuelve para fulminarlo con la mirada mientras se frota el brazo donde antes estaba su mano. "¡No es cierto!" rebate. "Sólo intento averiguar por qué estoy aquí". Hoy lleva unos pantalones negros suaves y ceñidos y una camisa roja con el busto ajustado y cintura imperio. Lleva el pelo recogido en una elegante coleta.

"Yo me encargo, Sampson. Gracias por tu ayuda". La acompaño hacia delante y ella mira al suelo durante un segundo antes de dar un paso vacilante en mi dirección. "Puedes sentarte en tu silla", le digo con un gesto despreocupado hacia el cubierto que hay a mi lado.

No voy a obligarla a arrastrarse eternamente. Puedes llamarme bueno si quieres, pero, francamente, no quiero que se joda las rodillas. Voy a querer volver a verla sobre ellas y no quiero que sea una experiencia incómoda.

Calliope me mira y luego mira el asiento vacío a mi lado antes de dar un paso adelante. "Gracias", murmura. Cuando coge la silla para sacarla, me doy cuenta de que tiene las uñas mordidas y la piel desgarrada.

"Hay tiritas debajo del lavabo, por si las necesitas", le digo con delicadeza. Quiero estirar el

brazo y cogerle la mano, besar el dolor que encierran sus malos hábitos. Pero le hago un gesto hacia la mesa. "Sírvete tú misma.

Esconde los dedos desgarrados en el puño. "¿Tienes sirope?" pregunta Calliope entre dientes apretados.

En ese momento, Grace sale de la cocina con una bandeja llena de ofrendas. Hay un cuenco lleno de mantequilla y otros dos llenos hasta el borde de gelatina. Tiene jarabe de arce caliente en un recipiente del que se ve salir el vapor y al lado hay un osito lleno de miel. "Me olvidé de estos", dice con una sonrisa mientras los deja sobre la mesa, "el sirope de arce aún se estaba calentando. Bienvenida, señorita". Grace asiente cortésmente con la cabeza a Calliope. Me doy cuenta de que tiene curiosidad por saber cómo llamar a nuestra nueva invitada, pero Grace no pregunta delante de ella. Sabe que se lo diré cuando sea necesario.

Cuando Grace vuelve a la cocina, Calíope ya está cogiendo la mantequilla y el sirope de la bandeja. Tiene un gofre en el plato y lo está untando en mantequilla como si no hubiera comido en una semana.

Doy un sorbo a mi café y la observo con deleite. A pesar de la exhibición carnal de anoche, no parece molestarle en absoluto estar en mi presencia. Pensé que le molestaría un poco verme esta mañana, pero está más enfadada porque le he llamado la atención por sus uñas mordidas que por estar cerca de mí.

"Tu padre intentó culparme de un asesinato". Sabía que tendría preguntas; es mi deber responderlas.

Calliope deja caer el tenedor. Lentamente, gira la cabeza hacia mí. "¿Él qué?" Pregunta bruscamente.

He tenido encontronazos con el jefe de policía Grant Jackson desde que llegó al departamento de policía de Manhattan. Siempre ha sido un grano en el culo. No sé qué le contaron los policías anteriores sobre la familia Valenti, pero tiene una venganza contra nosotros desde el día en que llegó.

Me paró por tener una luz trasera rota cuando iba a comprar una nueva. Intentó poner a los miembros de mi familia en mi contra. Una vez me arrestó por cruzar la calle imprudentemente. Ninguno de sus cargos prosperó, pero eso no le impidió hacer todo lo posible por arruinarme no sólo el día, sino la vida entera.

"Pertenezco a una importante familia de Manhattan", le explico a Calíope. "Aunque somos increíblemente filantrópicos, hay otros en la ciudad que nos ven como depredadores".

"Los Valentis", Calliope chasquea los dedos en señal de reconocimiento. "Pensaba que Raniero era un nombre extraño".

La fulmino con la mirada y le ladro: "Porque Calíope es muy normal". Se calla de inmediato. "La cuestión es que tu padre lleva más de una década haciendo una campaña de desprestigio contra mí. Cuando mataron a alguien a golpes en un callejón hace unos meses, hizo que me detuvieran para interrogarme a pesar de tener una coartada clara para la noche en cuestión".

Calliope resopla mientras vuelve los ojos a su plato. "Sí, así es mi padre", dice poniendo los ojos

en blanco. Coge el cuchillo y empieza a cortar su gofre.

"Fue la gota que colmó el vaso. Amenazó con ir a por todos los que estuvieran relacionados conmigo, aunque fuera tangencialmente. Lo que significa que gente como Grace, que sólo cocina y hace alguna limpieza ligera de la cocina para mí, es detenida constantemente por infracciones de tráfico menores o simplemente porque un agente quiere joderme". El mes pasado Grace se saltó un semáforo en amarillo justo cuando giraba y le pusieron una multa. La pagué antes de que le enviaran la factura, pero no debería haber tenido que hacerlo.

"Grant ha convertido en la misión de su vida hacerme pasar un mal rato, así que decidí devolvérselo. ¿Qué le cortaría las rodillas?". Miro a Calliope de arriba abajo mientras se mete un bocado de gofre en la boca. "Tener que considerarme como de la familia. Ahí es donde entras tú".

Casi se atraganta con la comida. Calliope se ríe mientras intenta masticar y tragar lo que tiene en la boca. "¿Pensabas utilizarme para vengarte de mi padre?". Vuelve a resoplar de forma poco atractiva. "Entonces perdiste el tiempo. Me escapé hace años y no le he importado una mierda desde entonces. A menos que me encontrara en la calle, claro", murmura Calliope. "Entonces no tiene inconveniente en recogerme y llevarme a la cárcel por vagabundeo".

Y de alguna manera yo soy la mala. "Ya no. Cierro las manos en puños y tengo que convencerme a mí misma de que no me acerque a la cornisa. Me planteo conducir hasta la comisaría ahora mismo y decirle lo que pienso al jefe Jackson. Pero mi objetivo es vengarme, no de inmediato, sino con una gratificación decepcionante por haberle hincado el diente. Quiero verle retorcerse el resto de su vida de la forma en que está intentando que yo lo haga. "Nunca volverás a ser una vagabunda, Calíope".

Ella no se inmuta por la promesa. En cambio, da un par de mordiscos más antes de responderme. "Todo lo que he hecho es cambiar una prisión por otra, Raniero. Por fin estaba haciendo algo por mí misma antes de que llegaras. Podría haber soportado otro ciclo de pobreza, pero quizá no. Tal vez habría estado bien por mi cuenta".

Es su primer arrebato desde que saqué la pistola en su casa abierta. No es gran cosa, pero me demuestra que tiene espíritu de lucha. Llevaba años sobreviviendo a duras penas, pero Calliope seguía creyendo que algún día cambiaría su suerte. "Tal vez", le doy la razón con cuidado, "pero ahora no tienes por qué averiguarlo. Ahora eres mía, Calíope, y haré lo que quiera con mi propiedad. Incluyendo criarla, casarla y usarla para vengarme".

CALLIOPE

A regañadientes debo admitir que los jardines son impresionantes. Ayer miré un rato por la ventana de mi habitación mientras esperaba a que llegara la hora de cenar y tuve una amplia vista de los jardines. Desde arriba, pude ver que las flores y arbustos cuidadosamente plantados formaban un laberinto que conducía a una fuente de agua en el centro. Una estatua de mármol se erguía orgullosa, con agua brotando de sus tetas. Era un recordatorio de la fertilidad.

Como yo estaba en el lado de la casa que daba al lago, Raniero se ofreció a llevarme a dar un paseo después del desayuno. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, me habría puesto algo más adecuado para el sol. En lugar de eso, me asé viva bajo los omnipresentes rayos del calor en mis pantalones negros.

Por desgracia, la humillación volvía a estar sobre la mesa. Antes de salir de la mansión, Raniero me detuvo en la puerta principal para ponerme un collar alrededor del cuello. Se ajustaba perfectamente a mi garganta y tenía una anilla metálica que colocó justo debajo de mi barbilla. Unos instantes después, supe por qué.

"No quiero arriesgarme a que te escapes", dijo sonriendo mientras enganchaba una correa a la anilla. "Ahora, si lo intentas, podré detenerte en seco".

Ya era bastante malo que me hubiera hecho arrastrarme sobre manos y rodillas la noche anterior. Como un perro, me dio de comer sobras mientras me arrodillaba a su lado. Hoy sigue con ese tratamiento, paseándome como una perra en celo.

Pero es agradable estar fuera. Las ventanas de mi habitación no se abren; anoche intenté atravesarlas. Podría haber estado en el segundo piso, pero me habría arriesgado a romperme una pierna para escapar. Pero, ¿escapar de qué? pregunta la vocecita de mi cabeza. Y sé que tiene razón. Podría volver a casa si quisiera, pero no volvería a mucho. Un apartamento con muebles mínimos y más comida que ropa. Una existencia sin amigos porque no podría permitirme ir de bar en bar o a catar vinos con mis compañeros de trabajo. Preguntándome cuándo iba a caer el otro zapato y lo iba a perder todo.

"-Y luego nos casaremos", dice Raniero, sacándome de mi trance.

Mi cabeza se inclina hacia un lado y lo miro con el ceño fruncido. "¿Qué has dicho?

Me tuerce la lengua y tira de la fina correa negra que llevo en el collar. Si intentara escapar, no me detendría, pero sin duda me frenaría. "Presta atención cuando te hablo, Calíope".

Supongo que debería estar agradecida de que aún no me haya dado un puñetazo. O que se haya quitado el cinturón del pantalón y haya empezado a golpearme en la espalda con él. Mi padre hizo ambas cosas cuando yo era más joven. Sus acciones me llevaron a la rebelión y, finalmente, a huir. "Lo siento", me disculpo entre dientes ante Raniero, "no volveré a hacerlo".

Su rostro se suaviza y me suelta la correa. La uso para caminar un paso por delante de él mientras contemplo el paisaje. El lago está a unos cientos de metros, pero nunca lo alcanzaremos. En su lugar, se ha erigido una verja alrededor del límite de la propiedad. Unos barrotes de metal negro de tres metros de altura dejan espacio suficiente para que pase mi brazo, pero nada más.

"Mis abuelos compraron estas tierras hace más de un siglo". Raniero se acerca a mi lado cuando dejo de caminar. Al echarle un vistazo, me doy cuenta de que su vello facial es más gris que negro, signo de envejecimiento. "Se la pasaron a mis padres y construyeron una casa aquí. Siempre he vivido aquí", dice con un deje de nostalgia en el tono. "Mis hermanos y yo crecimos tirando piedras a la orilla del lago y jugando al pilla-pilla en el jardín. Mamá lo odiaba, pero nunca nos lo impidió".

Cuando estás en una situación de rehenes y el secuestrador te apunta con una pistola a la cabeza, se supone que tienes que hacerte memorable. Recitas hechos de tu vida como cuántos hijos tienes en casa y a qué te dedicas. Te conviertes en alguien que el secuestrador no pueda olvidar porque estará menos inclinado a matarte.

Aunque no estoy apuntando a Raniero con una pistola, parece que me da información como si lo fuera, como si quisiera hacerse querer. Parece menos la figura oscura y peligrosa que me secuestró un domingo por la tarde y más un ser humano. Hace que esto parezca más una cita de lo que realmente es.

"¿Dónde están tus padres ahora?" pregunto al cabo de unos instantes. No debería. Debería mantener la boca cerrada y fingir que no le oigo. Cuanto menos sé de Raniero Valenti, más puedo odiarlo. Pero algunas de las bienintencionadas lecciones de vida de mi padre, aunque mal ejecutadas, calaron hondo con los años. Soy respetuoso a rajatabla, siempre.

Raniero se vuelve hacia mí y vislumbro sus ojos oscuros y hermosos. Un destello de intimidad se mezcla con la crueldad de su mirada. "Hace unos años decidieron volver a Italia. Mi madre era originaria de Sicilia y los padres de mi padre eran de un pueblo vecino. Aunque había vivido en Estados Unidos toda su vida, quería darle a mi madre la jubilación que se merecía. Porque la quería mucho".

Nunca debí preguntar. La forma en que me mira me dice todo lo que debo temer. Los ojos de Raniero dicen que él haría lo mismo por mí si llegáramos a ese punto algún día y eso hace que me cueste mirarle.

Me doy la vuelta y miro fijamente la valla, preguntándome de repente qué haría falta para escalarla. Hay una barra que atraviesa perpendicularmente la parte inferior y que se eleva cinco centímetros por encima del suelo. Otra barra sigue el mismo patrón en la parte superior. No soy una mujer alta, apenas mido la mitad que la valla, pero no me costaría mucho agarrarme a la barra superior e izarme. No estoy en una forma terrible y desde luego no tengo mucho peso que llevar conmigo. Vivir de nada unos días y un poco más otros me ha dejado un metabolismo rápido y una figura delgada.

"No pienses en eso". Raniero envuelve la correa en su puño y tira de ella con fuerza. El tirón de mi collar me obliga a acercarme a él. "Mis padres construyeron esta valla para mantener a la gente fuera. Hay una fina hebra en la barra superior", señala con la cabeza. "En cuanto la cojas, te electrocutarás. No lo suficiente para matarte, pero sí para que desees estar muerto".

Un escalofrío me recorre la espalda. Ya desearía no estar aquí y al mismo tiempo me pregunto cómo he tenido tanta suerte. No puedo imaginar lo que sería tocar ese cable eléctrico y recibir la descarga de mi vida.

"Medio pueblo cree que somos los malos. Los adolescentes intentan entrar. Los policías intentan registrar nuestro terreno cuando no estamos en casa. Nuestros enemigos vienen aquí buscando una forma de debilitarnos". Raniero se queda mirando la valla negra que parece no tener fin. Se curva alrededor de la propiedad, obstruyendo por poco la vista del lago. "La valla no está hecha para mantenerte dentro, sino para mantener fuera a los malos de verdad".

¿Sabe lo loco que suena eso? "Esos malos no me secuestraron a plena luz del día", murmuro más para mí que para él.

Raniero me agarra la barbilla. Como anoche, me obliga a mirarle fijamente. La intimidad de antes ha desaparecido y ha sido sustituida por la ira. "No, te habrían hecho cosas peores. Si Grant Jackson hubiera amenazado a sus familias, te habrían matado a plena luz del día y le habrían enviado el vídeo a tu padre. No habrían investigado. No habrían averiguado la forma más dolorosa de herirle. Habrían disparado primero y preguntado después".

Toda mi vida pensé que el trabajo de mi padre me protegía de lo peor de la humanidad. En realidad, me lo reveló en su forma más verdadera.

"Te estoy haciendo un favor, Calíope. Te estoy salvando de lo que puede pasarte si tu padre vuelve a meterte entre rejas. Te estoy salvando de volver a vivir en la calle. Te estoy salvando de que hombres peores que yo te encuentren y te hagan cosas indecibles". Me suelta la cara con un empujón dispar de su puño tirando de la correa. "Eres una chica preciosa, Calíope, y pasaré el resto de mi vida asegurándome de que sigas siéndolo. Así que no pienses en escapar y volver corriendo a tu antigua vida. Ahora eres mía y pronto llevarás a mis hijos y mi nombre".

"¿Y el amor?" Le corté con la mirada. "¿Qué hay de estar con alguien que te importa?".

Raniero me dedica una sonrisa fría y cruel que habla de lo más profundo de su depravación. "Llevo semanas observándote. Conozco el desodorante que usas. Ya sabes de qué tipo, el Secret transparente con lavanda y vainilla. Sé cómo huele tu cuerpo después de un duro día de trabajo". Tira de la correa con más fuerza hasta que hago una mueca de dolor y vuelvo a acercarme a él. No hay espacio entre nuestros cuerpos, sólo la ropa nos mantiene separados.

"Una vez, cuando estaba en tu apartamento, encontré unas bragas tuyas tiradas en el suelo. Me las llevé a la nariz e inhalé tu aroma. En ese momento supe que no había nadie más en este mundo para mí. Me la pusiste dura y ni siquiera estabas en la habitación". Está tan cerca que puedo sentir su cálido aliento en mi cara. "Te amo en el sentido más extraño de la palabra. Te amo como un hombre ama algo con lo que está obsesionado. Y un día, tú también me amarás".

Un hilillo de sudor me recorre la espalda y se desliza por mi columna vertebral. Estoy horrorizada y excitada. Pero sobre todo, estoy aterrorizada.

Si es un hombre capaz de entrar en mi piso, robarme la ropa y saberlo todo sobre mí, hasta el desodorante que llevo, ¿con qué clase de persona estoy tratando? ¿Debo luchar por mi libertad o dejar que me arrolle como pretende hacer?

¿Tengo siquiera elección?

RANIERO

Los primeros cinco días fueron los más duros. Christopher Ray llegó a la casa unas horas después de que yo hubiera secuestrado a Calliope de la casa. Quería asegurarse de que el agente inmobiliario lo había cerrado todo y de que no faltaba nada. En lugar de eso, encontró su coche todavía en la entrada y su bolso en la encimera de la cocina. Suponiendo lo peor, llamó a la policía.

El jefe Jackson se dirigió deliberadamente a otra parte, ya que los agentes pensaron que era mejor no informarle todavía de que su hija había desaparecido. Por no hablar de que le dijeron a Christopher que, de todos modos, no se podía presentar una denuncia policial hasta que ella llevara desaparecida veinticuatro horas. "No voy a presentar una denuncia ni nada", dijo Christopher a la policía. "Sólo digo que mi agente inmobiliario estaba aquí hoy temprano y ahora no está. Pero sus cosas están aquí y eso es preocupante".

Veinticuatro horas más tarde en punto, un informe policial fue presentado por el Jefe Jackson. Sus agentes se dieron cuenta de que tenían que informarle de lo que estaba pasando. Como la inmobiliaria de Calliope no había tenido noticias de ella, necesitaban la ayuda de Grant para localizarla. Lo único que Grant podía hacer era pasarse por su apartamento y exigirle que abriera la puerta. Cuando ella no lo hizo, se pasó el resto de la noche paseándose por su salón y gritándole a su novia.

Un hombre me observaba desde la calle y me dijo que Grant ni siquiera estaba enfadado porque su hija hubiera desaparecido. Estaba enfadado porque ella estaba provocando una escena que le implicaba a él.

La policía buscó huellas dactilares en la residencia de Ray. Encontraron las mías mezcladas entre docenas de otras y nos llevaron a todos a comisaría para interrogarnos.

"Sé que fuiste tú", me gruñó Grant desde el otro lado de la mesa de interrogatorios. Era la segunda vez este año que me llevaban a comisaría y ya me estaba cansando.

"¿Hacer qué?" Sonaba aburrido porque lo estaba. Grant no tenía nada contra mí. No podía probar si yo había estado en la jornada de puertas abiertas porque Christopher Ray se vio obligado a informar a la policía de que éramos conocidos. Su mujer tuvo que presentarse y decir que me había invitado unas semanas antes. Eran mi coartada.

"Tienes a mi hija, ¿verdad? Dijiste que harías daño a mi familia", me acusó.

Pero negué con la cabeza y crucé los brazos sobre el pecho. "No, dije que no tenía por qué hacer daño a tu familia. Además, a lo mejor tu hija estaba harta de aguantar tus gilipolleces. He oído que es usted un maltratador de mujeres, jefe Jackson. Apuesto a que si le preguntara, me diría que usted también le pegaba".

Su cara explotó de vergüenza y rabia. Golpeó la mesa con los puños sólo un segundo antes de agarrar la silla de metal y arrojarla contra la pared. "Maldito matón italiano. Si descubro que te llevaste a mi hija, juro por Dios que...".

"-¿Qué?" Le corté. "¿Qué harás? Ni siquiera estuviste cerca. Nadie se va a creer que estés dirigiendo la búsqueda de una persona desaparecida cuando la detuviste hace sólo dos años por una gilipollez de cruzar la calle imprudentemente". Me levanté con toda la convicción de un acusado injustamente y exigí que me soltaran. "Vuelve cuando tengas alguna prueba, Jackson. Me estoy hartando de pasar las tardes contigo".

Pero todo se estaba calmando, o al menos eso supuse. Nadie me había llamado en veinticuatro horas y una reunión con el director del periódico mantenía mi nombre fuera de la prensa. No estaba siendo juzgado por nada, ni siquiera era sospechoso. La vida era fácil con mis bienes robados bajo llave en el piso de arriba.

Necesitaba un descanso de la vida de secuestrador y decidí hacer un viaje a la ciudad. Mi casa en el lago estaba a sólo veinte minutos del corazón de Manhattan, pero era un viaje agradable. Había decidido almorzar con un par de mis hermanos en un bar que servía comida de bar y cervezas artesanales.

Mateo ya estaba en Tallgrass cuando llegué. Había elegido un lugar en el techo lejos de los otros huéspedes. Una nube de tormenta se cernía a lo lejos y se preveía lluvia para más tarde, pero de momento disfrutamos del sol. "Tienen salsa de chorizo y cangrejo", anuncia Mateo cuando me acerco. Él hojea el menú de papel mientras mueve la cabeza con asombro. "Puto chorizo y cangrejo, Nero". Mateo tenía un vuelo de cervezas delante de él. Cuatro mini vasos estaban llenos desde la pilsner pajiza más clara hasta la stout más oscura de barril.

"¿Alguna de esas es buena?" pregunto mientras me siento.

Coge una de las cervezas del centro y se encoge de hombros. "Muchas IPA", dice como si eso fuera una explicación. Pero un minuto después se la toma entera como si fuera un chupito.

"Creo que me conformaré con un Bloody Mary". Cojo el menú de la mesa y le echo un vistazo. Como estamos en la azotea, las opciones son limitadas. No se puede pedir sopa cuando la camarera tiene que subir tres tramos de escaleras para traértela.

Luca llega unos instantes después con los ojos pegados al teléfono. Sus dedos golpean furiosamente la pantalla y, sin levantar la vista, esquiva a otros comensales, camareros y jardineras en su camino hacia nosotros, al otro lado del tejado. "Tengo una reunión en el ayuntamiento dentro de cuarenta y ocho minutos", anuncia mientras se sienta. "¿Es esa la Predator doppelbock? Quiero una". Inmediatamente empieza a mirar a su alrededor en busca de una camarera, levantando la mano para llamar la atención.

"Jesús", le juro, "da vergüenza estar contigo. ¿Y por qué estás bebiendo antes de una reunión del

consejo municipal?".

Me ignora el tiempo suficiente para pedir una pinta de Predator y terminar su mensaje de texto. Luca golpea el teléfono contra la mesa con una fuerza impresionante y atrae las miradas de todos los que están en la azotea. Menos mal que lleva una funda, porque si no, juraría que el cristal se habría hecho añicos. "Porque me ayuda a tratar con gente como tú", dice Luca con una sonrisa encantadora.

Luca, por razones que escapan al resto de la familia, está muy involucrado en la política de Manhattan. Hace un año consiguió colarse en la Comisión Municipal y está completamente seguro de que será alcalde dentro de dos años. Le gusta decir que algún día se presentará a las elecciones presidenciales, pero los demás sabemos que eso no será posible. No hay que buscar demasiado para descubrir algunos de los sucios secretos de Luca Valenti.

"De todos modos", Luca golpea los dedos sobre la mesa agresivamente impaciente. "¿Por qué estamos aquí? ¿Qué quieres?" Es un hombre ocupado, y no debería hacerle perder el tiempo, pero Luca a veces me cae mal. "Estaba pensando en repintar la casa y quería tu opinión sobre los colores".

Luca se queda boquiabierto. Juro que veo mi vida pasar ante sus ojos mientras se plantea saltar por encima de la mesa para estrangularme.

"Tranquilo", pongo los ojos en blanco antes de que se deje llevar por sus bajos instintos, "es más serio que eso".

Mateo resopla cuando Luca deja escapar un suspiro de frustración y se echa petulantemente hacia atrás en la silla. "Perdona que ponga el carro delante de los bueyes, pero no nos estarías llamando aquí por el caso del secuestro de Jackson, ¿verdad?". Se encoge de hombros con una sonrisa. "Sé que ha tenido problemas con ese oficial".

"He tenido problemas con el jefe de policía", corrige Luca a su hermano mayor. "Medio me planteé llevarlo a la Comisión para que lo destituyeran. Si vuelve a multar a mi coche por sobrepasar en dos minutos el límite de tres horas de aparcamiento", amenaza.

Levanto la mano para que se calle. Luca es el mediano de los cinco Valenti y siempre intenta hacerse el importante. A veces sospecho que por eso ha ido en contra de la reputación de la familia para convertirse en una figura política de la ciudad. El resto de los Valenti son criminales y él es un honrado Comisionado de la Ciudad con un futuro brillante. Bla, bla, bla. Mierda de niño del medio. "Es un grano en el culo, Luc, pero ya me encargo yo".

Mateo coge otro vaso de cerveza de su vuelo y se bebe la mitad de un trago. "¿Ah, sí? ¿Secuestrando a su hija? ¿Qué vas a hacer con ella, Nero? ¿Colgarla como cebo? Noticia de última hora: los demás también podemos investigar. Ella y el pedazo de mierda de papá ni siquiera se parecen".

No sé por qué no me llamó a principios de semana si suponía que yo estaba detrás del secuestro de Calliope. Podríamos haber resuelto esto por teléfono como hombres en lugar de discutir sobre IPAs y salsa de cangrejo y chorizo. "Sí, gracias, Sherlock, ya me lo imaginaba".

El camarero llega con la pinta de Luca y la deja. Rápidamente recitamos nuestros pedidos con un mínimo de preguntas antes de que ella gire sobre sus talones y se vaya murmurando en voz baja.

"Tiene un buen culo". Luca no puede apartar los ojos de ella, ni siquiera cuando el camarero le sorprende mirándola. Le chasqueo los dedos para llamar su atención, pero me arranca la cabeza de un mordisco. "Joder, hazlo otra vez, Raniero. Vuelve a chasquearme como si fuera un perro. Te reto, joder".

Por eso la familia ya no se reúne mucho. Luca tiene problemas de control de la ira y una agenda tan apretada que apenas tenía cuarenta y ocho minutos para hacernos un hueco para comer. Y cuando consigue vernos, vuelve a su lugar en la familia Valenti y revuelve la mierda para divertirse.

Lo ignoro lo mejor que puedo. Sé que acabamos de hacer nuestros pedidos, pero si mi hamburguesa no llega pronto, una mezcla de hambre y frustración me obligará a largarme y golpear a mi hermano. "Sí, secuestré a Calliope Jackson. Después de aquel incidente en el que intentó inculparme -sacudo la cabeza sólo de recordarlo- y luego amenazó a mi familia, me vi obligado a hacer lo que tenía que hacer para proteger a nuestra familia."

Mateo y Luca intercambian una mirada entre los dos. Sabiamente, Mateo es el que elige hablar primero. "¿Decidiste proteger a nuestra familia cabreando a la única entidad legal que puede acabar con nosotros?".

Habría pasado esta decisión por delante de mis hermanos, de los cuatro, si hubiera pensado que necesitaban saberlo antes de que ocurriera. En lugar de eso, se lo comenté a mi Consigliere, Gianluca. Tenía algunas reservas y las hablamos como adultos. No me cuestionó como si estuviera socavando mis decisiones, a diferencia de Mateo, cuyo tono me pone a la defensiva. "Hay que darle una lección. El otro día me llamó puto matón italiano".

Es el turno de Luca de resoplar con sorna mientras mira el reloj y bebe un buen trago de su vaso de cerveza. "¿Alguien te llama mal y decides cometer un delito?".

"Pronto me va a llamar yerno", le devuelvo la mirada.

Sus cejas se levantan al mismo tiempo, la curiosidad resaltando sus facciones. "¿Otra vez?" pregunta Mateo.

Me siento en la silla y respiro hondo. Puede que mis hermanos me echen la bronca por las decisiones que tomo, pero siempre les impresiona mi razonamiento. Cuando nuestro padre me dejó al frente del imperio familiar, dudaban de que fuera un buen líder. Pero les he demostrado una y otra vez que la familia Valenti no es sólo un nombre con un pasado violento. Yo nos traje al siglo XXI. "Secuestré a Calliope para casarme con ella y dejarla embarazada. Una vez que el apellido Jackson esté unido al nuestro, el Jefe no se apresurará tanto a derribarnos".

"¿Vas a casarte con ella?". La nariz de Mateo se arruga con disgusto. "Ella no es muy activa en las redes sociales, así que tal vez sus fotos son un poco viejas. Pero, ¿es siquiera atractiva?".

Calliope es 5'2 "con una figura ágil. Sus tetas son del tamaño de una taza de té. Sus caderas son delicadas y su culo está ahí, pero con ropa lo suficientemente holgada como para que no se note. No es como las bellezas pechugonas con las que he salido antes, pero es seductora a su manera. "Sí", lo fulmino con la mirada. "Hay más en ella de lo que parece". Como su sumisión. Y la forma en que me mira con esos brillantes y vulnerables ojos verdes.

"Siempre he querido dejar embarazada a una chica". Luca levanta los pies de la mesa y mira a lo

lejos con una sonrisa curvada en la cara. "Ver cómo su vientre se hincha con mi semilla. Ver cómo se le llenan las tetas y se le ensanchan las caderas. Las mujeres embarazadas son hermosas".

Admito que estoy de acuerdo con él. No hay nada mejor que el brillo del embarazo en la cara de una mujer. "Eso vendrá después de la boda", le digo encogiéndome de hombros. "Y la boda no se celebrará hasta después de que ella esté destrozada. Tengo que poder confiar en ella y ahora mismo estoy seguro de que, si le dieran la oportunidad, huiría".

Luca sólo se ríe. Es suficiente para llamar la atención una vez más. Esta vez es seguido por ceños fruncidos y miradas de los otros comensales. "Rómpela penetrándola, Nero. Llénale bien el coño, déjala preñada e invita al puto jefe Jackson a tu boda. Te garantizo que será menos gilipollas cuando se entere de que te has tirado a su hija".

No había pensado en dejarla embarazada primero. Esa idea tiene mérito. "Puede que tengas algo, Luca".

Me guiña un ojo antes de decir: "Y tú podrías estar metido en algo cuando vuelvas a casa, ¿me equivoco?".

Es un chiste verde y no puedo evitar reírme. No se equivoca. Después de aquella primera noche en la que la obligué a chupármela, me he estado dando duchas frías mientras me decía a mí mismo que me apartara. Quizá me equivoqué de idea.

CALLIOPE

Cinco días. Ese es el tiempo que he estado encerrada en esta mansión. Obligada a comer con Raniero y a escucharle hablar poéticamente de la vida que llevaremos después de casarnos. Me debato entre la rabia y la esperanza, entre la excitación y el miedo.

Si Raniero me dejara vagar libremente, quizá tendría más tiempo para conocerle. Pero Sampson pasa por mi habitación cada pocas horas para ver cómo estoy y se muestra evasivo cuando pregunto por su jefe. ¿Tendría más tiempo para conocer a Raniero? ¿O se va durante las horas que no está conmigo?

El tiempo que pasamos juntos es tenso. Se niega a quitarme el collar que me puso al cuello y me amenazó si me lo quitaba. El cuero es suave contra mi piel, pero lo que representa me revuelve el estómago.

Sólo me lo quito para ducharme y, en esos pocos minutos, vuelvo a sentirme yo misma. Con la cascada de la ducha bañándome en libertad, cierro los ojos y hago como si estuviera en cualquier parte menos en esta prisión ornamentada y confortable.

La vocecita de mi cabeza me recuerda constantemente que esto es mejor que la calle. El hecho de que pueda controlar el aire acondicionado es mejor que asarme vivo bajo el sol de Kansas mientras la humedad succiona hasta la última gota de hidratación de mi cuerpo. Pero la vocecita se queda sospechosamente dormida cuando pregunto cómo se supone que voy a disfrutar de lo que me rodea cuando también son las paredes que me mantienen cautiva.

Si soy sincera, y sólo lo soy conmigo misma en mitad de la noche cuando la vocecita está dormida, esto no es tan malo. Raniero me da de comer y me cuida. Como el perro que soy para él, me saca a pasear todos los días. La fina correa que lleva enrollada en el puño se ha convertido en el objeto de mis pesadillas. Una vez, apenas un par de días antes, paseamos por los jardines durante la puesta de sol y me abrazó mientras permanecíamos de pie frente al jardín.

Casi podría olvidar que me apuntó con una pistola y me obligó a subir a su coche. Casi podría olvidar aquella primera noche en que me hizo arrastrarme sobre las manos y las rodillas y sentarme a su lado como un cachorro suplicante. Casi podría olvidar el sabor de su esperma en mi lengua cuando se corrió en mi boca.

Casi.

Con sus fuertes brazos rodeándome la cintura, casi me sentía segura. Hasta que golpeó la fina

correa de cuero contra la palma de su mano y se rió al oído. "Me pregunto si haría el mismo ruido en tu culo".

Un escalofrío me recorrió la espalda y se me hizo un nudo en la garganta. Quería pegarme. Quería hacerme daño. Quería... "El dolor puede ser placentero", añadió unos segundos después, como si pudiera leerme el pensamiento. "De hecho, si se hace bien, hasta puedes llegar al orgasmo".

Me zafé de su agarre y casi caigo en la fuente. Mientras me retorcía tratando de escapar de sus susurros sensuales, la parte posterior de mi pierna se dobló contra el banco de hormigón que rodeaba la fuente. Me agité hacia atrás hasta que Raniero me agarró de la correa y me empujó hacia sus brazos.

Atrapada una vez más, con el corazón acelerado, le miré. "Ven, palomita", sonrió, "vamos a la cama".

Temía lo que quería decir con esas palabras. Cada paso que dábamos hacia su ostentosa mansión me llenaba de temor. ¿Me iba a tocar cuando volviéramos a mi habitación? ¿Iba a desnudarme y obligarme a arrodillarme de nuevo? ¿Y por qué la vocecita de mi cabeza le animaba de repente?

Pero lo único que hizo Raniero fue apretar sus labios contra los míos antes de encerrarme en mi acogedora celda. "Algún día llegarás a desearme, como el agua en un día caluroso. Y siempre estaré cerca para saciar tu sed".

Hoy me sirvió el almuerzo Sampson. Me preparé para bajar a comer con Raniero, pero me recibió su guardaespaldas a la hora habitual. "Una ensalada de verano, señorita". Lleva la bandeja a mi habitación y la deja sobre el escritorio, cerca de la puerta. "Y una deliciosa sopa de calabaza". Se marcha sin decirme por qué estoy comiendo sola.

La cocinera, Grace, me preguntó hace unas noches cuáles eran mis preferencias culinarias. Miré a Raniero como pidiéndole en silencio permiso para contestarle. Él asintió con una sonrisa benévola y le conté lo que sabía. No, nunca había comido marisco. Sí, me encantaban los dulces. No tenía alergias. Estaba dispuesta a probar cualquier cosa una vez. Odiaba la mayonesa.

La ensalada que me ha preparado hoy está divina. Hay trocitos de pollo asado, fresas, arándanos y nueces repartidos entre la lechuga. Un delicioso aliño de semillas de amapola con un toque dulce lo cubre todo. Es sencillo y fresco y tiene un sabor increíble.

La sopa de calabaza es igual de buena. Hacia el final del tazón, me encuentro levantándola y golpeando mi cuchara contra la cerámica para sacar hasta la última gota. La bandeja venía con una cantidad de galletas de mantequilla para picar, pero las guardo en la despensa del armario para más tarde, demasiado llena para comerlas ahora.

Pierdo el resto de la tarde. Justo después de comer, me echo una siesta de una hora. Cuando Raniero aún no ha llegado, me retiro al baño, donde lleno la bañera de burbujas y me hundo hasta las narices. Podría decirse que aquí me miman, pero sigo siendo una cautiva.

Una vez que me siento limpia y no soporto más el calor del baño, me seco y me planto en el alféizar de la ventana con un libro. Pasan unos minutos y las páginas prácticamente pasan solas

mientras me veo arrastrada a un mundo de política, lujuria e intriga. Entonces se abre la puerta y me sacan de mi sitio.

Tras perderse el almuerzo y dejarme la tarde entretenida, Raniero se asoma al marco de la puerta con unos vaqueros colgando de las caderas. "Justo lo que un hombre desea al volver a casa", dice con una sonrisa lasciva.

Intento apartar los ojos de su cuerpo, pero es inútil. Lo que haya hecho no importa cuando tiene ese aspecto. Un mechón de rizos en el pecho resalta los músculos que hay debajo. Abdominales duros y bien formados se alinean en su estómago. Hay una peca prominente sobre el hueso de la cadera derecha que me pide que pase los dedos por ella. "Raniero", intento decir su nombre con seguridad, pero me sale un tartamudeo.

Cruza la puerta y la cierra de un empujón. La madera cruje bajo su peso. "Calíope", imita, su voz suena más relajada que la mía.

Levanto la oreja del libro que estoy leyendo y lo pongo delante de mí, en el alféizar. "¿Has comido bien? Podría contarle mi día, pero ¿qué hay que decir? Desde que lo vi en el desayuno, he hecho muy poco.

Raniero no me responde. En lugar de eso, cruza la habitación hasta situarse a mi lado. Me mira fijamente con su mirada oscura y prohibida y espera a que yo le levante la vista. Está callado y eso hace que el corazón me palpite con fuerza en el pecho.

Cuando por fin reúno el valor para mirarle, se lame el labio inferior. Entonces Raniero me tiende la mano y sé que no tengo más remedio que cogerla. "Qué buena chica", me elogia mientras me pone en pie. "¿Sabes que puedo oler tu excitación?". Me coge en brazos. "Hay un hilillo de sudor entre tus pechos que me dice que tienes miedo de lo que eso significa, pero no te alarmes, palomita. Sólo pretendo hacerte sentir muy, muy bien".

Abro la boca para protestar y él me interrumpe con un beso. Me sorprende que me meta la lengua en la boca. Me explora de la forma más íntima y me deja sin aliento.

Las manos de Raniero trazan un nuevo recorrido por mis curvas. Arrastra los dedos por una zona sensible de mi cadera y me estremezco. Mientras tanto, me mantiene atrapada entre su cuerpo y el alféizar de la ventana. No tengo adónde ir; estoy obligada a someterme a sus deseos.

Esta vez sí que olvido todo lo malo que ha hecho. Cuando aparta sus labios de los míos, es sólo para volver a colocarlos en la línea de mi mandíbula. Cada segundo que pasa, baja más y más, mientras me besa el cuello. Me muerdo el labio inferior e intento mantener la cordura, pero siento que se me escapa entre los dedos.

"¿Estás tomando anticonceptivos? Murmura contra mi clavícula.

Se me hace un nudo en el estómago y trato de agarrarme a él. No es por lujuria, sino para no caerme hacia atrás. "Tartamudeo, intentando apartarlo o retroceder, lo que sea que ponga distancia entre los dos.

Pero Raniero me abraza con más fuerza y aprieta su cuerpo contra el mío. Su polla crea un bulto impresionante en sus vaqueros al presionarme el estómago. "Ah, ah, ah", su sonrisa me oprime la garganta, "te he hecho una pregunta".

Siento que el corazón se me va a salir del pecho. "No", respondo en voz baja.

Su agarre se tensa un segundo, encantado. "Perfecto", se ríe Raniero. "Quiero ver tu vientre hincharse con mi semilla lo antes posible".

Un grito de admisión resuena en mi cabeza. Nunca he tenido sexo. No sé cómo ser madre. Apenas te conozco. Pero son sofocados por su rapidez. Nunca tengo la oportunidad de expresar mis verdades antes de que me tire del dobladillo de la camisa y me desnude delante de él.

No me puse sujetador al salir de la bañera porque no esperaba ver a Raniero hasta la cena. Esto le da una amplia visión de mis pechos y me levanto para cubrirlos con los brazos cruzados.

No tarda en agarrarme por los antebrazos y detenerme. "No quiero que te escondas de mí, Calíope". Su tono me dice que no es una broma. "Eres mi princesa perfecta e intacta y quiero verte entera".

Tengo que girar la cabeza para no mirarle. Se me llena la cara de vergüenza cuando me lleva una mano al pecho y me pasa el pulgar por el pezón. Es casi suficiente para hacerme llorar cuando la sensación hace que la piel se me erice.

"Te excito", afirma.

No puedo evitar que mi cuerpo reaccione. Raniero es fuerte y atractivo y me toca como un maestro que maneja un caballo preciado. "No puedo evitar mis reacciones", murmuro en voz baja.

Me agarra la barbilla y la levanta para que me vea obligada a mirarle. "No voy a hacerte daño, Calíope. Necesito que lo sepas".

"Me has secuestrado. Me tienes secuestrada". Frunzo el ceño.

Raniero se encoge de hombros. "Todo eso era necesario. Te necesitaba para poder darle una lección a tu padre".

"Me cuesta entender qué tienen que ver conmigo las transgresiones de mi padre". Le arranco la barbilla de la mano y trato de empujarlo, pero no me deja avanzar mucho antes de agarrarme de la muñeca y retenerme. "¿Por qué yo? Le devuelvo la mirada.

Una vez más, sus hombros hacen un pequeño movimiento hacia arriba y hacia abajo. La cara de Raniero es pasiva cuando me dice que es complicado. "Cuando vi tu foto por primera vez, me sentí atraído por ti. Podría haberla dejado y haber ido a por tus hermanos en su lugar, o a por la novia de tu padre, pero cuanto más descubría sobre ti, más difícil me resultaba dejarte en paz." Sus cejas se arrugan al mirarme. "Tu padre te odiaba. Te hizo daño y te arruinó la vida. Disfrutaba arruinándote la vida. Pensé que nos uniríamos para echarle un montón de mierda encima por una vez".

No es romántico. Toda esta situación me hará sentir asqueroso cuando piense en ello más tarde.

Estoy sin camiseta ante el hombre que me secuestró por venganza. Me hace sentir como un perro la mitad del tiempo y la otra mitad me ignora. Habla de nuestro futuro juntos como si estuviera escrito en piedra.

No hay razón para que me rinda ante él. No puedo entender por qué dejaría que me follara. Pero lo hago.

A veces encuentras consuelo en los lugares más insospechados. Como el hombre que puso tu vida patas arriba.

RANIERO

Cuando Calliope se acerca a mí y se pone de puntillas, no es lo bastante alta para besarme. Le hago el favor de inclinar la cabeza unos centímetros para leerle la boca.

No sé qué ha cambiado dentro de ella en esos instantes, pero es suficiente para cambiar toda su actitud. Quiero devorarla entera, pero ahora ella también me besa como si tuviera hambre.

Juntamos nuestros torsos desnudos y nos arrastramos torpemente hacia la cama. Pero cuando sus rodillas chocan contra el borde, se doblan y salen despedidas hacia atrás. Calliope aterriza sobre el edredón con un golpe imperceptible.

Viéndola desde este ángulo, capto la piel de gallina que le cubre los brazos. Los músculos de sus muslos tiemblan, se tensan y se relajan una y otra vez. Sus pezones forman pequeñas puntas al final de sus pechos.

Este es el momento en el que podría ser un buen tipo. Podría coger su camiseta del suelo y hacer que se la volviera a poner. Podríamos pasear por el recinto hasta que mi lujuria por ella se calmara. Eso me haría quererla y facilitaría nuestra noche de bodas y nuestro posterior matrimonio.

Pero nunca he sido el héroe de la historia de nadie; siempre he sido el villano.

Alargo la mano para agarrarle los calzoncillos de tela de la cintura y empiezo a bajárselos por los muslos. Observo atentamente su mirada mientras los tiro hacia atrás. Lleva unas bragas rosas con una mancha húmeda justo en el centro.

Hay todo tipo de cosas que quiero hacerle a esta mujer. He fantaseado con estar dentro de ella en todas las habitaciones de la casa. Sin embargo, lo más erótico que he visto nunca es cómo abre las piernas cuando le quito la última prenda de ropa.

El cuerpo femenino es hermoso. Las curvas, las líneas rectas, las estrías que salpican la piel como cicatrices de batalla. Calíope tiene un mechón de pelo en el montículo, pulcramente recortado como si esperara compañía. La humedad de su excitación proporciona una entrada resbaladiza a su centro.

Por mucho que quiera quitarme los vaqueros y destrozar su virginidad como el ganador de una maratón, me advierto a mí mismo que debo ser paciente.

Recorro sus muslos con las manos, sintiendo su cuerpo como un ciego que lee braille por

primera vez. Memorizo la curva de su pantorrilla y el estiramiento de su pierna mientras la llevo por encima de mi hombro. Con la cara asentada entre sus piernas, todo su cuerpo se estremece cuando me inclino hacia delante y arrastro la lengua por su centro. Es la primera de muchas caricias, pero la única que cuenta. Las piernas de Calíope se abren un poco más y me permiten acceder sin restricciones a su coño. Respira hondo y el ambiente se impregna de su deseo.

Me agarro a sus caderas mientras exploro las curvas y hendiduras de su interior, pero ella se estremece cuando mi lengua se desliza sobre su clítoris. Un gemido ahogado se escapa de sus labios y, cuando levanto la vista, la veo mordiéndose un puño cerrado.

No quiero que se contenga. No quiero que se calle sus gritos. Golpeo con mi lengua su sensible botoncito hasta que se ve obligada a agarrarse a las mantas mientras hace rechinar su coño contra mi cara. La barba de mi barbilla se cubre de sus jugos mientras ella se mueve de un lado a otro para conseguir la presión que necesita.

Mi vida ha estado llena de mujeres hermosas. Algunas estaban conmigo porque querían y otras se entregaban a mis placeres con la esperanza de encontrar la forma de beneficiarse de mi atención. Calíope es la primera en aterrizar en mi cama que no vino por sus propios deseos.

Por eso la hago gritar cuando viene. Algún día será mi esposa y quiero que recuerde este momento con cariño. No quiero que piense que le he quitado la virginidad; quiero que crea que me la ha dado voluntariamente a cambio de placer.

Calíope rodea mi cabeza con sus muslos y aprieta tan fuerte que el mundo que nos rodea deja de existir. Su coño tiembla con las réplicas de su orgasmo. Y justo en el centro de su vientre hay un pequeño charco de sudor.

Me resulta difícil salir de esta posición cuando podría quedarme aquí durante días, pero ella no se impregna. Me alejo de ella con el aroma de su excitación en la cara. Huelo su lujuria y su miedo, una embriagadora combinación de hormonas que crean su perfume característico.

Mientras ella lucha por acomodarse en la cama, yo me desnudo lentamente ante ella. Me quito el cinturón. Los vaqueros caen al suelo. Los bóxers tirados a toda prisa. Calíope se apoya en las almohadas con los ojos muy abiertos fijos en mi polla.

La palmo con la mano. "¿Ves lo que me haces?". le pregunto mientras me acerco a la cama. "¿Ves lo dura que me la pones?".

Calíope se muerde el labio inferior y niega con la cabeza. "No me cabe", susurra. "No puedes", protesta.

Pero cabrá. Y yo sí puedo. Puedo follármela de todas las maneras posibles desde ahora hasta el domingo. "Abre las piernas", le ordeno. "Te enseñaré lo bien que encaja dentro de ti, nena".

Me mira como si le acabara de pedir que se cortara un brazo. "Raniero", empieza a suplicar Calíope, "por favor".

Me subo a la cama y me arrastro hacia ella. Cuando estoy colocado sobre ella, con una mano a cada lado de la cabeza, me deslizo hacia abajo para rozar mis labios con los suyos. "Dije que no te haría daño, Calíope, y lo digo en serio. Ahora abre las piernas para papá y deja que te reviente".

Le abro las piernas con la rodilla y Calliope no se resiste. Me sitúo en su entrada y noto la resbaladiza prueba de su excitación en la cabeza de mi polla. Con la mano agarrando el tronco, arrastro la punta por sus jugos hasta empaparla y creo que estoy a punto de correrme en su coño. "Esto puede doler al principio", advierto mientras empiezo a presionar con la cabeza en su centro. "Pero después de un minuto o dos, empezará a sentirse muy bien, nena. Confía en mí".

Confíe o no en mí, asiente tímidamente con la cabeza y me deja continuar.

He desflorado muchos jardines vírgenes antes y sé que no sirve de nada meterla poco a poco. Empujo mis caderas hacia delante y desgarro el velo de su virginidad en milésimas de segundo. A Calíope le pilla por sorpresa y me regala un chillido de dolor. Me agarra por los brazos y me clava las uñas en la piel. "Es el mayor dolor que sentirás", la tranquilizo rápidamente. "Y se te pasará en un segundo". No le digo que podría haber un poco de sangre, que a veces, cuando el himen se desgarra, deja pruebas rojas a su paso.

Cuando el asombro en el rostro de Calíope empieza a desaparecer, me permito moverme dentro de ella. Cambia de posición las piernas entre embestida y embestida, con cara de dolor. Pero cuando agarro su muslo y lo subo sobre mi cadera, su talón se clava en la parte baja de mi espalda, mi polla golpea justo en el punto exacto.

El placer florece en sus facciones, su mandíbula se abre y cierra los ojos. Lo sepa o no, me está follando también. Sus caderas se mueven al compás de las mías y pequeños gemidos fracturan el aire.

Gruño al penetrarla, empujando mis caderas con tanta fuerza que nuestra piel choca cuando estoy enterrado hasta el fondo. Su coño se aprieta a mi alrededor como un cuello de tortuga. Encajamos como dos piezas de puzzle hechas la una para la otra.

Me suda la frente mientras hago todo lo que puedo para que vuelva a tener un orgasmo. La ciencia dice que no ayudan ni disuaden a las mujeres de quedarse embarazadas, pero Calíope estará más dispuesta si viene colocada.

La meneo de un lado a otro, de izquierda a derecha, a tres velocidades distintas, e incluso le martilleo el coño hasta que grita. Va a estar dolorida mañana cuando termine con ella.

Apuesto a que si la pongo boca abajo y la follo por detrás, llegará al orgasmo sin problemas. Podría rodearle la cadera y meterle los dedos en el clítoris hasta que no pudiera contenerse más.

Pero al final, no necesito todo eso. Por mucho que me gustaría ver cómo se sacude el culo mientras la follo a lo perrito, se corre antes de que yo tenga la oportunidad. Siento cómo sus músculos se contraen a mi alrededor y eso me lleva al límite.

Mi polla cubre sus paredes y me obliga a agarrarme al cabecero, apretando los dedos contra la madera mientras muevo las caderas de un lado a otro. Me ordeño dentro de ella, asegurándome de que la llene hasta la última gota de mi semen.

"Raniero", gime, con sus manitas inútiles intentando apartarme de ella, "deberías haberte corrido".

No sé por qué pensó que lo haría. Llevo diciéndole desde que la secuestré que iba a tener a mis hijos.

Dejo mi sensible polla dentro de ella y me apoyo en los antebrazos. Mi cuerpo se cierne sobre el suyo, el calor de nuestro contacto piel con piel hace que el sudor de mi frente gotee sobre su pecho. "Si pudiera, me quedaría así el resto del día", le susurro al oído. "Mantén mi semen dentro de ti hasta que mi semilla se implante". Siempre he querido ser padre. Más que eso, siempre quise tener una esposa descalza y embarazada en mi casa.

"Este coño es mío ahora, nena. Te voy a tener tan llena de semen que me sentirás dentro de ti incluso cuando me haya ido". Muevo un poco las caderas, metiéndole más semen. "Voy a llenarte hasta que tu vientre esté hinchado con mi hijo. Luego lo haré otra vez por diversión. Sólo para ver mi tarta de crema gotear de tu coño húmedo y devastado".

Calliope traga saliva. Sus uñas siguen clavadas en mis bíceps y tiene una mirada salvaje. "Para", murmura poco convencida. "No lo dices en serio.

Vuelvo a penetrarla con las caderas y mi polla vuelve a la vida. "Dime otra vez lo que no quiero decir", la amenazo. "Y no me limitaré a llenarte el coño, nena. Me aseguraré de que mi semen chorree por cada uno de tus agujeros".

Se estremece debajo de mí, pero entonces capto su mirada de excitación. Tiene miedo, ha tenido miedo desde que la secuestré, pero Calíope no puede ocultar que mis palabras excitan su libido. Tal vez no quiera que acabe dentro de ella, pero algo dentro de Calíope se excita con la idea.

Esa es la chica a la que me follo de nuevo. La que quiere estar tan llena de mi lefa que sea una Oreo doblemente rellena. Se la vuelvo a dar hasta que esta vez gritamos los dos. Sus uñas dejan marcas en mi espalda cuando toco su punto G.

Quizá no esté preparada para ser madre, pero sí para que se la follen como si lo estuviera.

CALLIOPE

Raniero es un animal. Es un maldito monstruo. Y odio que me guste.

Después de la primera vez que nos acostamos, me preparó un baño y dijo que me aliviaría el dolor muscular. No me dolían los músculos, pero me bañé de todos modos. Me dio tiempo a pensar en lo que acababa de pasar y en cómo respondía mi cuerpo al suyo. Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí, dándome intimidad para tocarme en recuerdo de lo que habíamos hecho. Estaba avergonzada, pero no podía evitar sentirme excitada.

¿Estaba mal desear al hombre que te mantiene cautiva? ¿Era esto lo que llamaban síndrome de Estocolmo? ¿Necesitaba ver a un profesional por mi atracción hacia el hombre que me obligaba a chuparle la polla a cambio de más cena?

Pero la cosa no acabó ahí.

Raniero volvió después de cenar y me encontró de nuevo en el alféizar de la ventana, retomando donde lo había dejado en la historia de la Era Tudor. Iba a dejar el libro a un lado y entablar conversación con él, pero me negó con la cabeza.

Le dejé que manejara mi cuerpo a su antojo. Colocó el libro en el alféizar de la ventana, abierto por la página en la que yo estaba. Luego me hizo inclinarme, con los brazos a ambos lados del libro. "Lee", me ordenó mientras me bajaba las bragas. "En voz alta", añadió al cabo de un momento.

Terminé una línea antes de sentir la punta de su polla en mi entrada. Me callé de inmediato, mirando por encima del hombro para establecer contacto visual con él.

La mano de Raniero cayó con fuerza sobre mi culo, dejando una marca punzante a su paso. Siseé por el dolor, pero tuve que admitir que mejoró mucho la sensación de su polla penetrándome. "He dicho que leas en voz alta", me fulminó con la mirada. "Haz lo que te digo".

Me volví hacia el libro y mis ojos no lograron concentrarse en las palabras. Podía tropezar con tres o cuatro palabras antes de tener que respirar hondo y concentrarme. La sensación de su polla entrando y saliendo de mi coño me distraía. Cada vez que tardaba más de unos segundos en llegar a la siguiente frase, Raniero me azotaba. Bajó su mano sobre mi pálida piel y la puso rojo cereza.

Me perdí entre el dolor y el placer cuando me corrí sobre su polla. Olvidé el libro y me agarré a las almohadas, al cristal de la ventana, a las cortinas, a cualquier cosa que me mantuviera erguida

mientras me hacía temblar los muslos de placer. Utilizó eso como excusa para seguir abofeteándome el culo. Una y otra vez su polla embestía mi centro y su mano bajaba sobre mi culo. Eché la cabeza hacia atrás y aguanté las sensaciones.

Por la mañana, el dolor que había predicho se había instalado. Me dolían los muslos y el culo, tanto por los azotes como por el ejercicio posterior. Pero la parte que realmente me dolía era el coño.

Quería tomármelo con calma, pero tener sexo por primera vez parecía desencadenar algo en Raniero. Se convirtió en un monstruo depravado que quería estar dentro de mí todo el tiempo.

Apenas terminé de desayunar cuando ya me llevaba a los jardines y me follaba bajo el sol de la mañana. No me alivió el dolor en absoluto y cuando me quitó las bragas y se las metió en el bolsillo antes de que pudiera ponérmelas, me vi obligada a volver a casa con su semen chorreándome por los muslos.

"Te queda muy bien", me dijo con una sonrisa. "No me importaría verlo todos los días".

El sexo me sentaba bien, pero seguía teniendo miedo de quedarme embarazada. Cualquier día podría escapar, hacer que lo arrestaran y volver a vivir mi vida como si nada hubiera pasado. Podría volver a ser yo misma. Pero cada vez que se corría dentro de mí era una oportunidad más de que arruinara mis planes.

No tenía ni idea de cómo iba a escapar. Sampson estaba en todas partes todo el tiempo. No sé cómo. Para ser un tipo grande, era sorprendentemente ágil. En más de una ocasión lo pillé corriendo por la propiedad al amanecer o al atardecer y parecía que estaba en buena forma. Si Sampson no estaba cerca, lo estaba alguno de los otros empleados de Raniero. Todos me miraban con el mayor respeto, pero les veía observarme de reojo. Tenían instrucciones de detenerme si intentaba marcharme; no necesitaba oírlo para saber que era cierto.

El propio Raniero entraba y salía de la casa al azar. A veces oía abrirse la puerta del garaje en plena noche. La primera vez que lo oí, se lo pregunté al día siguiente. Raniero me dijo que tenía asuntos que atender. No pude evitar fijarme en que tenía la mano izquierda vendada y un ojo morado. Esperaba que, fuera cual fuera el asunto que tenía entre manos, se lo hubiera hecho peor que él.

Cuando Raniero estaba en casa, estaba conmigo o en su despacho. Permitía que Sampson me acompañara a pasear los días que estaba demasiado ocupado para hacerlo él. Cuando intenté sonsacarle a su guardaespaldas qué hacía allí, Sampson se cerró en banda.

En las raras ocasiones en que Raniero no estaba atascado en el trabajo o desaparecido de la mansión, me follaba. Entraba en mi habitación y me veía viendo la televisión. Entonces, en cuestión de instantes, Netflix seguiría reproduciendo el programa mientras yo me veía obligada a cabalgar encima de Raniero. O nos encontraría a Sampson y a mí en la biblioteca y echaría a su guardaespaldas. Con mi libro descartado, me apretaría contra las estanterías de la biblioteca mientras me sostenía en alto y martilleaba dentro de mí. Los lomos de algunas de las mejores obras de Charles Dickens se tatuaron brevemente en mi piel.

Cada vez que me follaba, ignoraba mis súplicas de que me corriera sobre el estómago o el muslo. Creo que le excitaba oírme suplicarle que se corriera en mis tetas en vez de dentro de mí.

Raniero estaba empeñado en dejarme embarazada. Y estaba decidido a hacérmelo desear. Esperaba a que llegara al orgasmo para correrse dentro de mí y se negaba a sacarla hasta que habían pasado veinte minutos. Se burlaba de mí y me atormentaba todo el tiempo, recordándome lo mucho que mi cuerpo le respondía y cómo sabía que me excitaban sus guarradas. "Te gusta cuando te lleno el coño y te digo cómo voy a hacerlo otra vez. Te vuelve loca. Te corcoveas como un puto bronco cada vez que vamos a por el segundo asalto".

Y así como así, estaría empujando dentro de mí otra vez. Su polla despertaba a la bestia que llevaba dentro y que tanto deseaba ser follada y rellenada. Era delicioso. Era horrible. Y amaba y odiaba cada minuto.

Mi vida se convirtió en un ciclo. Despertar, comer, follar, dormir, no siempre en ese orden. Mi día era dictado por el horario de Raniero. Y su horario a veces requería que yo estuviera en su cama.

La habitación de Raniero era opuesta a la mía. Tenía vista al lago. Mientras que mi habitación estaba decorada con mantas de colores claros y paredes blancas, la suya tenía una iluminación tenue y muebles oscuros. Me dijo que la oscuridad total le ayudaba a dormir mejor.

Las noches que me llamaba a su habitación, me advertía de que la casa tenía alarma y la puerta de Sampson estaba al otro lado del pasillo. "Si oye esta puerta abierta, tiene instrucciones de detenerte. Si no obedeces, te disparará. No letalmente, por supuesto", añadió Raniero con una sonrisa. "No me gustaría que muriera el premio por el que tanto he trabajado".

Y por duro se refería a que había empezado a hacernos fotos y a compartirlas en las redes sociales. "Todo forma parte de la treta, nena". Afirmó que la policía había dejado de buscar a mi secuestrador cuando las fotos salieron a la luz. "La gente dijo que es notoriamente difícil de localizar de todos modos. He tenido a Sampson yendo a tu casa cada pocos días y guardando las apariencias. Se pasea, pone música a todo volumen y creo que incluso una vez trajo a una mujer para follar en tu cama. Pero tenía que hacerlo -Raniero chasqueó la lengua-, necesitábamos que tus vecinos pensaran que tenías sexo escandaloso. De hecho, tu casero te envió una advertencia hace unos días. Si no te calmas, podrían desahuciarte".

Por alguna razón, eso me enfureció. Aunque mi apartamento no era el pináculo de la mejor vida, seguía siendo mío. Raniero podía ordenarle a Sampson que trajera todas las cosas mías que quisiera, pero eso no me hacía sentir mejor.

"Todos creen que ahora eres feliz, Calíope. Así que sé feliz". Luego me quitaba la ropa, me lamía el coño y utilizaba mis gritos en mi contra. Al final de la noche, estaba llena de su semen y avergonzada de mí misma por haberme excitado con ese monstruo loco.

A veces era un hombre dulce, pero como Jekyll y Hyde, le daba a un interruptor y se convertía en un tirano. No sabía si me estaba enamorando de él o estaba planeando su muerte. Raniero Valenti no dejaba de arruinarme la vida y lo único que podía hacer era abrirme de piernas y dejar que me follara una vez más.

Un día me despertaría y sabría qué hacer a continuación. Pero no sabía cuándo llegaría ese día.

RANIERO

Cuatro semanas y tres días. Es todo lo que he tardado en llegar aquí.

Calliope está acurrucada a mi lado, con el culo apretado contra mi erección furiosa. Intento quedarme quieto para no despertarla. La suave luz de la mañana la deja sin aliento.

Mis hermanos tenían razón; necesitaba follarme a Calíope para domarla. A veces veo una mirada subversiva en sus ojos cuando ve una puerta abierta o piensa que podría escapar, pero nunca huye. Sé que aún no es totalmente mía, pero nos estamos acercando.

Anoche le dije que la amaba. Con la polla enterrada en su coño empapado, apreté mi frente contra la suya y le susurré las palabras. Ella fingió no oír, pero yo sé que sí.

Creo que le prepararé el desayuno esta mañana. Una tortilla de chorizo con salsa de adobo de chipotle. Un bol de bayas recién cogidas y lavadas con un chorrito de azúcar para sacarles el jugo. Incluso le exprimiré a mano un vaso de zumo de naranja.

Odio salir así de la cama, pero creo que estará mucho más contenta cuando vuelva con un plato de comida casera. Me pongo unos calzoncillos y me dirijo a la cocina.

Grace se sobresalta. Está en medio de su rutina matutina cuando entro en la cocina silbando. Salta un metro en el aire y baja con los puños en alto. Está lista para lanzar puñetazos.

"Cálmate, Grace", levanto las manos disculpándome. "Sólo soy yo".

"Sr. Valenti", respira. Se lleva las manos al pecho como si intentara calmar su acelerado corazón. "¡Me has asustado!"

Me regaña como solía hacer mi madre y me hace sonreír. Aunque hablo con mis padres todos los domingos por la noche, no puedo negar que los echo de menos. Voy a Italia dos veces al año, una en verano y otra en vacaciones. Ellos visitan Estados Unidos dos veces al año, normalmente un par de meses después de mis visitas. La familia se reúne para una gran cena de la familia Valenti y mamá se mete en nuestras vidas personales. Quiere saber cómo salimos, si la cosa va en serio y si nos casaremos pronto. Hasta ahora, los cinco siempre nos hemos andado con rodeos, pero tendré algo que contar en la próxima reunión familiar.

"Sólo quiero hacer el desayuno para Calliope. No quería asustarte, Grace". Pero ella ya está sacudiendo la cabeza y murmurando en voz baja. Siempre está un poco distante cuando ocurre algo inesperado.

Me ocupo de cascar huevos y cocinar carne. Mientras todo se cocina, cojo algunas bayas de la nevera y las echo en un bol. Todo va según lo previsto hasta que Calíope aparece en el marco de la puerta de la cocina con una de mis camisas a modo de vestido. "Siento interrumpir", alza la voz al cabo de unos instantes, "es que no estaba segura de adónde habías ido".

Grace susurra en voz baja unas palabras en italiano que suenan sospechosamente como si se estuvieran acostando. Luego esboza una sonrisa antes de anunciar que tiene que ir a recoger algunas hierbas del jardín.

Es extraño verla alejarse corriendo de una escena incómoda, pero a Grace no le gusta involucrarse en asuntos que no le afectan. Prefiere enfrascarse en el trabajo a tener que escucharme a mí y a los demás hablar de negocios. Cuanto menos sepa, mejor estará si la policía llama a su puerta.

"Te estoy preparando el desayuno", señalo el cuenco de fruta. "Pensé que estaría bien que te despertaras y comieras algo caliente". Mi madre solía traernos el desayuno a la cama en nuestros cumpleaños. Recuerdo despertarme a las cinco de la mañana, con un año más que el día anterior, y esperar lo más pacientemente que podía a que mi madre me trajera mi comida favorita. Hay algunas tradiciones de mi juventud que quiero continuar.

Calíope da unos pasos vacilantes hacia la cocina. "Gracias", dice con una media sonrisa. "Es muy amable por tu parte".

Quiero decirle que aún no ha visto nada. Cuando todo se calme y no parezca que va a salir corriendo a la primera oportunidad que tenga, verá una faceta completamente nueva de mí. "Toma asiento. Estoy terminando la tortilla".

Hay una pequeña mesa de comedor frente a la ventana para no más de cuatro personas. Solía usarla casi todas las mañanas cuando no tenía tiempo para un desayuno de formato, pero desde que llegó Calliope, utilizamos el comedor formal. Toma asiento y se pasa las manos por la parte superior de los muslos para alisar la tela de la camisa.

"Creo que has escandalizado a Grace", bromeo mientras empiezo a repartir la comida de Calíope por partes. Primero la fruta y luego el zumo de naranja. Se mete una fresa en la boca con los dedos mientras vuelvo a los fogones para ver cómo va la tortilla.

"No sabía qué más ponerme", dice sonrojada. "Me desperté y no estabas. No sabía si tenía que volver a mi habitación o qué. Probablemente debería haber esperado a que volvieras". Calliope se gira hacia la ventana para que ya no pueda verle la cara. "Siento no haberme quedado en tu habitación".

No me importa lo que haga, siempre y cuando haga lo que yo quiero. Y quiero que pase tiempo conmigo, que se enamore de mí, y que viva feliz para siempre conmigo. Eso no significa que tenga que controlar todas sus acciones. "Este va a ser tu hogar, Calíope. Eres libre de vagar a tu antojo". Con una sola regla tácita: no huir.

Le sirvo la tortilla y le espolvoreo queso recién rallado por encima. Tendré que agradecer a Grace todo el trabajo que hace. "Espero que tengas hambre esta mañana", anuncio con una sonrisa alegre mientras dejo caer el plato delante de ella. "Es una tortilla de chorizo. Deja que coja la salsa".

No he hecho la salsa de adobo de chipotle desde cero. Sé moverme en la cocina, pero confiaba en que Grace tuviera un poco en la nevera. Es mi salsa favorita para el desayuno, los tacos y las patatas fritas. Saco el recipiente y empiezo a echar un poco en un cuenco cuando veo a Calíope por el rabillo del ojo.

Arruga la nariz con disgusto mientras acerca el tenedor a la tortilla y empieza a diseccionarla. La carne, el queso y los huevos desprenden vapor, así que sé que no está poco hecha. Justo cuando estoy a punto de preguntarle qué le pasa, se levanta de la mesa y sale corriendo.

El tenedor cae al suelo. "¡Qué demonios!" Miro fijamente a Calliope. Llega hasta el fregadero antes de empezar a vomitar.

Lo primero que pienso es que Grace se va a cabrear por tener que limpiar esto. Dejo el recipiente de salsa, me acerco a Calliope y le recojo el pelo con las manos. Con una mano le hago una coleta y con la otra le froto suavemente la espalda. Puedo limpiar esto. Grace hace demasiado por esta casa como para ser responsable de limpiar los desastres de Calíope.

Al cabo de unos segundos, Calliope me aparta la mano de un manotazo. "Eres un gilipollas", gime mientras gira sobre sí misma y se hunde en el suelo. Su cara se ha vuelto tan blanca como una sábana y la entierra entre las manos.

"¿Yo?", la fulmino con la mirada. "¿Qué he hecho?

Levanta la cabeza lo suficiente para mirarme como preguntándome si hablo en serio. Como no respondo, se burla y vuelve a meter la cabeza entre las piernas. "Todo esto es culpa tuya", me acusa en voz baja.

Estoy a punto de decirle que será mejor que empiece a explicarse antes de que me enfade, cuando caigo en la cuenta. "Calliope", me agarro al fregadero para estabilizarme, "¿estás embarazada?". Intento hacer cuentas, pero no me salen. Debería haber seguido el ciclo de Calíope. No ha tenido la regla en las cuatro semanas que lleva aquí, pero es probable que la tuviera antes de que la secuestrara.

Se queja y gimotea, una respuesta inadecuada a mi pregunta. "¿Cuándo te vino la regla por última vez?" Debería haber preguntado eso hace años. El día que empecé a follármela, por ejemplo. Pero no esperaba desvirgarla tan rápido.

"No lo sé", murmura. "¿Una semana antes de que me trajeran aquí? ¿Una semana y media?" Calíope deja escapar un gemido que es mitad lágrimas. "Eres una psicótica, ¿lo sabías?".

Ahora las cuentas empiezan a cuadrar. La fecha del embarazo empieza el primer día de tu último ciclo menstrual. Si conservadoramente digo que fue una semana antes de secuestrarla, entonces eso la haría de cinco semanas de embarazo. Más o menos unos días. "Tienes que hacerte un test de embarazo".

Calliope me fulmina con la mirada. "¿Vomitar no es suficiente indicador?".

Es un comienzo, pero no es una prueba de orina positiva. Salgo de la habitación y subo las escaleras de dos en dos. Cuando empecé a someter a Calíope, pedí pruebas de embarazo por Internet. Una semana después apareció en la puerta un paquete de diez y los guardé en un armario del pasillo, donde estaba segura de que nadie se toparía con ellos.

Cojo la caja de gran tamaño, la abro y saco el primer test envuelto en plástico que cae en mis manos. Las instrucciones son probablemente las mismas que las del resto: mear en el palito y esperar a que aparezca un resultado. Así que no pierdo el tiempo leyendo literatura sobre cómo asegurarse de obtener la mejor muestra posible.

Arranco el maldito plástico del test de embarazo antes incluso de llegar a Calliope. Es un palito normal con un tapón en el extremo y se lo empujo mientras me acerco. "Toma. Ahora".

Se queda mirando el test de embarazo y lo coge de mala gana. Cuando me ofrezco a ayudarla a ponerse en pie, no acepta. "Eres un puto enfermo".

Dios, quiero meterle la polla entre los labios y hacerle probar el castigo en la lengua. Pero señalo hacia el pasillo donde está el baño y le digo que se mueva. "Luego hablaremos de tu mal comportamiento". Hago como que no la veo poner los ojos en blanco.

Calliope murmura incoherencias en voz baja, pero yo capto alguna palabra. La palabra siempre es imbécil.

Francamente, no me importa cómo me llame, mientras esté embarazada. Una vez que tenga un bebé con ella, el plan puede seguir adelante. Ya he estado planeando la boda en mi escaso tiempo libre, pero estará bien darle a Calliope un anillo, arrodillarse y prometerle que el resto de su vida será mejor conmigo a su lado.

Cuando llegamos al baño del pasillo, Calliope entra y va a cerrar la puerta tras de sí, pero la detengo con la palma de la mano. "Me tomas el pelo", me mira indignada. "¿Vas a verme mear?".

No es mi manía, pero quiero ver qué dice el test de embarazo. "Me quedaré mirando la pared", decido después de un momento. "Pero quiero que dejes la puerta abierta". Yo controlo su vida. Ella hace lo que yo digo.

Los murmullos de Calíope se vuelven aún más airados cuando entra y espera a que me dé la vuelta. Doy un paso a un lado y me apoyo en la pared con los brazos cruzados impacientemente sobre el pecho. Oigo el golpe del plástico contra la encimera y, unos segundos después, el sonido de su pis. Definitivamente, esta no es mi manía.

Unos instantes después, mientras intento decidir qué habitación de la casa será la nueva habitación del bebé, oigo tirar de la cadena. "Estoy decente", gruñe Calliope justo un segundo antes de que se abra el lavabo.

Rodeo el marco de la puerta y entro. La prueba de embarazo está sobre la encimera, con el tapón morado colocado en el extremo en el que se ha meado.

"Nunca me había hecho uno de esos", dice con una mirada acusadora. "Tuve que asumir que ese era el lado en el que oriné, ya que no me diste instrucciones".

Era virgen cuando la secuestré en la calle. No hay razón para gastar 7 dólares en una prueba cuando sabes con seguridad que no estás embarazada. "Lo siento", me disculpo frunciendo los labios. "Supongo que no lo sabía".

Calliope se seca las manos en la toalla que cuelga frente a la ducha. Hay silencio en la habitación durante un minuto antes de que diga: "Hay muchas cosas sobre mí que no sabes, Raniero. Tu

expediente puede decirte mi historial criminal sellado y mi historial médico, pero no te dirá quién soy".

Puede ser, pero tenemos el resto de nuestras vidas para conocernos. Levanto la prueba de embarazo con dos líneas rosas en la ventana. "Puedes decirme quién eres durante la cena de los próximos cuarenta años".

Se le cae la cara al ver la ventana del test. Creo que incluso siento la frustración cuando su mano se posa sobre su vientre. "Creo que necesito tumbarme".

No soy tonta. Sé que se siente fuera de sí. Esta no es una situación en la que se pueda meter una mujer y esperar que la maneje con gracia y dignidad. Doy unos pasos hacia ella y aprieto los labios contra su frente. "Tómate todo el tiempo que necesites. Avísame si necesitas algo".

No me molesto en seguirla escaleras arriba ni en cerrar la puerta de su habitación. Me limito a dejarle espacio mientras me siento en el suelo del baño y miro fijamente las dos líneas rosas.

Hasta los veinticuatro años no empecé a pensar de verdad en tener una familia y sentar la cabeza. Pero a medida que pasaban los años, parecía alejarme cada vez más de ese sueño. Mi padre me dijo que la familia es lo primero; no se refería a los Valentis en su conjunto. Se refería a encontrar una mujer a la que amar y tener hijos. Siempre decía que tener una familia era lo mejor que le había pasado nunca.

Sé que Calíope no lo ve ahora, pero algún día se dará cuenta de que le hice un favor. Todo esto era para nosotros dos. Estaba predestinado.

Algunos incluso podrían llamarlo destino.

CALLIOPE

Érase una vez, yo quería ser profesor. Es un sueño tonto que todos los niños tienen cuando se encuentran con un profesor que les cambia la vida. Pero muchos crecen y se dedican a otras profesiones. Se hacen mecánicos, regentan tiendas de ultramarinos o restaurantes, se dedican a la abogacía o a la política, o a cualquier otro trabajo mejor pagado que el sueldo de un profesor. Yo mismo fui camarero y me dediqué al sector inmobiliario en lugar de seguir mis sueños.

Pero si me hubiera convertido en profesora, quizá no estaría encerrada en una torre de marfil perteneciente a un rico Villano Encantador.

No consigo ponerme cómoda cuando vuelvo a mi habitación. La cama es demasiado cómoda y el sabor de la riqueza vuelve a darme náuseas. Cuando me asomo al alféizar de la ventana, me siento inquieta al contemplar el hermoso jardín de abajo, cuando todo me parece oscuro y pesado. El salón está demasiado cargado y no me apetece bañarme.

Me conformo con tumbarme en el suelo con las extremidades extendidas en forma de X. El techo blanco es mi único consuelo.

La casa de Raniero es todo lo que soñaba de niña. Paredes blancas y brillantes con marcos de cuadros como único toque de color. Mucho espacio para que la familia se estire sin sentir que se apiñan unos a otros. Todo envuelto en comodidad y mantas, invitando a amigos y visitantes a sentarse y quedarse un rato.

Pensaba que acabaría en una casa así porque me había casado con un hombre al que amaba. No tenía una imagen clara de cómo era, pero sabía que trabajaba duro. Uno de esos tipos que se toman en serio sus cuarenta horas semanales. Cuando volvía a casa por la noche, dejaba la oficina en la puerta principal. No ensuciaba nuestro hogar con charlas sobre normativas empresariales y estrés laboral porque prefería pasar tiempo conmigo y con los niños.

Los niños. Sólo de pensar en niños me llevo una mano al estómago.

He sido delgada desde que tengo uso de razón. Primero, porque era joven y mi metabolismo quemaba las calorías en una hora. Luego, porque no podía permitirme comer. Físicamente no puedo imaginarme cómo será mi cuerpo hinchado con un bebé.

Sé que muchas mujeres sueñan con ser madres a los veinticinco años. Debería sentirme afortunada de que me haya sucedido tan rápido y con alguien que puede mantenerme. Pero me siento vacía por dentro. No puedo asimilar todo lo que ha pasado.

Mis pensamientos dan vueltas como las 500 Millas de Daytona alrededor de mi cabeza, haciendo ping-pong contra las paredes de mi cerebro mientras chocan unos contra otros. ¿Cómo será mi boda? ¿Qué les contaré a mis hijos sobre su padre? ¿Podré volver a salir de esta casa? ¿Me permitirá Raniero tener una carrera? ¿Qué quiero hacer?

Hay tantas preguntas y las únicas respuestas que encuentro son conclusiones a medias que no tienen ningún sentido.

Respiro hondo e intento centrarme. Inhalo paz, exhalo rabia. Grito esas palabras en mi cabeza sobre las miles de preguntas para las que no tengo respuestas. Al final, los gritos ahogan las preguntas y lo único que me queda es una vocecita en la cabeza que me dice que inspire paz y expulse la ira.

La habitación parece dar vueltas, así que cierro los ojos. "No tenía que haber sido así", susurro a nadie en particular. La habitación está vacía; no hablo con nadie más que conmigo misma.

Se suponía que iba a tener una madre y un padre que se querían. Se suponía que iban a estar juntos para siempre. Se suponía que mi padre no pegaría a mi madre ni le gritaría por cualquier falta que se le ocurriera. No se suponía que huyera y nos dejara a mis hermanos y a mí a nuestra suerte.

Ares y Apolo eran mayores que yo y me protegían lo mejor que podían. Pero a Ares le gustaban los deportes y Apolo estaba en todos los clubes que lo llevaban. Cuando ellos estaban ocupados con los entrenamientos y las reuniones extraescolares, yo escuchaba a mi padre despotricar sobre cómo me parecía a mi madre y que yo era igual de inútil. Entonces, mientras rezaba para que mis hermanos entraran por la puerta y reventaran la escena, mi padre me pegaba. Decía que era el pago por los pecados de mi madre, que una mujer es tan fuerte como el hombre que tiene en su vida. "Tu madre no tiene a nadie y es débil. Me tienes a mí y serás fuerte". Me clavó esas palabras con un puño en las tripas. "El dolor sólo te hace más fuerte, cariño. Recuérdalo".

Se suponía que la vida no iba a ser así. Se suponía que iba a terminar el instituto con sobresalientes en las clases de honor y en inglés. Los créditos universitarios que obtuviera en esas clases me pondrían por delante cuando por fin empezara la universidad. Iba a obtener mi título de maestra y a cambiar vidas.

Iba a hacer cosas buenas.

Una vez fui a una iglesia cuando tenía dieciséis años. Acababa de terminar mi penúltimo año y una profesora envió un informe a casa diciendo que yo llegaba tarde a clase. Sé que ella pensó que estaba siendo de ayuda, pero mi padre no lo vio así. Me fracturó la muñeca y me la estabilizó con un vendaje de primeros auxilios que encontró debajo del lavabo del baño. Me dijo que tenía que hacerlo mejor si quería que se sintiera orgulloso y se marchó a trabajar.

Salí de casa dando tumbos y con todos los huesos del cuerpo doloridos. Me había empujado contra las paredes y me había tirado al suelo. Me sentía maltratada y rota y fui al único lugar que se me ocurrió que trataba a gente maltratada y rota sin hacer preguntas.

Las puertas de la iglesia metodista no estaban cerradas y había flechas que me indicaban el despacho del pastor. En lugar de eso, me senté en la última fila de los bancos y me quedé mirando la cruz del escenario. No había biblias para hojear, sólo unos cuantos himnarios en el

respaldo del banco de enfrente. Hojeé las páginas en busca de respuestas, pero sólo encontré música que lo adoraba.

"Señorita, ¿puedo ayudarla?" preguntó alguien al cabo de un rato.

No sé cuándo empecé a llorar, pero supongo que en algún momento entre el himno 518 de un libro y el 1.024 de otro, mis ojos empezaron a gotear. "¿Por qué le pasan cosas malas a la gente buena?". le pregunté al tipo que estaba al final del banco.

Se encogió de hombros antes de entrar y sentarse en el otro extremo. "Él tiene un plan para todo. Toma tu dolor y lo usa para hacerte más fuerte".

Estoy segura de que el hombre tenía buenas intenciones, pero sus palabras sonaban igual que las de mi padre y me revolvieron el estómago de rabia y frustración. Huí de la iglesia sin más respuestas que las que tenía cuando entré por la puerta.

Nunca fui a la universidad como pensaba. En lugar de eso, huí de casa. Podría haber solicitado préstamos o haber ido al refugio para mujeres maltratadas, pero dormí en los bancos del parque e intenté valerme por mí misma.

Siempre soñé con algo mejor. Siempre dije que algún día llegaría mi momento. Sólo que no pensé que llegaría con tantas ataduras.

Raniero podría haber cambiado las cosas si las circunstancias hubieran sido diferentes. Si me amara... si hubiéramos salido... si me tratara con respeto... todos los "si". Si no fuera él mismo, todo esto podría estar bien.

Pero todos conocen a la familia Valenti. Todos hemos oído los rumores sobre Mateo Valenti yendo a prisión por asesinato. Hemos bromeado sobre Luca ocupando un lugar en el Consejo de la Ciudad. Nos hemos burlado de Stefano y Cesare por seguir los pasos de la familia. Todo el mundo sabe que los Valentis consiguieron su fortuna por medios ilegales. Todos pensábamos que eran una broma. Peligrosos, pero una broma.

Nunca esperé ser secuestrado por Raniero. Ni siquiera pensé en lo que haría si me encerraba en su casa. ¿Cómo iba a prepararme para su encanto, atractivo sexual y retorcida lujuria? Nadie te dice nunca lo que tienes que hacer cuando te encuentras acorralado con un perro salvaje que sólo quiere hacerte sentir bien. No hay una guía sobre cómo controlarte cuando tus hormonas te exigen que te corras una vez más.

No se suponía que fuera así. Mi vida tenía que ser un cuento de hadas, no una película de terror.

RANIERO

"Me imagino que si celebramos la boda antes de que termine tu primer trimestre, no se te notará. Seguirás estando delgada y guapa en las fotos y la gente no pensará que es una boda de escopeta". Excepto Grant Jackson, que recibirá personalmente una invitación mía que diga que ahora que he dejado preñada a tu hija, será mejor que me case con ella. Pero Calliope no tiene que preocuparse por eso. "Eso nos deja unas siete semanas, pero estoy pensando que si nos casamos en cuatro, la gente puede incluso especular con que nos quedamos embarazados en nuestra noche de bodas".

Calliope se queda mirando la taza de café que tiene delante y se encoge de hombros. "Sí, claro", murmura, arrastrando las palabras como si estuviera borracha.

Le doy la espalda y aprieto la mandíbula con frustración. Ha pasado una semana desde que nos enteramos de su embarazo y lleva deprimida desde entonces. La veo tumbada en el suelo de su habitación o sentada fuera, en el jardín, siempre con la misma expresión apagada y distante en la cara. Sé que nunca había previsto esto para su vida, pero no puede estar tan disgustada por cómo ha resultado.

He intentado mantener la boca cerrada, pero cada vez estoy más cansada de la depresión en la que se ha instalado. Es como si el embarazo hubiera apagado todas las luces de su casa y se hubiera encerrado en la oscuridad. "A mi primo le gustaría venir este fin de semana y llevarte a comprar vestidos. ¿Qué te parece?"

No levanta la vista de su taza. "Me parece bien.

Cierro los ojos y cuento hasta diez mientras intento controlar mi ira. Sé que no es lo ideal. Sé que la he cagado al no ganarme primero su confianza. Pero, ¿qué puedo hacer para decirle que lo siento? ¿Cómo puedo hacerle ver que no siempre será así? "¿Te pasa algo, Calíope?". Me doy la vuelta lentamente y empujo la espalda contra la encimera, saboreando el dolor mientras me distrae de mi furia.

Calíope sacude la cabeza un par de veces y se levanta para limpiarse la cara. Mientras se levanta de su asiento, evita mirarme. "Tengo que ir al baño", murmura mientras sale de la cocina. Pero no se dirige al pasillo, sino que sube corriendo las escaleras.

Menos mal que se ha ido, porque tiro lo primero que tengo a mano contra la pared. Un plato se hace añicos en una espectacular exhibición de fuegos artificiales de cerámica. "¿Qué coño le pasa?" gruño.

Grace tuvo la sensatez de desaparecer cuando entramos en la cocina hace un rato, pero vuelve cuando oye el plato hacerse añicos. "Vaya", frunce el ceño mientras coge una escoba, "¿le pasa algo, señor Valenti?".

No confío en Grace porque tiene un trabajo y lo hace bien. Está a cargo de la cocina, ya sea preparando comidas, almacenando o limpiando. No es mi terapeuta personal y no merece que la trate como tal. Aprieto los dientes para no derramar todas mis frustraciones sobre ella.

Tararea para sí mientras barre mi desastre. Mientras Grace espera una respuesta, la veo desviar la mirada en mi dirección. Pero cuando no respondo, se encarga de darme un consejo. "Me trata como de la familia, señor Valenti, y se lo agradezco. Sé que nunca más tendré que preocuparme mientras usted esté cerca. Pero eso no lo sabe todo el mundo".

Grace no dice mucho, pero dice lo importante. Me quedo mirando mientras termina de limpiar la cerámica. Con cada respiración, me tranquilizo. Necesito hablar con Calíope como si fuera una igual. La he visto como mi prisionera desde el día en que la secuestré y probablemente sea así como ella se ve a sí misma. Tiene que saber que significa más que eso para mí.

Antes de salir de la cocina, me acerco a Grace y la abrazo. "Gracias", le susurro al oído, "aprecio tenerte en mi familia".

Parece una larga subida por las escaleras hasta el segundo piso. Cada escalón pesa en mi alma como un yunque. No sé cómo cambiar la dinámica que he creado entre Calliope y yo, pero sé que tiene que cambiar si queremos superar esto.

Me aterra estar delante de su puerta. Tengo una sensación de fatalidad inminente palpitando en mi pecho. Me cuesta llamar a la puerta en lugar de abrirla y entrar.

Como de costumbre, la encuentro tumbada en el suelo con los ojos fijos en el techo. "Calliope", la llamo como si fuera una pregunta, pero no se vuelve para mirarme. "Creo que deberíamos hablar".

Suspira, pero no se mueve. "Si es sobre la boda, podemos hacer lo que quieras. Me da igual".

Eso me duele y no sé por qué. Me acerco torpemente y me siento en el suelo a su lado. No sé cuándo fue la última vez que me senté cruzada de manzana, pero es lo primero en lo que pienso cuando me pongo cómoda. "Necesito que hables conmigo, Calíope. Necesito que me digas qué te pasa. Sé que esta situación no es la ideal, pero es lo que tenemos y quiero que te sientas mejor."

Calíope gira la cabeza hacia un lado para mirarme. Sus ojos parecen muertos. "¿Esta situación no es ideal?" Me repite mis palabras. "¿Crees que quería ser secuestrada, mantenida como rehén, preñada y casada con un hombre al que apenas conozco?".

"No me refería a eso", intento echarme atrás pero ella no me deja.

"¿Crees que esto es lo que imaginé para mi vida? ¿Casarme con alguien por venganza para vengarme de mi padre? Tú no me pones las manos encima como él, pero no eres mejor que él. Él me hizo daño por rencor a mi madre y tú me haces daño por rencor a él". Ella resopla y se da la vuelta para mirar al techo. "Estoy cansada de ser la que paga las deudas de mis padres".

Me hace sentir el mayor imbécil del mundo, y con razón. Podría haber reunido un archivo lleno de información sobre ella, pero en realidad no me decía las cosas importantes. "Calliope,

dejemos a tu padre fuera de la ecuación por un momento. Si no fuera por él, nunca te habría encontrado".

"Nunca hubieras querido", añade encogiéndose de hombros.

"Eso no es cierto", frunzo el ceño. "Hubiera querido descubrirlo, sólo que no sabía que era a ti a quien buscaba". Me cuesta encontrar las palabras adecuadas para lo que siento. Todo suena demasiado sensiblero y romántico y yo no soy ese tipo de persona. "No sabía quién eras hasta que tu padre entró en escena. Quería hacerle tanto daño como él me hizo a mí y así fue como te encontré. Y sé que está mal tenerte aquí, pero no quiero dejarte marchar".

Alargo la mano para acariciarle el antebrazo. Me encanta tocar a Calliope porque es muy suave y cálida. Tocarla es como volver a casa después de un largo día y meterse en la cama. Es reconfortante. "Eres una joven preciosa, Calíope. Perseveras a pesar de todo lo que la vida te ha echado encima. Eres la persona más valiente que he conocido. No conozco a ninguna otra mujer a la que escoltaran por la puerta principal con una pistola apuntándole a la espalda y que no se asustara. Te has adaptado a todo lo que te he echado encima y has conseguido salir fortalecida del otro lado. Y sé que debe de ser agotador ser tan fuerte, por eso ya no tienes que serlo".

Lentamente vuelve a girar la cabeza. Su mirada es interrogante a pesar de la profunda V de sus cejas. "¿Qué quieres decir?

Enrosco los dedos alrededor de su muñeca y la acerco a mí. Miro fijamente su dedo anular y sé lo que tengo que hacer. "Te has pasado toda la vida luchando por mantenerte a flote. Has sido la mujer fuerte y segura de sí misma que todos esperaban que fueras, incluso cuando la vida amenazaba con hundirte. Pero ya no. Voy a cuidar de ti, Calíope. Voy a ser tu fuerza a partir de ahora".

Debería haber dicho estas palabras desde el principio, pero no las habría dicho en serio. Diablos, me sorprende decirlas ahora. He amado a Calíope como un depredador ama a su presa, pero saber que mi hijo está creciendo dentro de ella cambia mis sentimientos por completo. "Tu padre nunca volverá a tocarte. No tendrás que volver a verle si no quieres. Si lo que te estoy obligando a tener no es lo que quieres, te dejaré marchar y me aseguraré de que nunca vuelvas a estar sin hogar. Llevas a mi bebé, Calliope, y eso cambia el cambio de poder en esta relación. Ahora tú tienes todas las cartas. Dime lo que quieres y lo haré realidad".

Calíope se me queda mirando. Los segundos se convierten en minutos y el silencio entre nosotros llena la habitación. Empiezo a preguntarme si me va a obligar a soltarla cuando dice que quiere trabajar con niños.

"¿Qué?" Frunzo el ceño.

Se queda callada de nuevo, esta vez incluso más tiempo. Pero me doy cuenta de que es porque está reflexionando. "No quiero ser ama de casa. Quiero trabajar con niños, quizá en un preescolar o algo así. A tiempo parcial", añade Calliope, "porque quiero sacarme el título de maestra. O tal vez dedicarme a la orientación escolar. Necesitaba a alguien que entendiera por lo que yo estaba pasando en el instituto. Creo que yo podría ser ese alguien para otros niños".

Estoy alucinada. Esperaba que me dijera que le diera el alta cuanto antes. Esperaba hacerle un cheque por una suma inconcebible sólo para que me dejara volver a ver a mi hijo algún día.

Esperaba que huyera de mí lo antes posible. "¿Quieres ir a la escuela?"

Calliope asiente con la cabeza. "Quiero ser el héroe que nunca tuve hasta que te conocí".

Ni siquiera sé qué decir. Abro la boca para hablar y la cierro enseguida, incapaz de reunir las palabras adecuadas.

"Lo que hiciste estuvo mal, Raniero, pero creo que eres más que capaz de pasar el resto de tu vida compensándolo". Un atisbo de sonrisa aparece en sus labios y me infunde nueva vida.

"No puedo cambiar el pasado, pero te prometo que el futuro será todo lo que siempre esperaste". Ella ha hecho realidad sueños que ni siquiera sabía que tenía.

Aún no sé cómo será el "felices para siempre" de Calíope, pero cuando lo sepa, haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.

Tal vez debería enviar a Grant Jackson una cesta de frutas. Si no fuera por su venganza contra la familia Valenti, no habría encontrado a su hija.

CALLIOPE

El tiempo es relativo. La velocidad a la que pasa depende de tu marco de referencia.

Los minutos pasan entre náuseas. El médico dice que suelen remitir hacia el final del primer trimestre, pero por ahora voy por ahí con una manga de galletas y chupando polos. Alguien en un foro de madres dijo que el azúcar ayuda a combatir las náuseas, así que ahora vivo a base de polos de naranja y galletas saladas.

Los días pasan en vitaminas prenatales. Son del tamaño de pastillas de caballo y me dan arcadas cuando me las trago. "Vamos", bromea Raniero, "te he visto tragar cargas más grandes que esa". Mis mejillas se tiñen de rosa en referencia a nuestra primera noche juntos. Al cabo de unos días, empiezo a cortarlas por la mitad. Una pastilla de caballo es más fácil de tragar cuando no está entera.

Las semanas pasan comparando alimentos. A las cinco semanas de embarazo, mi bebé tiene el tamaño de una semilla de manzana. A las seis semanas, un guisante de olor. A las siete semanas, un arándano. A las ocho semanas, una frambuesa. Cada vez que Raniero me dice un alimento diferente, entierro la cara en una almohada y lloro. Ya no estoy triste por estar embarazada, estoy triste por no poder comer.

Todo lo demás me pasa como la historia de mi vida que me cuentan por primera vez.

Raniero me citó inmediatamente con un obstetra. Nos sentamos en una consulta médica estéril con el olor a lavanda evadiendo nuestras fosas nasales e intentamos fingir que éramos personas normales, yo más que él. Se había ofrecido a traer a alguien directamente a casa, pero yo aproveché la oportunidad para salir de la mansión. Mi primer contacto con Manhattan en todo su esplendor fue como volver a casa.

No se había levantado ningún edificio en mi ausencia. La construcción de las carreteras más transitadas continuaba. No había ocurrido nada importante en las cuatro semanas que llevaba encerrado como un animal enjaulado. Pero, de algún modo, los árboles parecían más llenos y las calles más concurridas. Me hacía sentir viva.

Pero cuando llegamos al Grupo de Salud de la Mujer y una enfermera me acompañó a mi habitación con un puñado de preguntas, me sentí incómoda. No podía recordar la fecha exacta de mi última menstruación porque la aplicación que controlaba ese tipo de cosas estaba en mi teléfono, que no tenía. No podía explicarle al médico que, aunque estábamos intentando tener un bebé, no estaba casada con Raniero ni llevábamos mucho tiempo juntos. Él tomó las riendas de

aquello y defendió mi malestar con medias verdades. "Su padre es el jefe de policía y no le caigo muy bien, así que ha sido un noviazgo muy tenue, en el mejor de los casos".

Mi padre era el jefe de policía. No le gustaba Raniero. Nuestro noviazgo había sido tenue. Pero no mencionó que fue porque me secuestró de una casa abierta y me mantuvo encerrada en su mansión actuando como su esclava sexual personal.

"Ah, así que tú eres la chica que creían desaparecida", dijo el doctor con una especie de media sonrisa. "Hasta esa segunda semana, cuando empezaste a publicar fotos en las redes sociales, todo el mundo estaba realmente preocupado".

Intenté reírme, pero era algo con lo que iba a tener que lidiar durante semanas. La gente cuestionaría mi repentino regreso a Manhattan. Me preguntarían por qué me fui de mi casa abierta sin ni siquiera cerrar la puerta detrás de mí. ¿Y por qué dejé mis cosas en el mostrador? Habría cientos de preguntas que tendría que responder y lo único que podía hacer era encogerme en mí misma y esperar que Raniero tuviera un plan.

La doctora ordenó una prueba de embarazo para confirmar que, efectivamente, estaba embarazada, y luego me recetó vitaminas prenatales. Raniero me preguntó por varios suplementos dietéticos. ¿Podría tomar pastillas de hierro durante el embarazo? ¿Y vitamina C? ¿Probióticos? ¿Potasio? Tenía una lista en la cabeza y sorteaba los artículos uno tras otro.

También preguntó por un régimen de ejercicio. "No es que no quiera que crezca. Entiendo que está creciendo un niño ahí dentro. Pero soy una ávida corredora y sé que algo de ejercicio durante el embarazo puede ayudar a prevenir la diabetes gestacional."

La doctora asintió con la cabeza. "Siempre que la madre no padezca diabetes", añadió, "puede ayudar a reducir el riesgo. Yo diría que si la madre se siente bien", me miró con una sonrisa, "puede continuar con los ejercicios que está haciendo actualmente y hacer los que quiera, siempre que no sienta dolor".

Con todas nuestras preguntas contestadas, estábamos a medio camino de la puerta cuando la doctora nos detuvo. "Además, y odio decir esto, siempre sugiero a mis pacientes que se guarden las noticias emocionantes hasta las doce o trece semanas. Es el final del primer trimestre y el momento en que el riesgo de aborto espontáneo disminuye drásticamente. No digo que no puedas decírselo a tu familia y amigos -dijo con suavidad-, sólo te informo de los riesgos. Es mucho más difícil decirle a la gente que has abortado que decirles que estás embarazada".

Me agarré el vientre asustada y sentí que la mano de Raniero se extendía para sujetarme el codo. "Gracias por avisarnos, doctora. Lo tendremos en cuenta".

Apenas podía llegar al coche por mi cuenta. Raniero tuvo que ayudarme con un brazo alrededor de la cintura mientras soportaba la mayor parte de mi peso. "¿Y si aborto?" Ni siquiera me había dado cuenta de que me importaba tanto. "¿Y si hago algo que le haga daño al bebé?". Creía que sólo estaba siguiendo el plan de Raniero, pero ahora sólo podía pensar en quedarme quieta y desear que el niño que llevaba en el vientre creciera fuerte y sano.

Raniero se agachó frente a mi puerta y se llevó mi mano a los labios. Me dio una ráfaga de besos en la palma antes de llevarla a su mejilla. "Te pondrás bien, Calíope. Voy a cuidar de ti. Iremos a recoger los medicamentos prenatales que me recetó el médico y luego veremos si podemos hacer

algo para mantenerte a salvo. Los mejores alimentos para comer, los mejores ejercicios para hacer, lo mejor de todo. Lo averiguaremos, Calli, juntos. Tú, yo y el bebé contra el mundo".

Sus palabras calmaron mis temores. En las semanas siguientes, cumplió todas sus promesas.

Me hacía preguntas sobre la boda día y noche, pero cuando sentía que mi energía decaía, tomaba él mismo las decisiones. Soñaba con mi boda y quería un cuento de hadas, como todo el mundo, pero algunos días era demasiado.

Cuando Raniero quiso que añadiera a mis amigos a la lista de invitados, no supe qué decir. Claro que tenía amigos repartidos por toda la ciudad, pero muchos de ellos habían dejado de ser tan amables después de que pasara unas semanas en sus sofás. Otros, bueno, no estaba segura de lo cercanas que eran esas amistades teniendo en cuenta que no habíamos hablado desde el instituto.

Pero una vez más, Raniero se encargó de todo. La única decisión real que tenía que tomar era qué quería ponerme.

"Puedes usar una bolsa de papel si quieres", me ofreció Raniero una mañana durante el desayuno. Le había dicho a Grace que estaba embarazada y ella estaba encantada. Empezó a enumerar los alimentos que yo no podía comer y con qué los sustituiría. Creo que estaba más emocionada que Raniero y yo juntos.

Grace fue la que dijo que no podía ponerme lo que quisiera. Estaba en la habitación cuando Raniero dijo que podía llevar una bolsa de papel y casi se le cae la bandeja de tortitas. "No, cariño", me miró, "este es tu gran día. Nada de bolsas de papel. Vas a ser la reina del baile. En todo caso, necesitas un vestido como el de Cenicienta".

Ella era la única persona a la que le permitía presionarme. Con la aprobación de Raniero, me llevó a una pequeña boutique en una pequeña ciudad a cuarenta millas de distancia. "Mi amiga hace hermosos vestidos de novia. Dile lo que quieres y lo hará realidad". Pasamos la tarde borrachas de risas y amistad. Por primera vez en años, tuve un día de chicas y me encantó.

Parecía que todo había cambiado de la noche a la mañana. Raniero ya no cerraba con llave la puerta de mi habitación y confiaba en mí para pasear por los terrenos sin escolta. Sampson siempre estaba cerca, pero ya no me miraba como un riesgo de fuga. Me consideraba igual a Raniero y siempre se esforzaba por hacer lo más insignificante si me facilitaba la vida.

Fue él quien me llevó a varias guarderías de la zona. El primer día que se detuvo frente a una, dijo que trabajaba según los deseos de Raniero. "Me dijo que quería trabajar con niños. Mi madre lleva este lugar desde que yo era niño". Sampson se sonrojó tímidamente. "Pensamos que sería un buen lugar para que adquieras experiencia práctica".

Mi vida se convirtió en una rutina. Mañanas con Grace y Raniero donde hablábamos de cómo me sentía y qué se me antojaba. Raniero habría volado a Italia y me habría conseguido un plato de la pasta más fresca si eso era lo que pedía. Grace estaba dispuesta a preparar cualquier cosa, incluso un remedio para mis náuseas matutinas. Todas las mañanas me daba una taza de té humeante que, según ella, me curaría las náuseas del día. Tal vez lo hiciera o tal vez fuera un placebo. En cualquier caso, me salvó de vomitar cada hora durante las siguientes semanas.

Por las tardes, iba a una u otra guardería. Aprendí a cambiar pañales, a preparar leche de fórmula, a descongelar y calentar correctamente la leche materna y mucho más. Me ocupé de niños de seis

semanas y de cinco años. En esas cuatro semanas viví toda una vida de recuerdos.

Pasaba las tardes con Raniero. A veces me preparaba la cena, pero lo más frecuente era que viniera una cocinera a terminar lo que Grace había preparado por la mañana. Comíamos en el rincón de la cocina, en el comedor formal y, a veces, acurrucados juntos en el sofá. Raniero me dejaba ir adonde quisiera. "Llevas a mi hijo", me susurraba al oído, "puedes tener el mundo".

Verdaderamente, era un hombre cambiado. Todavía me llevaba a la cama religiosamente, alabando la plenitud de mis pechos y la hinchazón de mi vientre. Yo no notaba ningún cambio, pero él juraba todos los días que notaba que me hacía más grande con su hijo. Hacíamos el amor, pero a veces follábamos. La diferencia eran las palabras que me susurraba al oído cuando se corría dentro de mí. Pero ni una sola vez me aparté de él. Intenté decir que eran las hormonas las que me hacían desearlo, pero Raniero sabía que no era así. Me enamoraba de él cada día que pasaba.

Nuestra historia de amor no empezó de forma convencional, pero algún día iba a tener un final feliz.

RANIERO

Estoy jodidamente nervioso. ¿Qué clase de mierda campesina es esta?

"Tómate un chupito", Mateo levanta un vaso de chupito en el aire como si pudiera oír mis pensamientos. "Te garantizo que tu cara no estará blanca como una sábana cuando camines hacia el altar".

Me doy la vuelta para fulminarle con la mirada. "Debería haberle pedido a Luca que fuera mi padrino".

Desde el sofá, Luca asiente con la cabeza y dice: "Claro que sí. Habría organizado una despedida de soltero mejor. Para empezar, habríamos estado en Mónaco y habría habido strippers".

Mis dos hermanos pequeños intercambian miradas. Hace un par de meses que no veo a Stefano ni a Cesare. Dicen que es porque estaba demasiado ocupado buscando esposa y dejándola embarazada, pero yo creo que estaban demasiado ocupados para pasarse por casa o programar una comida. "Podría haberme encontrado una mujer en Mónaco", dice Cesare moviendo las cejas.

Resoplo y me dirijo al minibar. "¿No tienes una chica?".

Cesare pone los ojos en blanco y empieza a examinarse las cutículas. Juraría que se hace pulir las uñas una vez a la semana. "Preocúpate por ti, Nero, no te preocupes por mí".

A todos los miembros de la familia Valenti les pasa algo, quieran admitirlo o no. Mateo ha estado persiguiendo a la mujer con la que estaba comprometido antes de que lo metieran en prisión. Luca está chantajeando o siendo chantajeado por alguien, no puedo recordar cuál. Stefano siempre tiene media docena de mujeres revoloteando a su alrededor como abejas a una flor. Y Cesare fue aclamado en el periódico por salvar la vida de una mujer en el supermercado, una mujer que se parece sospechosamente a aquella cuyas fotos cuelgan en su despacho.

Los Valenti son peligrosos y siempre tienen algo bajo la manga. Nunca entenderé cómo hemos llegado hasta aquí. Antes sólo éramos cinco niños corriendo por los idílicos jardines de la finca de nuestros padres, jugando al pilla-pilla y escondiéndonos detrás de estatuas. Ahora hacemos cola para casarnos y formar una familia.

Llaman a la puerta de la habitación del hotel unos segundos antes de que empiece a abrirse. Mi padre entra con una sonrisa entre lágrimas y empieza a decirme en italiano lo orgulloso que está de mí. Hace tiempo que no hablo ese idioma y no lo entiendo muy bien, pero sé lo que quiere

decir cuando me abraza y me da unas palmaditas en la espalda.

"¿Lo tienes?" le pregunto cuando deja de hablar sin parar de lo bonito que está todo.

Papá se palpa el bolsillo del pecho y luego los dos costados. Tarda un segundo en sacar la cajita negra. "Tuve que comprarle a tu madre un anillo aún más grande para sustituir este, pero se alegró mucho de que te casaras".

Le cojo la caja y la abro. Dentro está el anillo de compromiso de la familia Valenti, que ha pertenecido a nuestra familia durante más de un siglo. Ha pasado de generación en generación hasta llegar a mis manos. Mis hermanos nunca tendrán el anillo de la familia, pero estoy feliz de pagar para que empiecen a tener el suyo. Dentro de cien años, podría haber una docena o más de anillos de la familia Valenti por ahí, adornando los dedos de las mujeres que amamos. Pero este es mío y es hermoso.

"Le va a encantar, hijo", dice mi padre mientras me da una palmada en el hombro. "Le va a encantar porque te quiere".

Eso me preocupa algunos días. Calliope sólo lleva dos meses conmigo. La mitad de la razón por la que está aquí es por el invitado de honor solicitado: su padre. Deseaba tanto la venganza que estaba dispuesto a ceder el resto de mi vida a la hija del jefe de policía para conseguirla. Pero la otra mitad de la razón por la que Calliope está aquí es porque, en algún lugar entre la venganza y la retribución, encontré a una mujer con la que quería estar. No se trataba tanto de renunciar al resto de mi vida como de estar con alguien a quien amara de verdad.

"La amo". Las palabras salen de mi boca y forman una arruga en mi frente.

"No me digas, colega", dice Stefano poniendo los ojos en blanco. "Si no, no te casarías con ella". No lo sabe todo, al menos no todavía. No lo he visto lo suficiente como para contarle la saga. Pero en cierto modo, tiene razón.

Si no me hubiera gustado Calíope, mantenerla atrapada en mi mansión habría sido diferente. Quizá no le hubiera metido la polla hasta la garganta aquella primera noche. Puede que no la hubiera preñado con mi hijo. Podría haber estado más dispuesto a chantajear al Jefe Jackson en lugar de avergonzarlo. Calliope es una chica hermosa, sumisa y diferente. Nunca había conocido a nadie como ella. ¿Pero si hubiera sido otra persona? ¿Quién sabe si habría cumplido mis amenazas?

Un hombre sólo puede permitirse ir tan lejos por deber. No creo que me hubiera casado con Calíope si ella no fuera lo que yo buscaba.

"Tengo que hacer algo", murmuro al cabo de un segundo. Cierro la caja y me dirijo a la puerta.

"Espera", me dice mi padre, "¿adónde vas?".

Pero no tengo tiempo de detenerme a decírselo. Tengo que ver a Calíope. Tengo que hablar con ella antes de que llegue al altar. Está en un piso más arriba que yo y subo corriendo las escaleras en lugar de esperar al ascensor. Cuando me acerco, oigo risas y música en su habitación.

Preparo el puño para llamar, pero la puerta se abre antes de que pueda hacerlo y veo a mi madre de pie con una carcajada en los labios. Tiene una cubitera en las manos y, al verme, casi se le cae. "Nero", dice mi nombre como si fuera una palabrota, "¿qué haces aquí fuera?".

"Necesito ver a Calíope". No puedo insistir en lo mucho que necesito verla. Cómo necesito hablar con ella casi tanto como respirar.

Madre me reprende y tira de la puerta tras de sí hasta que ya no puedo ver del todo el interior de la habitación. "Da mala suerte ver a la novia antes de la boda. Vuelve a tu habitación. Ya la verás más tarde", me insta. Aprieto con la mano la puerta de la habitación del hotel para impedir que mi madre la cierre del todo. "Por favor", le ruego, "necesito hablar con ella".

Suspira pesadamente y retrocede hasta la habitación, dejando la puerta entreabierta mientras encuentra a mi novia. La oigo decirle a Calliope que estoy fuera y que quiero hablar, pero que no tiene por qué verme antes de la boda si no quiere. Casi me golpeo la cabeza contra el marco de la puerta ante la insistencia de mi madre en ceñirse a la tradición.

"No, no", insiste Calíope, "lo veré".

Mi corazón se dispara en respuesta y atravieso la puerta antes de que nadie pueda detenerme. "Necesito hablar contigo", son las primeras palabras que salen de mi boca y toda la habitación jadea en respuesta. "Sólo un par de minutos. A solas, si no te importa".

Mi madre me fulmina con la mirada. "Será mejor que no te eches atrás en esta boda, Nero. No te crié así". Me recompensa con un dedo que dice que más vale que no la avergüence.

"No es eso, madre. Sólo necesito decirle algo a Calíope antes de ir a la iglesia". Después de asegurarme de que no pienso abandonar a mi mujer embarazada, todo el mundo sale de la habitación lentamente. Me quedo en un mar de galas de boda, aperitivos, mimosas vírgenes y mi futura esposa de pie con un vestido de novia.

Grace quería que pareciera Cenicienta y su deseo se hizo realidad. Calliope lleva un vestido con un corpiño ajustado y una falda vaporosa. Lleva el pelo rizado y apartado de la cara, sujeto con preciosos accesorios de perlas auténticas. "¿Va todo bien?" pregunta Calíope, con una voz vacilante que contrasta con la confianza que tenía momentos antes.

Cruzo la habitación y me coloco frente a ella. "Te quiero, Calliope Jackson. Eso es. Eres todo lo que siempre he buscado y todo lo que espero apreciar durante el resto de mi vida. Nadie me llena el alma como tú. Nadie más me hace sentir completo". Le recito mis votos en la intimidad de su habitación de hotel. "Eres el amor de mi vida y nada quiero más que compartir contigo mis triunfos y mis retos durante el resto de mi vida. Te prometo que haré que la lucha que te haga pasar valga la pena. Valga la pena la energía, valga la pena el tiempo y valga la pena tu amor. Porque estamos lejos de ser normales, pero espero que ese sea el lazo que nos una".

Su lengua separa sus labios, dejándolos húmedos a su paso. El brillo de las lágrimas humedece sus ojos verdes. "Estás loco, lo sabes", susurra. "Lo sé desde que nos conocimos.

La acerco hasta que la tela de su vestido de novia se aplasta contra mi traje. "Loco por ti, Calíope".

Se pone de puntillas, más alta ahora que lleva tacones. Me planta el beso más pequeño e íntimo en un lado de la boca. "¿Qué más puede pedir una chica?".

CALLIOPE

SIETE MESES DESPUÉS

"Maldito pedazo de mierda." Soy quien soy. No me disculparé por eso. Diré lo que siento y si eso molesta a Raniero, que así sea. Pero estoy de parto y me duele.

Raniero me coge de la mano en el coche mientras corre por la autopista 24. "Estaremos en el hospital en cinco minutos", jura. Sus dedos rodean los míos como un tornillo de banco. "Dame todo tu dolor, cariño. Hazme sentirlo. Apriétame la mano hasta que me la rompas".

¿Quién soy yo para decirle que no? La siguiente contracción que me sacude el útero está ligada a lo fuerte que apriete mi mano alrededor de la suya. Se salta un semáforo en rojo y, cuando pasamos por debajo de una parte especialmente brillante de la carretera, veo cómo se le tensa la mandíbula. "Eso es", gruñe entre dientes, "haces que me duela como te duele a ti, nena".

"Creo que me están destrozando desde dentro, Raniero". Aprieto los dientes como él, pero es porque siento que me arrancan el útero.

Intenta sonreír, pero mantiene la vista en la carretera. No esperaba ponerme de parto a las tres de la madrugada cuando llueve a cántaros, pero Raniero lo lleva como un profesional. Mantiene el coche recto y no derrapa ni un segundo cuando gira rápido y cerrado para salir de la autopista y entrar en una callejuela que lleva al hospital. "Cuando lleguemos al hospital, te pondrán la epidural y todo irá bien. Se te pasará el dolor en un santiamén".

El tiempo se convierte en una hora. Primero, tienen que averiguar lo cerca que están mis contracciones. Luego comprueban mi dilatación y progresión. Cuando por fin llaman al anestesista, está en otra parte del hospital. Parece una eternidad hasta que llega para acabar con mi sufrimiento.

Estar drogada es un auténtico éxtasis.

A pesar de que mis contracciones se sucedían cada tres minutos como un reloj, sólo tenía cinco centímetros de dilatación. Me pusieron en mi propia sala de partos y enviaron a una enfermera a controlarme cada media hora.

"¿Te traigo algo?" Raniero es como un cachorro ansioso. Pasa de sentarse en la silla que le ofrecen en el hospital a ponerse de pie a mi lado y apretarme la mano. Sus ojos observan mi barriga y rebusca nervioso en la "bolsa de viaje" cuando le pido el teléfono. "No recuerdo haberlo cogido".

Por primera vez en los meses que llevamos juntos, parece realmente afligido. Ya no es el Valenti

tranquilo y sereno que me apuntó con una pistola en mi jornada de puertas abiertas. En su lugar hay un hombre inquieto y ansioso que mira a izquierda, derecha y centro cuando no encuentra mi teléfono.

"Está en mi chaqueta", le recuerdo soñadoramente. El médico dijo que la epidural no me dormiría, pero sin duda disminuiría el dolor y podría quedarme dormida de todos modos. "Sólo quiero mandarle un mensaje a mi padre".

Raniero está a medio camino de devolverme el teléfono cuando digo esas palabras. Entonces se detiene en medio de la habitación y sostiene el teléfono junto a su cabeza. "¿Qué? Calli, cariño, quizá deberíamos esperar a volver a casa".

Está recordando la boda. Después de intercambiar votos en la habitación del hotel, una pequeña ceremonia privada entre los dos, nos dirigimos a la iglesia, a unas manzanas de allí, donde nos esperaban un montón de coches de policía. Mi padre, que había sido invitado, no estaba, pero sí todos sus amigos. Dijeron que habían recibido un chivatazo de que Raniero Valenti me tenía cautiva contra mi voluntad.

No sé si mi padre lo sabía o si sólo lo sospechaba, pero en cualquier caso, Raniero tenía que limpiar su nombre antes de que se permitiera el inicio de las festividades. Mentí con la mano sobre la Biblia que nunca me había tenido cautiva. Algún día iría al infierno por esas mentiras, pero al menos mi vida en la tierra sería bastante agradable durante un tiempo.

"No pasa nada", extiendo la mano para cogerle el teléfono aunque no esté cerca de mí. "Estaremos bien. Sólo quiero decirle que voy a ser mejor padre de lo que él nunca fue". Si tuviera el número de teléfono de mi madre, también le enviaría un mensaje.

Sé por qué se fue hace tantos años, pero nunca la perdonaré por dejarnos atrás a mis hermanos y a mí. Apolo y Ares tenían edad suficiente para defenderse de papá, pero yo aún era joven. Aún fui maltratado por él hasta el día en que me fui de la casa.

Raniero suspira pesadamente, dejando claro que no aprueba lo que estoy haciendo, pero al final, cruza el resto de la habitación y me entrega el teléfono. "Si manda a la policía aquí, Calíope, te lo juro por Dios -me amenaza-.

Si mi padre envía a la policía al hospital, no sé qué haré. Nunca he sido de las que se defienden, pero eso cambiará ahora que tengo una familia que proteger.

Tardo unos minutos en escribir un mensaje adecuado. Siento los dedos lentos y el cerebro lleno de niebla. Pero al final, pulso enviar en mi última comunicación con el hombre que casi arruina mi vida.

C alíope:

Tu nieto está a punto de nacer. Si no fuera por ti, yo no tendría mi final feliz. Gracias por todo lo que has hecho. Gracias por todas las veces que me hiciste entrar en razón, literalmente. Me hiciste más fuerte. Lo suficientemente fuerte para saber que moveré cielo y tierra para mantener a este bebé a salvo de ti. Lo suficientemente fuerte para protegerlo a él y a todos mis futuros hijos de hombres como tú. Nunca verás a tu nieto, no mientras yo tenga algo que decir al

respecto. Espero que seas feliz ahora que has alejado a todo el mundo.

Tiro el teléfono sobre la mesa auxiliar y dejo que Raniero sea mi fuerza durante el resto del parto. Pasan cinco horas antes de que esté lo bastante dilatada para empujar. La enfermera me sujeta una pierna y Raniero la otra. Con el médico delante de mí ordenándome que empuje, mi marido me mira a los ojos y me dice las mismas palabras.

El sudor me cae por la frente como una cascada. Me agarro a las barandillas de la cama para apoyarme. Cada vez que hago fuerza para empujar, la presión aumenta. La epidural retiene la mayor parte del dolor, pero sigo sintiendo a mi hijo mientras corona. Siento como si me abrieran el cuerpo. No hay dolor punzante ni desgarrador, solo tensión y pesadez mientras nace nuestro hijo.

"Y... ¡ya está aquí!" dice la doctora con cara de emoción. Levanta su cuerpecito lo suficiente para que pueda verlo. Está cubierto de placenta y sangre, pero tiene un aspecto precioso. "¿Cómo se llama, mamá?

Raniero y yo hablamos de esto largo y tendido antes de que naciera. Yo no me inclinaba por nada en particular, así que me presentó una lista de nombres que siempre había querido para su hijo.

"Gabriel", exhalo con la energía que me queda, "nos decidimos por Gabriel". Me recuesto contra las almohadas, ahora empapadas de sudor.

"Has hecho un gran trabajo", me elogia Raniero. Sus ojos brillan con lágrimas, las primeras que he visto en mi vida. "Has sido fuerte, valiente y hermosa en todo momento".

Sé que tengo una pinta horrible y se lo reprocho. "Cállate", gimo, "tengo un aspecto horrible".

Pero él me lleva la mano a la frente para quitarme los trozos de pelo que se me han pegado al sudor de la frente. Entonces Raniero se inclina hacia delante y presiona sus labios sobre la mancha de piel sudorosa. "Pareces una madre, Calíope, y esa es sin duda la visión más hermosa que he visto nunca".

El médico interrumpe nuestro dulce momento para preguntar si Raniero quiere cortar el cordón. Me deja solo un segundo, pero le observo con ojos fascinados mientras se transforma ante mí.

Raniero se planta delante de nuestro hijo llorando abiertamente. Susurra unas oraciones en italiano sobre Gabriel antes de cortar el cordón y liberarlo.

El hombre que hace menos de un año me obligaba a caminar con una correa y a arrastrarme sobre las manos y las rodillas como un perro tiene alma, después de todo.

"Te quiero, Raniero", cierro los ojos y dejo que el cansancio me inunde como una ola.

Apenas siento su mano rodear la mía. Me estoy quedando dormida cuando él dice: "Yo también te quiero, Calliope Valenti".

No me quedo dormida para siempre, sólo unos minutos antes de que mi posparto tenga que pasar. Pero cuando abro los ojos, ya han limpiado a Gabriel y lo han envuelto en una manta.

"Piel con piel, mamá", me dice la doctora mientras me entrega a mi hijo por primera vez. Empieza a quitar la manta y deja que su precioso cuerpecito se apriete contra mí. "Es precioso. Ha hecho un trabajo increíble".

Gabriel tiene todas las mejores cualidades de su padre y mías. Tiene la estructura ósea de Raniero y mis ojos verdes. Sus mejillas están llenas y sonrosadas y me mira como si fuera la octava maravilla del mundo. Me mira igual que su padre.

"Gracias", susurra Raniero mientras se acerca y se pone tan cerca de nosotros como le permite la cama. "Este es realmente el momento más feliz de mi vida".

Y tiene razón. Mi cuerpo se siente muerto y creo que podría dormir tres días si quisiera. Pero abrazar a mi hijo con mi marido mirándonos a los dos con cariño es mejor que dormir. Es mejor que todo. Es perfecto.

RANIERO

TRES MESES DESPUÉS

Gabriel ha pasado la noche en la cama. Y por dormir me refiero a que se despertará dentro de dos horas y media buscando la teta de mamá.

"¿Cómo está?" me pregunta Calliope cuando salgo de su habitación. Durante el primer mes, insistió en acostarlo ella misma todas las noches. Yo podía estar en la habitación, pero ella no soportaba separarse de él ni un minuto. Cuando entramos en el segundo mes, pude ver que empezaba a cansarse. Las bolsas bajo sus ojos se oscurecían día a día y era más difícil conseguir que me hablara cuando estábamos los dos solos.

Grace fue la que me ayudó a darme cuenta de que sufría una forma leve de depresión posparto. Aunque cambiaba pañales, me levantaba con él por la noche y lo cogía en brazos tantas veces como ella me dejaba, Calliope seguía sintiendo que la mayor parte del trabajo recaía sobre sus hombros. Al fin y al cabo, ella era la máquina de dar de comer y eso agotaba su energía.

Fue difícil convencerla de que pasara unas horas lejos de Gabriel y fuera a un balneario de la ciudad, pero cuando le dije que mis hermanos vendrían a ayudar y que tendríamos a Grace en la cocina si realmente necesitábamos ayuda, aceptó a regañadientes. Las cosas mejoraron después de eso. Incluso empezó a dejarme acostarlo a mí.

"Lo ha hecho muy bien", la tranquilizo. "No hay por qué preocuparse. Fue un ángel perfecto". A diferencia de su siesta de antes, cuando pataleó y gritó hasta quedarse dormido con lágrimas en las mejillas. Gabriel odiaba dormir. Quería estar despierto todo el tiempo para poder verlo todo. Luchaba contra el sueño como si fuera su archienemigo, un sentimiento que yo comprendía demasiado bien.

"Bien", Calíope exhala un suspiro de alivio. "Temía que te diera problemas".

Me acerco al sofá donde ella está sentada en nuestra habitación y ocupo el lugar junto a sus pies. "Si me da problemas, se los devolveré", amenazo con una sonrisa. Subrepticiamente, le agarro el pie y empiezo a frotarle el arco. Calliope pone los ojos en blanco mientras disfruta del masaje. "Por cierto, ¿cómo estás? Recuerda que tenemos que hablar para que pueda satisfacer todas tus necesidades".

Ella asiente con la cabeza y dice que no necesito recordárselo. "Pasaron unas semanas oscuras después de que naciera Gabriel. El médico me dijo en la revisión de las seis semanas que era normal. Mis hormonas empezaban a estabilizarse y yo estaba completamente curada. Es natural sentirse un poco desorientada".

No le recuerdo que, en un momento dado, estuvo tres días seguidos sin hablarme. Caminaba por la casa como un zombi y yo temía por su bienestar y su salud mental. "Por supuesto. Pero avísame si necesitas un día para ti. Tendré a los chicos aquí enseguida. Stefano ha estado rogando por un día con Gabe para ligar".

Calliope resopla y juro que veo cómo pone los ojos en blanco mientras levanta la cabeza para mirarme fijamente. "No está utilizando a nuestro hijo para ligar", dice sacudiendo la cabeza. "Puede conseguir muchas mujeres sin la ayuda de Gabe".

Le chasqueo la lengua. "Pero esos ojos verdes, Calli", hago un mohín, "son un imán para las mujeres". Debería saberlo; sus ojos verdes me atraen todos los días.

No dice nada más, solo mueve la cabeza mientras cambio de pie.

"Es un buen bebé, Calliope. Eres una madre maravillosa y todos tenemos la suerte de tener a Gabriel en nuestras vidas. Mi madre dice que hará otro viaje el mes que viene para pasar tiempo con él". Gabriel es su primer nieto y, aunque pasó tres semanas aquí después de que naciera, está impaciente por volver a verlo. Ha estado hablando de volver a Estados Unidos para estar más cerca de él, pero papá la ha mantenido con los pies en la tierra en Italia.

Calliope asiente suavemente con la cabeza. "Me alegra oír eso, de verdad. Es sólo que", hace una pausa, "lo siento". Calíope no sabe cómo terminar la frase, así que se limita a suspirar frustrada.

Le suelto el pie y subo la mano todo lo que puedo. Le rodeo la pantorrilla con los dedos y aprieto. "Dime, Calli. Dime lo que sientes o lo que quieres. Estoy aquí para ti".

Me dedica una pequeña sonrisa antes de inclinar la cabeza hacia un lado. Calliope se queda callada unos instantes. Veo cómo se le revuelve la cabeza mientras piensa en cómo decir lo que tiene en mente. Al cabo de un rato, lo resuelve. "¿Soy una mala madre si no puedo dejar de pensar en acostarme con mi marido?".

Ding dong, mi polla llama a la puerta de mis pantalones. "Eh, eh", me aclaro la garganta, "no, claro que no". He sido suave con ella desde el nacimiento de Gabriel. Tenía permiso para mantener relaciones sexuales después de la sexta semana posparto, pero estaba demasiado cansada. Durante un par de semanas más, luchamos contra su agotamiento antes de tener finalmente relaciones sexuales por primera vez. No duró mucho y, cuando terminamos, cogió una bolsa de guisantes y se la llevó a la entrepierna. Los puntos del desgarro podrían haberse disuelto hacía semanas, pero la presión de toda la sangre que corría hacia su vagina era casi insoportable.

Lo intentamos varias veces y el resultado fue siempre el mismo. Era como si la chispa de nuestros días anteriores al bebé hubiera desaparecido. Calliope siempre se ponía hielo en la vulva hinchada y juraba que mejoraría con el tiempo. O al menos eso esperaba, porque eso le había dicho el médico. No esperaba que su deseo volviera tan rápido.

"Hemos sido tan amables y dulces el uno con el otro", explica después de unos segundos. "Ha sido muy agradable. Echo de menos sentirte dentro de mí hasta el fondo. Echo de menos tu peso encima de mí. Lo echo todo de menos".

Mi polla me grita que me arranque los pantalones y la empale ahora mismo. "No quiero hacerte daño, Calíope". Eso no me detuvo antes, pero lo hace ahora que ella está en un estado tan frágil.

"Siempre tienes hielo en la vagina y eso es sólo por unos minutos de empuje suave".

Calíope se inclina hacia delante y, aunque el cansancio pesa sobre las ojeras, veo un destello de deseo en su mirada. "Entonces dame una buena razón para ponerme hielo en el coño, Raniero".

Dios, me encanta cuando usa palabrotas. "Calíope", empiezo.

"¿Qué? Ella se burla. "¿Ya no te parezco atractiva ahora que soy la madre de tu hijo?".

Eso no podría estar más lejos de la verdad. La encontré de lo más sexy en la habitación del hospital el día que dio a luz. Saber que ella me había dado el mayor deseo de mi corazón me había puesto más duro que nunca en mi vida. Me froté una en el baño después de que todo estuviera dicho y hecho porque sabía que pasaría un tiempo antes de que volviera a estar dentro de ella.

"Calíope, eres la mujer más sexy y hermosa que puedas imaginar. Si tienes algo post-Gabriel, es aún más sexy que antes". Me quedaría enterrado dentro de ella para siempre si pudiera, pero tengo responsabilidades y deberes.

Se agarra el dobladillo de la camisa y se la levanta despacio, dejando al descubierto sus pechos desnudos. "Entonces enséñamelo", dice mientras tira la tela al suelo. "Muéstrame lo sexy que soy para ti, Raniero".

Es un grito de lujuria; es un grito de ayuda. Puedo verlo en el brillo de sus ojos. Calliope quiere saber que sigue siendo hermosa para mí porque no se siente necesariamente hermosa para sí misma.

Me alegra recordarle que es el amor de mi vida. Lo haría todos los días, tres veces al día si pudiera. Y cuando me estoy follando su apretado y dulce coñito, ella grita: "Méteme otro bebé, Raniero". Y me corro en el acto llenando su centro con mi semilla caliente y fértil.

Acordamos esperar hasta que Gabriel tuviera seis meses antes de intentar tener otro bebé, pero ella sabe lo que me gusta. Sabe que quiero criarla como a un preciado caballo de carreras. Y cuando Calíope pronuncia esas palabras, no puedo evitar un orgasmo en el acto.

La marco con mi semilla, un recordatorio de que ningún otro hombre entrará aquí mientras yo viva. Calíope es mía. Soy como un niño codicioso obsesionado con mis posesiones. Y hace poco más de un año, capturé la mejor posesión de todas: Calíope.

Ha sido el mejor año de mi vida y estoy deseando que lleguen los próximos 365 días. Y los 365 días siguientes. Tengo ante mí el resto de mi vida. Voy a tener una familia. Tengo que dirigir mi imperio. Voy a cogerme a la mujer más hermosa del mundo.

Soy el hombre vivo más afortunado.

DESEOS DESVIADOS

PRÓLOGO

BAMBI

"Entré aunque la vocecita de mi cabeza me gritaba que corriera en dirección contraria". Todos los ojos de la sala me miran, desde el jurado hasta los abogados y los bancos llenos de público.

Un hilillo de sudor se forma entre mis pechos. Siento las axilas calientes y sudorosas. Mi madre diría que sentirme así de nerviosa significa que sé que estoy haciendo algo mal, pero ¿qué otra opción tengo? "Llamé a Mateo por su nombre, pero no respondió. Miré en la cocina y no estaba, pero la cena estaba en el fuego, así que sabía que estaba en casa. Cuando oí ruidos en el piso de arriba, supuse que estaba haciendo las maletas".

Nos habíamos prometido un mes antes y él aún se estaba mudando lentamente a la casa que nos había comprado. Era una preciosa casa de dos plantas en el barrio de Candlewood, con mucho espacio para que creciéramos. Me ayudó a mudarme la primera semana después del cierre. Aunque pasaba todas las noches conmigo, aún no había terminado de empaquetar todas sus pertenencias. Esa noche teníamos que recoger su cocina después de cenar.

"Subí las escaleras y los ruidos se hicieron más definidos. Había gruñidos y discusiones, pero no podía distinguir lo que se decía. Los ruidos procedían de su dormitorio y la puerta estaba abierta. Cuando miré dentro, fue cuando lo vi". Se me hace un nudo en la garganta y me quedo mirando al frente. Me da miedo mirar a Mateo, sentado detrás de la mesa del acusado. Lleva un traje negro inmaculado que sólo le hace parecer más guapo. Si nos miramos a los ojos, temo derrumbarme.

Mi abogado es amable conmigo. Hemos repasado estas preguntas cientos de veces, pero aún así tiene que preguntarme cuando llegamos a esta parte. "¿Y qué vio, Sra. Schelling?"

Cada vez que cierro los ojos, todavía puedo verlo en mi mente. "Vi a Mateo Valenti con las manos alrededor de la garganta de un hombre. La cara del hombre ya estaba negra y azul y había un poco de sangre goteando de su nariz. Los puños de Mateo también parecían ensangrentados, pero no estaba seguro de quién era la sangre".

Nunca olvidaré la mirada del hombre cuando le arrancaron la vida. Me miró desde la puerta e intentó suplicarme. Su boca se abrió y formó palabras, pero la presión de las manos de Mateo alrededor de su cuello me impidió entenderlas.

"Entonces, ¿qué ha pasado, señora Schelling?". Mi abogado me incita de nuevo, alejándome de perderme en los recuerdos de aquel día.

Mientras parpadeo, mantengo los ojos cerrados unos segundos más de lo normal. Puede hacerlo, me digo, estará entre rejas el resto de su vida. Cuando abro los ojos, no puedo evitar mirar directamente a Mateo. "Entonces salí de la habitación. Bajé corriendo las escaleras y salí por la puerta principal. No sé si Mateo oyó la puerta cerrarse de golpe o si fue el arranque de mi coche lo que llamó su atención, pero mientras yo tanteaba para salir de la entrada, él apareció en la puerta principal. Parecía enfadado, pero no intentó detenerme".

Llamé a la policía mientras me alejaba a toda velocidad. Creo que ni siquiera sabía adónde iba, sólo conducía tan rápido como podía. Tomé las curvas a toda velocidad y casi choco contra un coche aparcado en la acera. El corazón me iba a mil por hora mientras intentaba explicar a la central de emergencias lo que acababa de ver. Mis palabras salían confusas y no me di cuenta de que estaba llorando hasta que me detuve junto a un parque y vi la confusión reflejada en la pareja que pasaba por allí.

Mi abogado toma asiento; no tiene más preguntas. Desde su lugar detrás del escritorio, me hace un pequeño gesto con el pulgar hacia arriba. Apenas puedo verlo tras la nube de miedo que oscurece mi visión.

La abogada de Mateo es una mujer impecablemente vestida. Lleva un impresionante traje pantalón negro y un par de tacones dorados que la hacen parecer imposiblemente alta. "Sra. Schelling, usted dijo que vio a mi cliente, el Sr. Valenti, en el proceso de asfixiar a un hombre, ¿correcto?"

Asiento lentamente con la cabeza; no sé adónde quiere llegar. "Sí, señora. Vi sus manos alrededor de la garganta del tipo".

"Pero no vio a mi cliente matar a nadie, ¿verdad? Cruza los brazos sobre el pecho dramáticamente. "Usted misma admitió que huyó de la habitación cuando vio lo que estaba pasando".

"Yo...", empiezo a tartamudear. Mi abogado dijo que esto pasaría; me advirtió de que la defensa intentaría decir que yo no había presenciado nada en absoluto, salvo una refriega entre amigos. Ralentiza tus latidos, me digo. Tienes que calmarte.

Me tomo un momento para respirar y miro alrededor de la sala. El juez me mira fijamente y evito su mirada en cuanto la mía se posa en él. Los hombres y mujeres del jurado me observan con curiosidad, como si no se hubieran dado cuenta por mi testimonio de que salí de la sala antes de presenciar la muerte real de alguien. Entre el público que ha venido a ver el juicio están los cuatro hermanos de Mateo. Me miran como si fuera un paria.

No debería haber mirado a mi alrededor.

Reoriento la mirada hacia la pared del fondo del tribunal antes de responder a la pregunta del abogado. "No vi morir a la víctima, pero cuando la policía llegó unos minutos después, vieron que Mateo Valenti tenía las manos y el traje manchados de sangre".

"Pero no encontraron a un muerto", insiste el abogado. "¿No es cierto que, aunque mi cliente estaba sospechosamente cubierto de sangre, no pudieron encontrar un cadáver?".

El suceso en cuestión había ocurrido hacía dos meses. El hombre que vi en el dormitorio de Mateo aún no había sido encontrado. La policía me hizo hablar con un dibujante y publicaron a

la víctima en el periódico durante semanas. Las pistas que recibían no llevaban a ninguna parte. "Sí", murmuro como respuesta.

"No hay más preguntas, señoría". La sonrisa del abogado me recuerda a la de un tiburón: demasiados dientes y dispuesto a comerme vivo.

Me bajan del estrado y me devuelven al banquillo. Me paso el resto del día repasando mentalmente mi testimonio. ¿Qué podría haber dicho de otra manera? ¿Cómo podría haber sido más convincente? ¿Debería haber llamado a la policía? Apenas distingo lo que dicen los demás testigos porque estoy perdido en mi pequeño mundo de dudas sobre si la he cagado.

Durante los tres últimos días del juicio, me siento entre el público mientras los abogados terminan sus observaciones finales y hacen sus alegatos ante el jurado. No puedo dejar de mirar la nuca de Mateo; sus hermanos no pueden dejar de mirarme.

Cuando llega el veredicto, mi abogado me vuelve a sentar detrás de la mesa con él. Tengo el estómago tan revuelto que he desayunado caldo y aún se me revuelve en las tripas. Siento que voy a vomitar en cualquier momento.

El portavoz del jurado se levanta y lee el veredicto. "El jurado ha declarado a Mateo Valenti no culpable de asesinato en primer grado". La mitad de la sala aplaude, pero es un aplauso atronador. Sus hermanos se ponen en pie y se acercan a la mampara para darle una palmada en la espalda.

"Basta", el juez golpea su mazo, "el jurado no ha terminado". Es un viejo cascarrabias y desde el principio no le ha interesado el teatro del tribunal. Cuando la abogada de Mateo comenzó a fanfarronear salvajemente sobre las buenas obras que la familia Valenti ha hecho por Manhattan, la calló a los dos minutos de su diatriba. "Proceda", refunfuña.

El orador se aclara la garganta y lee el otro cargo que se le imputa. "Por el cargo de posesión criminal de un arma de fuego, el jurado ha declarado culpable a la acusada".

Me siento ambivalente ante el resultado. Mi abogado estaba seguro de que iban a conseguir Mateo por asesinato, pero para llevar el punto a casa, lo acusó de posesión de un arma de fuego. Cuando la policía estaba registrando su casa en busca de señales de un cadáver, encontraron un alijo de armas escondidas en el armario del dormitorio de invitados, en el estante superior. Habría ampliado su condena por asesinato, pero ahora es lo único que tienen contra él.

"Todo va a salir bien", me tranquiliza mi abogado en voz baja. "Ya ha cumplido condena por delito de lesiones. El juez le echará la bronca".

Pero no salió bien. Cuando el juez volvió a controlar la sala, hojeó su papeleo y nos dejó a todos sumidos en el silencio mientras determinaba la pena de prisión para Mateo. Pasaron unos minutos y muchos susurraron que el tribunal haría un receso para dar al juez más tiempo para considerar la gravedad, pero nada de eso sucedió.

En cambio, el juez golpeó su martillo por segunda vez cuando finalmente había tomado su decisión. "Por el cargo de posesión criminal de un arma de fuego, sentencio acusado, Mateo Valenti, a tres años en la cárcel del condado de Leavenworth. Eso es todo. Se levanta la sesión". Es el primero en levantarse de su silla mientras se retira a su despacho.

Mientras tanto, estallan estallidos en el tribunal. Un guardia viene a esposar a Mateo y sacarlo de la sala y algunos otros guardias tratan de reprimir la rabia de la familia Valenti.

"Os perdono", grita Mateo por encima de la multitud. Sus ojos se clavan en mí, pero donde antes veía amor, ahora veo venganza. "Pero pagarás por esto, Bambi. Algún día te arrepentirás".

Mi abogado se levanta para llamar a más guardias mientras veo cómo la policía se lleva al hombre con el que he estado saliendo los últimos tres años. Jura que vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos. Dice que volverá a por mí.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal mientras le escucho gritar a través de la habitación sobre nuestro futuro. Mateo Valenti es un hombre poderoso; si dice que algo va a suceder, es como si estuviera hecho.

MATEO

3 años después

"Estás de broma, ¿verdad?" Miro fijamente los zapatos que dejé en la entrada cuando me procesaron en el condado de Leavenworth. A ambos les faltan los cordones. "¿Cree que llegué aquí con los zapatos así?".

El hombre que me devolvió la bolsa de pertenencias parece no inmutarse por mi acusación tácita. "Aquí entran delincuentes todos los días, señor. Yo sólo meto sus cosas en las bolsas y guardo las bolsas en el almacén. El almacén está cerrado, señor. Nadie ha tocado sus cosas desde que llegó".

Eso es mentira. Tenía dos putos cordones de zapatos cuando entré por estas puertas y ahora no tengo ninguno. Por no mencionar que había un paquete de cigarrillos en el bolsillo del pecho de mi traje que ahora han desaparecido. Puede que dejara el hábito entre rejas, pero seguían siendo míos. "También me faltan 20 dólares".

El tipo hace la vista gorda a mis forcejeos. "Muévete. Hoy no tengo tiempo para esto".

No tuve tiempo de pasar tres años entre rejas. No tengo tiempo para pasar otras dos horas conduciendo de vuelta a Manhattan. No tengo tiempo para reconstruir mi vida por culpa de este estúpido contratiempo. Pero supongo que mi tiempo no importa.

Cojo lo que me queda de mis cosas -una cartera, un clip vacío y el reloj de mi abuelo- y me dirijo a la salida. A pocos metros de la puerta de la prisión está mi hermano. "Eres un regalo para la vista, y eso es mucho decir, porque eres un hijo de puta feo...".

Raniero me abraza antes de que pueda terminar. "Es bueno ver que sigues siendo un grano en el culo".

Uno de mis hermanos vino a verme cada dos semanas durante los últimos tres años. No tenía tiempo para echarlos de menos aunque quisiera. Pero su presencia en la prisión era vital para que no me metiera en líos. "Sácame de aquí, Nero. Necesito llegar a casa y darme una larga ducha caliente".

"¿Una en la que se te caiga el jabón y no tengas miedo de recogerlo?". Bromea mientras se separa de mí.

No es mi primera estancia en prisión, pero sí la más larga. Hace media docena de años pasé veintiséis meses entre rejas por un delito de lesiones, pero ese cabrón se lo buscó. "No estuvo tan mal. Pensé que sería peor, francamente". No me dieron una paliza sangrienta en mi primer día, así que eso fue una ventaja.

Raniero me lleva a su coche, un Tesla negro, una actualización de la última vez que lo vi. "Bonito coche", anuncio mientras camino hacia el lado del pasajero. Donde debería estar el tirador de la puerta hay una barra de metal a ras del coche. "¿Qué coño es esto?"

Resopla mientras se deja entrar. "Empuja el lado izquierdo de la manilla y tira del derecho".

Hago lo que me dice y cuando aprieto el lado izquierdo, el derecho salta como un tirador. "Puta mierda de coche nuevo", anuncio mientras tiro de la puerta para abrirla. "¿Qué otra mierda ha cambiado desde que me fui?".

"No mucho", se encoge de hombros Raniero mientras da marcha atrás y se dirige a la salida del aparcamiento. "Cesare se ha hecho un piercing en el ombligo".

"Ni de coña", me golpeo el muslo con la mano. "Ese pequeño..." "Era una broma", añade Raniero riendo. "Hablando en serio, nada ha cambiado. El mundo está igual que cuando lo dejaste".

A mí no me lo parece. He perdido tres años de mi vida. En lugar de casarme con el amor de mi vida y formar una familia, me pasé cada minuto haciendo ejercicio, leyendo libros y planeando cómo recuperar a mi chica. "Tienes que llevarme a una tienda de teléfonos lo antes posible. Tengo que volver a la red".

Asiente con la cabeza y, con un par de toques en la gran pantalla de su Tesla, nos guía paso a paso hasta la tienda Verizon más cercana. "¿Necesitas dinero?"

Estoy a punto de tocarme el bolsillo y decirle que estoy bien cuando recuerdo que no me llevé nada a la cárcel. Llevaba encima el carné de conducir, pero le di a mi abogado mis tarjetas de crédito y le dije que se las diera a mis hermanos. Me imaginé que no podría usar plástico entre rejas. "Probablemente voy a tener que pedir mierda nueva", sacudo la cabeza mientras salgo del coche. "Qué puta pérdida de tiempo".

Raniero sigue mi ejemplo y sale del Tesla conmigo. "De todas formas, no sé por qué tenías a ese tío allí cuando estabas cenando con Bambi. Ha sido una puta estupidez, Mat".

Pongo los ojos en blanco. Parece que he oído este discurso mil veces. "Te lo dije una vez y te lo repito, apareció sin avisar". Y así es precisamente como será su próxima llegada a la escena pública. Alguien estará cavando en el parque de la ciudad para instalar un nuevo poste telefónico o algo así y se encontrará con un cadáver. Uno de estos días tendré que desenterrarlo y trasladarlo a un lugar adecuado para su descanso final.

Entramos en Verizon y tenemos que esperar unos minutos antes de que un miembro del equipo esté disponible. No tarda en encontrar mi antigua cuenta y configurarme el iPhone más reciente. Me dice que la lista de contactos está intacta. "Están en la nube", me dice. "También tus fotos. Pero tendrás que volver a descargar todas tus aplicaciones e iniciar sesión en todo de nuevo".

Eso va a ser una pesadilla. Demonios si recuerdo mi contraseña de Facebook o mi dirección de correo electrónico. "Paga al hombre", le digo entre dientes a Raniero mientras me voy con mi

teléfono y empiezo a desplazarme por mi lista de contactos. Tengo que hacer una llamada y prefiero estar solo mientras la hago.

Cuando salgo por la puerta de la tienda de Verizon, el cálido sol del mediodía me golpea. A pesar de los fríos 50 grados, estar al sol me calienta hasta la médula.

Pulso la información de contacto de Bambi y aparece la pantalla de llamada. Al cabo de unos segundos, el teléfono empieza a sonar. Aprieto el trozo de tecnología entre los dedos y me lo acerco a la oreja, esperando el sonido de su dulce voz al otro lado de la línea.

Bambi nunca vino a visitarme. Mis hermanos decían que debería habérmelo esperado, pero aun así me cabreaba. Estábamos prometidos. Nos compramos una casa juntos. Podía entender que me entregara a la policía e incluso que dijera su verdad en el estrado, pero no podía creer que no me quisiera lo suficiente como para visitarme en la cárcel.

"¿Hola?" Suena vacilante, pero el sonido melódico de su voz me transporta al tiempo que pasamos juntos. Dios, la he echado tanto de menos.

Tengo que respirar un poco para no profesarle mi amor por teléfono. Ha pasado demasiado tiempo desde que vi la curva de sus piernas alrededor de mi cintura. Parece que ha pasado una eternidad desde que le follé el coño con la lengua. "Bambi, ya estoy fuera. Papá vuelve a casa".

Hay unos segundos de silencio antes de que la oiga revolviendo unos papeles. "Mateo, por favor", empieza a suplicar Bambi, "déjame en paz".

Como si nada. Sólo sobreviví esos tres años gracias a ella. Sabía que cuando saliera, estaríamos juntos de nuevo. Ella tendría que compensar lo que me hizo, pero estaríamos juntos. Nuestro felices para siempre me impedía destrozar salvajemente a los hombres que me faltaban al respeto cada día. "Sé que no podías soportar verme en prisión. Sé que por eso no viniste a visitarme".

Ella gimotea al otro lado de la línea. "No, se acabó, Mateo. Se acabó la noche que te vi hacerle eso a ese tipo".

Está empezando a cabrearme. Bambi no se supone que diga cosas como esta. No es verdad. "Estabas asustado, pequeño ciervo, eso era todo. Deberías haber hablado conmigo primero. Pero podemos superar esto. Soy libre y volveré a casa contigo".

Bambi me cuelga. Realmente me enfada. Me planteo tirar el teléfono por el aparcamiento hasta que Raniero aparece. Acaba de gastarse mil dólares en este teléfono; será mejor que no lo rompa delante de él. "¿Era ella?" pregunta con una ceja levantada.

Le doy la espalda y me dirijo al coche, con el ceño fruncido. "Vamos a volver juntos, Nero". Lucho con la estúpida manilla de la puerta durante unos segundos hasta que por fin consigo abrirla. Me lanzo al interior del Tesla y me odio por lo que ocurrió aquella noche de hace tres años.

Raniero entra unos segundos después y arranca el coche. "Esto no es una buena idea, Mat. Déjala ir. Déjala ir".

"A la mierda las buenas ideas. Esta es mi mujer, Nero. Si tuvieras una chica, ¿no harías cualquier cosa para conservarla?" No necesito que me responda para saber cuál sería esa respuesta. Sí, movería cielo y tierra por el amor de su vida. Rompería la ley si tuviera que hacerlo, como voy a

hacer yo.

Viajamos el resto del camino de vuelta a Manhattan en silencio. Cada vez que Raniero intenta romperlo e iniciar una conversación, giro la cabeza para mirar por la ventanilla. "Déjame guisar", refunfuño al cabo de un rato. Y lo hace.

Me lleva a la casa de nuestra infancia, que heredó después de que nuestros padres se mudaran a Sicilia. "Mañana organizaremos el resto de tu vida. Te devolveremos tus cuentas bancarias, te conseguiremos un lugar donde vivir y lo trasladaremos todo. Todas tus cosas están en el sótano. Las recuperé de Bambi después de que te sentenciaran".

Le dejo en el vestíbulo y me dirijo a mi antigua habitación. Ya está arreglada para los invitados, pero me tiro en la cama y me hundo en el edredón mientras caigo en una depresión. Me duermo antes de contar hasta diez. Es la cama más bonita en la que he estado en años y no puedo evitarlo.

Cuando me despierto, no recuerdo dónde estoy ni cómo he llegado hasta aquí. Me siento desorientada, me siento y observo la habitación. Todo me recuerda a mi infancia, lo que me recuerda que Raniero me trajo aquí. Porque acabo de salir de la cárcel y mi prometida no me deja quedarme con ella.

Me meto la mano en el bolsillo y saco el caro teléfono que Raniero me compró ese mismo día. De repente, agradezco no haberlo roto en el aparcamiento de Verizon. Rápidamente vuelvo a marcar el último contacto al que llamé: Bambi Schelling. Suena y suena, pero nunca salta el buzón de voz. "Mateo", gime somnolienta al otro lado de la línea, "no puedes llamarme más. Hemos terminado".

"Oh, Bambi", me río por lo bajo, "¿crees que tres años dentro son malos? Espera a que te ponga las manos encima". Pagará por lo que me hizo; pagará con su vida. "Estamos al final del juego, princesa, y voy a recuperar la vida que perdí. Dijimos que estaríamos juntos para siempre; es hora de que cumplas tu promesa".

BAMBI

2 años después

Mi teléfono suena suavemente debajo de la almohada y gimo mientras me doy la vuelta para apagarlo. Sin abrir los ojos, busco el sonido ofensivo y golpeo la pantalla hasta que la alarma desaparece. Quiero volver a dormir, pero mi cerebro ya está repasando a toda velocidad la lista de tareas del día.

Tengo que llevar mi vestido para esta noche a la tintorería. He concertado una cita con la tintorería local, pero tengo que especificar claramente que el vestido tiene que estar listo a las cuatro de la tarde.

Tengo que volver a comprobar la lista de invitados de esta noche. Eso significa revisar mis correos electrónicos, mis mensajes personales y los mensajes que me hayan dejado en el teléfono del trabajo. La gente que cancele por adelantado nos ahorrará unos cuantos dólares en gastos de comida.

Tengo que asegurarme de que el Sahara ha reunido suficientes estudiantes de hostelería para servir la comida, rellenar las bebidas y recoger las mesas. Si nos quedamos cortos, tendremos que ofrecer créditos extra para completar la lista.

Tengo que ducharme, lavarme el pelo y afeitarme todos los pelos desde el cuello hasta los dedos de los pies. Anoche metí el rizador de pelo en el bolso del trabajo. Tengo que acordarme de coger el maquillaje al salir para retocarlo antes del acto. No voy a tener tiempo suficiente entre el final del trabajo y el evento que hay que preparar para correr a casa y arreglarme.

No volveré a dormirme pronto. Va a ser un día muy ajetreado. El decano de K-State se jubila y todo el mundo quiere despedirlo por todo lo alto, incluido el personal que se ha pasado las dos últimas décadas seleccionando para cada departamento. No me contrató a mí en concreto después de graduarme en la universidad hace ocho años, pero mi jefe de hace tantos años me dijo que él sopesaba a los candidatos. El decano Simon era el decano más implicado de la facultad desde sus inicios.

Salgo de la cama y me dirijo a la ducha, desnudándome sobre la marcha. Las cortinas están echadas y la puerta de la habitación cerrada, por lo que la iluminación interior es mínima. Al encender la luz del cuarto de baño, me tapo los ojos ante la fuerte iluminación. Tardo unos

segundos en adaptarme mientras abro la ducha y espero a que se caliente el agua.

En verano, me gusta abrir las ventanas y dejar que entre la brisa matinal, pero hoy la máxima es de sólo 52 grados. El otoño ha llegado a Manhattan y me encanta mirar por la ventana del baño para ver cómo los árboles dejan caer sus coloridas hojas.

Mientras me ducho, pienso en las pequeñas cosas de las que tengo que ocuparme. Repaso las conversaciones que tengo que mantener con algunos alumnos y lo que debo hacer para que todo salga bien esta noche. En un momento dado, mis pensamientos se ven interrumpidos por el ruido de algo que cae. Cierro el grifo, descorro la cortina de la ducha y cojo una navaja escondida en el portarrollos del inodoro. Mientras la sostengo en alto a la espera de que el intruso me encuentre desnuda y asustada en el cuarto de baño, pasan un puñado de minutos hasta que me doy cuenta de que no ha caído nada.

Cubierta de vergüenza, vuelvo a abrir la ducha, coloco el cuchillo en el borde de la bañera y me lavo rápidamente el pelo y el resto del cuerpo. Intento fingir que no ha ocurrido mientras salgo, me seco y me seco el pelo. El maquillaje oculta mi colorete natural, sustituido por un falso colorete que me pone como loca.

Cuando bajo a desayunar, primero me detengo en la puerta principal. El sistema de seguridad de última generación que mandé instalar hace dos años funciona a la perfección. La luz verde está encendida, lo que indica que el sistema está encendido y funciona perfectamente.

"Sólo era tu cabeza jugándote una mala pasada", murmuro para mis adentros. "Nadie entró en casa. La alarma habría saltado". Ni siquiera había pensado en eso cuando me apresuraba a cerrar la ducha y coger un arma. Todo lo que podía pensar era que alguien estaba en mi casa y que alguien era probablemente Mateo.

Se me revuelve el estómago cuando entro en la cocina. Si tuviera un contador en la pared, se pondría a cero. Han pasado cero días desde que pensé que Mateo había irrumpido en mi casa y me obligó a cumplir mi promesa de casarme con él. Lo más alto que ese contador ha llegado fue de 52 horas.

El café que había programado para esta mañana espera sin prepararse en la máquina. Cuando voy a coger una taza y veo que la función de programación está desactivada, me digo que se me olvidó activarla anoche. Pulso el botón de preparación y dejo que haga su trabajo. No más teorías locas sobre Mateo, me digo. "Y no más pensar en Mateo", añado en voz alta.

Manhattan es una ciudad pequeña, pero lo suficientemente grande como para que haya conseguido evitar a mi ex prometido durante los últimos dos años. Después de que me llamara sin parar la primera semana que salió, me aterrorizaba la idea de que se presentara en la puerta de mi casa con una pistola y me obligara a casarme con él. Cada día desde entonces ha sido un testimonio de lo contrario.

Pero el hecho de que Mateo no se presentara en mi casa con un anillo de boda y un predicador no significa que no me haya equipado para la seguridad. En una llamada a mis hermanos, ambos estaban en mi porche intentando averiguar cómo instalar una cámara de seguridad en el timbre de la puerta cuando ninguno de los dos era especialmente experto en tecnología.

Mi padre pagó el sistema de seguridad de la casa. Me dijo que lo llamara mi regalo de

cumpleaños y de Navidad y se aseguró de que viniera una empresa profesional de otro estado a instalarlo. "Así esos malditos valentistas no podrán sobornar a un técnico local para conseguir tu información, pequeña", refunfuñó mi padre por teléfono. Pero el inconveniente de su plan ha sido que me he pasado horas al teléfono con un técnico de seguridad de Nebraska intentando averiguar por qué a veces la luz parpadea en naranja en lugar de permanecer fija en verde cuando está encendida o en rojo cuando está apagada.

Tengo cuchillos en todas las habitaciones de mi casa. Están cuidadosamente escondidos en cajones aleatorios que los invitados no deberían rebuscar o en los cojines de mi sofá. No creo que un cuchillo se detendría Mateo si realmente irrumpió en mi casa, pero podría frenarlo.

Odio decir que tengo miedo del hombre que una vez amé, pero ¿qué otras palabras puedo usar para describirlo? Hace cinco años íbamos a vivir juntos y a casarnos. Entonces lo encontré matando a un hombre.

Bien, la defensa luchó contra la afirmación de que realmente había asesinado a alguien diciendo que no había víctima para el supuesto crimen. Pero sé lo que vi. Sé lo que los rumores alrededor de Manhattan decían sobre Mateo Valenti y su familia. Él siempre fue dulce y gentil conmigo, pero yo sabía más. Yo sabía la verdad.

El hombre con el que me iba a casar era un asesino de corazón frío. Al principio no me importaba porque nunca lo había presenciado con mis propios ojos. Me gustaba estar con alguien un poco peligroso, sospechoso de haber cometido algunas fechorías. Pero todo cambia cuando ves que la persona a la que están asfixiando hasta la muerte te mira con verdadero miedo en los ojos.

La cafetera suelta un pitido cuando se termina y yo doy un salto en el aire. Pensar en Mateo siempre me pone de los nervios. "Estúpido Valenti", murmuro en voz baja mientras cojo una taza y me sirvo un café.

No le des espacio para vivir en tu cabeza, me dice la vocecita. Han pasado dos años. Probablemente ya no le importas.

MATEO

Todavía vive en la casa que compramos juntos. Apuesto a que piensa que está a salvo allí con todas sus medidas de seguridad, pero nunca ha sido más vulnerable.

¿Cuántos miembros de la familia saben cómo hackear un sistema de seguridad? Media docena, por lo menos. Pero le pregunté a Vincente, un joven duro cuyas habilidades delante de un ordenador eran tan buenas como sus puños en un callejón. Con la constitución de un defensa y el cerebro de un mago de la tecnología, supo exactamente lo que necesitaba en cuanto le dije lo que buscaba.

Podía encender y apagar el sistema de seguridad de Bambi con sólo pulsar un interruptor. Era reacio a enseñarme a hacerlo yo mismo, pero todo el mundo tiene un precio. Vincente consiguió unos miles de dólares para pagar algunas deudas de juego.

Acceder a la cámara del timbre de Bambi fue incluso más fácil que descifrar su sistema de seguridad. En poco tiempo, tuve acceso completo a su casa. Nuestra casa.

Vi sus llaves colgadas en la puerta principal, la cadena con una botella de spray de pimienta. Sabía que tenía otro enterrado en el fondo de su cómoda.

Cuando estaba en el trabajo, me tomé mi tiempo para revisar cada rincón de su casa. Robé sus bragas sucias para deleitarme con el único trozo de ella que podía tener. Me tumbaba en su cama y aspiraba su aroma. Imaginé nuestras vidas juntos en esta casa; lo que debería haber sido y lo que había sucedido en su lugar.

Bambi siguió adelante sin mí. Mentiría si dijera que no me dolió. Mientras pasaba los últimos dos años cuidándola, vi a un puñado de hombres entrar y salir de mi casa. Hombres que duraron unas semanas. Hombres que duraron un par de meses. Todos ellos profanaron la casa que compré con mi dinero duramente ganado. Apuesto a que hurgaron en mi chica hasta que llegaron y la dejaron con las ganas.

He pasado dos largos años observándola desde lejos. Pasando junto a ella en el supermercado, desesperado por atrapar el más leve roce de su piel contra la mía. Acudiendo a sus eventos de trabajo y acechando en las sombras, asegurándome de que nunca me viera la cara. Sentado en la casa de enfrente, con cámaras de vigilancia que me mostraban cada rincón de su casa.

Raniero me dijo que le diera espacio, y así lo hice. Pero el tiempo del espacio se acabó. El tiempo de dejarla ser ha pasado. He estado alejado de Bambi durante cinco años y me he cansado

de poner espacio entre nosotros.

"Sabes que es una mala idea", dice Luca con aire aburrido.

Me ajusto la corbata en el espejo y le ignoro. "Nadie te ha preguntado, Luc. ¿No tienes mierda del Ayuntamiento que hacer?".

Luca resopla y se tira en mi cama. Las arrugas atraviesan su traje y le dejan con cara de disgusto. "Hoy no, hermano mayor".

"¿Me ha llamado alguien?" Raniero entra por la puerta ajustándose la corbata. "Oye, por cierto, ¿cuánto tiempo nos vamos a quedar? Le prometí a Calíope que acostaría a Gabe esta noche. Necesita un baño de burbujas y...", deja de hablar cuando se da cuenta de que todos los presentes le miran con cara de asco. "¿Qué?" Nos devuelve la mirada. "Perdonadme por tener cosas mejores que hacer".

Nuestra pequeña voz de la razón y el menor de los hermanos Valenti, Cesare, le recuerda a Raniero por qué estamos todos asistiendo a la fiesta de jubilación del decano. "La familia donó suficiente dinero a K-State para que un edificio llevara nuestro nombre. Ayudaron a la nieta del decano Simon a entrar en Yale", señala, "creo que nuestra presencia es una especie de necesidad".

Debería haberles pedido a todos que se reunieran allí. Tener toda esta testosterona en mi casa me está volviendo loca.

"Vale, ¿pero alguien está de acuerdo en que no vaya?". Luca me señala desde la cama y me planteo seriamente acercarme y darle un puñetazo en la cara.

La habitación se queda en silencio y todas las miradas se vuelven de Raniero a mí. Incluso el más callado de los chicos, Stefano, me mira con curiosidad. "¿Qué? Les fulmino con la mirada a través del espejo. "Yo también formo parte de esta familia". Cuando giro sobre mis talones para mirarles directamente, todos empiezan a hablar a la vez.

"Sí, pero tú tuviste lo de la cárcel". Cesare.

"No olvides que este es el departamento universitario de Bambi". Raniero.

"Eres una especie de oveja negra de la familia". Luca.

"Sí, ¿pero no eres tú la oveja blanca?" Cesare hablando con Luca.

"Esto es por su estúpido culo, no por mí." Luca hablando con Cesare.

"¿Puedes soportar verla de nuevo?" Stefano.

No me agobio fácilmente, pero me frustro con facilidad. "Para, vale", levanto las manos para llamar la atención, "solo para. Sí, la cagué hace unos años y maté a un tío. Eso sí, fue por orden de Raniero, así que no me achaques todo esto a mí, joder".

Raniero interviene para añadir en voz baja: "Pero no dije que lo mataras delante de tu prometido".

Giro la cabeza lentamente para clavarle los ojos a mi hermano mayor. Si pudiera, le haría un agujero en el pecho. "Maldito hipócrita. ¿No estamos todos infringiendo las mismas putas leyes?". Antes de que nadie pueda responder, arremeto contra todos. "Secuestraste a la hija del jefe de policía. Así que no me hables de cometer un crimen en secreto. La secuestrasteis y luego hicisteis que un fotógrafo sacara fotos falsas de vosotros dos pasándolo como nunca para que la ciudad pensara que estaba bien. Hiciste que Sampson fuera a su puto apartamento y lo hiciera parecer habitado. Así que no prediques todo lo alto y poderoso sobre cometer el tipo correcto de delitos porque se me ocurren al menos seis cargos por los que deberías ir a la cárcel".

Silencio. Cualquiera diría que he tirado una bomba en la habitación. Pero me vuelvo contra Luca y lo leo hasta la saciedad a continuación. "¿Quieres compartir con la clase cómo has estado cambiando silenciosamente las leyes de la ciudad para beneficiar a la familia? ¿Cómo hay sospechosamente 150.000 dólares del presupuesto de Manhattan que se gastan en reparaciones de carreteras y ayer mismo jodí mi coche en el bulevar Tuttle Creek?". Golpeé un bache y casi reviento mi neumático. Desde entonces pierde aire poco a poco y voy a tener que ir a Firestone en los próximos días para que me lo cambien". "Y no me hagáis hablar de vosotros dos", miro a Stefano y Cesare.

Son los más jóvenes de los Valenti, con 33 y 32 años respectivamente, pero no son menos inocentes que el resto de nosotros. A Stefano casi le pillan manipulando a un jurado en un caso para un amigo y Cesare ha estado arruinando casualmente la vida de una mujer para convencerla de que él es el único hombre que puede protegerla.

"Estamos todos jodidos, vale. Somos Valentis, por el amor de Dios. Yo sólo soy el desgraciado hijo de puta al que han metido entre rejas por ello. Pero no os equivoquéis", les advierto, "cabrones, no sois inocentes sólo porque no os hayan pillado".

Nadie me dice lo que tengo que hacer, no cuando soy un hombre libre. Pueden pedirme ayuda, pero no pueden obligarme a ayudarles. Soy mi propia persona. Y esta noche iré a la fiesta de jubilación del decano. No me importa lo que digan mis hermanos.

He pasado dos años al acecho para poner mis manos sobre Bambi. No voy a echarme atrás hoy.

"¿Vamos a conducir juntos o qué?" Raniero se aclara la garganta y cambia de tema.

Todo el mundo gime. "No quiero viajar en tu Tesla", anuncia Luca para todos nosotros. "No hay espacio para las piernas cuando uno quiere estirarse y echarse una siesta".

Raniero arruga la nariz. "Bien. No quiero que duermas en mi Tesla. Sólo quiero irme a casa con mi mujer y mi bebé".

"Sí, sí", dice Cesare, "lo sabemos. ¿En esto nos convertiremos todos cuando nos casemos? ¿Papás ñoños que sólo quieren quedarse en casa y nunca hacer nada divertido?".

"Habla por ti", les digo. "La única persona que quiero que me llame papá es Bambi. Quiero que me llame papi cuando le esté dando bien por detrás y...".

Luca se levanta de la cama y me interrumpe en mitad de la frase. "Basta, Mat. Lo hemos pillado. Cristo, eres asqueroso".

Eso es lo que dice, pero todos hemos oído historias sobre las conquistas sexuales de Luca. No es

mejor que yo. A todos nos gusta un poco de picante en nuestras vidas. ¿A quién no?

BAMBI

Mi paranoia de antes se olvida mientras dirijo a los estudiantes a sus sitios. Es la hora del cóctel y por fin empieza a llegar gente. Todos los miembros de la universidad visten sus mejores galas. Muchos traen una tarjeta para el decano saliente y me quedo mirando la mesa de los regalos, que empiezan a amontonarse. ¿Qué posibilidades hay de que la gente haya extendido cheques al Decano? Miembros del personal, antiguos alumnos valiosos y jefes de departamento que se beneficiaron de su sabiduría y gracia. Tiene que haber miles de dólares acumulándose en esa mesa.

No crecí rico, pero mi familia tampoco era pobre. Llevábamos una vida normal en la que podíamos permitirnos hacer la compra, pagar las facturas y darnos un atracón de comida rápida una vez al mes. Pero recuerdo cuando mi hermano se rompió el brazo en el instituto y las cosas se pusieron difíciles durante un tiempo. No teníamos seguro médico y el viaje a urgencias acabó con la cuenta de ahorros de mis padres. Aprendí pronto que podíamos estar bien en el día a día, pero que una crisis inesperada podía sumirnos fácilmente en la pobreza.

Imité ese estilo de vida a medida que crecía. Aunque mis padres pudieron permitirse ahorrar 5.000 dólares cada uno para que los tres fuéramos a la universidad, tuvimos que pedir préstamos estudiantiles para el resto. En mi tiempo libre, tenía dos trabajos. Entre semana era camarera y los fines de semana trabajaba en un bar. Esto último me evitaba perderme todos y cada uno de los actos sociales a los que asistían mis amigos.

He aprendido a querer lo que soy a pesar de no tener riqueza. Cuando salía con Mateo, le gustaba mimarme. Pero cuando todo terminó, volví a cuidar de mí misma. Mentiría si dijera que no siento celos al ver a todos los hombres y mujeres bien vestidos. Sería deshonesto decir que miré la mesa de regalos y ni una sola vez pensé en robar unos cuantos sobres para ayudarme a pagar mis facturas el mes que viene.

"Señorita Schelling". Se me cae el corazón al culo y me da un vuelco el estómago. Reconozco esa voz.

Me giro lentamente, rezando por equivocarme. Por favor, no sean ellos. Por favor, no sean ellos. Pero mis oídos no me engañan. Un giro de 180 grados revela los rostros apuestos y sonrientes de los Valentis que se suponía que eran mis cuñados. "Hola", consigo decir entre dientes apretados. "¿Qué haces aquí? ¿Suena acusador?

Raniero es el aspecto que tendrán sus hermanos pequeños cuando lleguen a los cuarenta. Tiene una seguridad interior que atrae todas las miradas. Me enteré de que se casó el año pasado; no

me invitaron a la boda por razones obvias.

"Tenemos lazos personales con Dean Simon. De hecho, estamos aquí a instancias de su nieta. ¿La conoce? Hermosa joven, graduada el año pasado en la facultad de derecho de Yale, invitada a uno de los mejores bufetes de Nueva York". Raniero desgrana los hechos con una sonrisa de gato comiéndose al canario.

Intento pegar una sonrisa a la mía, pero no consigo hacer más que una mueca. "Creo que no he tenido el placer de conocer a la nieta del decano".

Raniero suelta una pequeña carcajada. "Es bastante impresionante. Su formación académica es fenomenal. Por supuesto, la ayudé a entrar en Yale. Fue un favor personal para el decano".

Apuesto a que los Valentis no saben lo que es preocuparse por el dinero. Ellos no se ponen enfermos y se preocupan por tomarse unos días libres en el trabajo o por ir al médico. No les preocupan los copagos ni las franquicias. Si tienen un pequeño resfriado, están dispuestos a pagar por medicamentos de marca para eliminarlo antes de que se convierta en una sinusitis. "Estoy seguro de que estará encantado de verte entonces. Por favor, tómate algo en el bar y..."

"¿Cómo has estado?" Luca me interrumpe. Se adelanta para estar a la altura de su hermano mayor. "Creo que no te he visto por aquí últimamente".

Intento evitar los lugares familiares de los hermanos Valenti. Más que nada porque no quiero encontrarme con Mateo, pero tampoco me gusta andar con su familia. Cuando Mateo estaba en espera de juicio, recibí un puñado de visitas de los hermanos Valenti exigiendo que me retractara. Cesare fue el más amenazador. "He estado ocupado con el trabajo. Muchos eventos para la Escuela de Negocios este año. Ahora si me disculpas..." "¿Estás saliendo con alguien?" Interrumpe de nuevo. Cuando ve la expresión de horror en mi cara, su sonrisa se ensancha. "Lo pregunto porque te estás haciendo mayor, ¿no? ¿Cuántos años tienes, 34? 36?"

Me está tomando el pelo. Aprieto la mandíbula e intento no atacar. "Sólo tengo 30, Luca, pero gracias por recordármelo. ¿Dónde está Mateo? ¿Otra vez en la cárcel o tiene miedo de dar la cara?". No puedo evitar que la puya salga de mi boca. Por mucho que quiera responder con elegancia a sus preguntas y marcharme con la cabeza bien alta, sigo siendo yo. Sigo siendo una mujer que tuvo que comparecer ante un jurado y explicar que su futuro marido era un asesino. Por supuesto, se libró porque no había cadáver, pero aun así tuve que ponerme en esa situación.

La sonrisa de Luca se transforma en lo que sólo puedo suponer que es mortal. El brillo de sus ojos parece amenazador y juro que lo veo tensar los músculos bajo la chaqueta. "Es bonito que te preocupes tanto por él después de mandarlo río arriba".

El sudor empieza a formarse entre mis pechos. "No me importa..." "Seguro que se alegra de que preguntes por él. Pero no te preocupes", Luca guiña un ojo, "si tanto quieres encontrarlo, seguro que aparecerá. Está por aquí".

Creo que voy a empezar a hiperventilar. Los hermanos Valenti han aparecido en muchos eventos. Los he evitado como la peste y me las arreglé para pasar desapercibido. Pero pensé que Mateo evitaba esos eventos por mi culpa. Pensé que era una verdad tácita. Tú no vienes a mis barrios y yo no voy a los tuyos. Como resultado, me he mantenido fuera de los restaurantes poco iluminados, bares locales, y en cualquier lugar que pueda servir remotamente comida italiana,

con la excepción de Olive Garden porque Mateo me dijo que no es real. "Si me disculpa..." Luca no me deja terminar la frase. "Que tenga una buena noche, señorita Schelling. Espero que sea todo lo que esperaba".

Empiezan a formarse puntos negros en mi visión y me retiro de la conversación sin despedirme. Estoy segura de que la palidez de mi piel y la mirada salvaje de mis ojos resultan desagradables a los invitados con los que me cruzo. Oigo murmullos a mi paso, pero no me importa. Tengo que salir de aquí. Tengo que calmarme.

Atravieso una serie de pasillos y subo desde la sala de recepciones, donde se celebra el acto, hasta mi despacho, en la tercera planta. Subo por las escaleras, con la esperanza de que el movimiento ayude a mi cabeza a dejar de dar vueltas. Respiro hondo. Es como si otra persona me dijera lo que tengo que hacer para salir de aquí sana y salva. Ya casi ha llegado.

Las oficinas de la tercera planta están a oscuras, los pasillos sólo están iluminados porque hay un evento en el piso de abajo. Marco el código de la puerta y la puerta de mi despacho se abre. Me quito un peso de encima al cerrarla y apoyarme en la fría madera. "Estás bien, Bambi, estás bien", me susurro a mí misma. "No te va a pasar nada malo. Es una fiesta. Estamos en público. Tengo una pistola eléctrica en el bolso". Me doy la charla de ánimo de mi vida. "Mateo no intentaría nada con toda esa gente ahí fuera".

Entonces oigo movimiento y una risita baja y taimada. Mi bolso está abajo en alguna parte. Mi spray de pimienta más cercano está en el escritorio al otro lado de la habitación. Y la visión del cuerpo de alguien saliendo de las sombras me congela en el sitio.

"¿O no?"

MATEO

Cuando llegamos a la fiesta de jubilación del decano, la veo desde el otro lado de la sala. A la piel blanca como la porcelana de Bambi le vendría bien una buena dosis de vitamina D, ya sea por el sol o por mis pantalones. Pero su vestido negro le sienta de maravilla. Resalta el brillo de sus ojos y hace que sus ojos marrones parezcan aún más oscuros. Es una auténtica belleza y me deja sin aliento.

Su vestido tiene un escote alto adornado con encaje que se ajusta a sus curvas como un guante de seda. Se abre en la cintura y la coqueta falda de satén llega hasta el suelo. Sólo mide 1,70, pero el vestido le da la apariencia de ser más alta. Lleva un par de tacones negros de charol que acentúan la curva de su pierna. Su vestido de esta noche es muy sencillo, pero muy Bambi.

Sus mechones rubios caen por su espalda en pequeñas espirales perfectas que rebotan a cada paso que da. Y da muchos pasos mientras camina de persona en persona, estrechando manos o dando órdenes. Parece estar perfectamente en casa dirigiendo un evento. La curva de su sonrisa es encantadora y seductora, pero las mujeres no la miran con celos porque desprende un aire maternal. Sólo yo sé que bajo ese vestido de cuello alto hay una gatita sexual esperando a que se la follen duro.

Bambi pasa de los clientes al personal con facilidad, sin perder nunca la sonrisa. Habla con una rubia menuda que podría ser su hermana pequeña. En la camiseta de la chica pone Sahara, como el desierto, y luce una sonrisa que me recuerda fácilmente a Bambi. Las dos están constantemente en contacto y deduzco que Sahara es su ayudante.

Unos minutos más tarde, evito por los pelos que me vean y tengo que agacharme detrás de un grupo de gente cuando ella empieza a girarse en mi dirección. Mis hermanos se ríen mientras maldigo en voz baja, ellos no tienen que esconderse como yo. "Ve a saludarla", me dice Stefano, pero no puedo hacerlo. Quiero que mi primer encuentro con Bambi sea memorable. No quiero que los ojos de los ricos y famosos de Manhattan nos vean reavivar nuestro romance aquí mismo, delante de todo el mundo. Además, esta es la fiesta de jubilación del Decano. Dios me libre de robarle su protagonismo.

Recuerdo haber visto una lista de personal en mi camino. En un fondo de madera hay grabados en bronce los nombres de todos los empleados del edificio y el número de su despacho. Salgo de la recepción y me dirijo de nuevo a la entrada, echando un vistazo al tablón para averiguar dónde se encuentra Bambi. Oficina número 326, dice.

Un vistazo al pasillo en dirección opuesta a la recepción me dice que en la planta baja están los

100 despachos. Así que me dirijo al ascensor y subo a la tercera planta. Cuando se abren las puertas, me encuentro con un pasillo que se extiende por diez despachos a cada lado. En el centro hay un pasillo perpendicular con otros diez despachos a cada lado.

No es difícil encontrar el suyo. La placa con su nombre junto a la puerta la delata de inmediato. El código de la puerta me desconcierta por un momento, pero imagino que los números tienen que ser fáciles de recordar para el conserje. Pruebo 0000, 9999 y 3260 antes de dar con el código ganador: 0326. La luz del teclado se pone verde y me dejan entrar. Me planteo encender las luces, pero si alguien viene por el pasillo y me ve aquí, podría llamar a seguridad. En lugar de eso, hurgo en la oscuridad con el único resplandor de mi teléfono como guía.

Por supuesto, su despacho está impecable. Sus bolígrafos están alineados junto a un bloc de notas: negro, azul y rojo. En la esquina superior derecha hay notas adhesivas de cinco colores: amarillo, rosa, verde, naranja y azul. Cuando abro sus cajones, encuentro rotuladores corrector, carpetas meticulosamente etiquetadas con el nombre del evento y la fecha, y docenas de organizadores de cajones llenos de subrayadores, clips, fichas y mucho más. Es una maniática del orden y eso se nota. Como todo en su vida, Bambi tiene un lugar para cada cosa y no le gusta ver cosas tiradas por ahí.

Pensé en poner micros en su despacho cuando me ocupaba de su casa, pero era más difícil burlar las cámaras de seguridad y las puertas cerradas de un edificio con todo el personal que entrar en su casa cuando no estaba. Por eso, ver su faceta profesional es como descubrir otra capa de Bambi Schelling que desconocía.

Hace cinco años, cuando aún éramos novios, compartía oficina y trabajaba como una de las tres ayudantes de la coordinadora de eventos. Al verla crecer, casi se me saltan las lágrimas. Ha pasado de ser una asistente a tener la suya propia. Espero que esté tan orgullosa de sí misma como yo.

Mientras estoy sentada detrás de su escritorio revisando todas sus cosas, oigo a alguien en la puerta. No tengo dónde esconderme en este despacho cuadrado. Intento cruzar la habitación para esconderme entre las sombras de los archivadores que tiene pegados a la pared, pero sigo sobresaliendo como un pulgar dolorido. En cuanto alguien enciende las luces, estoy frito.

Casi espero que sea un conserje que viene a vaciar el cubo de la basura y a quitar el polvo de los cuadros de las paredes, pero me encuentro con el amor de mi vida. Bambi cierra la puerta de un portazo y se apoya en ella, respirando entrecortadamente. Empieza a murmurar y tengo que inclinar la cabeza para oírla bien.

"Estás bien, Bambi. Estás bien", se dice a sí misma. Bambi siempre ha sido de las que se dan ánimos a sí mismas. Es como si tuviera una voz en la cabeza que siempre sabe qué decir. "No te va a pasar nada malo. Es una fiesta. Estamos en público. Tengo una pistola eléctrica en el bolso".

Casi resoplo con sorna, porque ése no es el único lugar donde tiene una pistola eléctrica. La lleva a todas partes, junto con otras armas para protegerse de mí. Cuando nos conocimos, tenía un llavero con spray de pimienta que había caducado el año anterior. Bambi nunca se preocupó por su seguridad personal hasta que yo entré en escena.

"Mateo no intentaría nada con toda esa gente ahí fuera", susurra un poco más alto para sí misma.

En cierto modo, ella tiene razón. Podría haberme acercado a ella en la sala de recepción, pero nunca habría hecho nada que pudiera haber sido visto como inapropiado. Si ella fuera a la policía, tendría docenas de testigos diciendo que todo lo que tuvimos fue una conversación cordial. Puede que sea un Valenti, pero soy un caballero hasta la médula... cuando alguien mira, claro.

Pero ahora estamos a puerta cerrada. Estamos en el tercer piso, muy lejos de donde los invitados a la fiesta pueden oír sus gritos. No hay nadie cerca para presenciar lo que podría hacerle. No hay nadie cerca para salvarla de mí.

No puedo evitar soltar una risita mientras salgo de la sombra que proyectan los archivadores. El universo responde a todas las plegarias tácitas, lo juro. No podría haber pedido un mejor primer encuentro. "¿O no?" pregunto con una sonrisa astuta.

Bambi abre la boca para gritar, pero no le sale nada. Se queda allí de pie con cara de horror, incapaz de moverse ni hablar.

Doy un paso hacia ella, ahora totalmente a la luz de la luna que entra por la ventana. "Hola, mi amor. Ha pasado una eternidad. Te he echado muchísimo de menos".

BAMBI

No soy tonta, he buscado a Mateo en las redes sociales desde que salió de la cárcel. No actualiza mucho y rara vez comparte fotos, pero ha sido etiquetado en algunas por sus hermanos más extrovertidos. Ninguna le hace justicia.

Es un italiano alto, moreno y guapo, con la estructura facial de un dios griego. Las sombras proyectadas por la luz que se asoma por encima de sus hombros resaltan la nitidez de su mandíbula. La barba incipiente de su barbilla está bien cuidada y su pelo perfectamente desordenado. Es dos años más joven que Raniero, pero no tiene ni una pizca de canas en la barba. Sus ojos oscuros se clavan en mí como si exigieran que cayera de rodillas en señal de sumisión.

Hace cinco años que no lo veo cara a cara, pero sigue siendo tan devastadoramente guapo como lo recordaba.

Todo mi cuerpo me grita que corra. Salir de esta situación tan rápido como pueda. Recuerdo las amenazas que pronunció por teléfono cuando salió de la cárcel. Recuerdo que juró hacerme cumplir mi promesa de casarme con él. Tengo miedo de encontrarme con él desde el día en que recibí su primera llamada.

Pero siento las piernas como si estuvieran lastradas por bloques de cemento. Siento que mi sangre está hecha del jarabe más espeso. Estoy helada de miedo mirando a ese hombre tan guapo al que una vez llamé prometido y me avergüenza decir que el lugar entre mis muslos se humedece de deseo.

"Me has evitado durante tanto tiempo, Bambi. Heriste mis sentimientos". Se acerca un paso más y el olor de su colonia me golpea como un camión Mac. Me tiemblan las rodillas y el corazón se me sale del pecho.

"¿Qué te pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato?". Otro paso y un escalofrío recorre mi espina dorsal. "Tenías tanto que decir en mi juicio, B".

Va a castigarme. Va a hacerme daño. Va a hacer que desee no haber nacido. Pero cuando Mateo cierra la brecha entre nosotros y siento la presión de su traje contra la tela de mi vestido, no me rompe la muñeca ni me da una bofetada. En lugar de eso, me acerca el pulgar a la cara y me lo pasa suavemente por la mejilla. "Eres tan suave. Cuando estaba entre rejas, pensaba en ti todas las noches. Nada era tan suave en la cárcel".

Debería haber mantenido la boca cerrada. Todas las señales estaban allí de que Mateo era un mal tipo. Si yo fuera una mujer más inteligente, habría roto las cosas después de las primeras citas. Una vez que me di cuenta de quién era, debería haber sabido de lo que era capaz.

"Los guardias me dejaron quedarme con una foto tuya. Fue la primera vez en mi vida que rogué por algo. Les rogué a los guardias que me dejaran quedarme con la foto tuya que llevaba en la cartera". Deja caer la mano, pero no demasiado. Mateo juega con el encaje del cuello de mi vestido. Siento cómo su tacto me escuece la piel a través de la tela. Mi respiración es entrecortada y me aterroriza lo que vaya a hacerme a continuación.

Pero Mateo sólo se inclina, dejando 15 centímetros entre sus labios y los míos. "¿Sabes lo que estabas haciendo en esa foto?" Cuando no respondo, él se encarga de responder por mí. "Era de las Navidades del año anterior". Toda la sangre se me escurre de la cara. Con las luces apagadas, no puede ver mi pálida palidez.

La Navidad anterior a su ingreso en prisión fue la más enamorada de mi vida. No podía permitirme comprarle regalos extravagantes ni llevarlo de vacaciones a lugares exóticos, pero sí unos doscientos dólares para hacerme una sesión de fotos de tocador. Vestida con sedas colocadas estratégicamente sobre mis zonas erógenas, dejé que un desconocido dirigiera mis acciones y manipulara mi cuerpo en poses que me hacían sentir vulnerable.

El resultado fue una docena de las fotos más sexys que jamás había visto de mí misma. Después de los retoques, miré esas fotos con nuevos ojos. Nunca me había considerado una chica guapa y sexy. Simpática, claro, probablemente incluso guapa, pero no el tipo de chica que paraba el tráfico. No hasta que vi esas fotos.

Guardé una para mí. Todavía la tengo en el primer cajón de mi cómoda. Me recuerda que debo sentirme guapa en mi propia piel, porque lo soy.

Tenía las fotos hechas en un calendario para Mateo. Fue un pequeño regalo descarado, pero era lo mejor que podía hacer. Nunca pensé que iba a arrancar una foto del calendario y mantenerlo doblado en su cartera. No sabía que se llevaría la foto a la cárcel y la usaría para recordarme.

"Me follaba a esa foto todas las noches", me susurra Mateo al oído. Puedo sentir el calor de su aliento cosquillas mi cuello. "Pero estoy cansado de follarme a mí mismo, Bambi. Sólo quiero follarte a ti".

Corre. Dale una patada en los huevos y corre. Puedes hacerlo. Sólo levanta tu rodilla. Estás perfectamente posicionado para darle bien.

Pero justo cuando levanto mi pierna, Mateo la agarra. La levanta más alto, sosteniéndola sobre su cadera. "Ah, ah, ah, niñita", se ríe entre dientes, "ese no es el juego al que quiero jugar".

Con la mano que tiene libre, noto cómo se mete con la tela de mi falda. La sube lentamente por mi muslo hasta que siento sus manos sobre mi piel. Y no cualquier parte de la piel, sino la sensible cara interna de mi muslo. Me pasa los dedos muy cerca de las bragas, lo que me hace respirar hondo. "¿Esos hombres que invitaste a nuestra casa alguna vez te hicieron correrte como yo? ¿O simplemente se corrieron dentro de ti y te dejaron con ganas de más?".

Cuando sus dedos rozan el algodón, mis labios se abren y se me escapa un suspiro agitado. "Oh, nena", sus labios acarician el lóbulo de mi oreja, "si esa es tu respuesta a mi más leve roce, creo

que es toda la respuesta que necesito".

Puedo oír mi respuesta en mi cabeza. ¡Te equivocas! ¡El sexo con esos tipos fue genial! Es una mentira que sólo puedo decir en los espacios oscuros de mis pensamientos. Las palabras nunca escapan de mis labios.

"No te preocupes, gatita", Mateo arrastra sus labios por la columna de mi cuello, "te voy a excitar de lo lindo. Y no necesito mi polla ni mi lengua para hacerlo".

Tal vez esto es lo que nos unió hace tantos años. Cuando juega con mi cuerpo, se entrega en cuerpo y alma. Arrastra los dedos por el dobladillo de mis bragas, desafiándome a que le diga que pare. Pero al no oír un no, mete la mano entre la tela y mi piel. "Ya estás mojada. Qué chica tan mala. Creía que ya no me querías. Creí que habías dejado de quererme, B".

Quiero decirle que no tiene nada que ver con el amor. La forma en que conoce mi cuerpo es prácticamente criminal. Deberían meterlo entre rejas otros tres años por aprovecharse así de mis debilidades.

Pero Dios, qué bien me sienta que vuelva a tocarme. La presión de su cuerpo contra el mío mientras levanta mi pierna. Sus dedos tocan una deliciosa melodía en mi clítoris. Hunde aún más sus dedos para utilizar la traicionera excitación de mi cuerpo contra mí. Luego lo utiliza para frotar mi tierno botoncito hasta que mi boca se abre de par en par y jadeo en busca de aire.

"¿Te sientes así con esos otros hombres? ¿Te hacen sentir así de bien?" Los pequeños círculos que hace son cada vez más rápidos. La mano que me sujeta la pierna se aleja del pliegue de mi rodilla. Lo rodeo con ella y me dejo llevar por las sensaciones mientras me agarra el culo. El primer sonido que hago desde que lo vi en mi despacho es un gemido.

"Dámelo, nena. Dame todo lo que tienes. Córrete en mis dedos, gatita. Quiero lamer tu dulce crema en la punta de mis dedos como si fuera miel". Siempre ha sabido qué decir. Sus palabras son parte de la actuación. No me excito sólo porque me toca, me excito porque me exige lo que quiere y sabe que se lo daré.

Me odio cuando llego al orgasmo. Los temblores recorren mis extremidades y pierdo toda sensibilidad en las piernas. Si Mateo no me estuviera sujetando, me caería. "Joder", la palabra sale como un suspiro de alivio, la primera cosa que le digo en años. Le odio por hacerme sentir así. Me odio por caer presa de él.

Pero Mateo no ha terminado. Mateo nunca se contenta con sacarme una vez. Mientras que algunos hombres con los que he salido desde su detención han sido felices de conseguir sus rocas fuera y volver a casa, Mateo es todo lo contrario. Él no es feliz hasta que no puedo soportarlo más.

Me quita la mano del culo y la mueve entre nuestros cuerpos. Oigo cómo se baja la cremallera y estoy a punto de decirle que pare de verdad cuando la cabeza de su polla presiona mi húmedo centro. "¿No te dije que eras una chica mala?" Mateo gruñe en mi oído. "Las chicas malas son folladas. Duro".

Me aparta las bragas y desgarra mis protestas con su polla. Grito su nombre en lugar de decirle que pare. "Eso es", me acerca los dientes al lóbulo de la oreja y me muerde lo bastante fuerte para que jadee de dolor, "tómala, nena. Toma las ocho pulgadas de papá".

En otra vida, le rodearía la cintura con las dos piernas y le arrancaría la camisa. Le arañaría la espalda como un gato salvaje. No me importaría si la mitad del edificio nos oyera haciéndolo porque estaría cogiendo su polla como una campeona.

Pero ya no soy esa chica. Soy una de las últimas personas que vio a un hombre muerto con vida. Envié al amor de mi vida a prisión. Soy una farsante. Soy un fraude. Me folla un ex convicto.

Odio lo bien que se siente. Incluso con la ropa puesta, incluso con la espalda pegada a la dura puerta de mi despacho, se me ponen los ojos en blanco y me derrito bajo su contacto.

Me muerde el hombro, clavándome los dientes en la piel hasta que estoy segura de que se verá la huella amoratada de sus dientes. Mateo mueve las caderas de un lado a otro con rapidez y fuerza. Cada empujón me deja sin aliento hasta que no sé si estoy luchando por sentir más de él o luchando por el oxígeno.

"Mantén a esos niños fuera de nuestra casa, ¿me oyes?" Mateo sigue castigándome hasta que susurro que estoy de acuerdo. Temo que nos tenga encerrados en este despacho follándome hasta mañana si no hago lo que me dice. "No aceptas polla de nadie más. Sólo de mí. Encuentras tu puto anillo de compromiso y te lo vuelves a poner porque eres mía, Bambi. Eres. Jodida. Mía".

Cada palabra es puntuada con un fuerte empujón que desgarra el tejido de mi cordura. Aunque quisiera decir que no, no me saldrían las palabras. Lo único que puedo hacer es asentir y rezar para que, cuando todo esto acabe, no sea una mujer arruinada. He llorado demasiadas lágrimas por Mateo. He dejado que me rompa el corazón demasiadas veces. No puedo dejarlo entrar de nuevo o de lo contrario me voy a desmoronar.

Mateo desenvaina mi orgasmo con sólo unos pocos empujones más. No me corro en toda su polla porque quiera, lo hago porque me arranca el placer sin aprobación. No puedo detener la forma en que mi cuerpo responde a él ni lo bien que me hace sentir. Sólo tengo que ceder y dejar que suceda.

Mientras se retira, Mateo vuelve a colocar mis bragas donde estaban antes. Mis piernas están doloridas y siento su semen dentro de mí. Se vuelve a meter y se sube la bragueta. Con la luz de la luna en su espalda, sólo puedo ver el contorno de su cara mientras me agarra por la barbilla y me obliga a mirarle. "No era una puta broma, B. Vete a casa. Ponte el anillo de compromiso. Y llámame. Tenemos que hablar".

Ya estoy intentando calcular cuánto tardaré en conseguir una orden de alejamiento, pero mi cerebro se imagina que no la escuchará de todos modos. Romperá la orden de alejamiento como si estuviera hecha de papel encerado. Y me encantará cada segundo.

Porque aunque llevo cinco años enfadada con él por haber arruinado mi fe en él y nuestro compromiso, me encantaba cada depravado segundo que me follaba. Siempre nos hemos llevado mejor en la cama y odio que ahora use eso en mi contra.

"Si no me llamas, te encontraré, gatita. Y la próxima vez, te follaré como te mereces. Justo entre esos cachetes sexys de tu agujero travieso. ¿Me oyes?" Me agarra del culo y tira de mí hacia él. Puedo sentir sus dedos deslizándose entre mi raja para dejar más claro su punto de vista. "Sé que te gusta ahí detrás cuando estás borracha, B. La próxima vez, dejaré que mi semen gotee de tu culo a cada paso que des. Y no lo haré a deshoras o cuando no haya nadie. Te encontraré en el

supermercado y te follaré en el baño. Así, cada vez que cojas arroz de la estantería o una caja de pasta, pensarás en aquella vez que te llené el agujerito con mi semen. ¿Está claro?"

Tengo miedo y me excito a la vez. La vergüenza llena mis mejillas de un rubor rojizo y de repente agradezco el manto de oscuridad. Lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza.

"Nos vemos, preciosa". Aprieta brevemente sus labios contra los míos antes de apartarme de la puerta. Tan rápido como estaba aquí, Mateo Valenti desaparece.

Me quedo de pie en mi oscuro despacho con su semen goteando en mis bragas y el corazón acelerado. He hecho promesas que no quería hacer. No sé cómo ha ocurrido. No recuerdo cómo llegué aquí. Y no sé qué voy a hacer ahora.

MATEO

El sexo es como montar en bicicleta. Sólo porque no lo hayas hecho en un tiempo no significa que hayas olvidado cómo hacerlo. Pero me siento un poco dolorida después de esa actuación en la oficina de Bambi.

A diferencia de mi amado prometido, ni siquiera me había planteado seguir adelante. Pero no se lo reprocho. Sé que estaba confundida después de lo que vio. Con el tiempo, se dará cuenta de que todos los demás hombres con los que salió eran sólo sustitutos de los verdaderos.

"¿Te dio una patada en los huevos?" Stefano pregunta cuando vuelvo a la sala de recepción.

"Cojeas, hermano", se ríe Luca.

Tengo que recordarme a mí mismo que quiero a mis hermanos. Y francamente, el 90% del tiempo los quiero. Son grandes hombres y me han ayudado a convertirme en la persona que soy hoy. Pero a veces son molestos de cojones. "Váyanse a la mierda. Acabo de tener sexo".

Esto provoca un estruendo de carcajadas mientras Cesare me da una palmada en la espalda y me pregunta si cojeo porque me ha dado por el culo. Si no estuviéramos en medio de una fiesta, le daría un puñetazo en la mandíbula. En lugar de eso, acepto sus burlas con una sonrisa a medias. "Sí, sí, haz todas las bromas que quieras, pero voy a recuperar a mi mujer. Por fin".

Mis hermanos se ponen un poco sobrios ante esta afirmación. Todos saben que estaba destrozado después de que Bambi fuera a la policía. Me vieron en el punto más bajo de mi vida. Me costaba incluso levantarme de la cama cada mañana y desayunar. Si fuera por mí, me habría marchitado en prisión por el resto de mi vida.

Pero Raniero vino un día a visitarme y me dijo que me pusiera las pilas. "Tu chica está con otro ahora. Ponte tus bragas de chica grande y muévete de una puta vez". Estaba cansado de verme arrastrar mi culo deprimido de la celda a las visitas y viceversa. Raniero dijo lo que pensó que encendería un fuego en mí. Lo hizo, pero quizá no de la forma que él esperaba.

Empecé a hacer ejercicio y a leer más. Lo único que se puede hacer en la cárcel es ir al gimnasio o a la biblioteca. Me pasaba unas horas levantando pesas y corriendo alrededor de la pista antes de retirarme a mi litera a leer los clásicos. Los odiaba cuando estaba en el colegio, pero a medida que me hacía mayor, empezaba a disfrutar con El Quijote, La llamada de la selva, Un mundo feliz y muchos más.

Intenté escribir poesías en burdos versos proclamando mi amor por Bambi. Ninguno era bueno,

pero plasmaba mis sentimientos en el papel. Probablemente por eso no podía seguir adelante. Después de pasarme semanas alabando la sombra de sus ojos marrones y la curva de su muslo cuando lo apretaba contra mi cara, no podía imaginar encontrar a otra persona.

Bambi Schelling y yo nos habíamos encontrado por suerte. Si no hubiera salido a celebrar la despedida de soltero de un amigo, quizá nunca me la habría encontrado en aquel bar rural. No habría intentado impresionarla con mi versión de un paso a dos. No le habría preguntado su nombre ni la habría buscado en Facebook al día siguiente. No me habría esforzado para que nuestro siguiente encuentro pareciera tan casual.

Nunca me olvidé de Bambi y nunca lo superé. ¿Cómo podría haberlo hecho? Ella tenía veintiún años cuando nos conocimos y yo treinta. Todas mis amigas empezaban a casarse y yo intentaba convencerme de que no importaba que la puerta de mi habitación girara como la entrada de un lujoso hotel de Nueva York. Conocer a Bambi cambió mi vida para siempre. Han pasado nueve años desde que crucé la pista de baile con ella al ritmo de Brooks and Dunn. Antes de que sonara la segunda canción, ya sabía que ella era especial. Nueve años y una condena por armas de fuego no han cambiado eso.

"Quizá deberías ir más despacio", me advierte Luca con una suavidad poco habitual en él.

"Necesito darle espacio", le corrijo. "Después de lo que acaba de pasar, necesita procesar sus sentimientos". Ahora hablo más conmigo mismo que con mis hermanos. Cada uno sostiene una copa de cóctel llena de bourbon y los miro de un lado a otro entre sorbo y sorbo. Parecen nerviosos, cada uno de ellos no habla de sus miedos en voz alta, pero yo los oigo como si lo estuvieran.

¿Y si necesita algo más que un poco de espacio? ¿Y si nunca vuelve contigo? ¿Y si lo hace y esto se repite? ¿Y si esta vez consigue que te encierren de por vida?

Pero no puedo preocuparme por los "y si...". No puedo vivir una vida basada en lo que podría pasar. "No te preocupes", intento disipar sus preocupaciones tácitas. "Voy a darle unos días para que piense en lo que acaba de pasar. También voy a enviarle flores. Se merece unas flores". Se merece el mundo, pero no puedo dárselo. Sólo puedo darle mi corazón y la fortuna de mi familia, que podría comprarle cualquier cosa que su corazón desee.

"No entiendo muy bien lo que ha pasado", me interrumpe Cesare al cabo de unos instantes. "¿Acabas de acostarte con ella después de tantos años y ahora vais a volver a estar juntos? ¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo así?". Se burla. "¿Qué te hizo pensar en meter la polla en esa trampa para hombres Venus humana? ¿Tienes una conmoción cerebral o simplemente eres estúpido?".

Arrastro la mirada hacia mi hermano menor y considero por un segundo que no sabe de lo que está hablando. Pero entonces veo que separa los labios y le oigo hacer más preguntas, aunque no consigo descifrar cuáles son cada una de ellas. Suenan como el profesor de Charlie Brown diciendo wah-wah-wah una y otra vez. Pero la expresión de su cara me dice que siguen la misma línea irrespetuosa de antes. Así que le pego.

El sonido de mi puño chasqueando contra su mandíbula es suficiente para llamar la atención de los que están a nuestro alrededor. "No vuelvas a decir nada malo de mi mujer. ¿Me oyes?"

Cesare se frota la mandíbula mientras Luca y Stefano le sujetan. "Eres un puto gilipollas. ¿Lo sabes?" Atraemos unas cuantas miradas más hacia nosotros. "Ella te delata a la policía y tú sigues intentando encerrarla. Ella debe tener un coño apretado. Debe..." "Cierra la puta boca", gruño entre dientes apretados. "No hables así de ella. Aquí no, nunca. Y no vuelvas a llamarme marica o escribiré un puto artículo de opinión en el periódico sobre ti y Francesca Scot".

La fiesta de jubilación del decano es el acontecimiento más caliente de la ciudad, y no sólo porque los hermanos Valenti se lo estén montando como borrachos en una casa de putas. Pero nosotros somos las estrellas del espectáculo en este momento y sólo se acaba porque Raniero, Luca y Stefano son mejores hombres que Cesare y yo. Los tres nos arrastran hasta la salida y piden disculpas a todos los que nos cruzamos. No me cabe duda de que mañana seremos el tema de los cotilleos locales. Inevitablemente, alguien publicará en un grupo de Facebook de la ciudad que el delincuente Mateo Valenti fue sorprendido gateando con su hermano menor.

Pero aún así tuve mi noche especial con Bambi. Que se joda esa gente y su mentalidad de pueblo pequeño. Yo tengo lo que de verdad importa: toda una vida de felicidad con la mujer de mis sueños. Por mí, que exploten los grupos de Facebook; voy a recuperar a mi chica.

BAMBI

Tres días. Ese es el tiempo que reflexiono sobre lo que pasó en la fiesta de jubilación del Decano. No sólo el hecho de que Mateo me acorraló en mi oficina y me cogió contra la puerta hasta que yo estaba gritando su nombre, pero que luego bajó las escaleras y procedió a entrar en una pelea a puñetazos con su hermano. Tuve que enterarme de eso de segunda mano. Para cuando me recompuse lo suficiente como para volver a la fiesta, Sahara estaba como loca intentando controlarlo todo.

Pero el resto de la fiesta transcurrió sin problemas. La cena se sirvió sin contratiempos y Dean Simon hizo un brindis maravilloso por todos los que se habían presentado para él. Fue un momento realmente conmovedor. Hubiera sido la noche perfecta si no fuera por los Valentis.

Malditos Valentis. Juro que he pasado las últimas 72 horas pensando en ellos. Ni siquiera en Mateo, que persigue mis sueños como un fantasma que se niega a pasar al otro mundo. Sino Raniero y la forma en que me dijo una vez que debería mudarme y facilitarle a su hermano la vida en Manhattan. O cómo Luca sacó su chequera y me preguntó qué cifra haría falta para hacerme desaparecer para siempre.

Hace unos años, los hermanos Valenti me trataron como de la familia. Decían que iba a ser la mejor cuñada de la historia, en parte porque ninguno de ellos tenía esposa. Pero pasan muchas cosas en cinco años. Puse a su hermano tras las rejas y Raniero se casó. De repente ya no soy la favorita; de repente soy su peor pesadilla.

No puedo sacármelos de la cabeza. Mateo viene a mí en mis sueños y me despierto en pleno orgasmo. Ni siquiera sé cómo es posible, pero mi cuerpo está chorreando sudor y mis piernas se aprietan mientras oleadas de placer sacuden mi cuerpo. No sé si me estoy tocando mientras duermo o si Mateo tiene alguna habilidad sobrenatural para excitarme sin ni siquiera estar en el mismo sitio.

El lunes por la tarde, no puedo soportarlo más. Me encuentro desplazándome a través de mi agenda mirando todos mis próximos eventos, pero no puedo leer las palabras. Todo lo que pienso es en la forma en que Mateo jugó con mi cuerpo unas noches antes. Mi visión se siente borrosa y no puedo pensar con claridad.

"Maldito Valentis", juro en voz baja mientras empujo mi ratón a través del escritorio y me tiro hacia atrás en mi silla. No he hecho nada de lo que Mateo me dijo que hiciera. Tampoco puedo dejar de pensar en eso. Me dijo que volviera a ponerme el anillo de compromiso y que le llamara, pero lo único que he conseguido es consumirme en el sofá mirando el gran diamante mientras

contemplo su amenaza.

¿De verdad me encontraría en Dillons? ¿Sería tan osado como para arrastrarme a través de la tienda hasta el baño sólo para demostrar su punto de vista?

Un escalofrío me recorre la espalda cuando pienso en ello. Cuando empezamos a salir, ni siquiera le dejaba tocarme el culo. Cuando lo vi estrangulando a un hombre, ya había dejado que me follara por el culo sobre la encimera de la cocina en más de una ocasión. Se sentía como un secreto asqueroso que me iba a trabajar en prim y vestidos adecuados sólo para llegar a casa y dejar que Mateo empujar su gruesa polla en mi trasero. ¿Qué clase de chica hace eso? ¿Y por qué no hablamos de ello más a menudo?

La frustración saca lo mejor de mí y me obligo a agarrar mi teléfono celular y empezar a buscar el número de Mateo. Está guardado en "No responder", un bonito apodo que decidí después de su primera semana fuera de la cárcel. Recuerdo haber anotado su número en docenas de documentos después de que empezáramos a ir en serio. Lo convertí en mi contacto de emergencia. Creo que recordaría su número aunque no estuviera guardado en mi teléfono.

El timbre sigue sonando durante lo que parece una eternidad. Los minutos y las horas pasan a la velocidad de la luz mientras espero a que atienda. En realidad, no pasan más de cinco segundos.

"Ya era hora", contesta bruscamente, "¿tienes puesto el anillo de compromiso?".

Sigue en la mesita de mi casa, mirando al techo en esa caja negra de terciopelo. "No puedes volver a hacerlo". Si he aprendido algo en los tres días que hemos estado separados, es que no puedo dejar que me vuelva a hacer eso. No en mi oficina. Ni en mi casa. No en la tienda de comestibles. Si dejo que Mateo me use como su muñequita de mierda, volveré a caer en sus brazos como si nunca hubiera pasado nada.

Mateo está en silencio al otro lado de la línea como si estuviera esperando a que yo diga más, pero no tengo nada más que compartir. "Entonces, ¿eso es un no? Ya sabes lo que pasa si no haces lo que te digo, B".

El mismo escalofrío de antes me pone la piel de gallina en los brazos. Mateo se apresura a recordarme los pequeños juegos que jugábamos cuando estábamos juntos. Los pequeños retos que me ponía. Los jueguecitos sexuales que jugábamos cuando nadie se daba cuenta de que me había metido un huevo vibrador en el coño antes de mandarme a la biblioteca a buscar un libro concreto en la segunda planta. Había castigos si fallaba y siempre había recompensas si tenía éxito. "Mateo, no estoy bromeando. Lo que me hiciste el otro día, fue... sentí... que me obligaste", me esfuerzo por pronunciar las palabras, pero él no lo hace.

Habla con el mismo tono claro y autoritario que siempre ha tenido conmigo. "Dime cuántas veces has pensado en mí desde aquella noche".

Cierro los ojos y me obligo a colgar. No debería haberle llamado. Debería haber ido directamente a la comisaría a pedir una orden de alejamiento. No lo necesito. Es un drama innecesario. "Mat, por favor", le ruego.

"¿Cuántas veces me has imaginado follándote mientras te tocabas, Bambi?". Su tono es más sensual ahora. Hay un gancho al final de sus palabras que me dice que se está tocando con esta conversación. "Porque pienso en ti cada hora de cada día. Me he corrido tres veces esta mañana;

dos en la ducha y una frente a la ventana mientras te miraba".

De repente, el escalofrío que me recorre la espalda no es erotismo sensual, es miedo. "¿Tú... tú qué?" No puede mirarme. Le habría visto. Sólo abro las cortinas cuando estoy levantada. Si se hubiera estado masturbando fuera de mi ventana, me habría dado cuenta.

"Hoy estás muy sexy con ese numerito rosa, ¿lo sabías?" Se ríe al otro lado de la línea. "Me encantaría despeinar esa faldita tuya recién planchada. Quiero ver cómo te queda cuando está a media espalda y te estoy dando por detrás. ¿Qué me dices? Invítame a una reunión, gatita. Podemos cerrar las persianas de tu ventana y hacer sonar los cajones de tu escritorio".

Miro fijamente el traje de falda rosa de Elle Woods que llevo hoy. "Estás jodidamente enfermo, Mateo".

"Puede ser, pero dime la verdad", hace una pausa de un segundo que crea tensión en la habitación aunque él no esté aquí, "tienes el coño mojado, ¿verdad?".

Termino la llamada y tiro el teléfono contra el escritorio. Vuela por la madera y sale despedido delante de mí. Me llevo una mano a la boca para intentar no gritar.

Me deshice de Mateo hace cinco años. Hace cinco años que acabé con su mierda. ¿Cómo dejé que esto sucediera? ¿Cómo se las arregló para volver a mi vida? ¿Y qué quiere decir con que se masturbó mirándome antes?

Se me escapa un gemido, que la mano que me tapa la boca silencia. Respira, me digo. Tienes que respirar. Pero Mateo tenía razón. Mi coño está mojado. Tengo miedo y estoy excitada y la combinación de ambos me deja goteando un deseo que no había sentido desde la última vez que él y yo estuvimos juntos hace tantos años.

MATEO

El truco para ser un acosador es saber siempre dónde está tu obsesión. Por ejemplo, los martes y jueves por la noche, Bambi va con su mejor amiga a clase de spinning. Pasan una hora sudando en la bici antes de darse un capricho después del entrenamiento. Solía ser yogur helado antes de que cerraran Orange Leaf, pero ahora disfrutan de Crumbl Cookies.

Catherine es la mejor amiga de Bambi desde que tengo uso de razón. Una vez le pregunté a Bambi hasta cuándo se remontaba su relación y no parecía saberlo. Fueron juntas a la escuela primaria, pero no fueron amigas hasta el instituto. Bambi solía decirme que Cat siempre estuvo en su vida, cuya capacidad sólo cambiaba con los años. Es agradable ver que siguen unidas, aunque su mejor amiga me odie después de todo lo que pasó.

Las observo desde el aparcamiento de Crumbl, sentadas en un banco. La luna está alta en el cielo y el viento agita sus coletas. A veces, el leve sonido de sus risas llega hasta mí, flotando sobre el aullido del viento y haciéndome cosquillas en los oídos. Me alegra verla feliz. ¿Por qué no se da cuenta de que eso es lo único que quiero para ella?

Me doy cuenta de que sigue sin llevar el anillo de compromiso y eso me cabrea. No lo veo brillar en su mano izquierda, proclamando al mundo que vuelve a ser mía. Sé que el anillo está en la mesita de su casa; lo he visto con mis propios ojos. He tocado el diamante, he sentido la caja de terciopelo en la mano y me he enfadado de rabia porque no se atreviera a ponérselo de nuevo en el dedo.

Esperaba que fuera porque primero quería darles la noticia a sus padres, o quizá incluso a Cat. Si se quitaba eso de encima, volvería a ponerse el anillo y ocuparía su lugar a mi lado. Pero ha pasado casi una semana y ya ha visto a Cat dos veces. ¿Cuánto más tengo que esperar?

Al cabo de un rato, los dos se levantan del banco y tiran la basura. Veo que mueven los labios al reírse de nuevo, pero luego se separan y se dirigen a sus coches. Cat aparca delante de Crumbl y Bambi, un par de filas más allá. Veo cómo el objeto de mi afecto se sube a su coche, envía un mensaje de texto y emprende el camino de vuelta a casa.

Mi instinto me dice que debería haber clonado su teléfono. Me pregunto a quién le habrá mandado el mensaje durante todo el trayecto. Me mantengo a un par de manzanas de distancia durante todo el trayecto, yendo de vez en cuando detrás de otros coches para guardar las apariencias. Mientras suena en la radio un éxito de los 40, sólo puedo pensar en quién recibió el mensaje. ¿Sería un amigo? ¿Su jefe? ¿Otro de sus juguetitos? Me hierve la sangre y aprieto el volante. Si es uno de sus novios, que Dios me ayude, lo mato.

A pesar de los pensamientos obsesivos sobre con quién está hablando Bambi y por qué no soy yo, al final llegamos al barrio de Candlewood. Aunque mi casa está enfrente de la suya, sé que debo seguir conduciendo y esperar un poco hasta que ella entre. Pero todas esas preguntas y preguntas sobre a quién está enviando mensajes de texto son suficientes para llevarme al límite. En lugar de girar por una calle cualquiera y fingir que soy uno más que vive en el barrio, la sigo hasta su casa. A su casa. A nuestra casa.

Si Bambi sabe que soy yo, no lo dice hasta que llegamos. Abre la puerta del garaje, entra y sale con la mirada fija en el rostro y una pistola eléctrica en la mano. Apenas estoy en la entrada cuando la oigo gritar por encima del ruido del motor de mi coche.

"¿Qué te dije?" Ella mantiene el dedo en el botón de activación. "Esto ha terminado, Mateo. Esto no es una cosa. Vete. A casa."

Ella es linda cuando está enojada. Tiene el pelo pegado a la cara por el sudor y el viento golpea lo que lleva en alto sobre la cabeza. El ajustado top y los pantalones cortos que lleva tienen manchas oscuras de humedad entre los muslos y los pechos de su entrenamiento anterior. Al abrir la puerta del coche, siento el aroma de sus feromonas naturales. "Siempre es un placer, B".

Bambi me apunta con la pistola aturdidora, aunque ha retrocedido un par de pasos desde que salí del coche. "Vete a casa, Mat". Pero no parece que lo diga en serio, al menos no a mis oídos.

"Si recuerdas, estoy en casa. Compré esta casa, ¿recuerdas?" Miro la casa en la que se suponía que íbamos a vivir juntos. Dios, es un sitio tan bonito. No es la casa más cara que el dinero puede comprar, pero Bambi dijo que había algo hermoso en el lado oeste de Manhattan. Las calles estaban menos concurridas y había más familias en el bloque. Es donde la gente se mudaba para establecerse lejos de los universitarios y las familias de militares que alquilaban casas.

Pero Bambi no lo recuerda, o simplemente no le importa. "Tus hermanos me traspasaron la propiedad cuando te fuiste", dice frunciendo el ceño. "Ahora es mi casa".

Doy un paso hacia ella, deseando abrazar a la mujer que amo. Ha pasado demasiado tiempo. Hace sólo unos días pude tocarla por primera vez en cinco años. Echo de menos la sensación de su piel contra la mía. "Es nuestra casa, B", le recuerdo.

Pulsa el botón de la pistola aturdidora y oigo cómo cruje en sus manos, como si me desafiara a acercarme y hacer contacto con el metal amenazador. "Para", me suplica. "No puedes hacerlo. Te he superado". Las palabras suenan débiles incluso para sus propios oídos.

"¿Pero lo estás? ¿Estás diciendo que ya no piensas en mí? ¿Que no has pasado los últimos seis días preguntándote si cometiste un error?" Al entregarme, puso nuestras vidas en pausa durante cinco años. Tres de ellos por cortesía del sistema judicial, pero dos por su testarudez. "Dime a la cara que no me sigues queriendo, Bambi".

La pistola eléctrica tiembla en su mano. Si no la hubiera vigilado, nunca lo habría notado. Es un paso en falso que aprovecho.

Su dedo se desliza fuera del botón de activación y me acerco para golpear el arma contra el suelo. Bambi grita de sorpresa cuando se le cae de la mano. "Mat, yo..."

"No llevas el anillo". Recorro la distancia que nos separa, la agarro por la cintura y la atraigo

hacia mí. El calor de su piel contra la mía me pone duro. "¿Demasiado miedo para sacarlo de la mesita y volver a ponértelo?".

Sus ojos se iluminan de asombro. "¿Cómo has...?"

"Lo sé todo, B. Sé de los hombres con los que has salido, que han entrado en tu casa, en tu coño, y ni siquiera se han molestado en excitarte. Sé que te paseas desnuda por tu casa los domingos por la mañana mientras se seca la colada. Sé que te sientas en tu sofá a ver reposiciones de Shameless y Anatomía de Grey porque no puedes soportar la idea de empezar un nuevo programa de televisión". Hago una pausa para contemplar su hermoso rostro, la profundidad de sus ojos oscuros mientras me mira fijamente. "Sé que me culpas por todo lo que ha pasado, pero puedo arreglarlo, Bambi. Puedo hacer que todo vuelva a estar bien".

Bambi duda un momento. "No es tan sencillo". Puedo ver la frustración en sus ojos, la duda sobre lo que viene a continuación. ¿Debería apartarme? ¿Intenta luchar contra mí? ¿O cede a sus bajos instintos? ¿Se permite decir "a la mierda" y dejar a un lado todos sus miedos por una última aventura?

No dejo que llegue a una conclusión. Temo que si lo hace, se decida en mi contra. Podría darse cuenta de que no me necesita tanto como yo a ella.

Doy un paso atrás, arrastrándola conmigo. "Es tan sencillo como tú lo permitas", le digo. Cuando entro en el coche, la retuerzo hasta que su espalda queda pegada a mi parte delantera. En el aire fresco del atardecer, la abrazo como si al soltarla fuera a perderla para siempre. "Lo que pasó fue un error, B. Ese hombre nunca debería haber estado allí. Nunca deberías haber visto lo que le hice. Se suponía que íbamos a pasar una noche hermosa y él la arruinó". Mientras hablo, froto la parte delantera de sus pantalones cortos de entrenamiento.

"Él no lo arruinó, Mateo, tú lo hiciste", dice en ráfagas agudas y cortas de aliento. La veo mirar la pistola eléctrica en el suelo, olvidada en el borde de la hierba. Antes de que pueda intentar zafarse de mi agarre y cogerla, me doy la vuelta para mirar hacia el coche.

Con sus caderas apretadas contra el capó de mi coche, meto la mano entre la parte delantera de sus calzoncillos y su piel. "Te quiero, Bambi. ¿Por qué no te das cuenta?

Ella se retuerce contra mis dedos, apretando las manos contra el capó. "Suéltame, Mat. No puedes volver a hacerme esto", argumenta.

Me inclino para susurrarle al oído. "Para empezar, nunca te hice nada".

"La otra noche", empieza, pero la corto antes de que pueda terminar.

"Lo deseabas tanto como yo. No sólo te corriste en mi polla, B, gritaste mi nombre. Porque tú y yo somos el uno para el otro". Me cuesta que mi mano libre haga todo el trabajo, pero consigo desabrocharme los pantalones y sacar la polla al cabo de unos instantes. La froto contra su culo, sintiendo el fresco material de lycra sobre mi piel.

Bambi se estremece ante las caricias de mis dedos y responde con gemidos. No puede abrir la boca y decirme lo que siente porque su cuerpo se ha vuelto contra ella.

Aparto la tela de sus calzoncillos y aprieto la polla contra su entrada. "Tienes suerte, ¿sabes? Podría haberte follado en el aparcamiento de Crumbl. Lo había pensado. Verte allí sentada con

Cat, comiendo tus galletas y hablando de trabajo. Dios, habría sido muy erótico ir detrás de un árbol y follarte contra la corteza".

Empujo lentamente dentro de ella, arrastrando mi polla hacia delante y hacia atrás en un tortuoso movimiento de sierra. La presión no es suficiente para excitarla, pero sí para llevarla al borde de la locura. Su coño se aprieta a mi alrededor, intentando desesperadamente liberarse. Pero cada vez que empuja sus caderas hacia las mías para sentir placer, la aprisiono contra el coche y espero a que se dé cuenta de que soy yo quien manda.

"Esto no ha terminado, Bambi. Nunca se va a acabar. Cuanto antes lo aceptes, antes podremos estar juntos. Y antes te librarás". Ya no se resiste, se deja caer sobre el capó del coche y me permite usar su cuerpo para mi placer. Aprieto su cara contra el capó y ella sisea de deseo.

En cualquier momento, sus vecinos podrían asomarse a la ventana y vernos. No sabrían quién soy, pero verían mi corpulento metro noventa follando despreocupadamente a su curvilínea vecinita. La posibilidad de que me pillen me hace aún más difícil no explotar.

"Mat", suplica Bambi al cabo de unos minutos, "más. Más, por favor. Necesito más estimulación".

He estado empujando dentro de ella a un ritmo pausado durante casi diez minutos. Cada cresta de mi polla se ha familiarizado con su coño. La he llenado hasta el fondo y la he mantenido al borde. Pero esta noche no puede correrse. Tiene que ser castigada por desobedecerme.

En vez de eso, me dejo llevar. Con tres rápidas descargas, cubro sus paredes con mi esperma. Su vientre se llena de esperma caliente y salado. "No más estimulación, B, no hasta que me estimule un poco".

Bambi gruñe de frustración y golpea el capó de mi coche con los puños. "¿Qué coño te pasa, Mateo?".

Puntualizo mi presencia dentro de ella con otra fuerte embestida, disparando mis jugos un poco más arriba. "Tú eres lo que me pasa, Bambi. Hasta que no te pongas ese anillo y ocupes tu lugar a mi lado, puedes esperar que te folle larga y lentamente durante el resto de tu vida. Lo suficientemente lento como para que este codicioso coñito tuyo no se excite. Porque sólo así conseguiré que hagas lo que quiero". Aprieto las caderas contra su culo, tomándome mi tiempo antes de retirarme.

En cuanto dejo de presionarla, Bambi se aparta del coche y se ajusta los calzoncillos. "Te odio, Mateo Valenti".

Con cuidado, vuelvo a meter la polla en los pantalones con una sonrisa. "Vuelve cuando lo digas en serio, amor. Ahora, si no te importa, tengo que ir a un sitio". Para reírme un poco, saco el coche de la entrada y salgo del barrio. Podría haber cruzado la calle e irme a la cama, pero ahora estoy demasiado excitado para dormir. Necesito un puro y un vaso de bourbon, ya. Es lo único que calmará la adrenalina que corre por mis venas.

BAMBI

Han pasado 8 días desde que Mateo me abordó en mi oficina durante la fiesta de jubilación del Decano. Han pasado 2 días desde que me siguió a casa y me cogió en mi entrada. Me he bebido dos botellas y media de vino y he tenido todas las conversaciones imaginables conmigo misma que se conocen. Y la conclusión de todos esos argumentos a favor y en contra de Mateo me deja exactamente donde empecé: insegura.

Hay tres trozos de papel en el suelo de la reunión de anoche de las mentes. Me junté con media botella de Riesling y me pedí que escribiera los pros y los contras de volver con Mateo.

Los pros eran fáciles: encajábamos como piezas de puzzle, hacía realidad todos mis sueños, sabía tocar mi cuerpo de las formas adecuadas, me amaba con la intensidad de mil soles y era el amor de mi vida.

Pero los contras también eran fáciles: mató a alguien, mintió sobre ello, había ido a la cárcel más de una vez, conocía mis debilidades, no sabía cómo dejarme en paz y estaba obsesionado con tomar lo que creía que era suyo.

En el tercer papel intenté sopesar lo que significaba para mí cada pro y cada contra. Después de todo, la lista de contras era más larga, pero algunas de las cosas no significaban demasiado, como su obsesión conmigo. Era casi un pro saber que a alguien le importaba tanto como para mover cielo y tierra por mí.

Independientemente de cómo sopesara los elementos de la lista, no me había acercado a saber qué hacer. Arranqué las hojas de papel del cuaderno, las hice bolas y las arrojé al otro lado de la habitación. Ahora estaba sentada en la encimera de la cocina con una taza de café y un fuerte dolor de cabeza por el atracón de vino de anoche.

En realidad, sé lo que debería hacer. Debería ir a la comisaría y pedir una orden de alejamiento. Tal vez eso mantenga a Mateo fuera de mi propiedad y lejos de mi cuerpo. Pero como dije un par de noches antes, no es tan simple.

Mateo y yo compartimos cuatro de los mejores años de nuestras vidas juntos. Cuando me propuso matrimonio, pensé que finalmente había encontrado al indicado. Y luego, cuando entré en él con los dedos envueltos alrededor de la garganta de ese hombre, la realidad se impuso.

No hay cuentos de hadas ni finales felices. La vida es lo que haces de ella y a veces tienes que hacer que la mierda funcione incluso cuando es difícil.

Mi vida con Mateo nunca fue perfecta, ahora me doy cuenta. Siempre se iba corriendo a trabajar, pero nunca supe muy bien a qué se dedicaba. Decía que era dueño de un negocio, pero no me aclaraba los detalles de qué tipo de negocio. En más de una ocasión apareció en mi puerta con los nudillos magullados y la nariz ensangrentada. Decía que se había peleado con sus hermanos, pero ellos nunca parecieron corroborar su historia. Sólo en retrospectiva me doy cuenta de que normalicé su comportamiento por la forma en que me hacía sentir.

Mateo tenía la capacidad única de hacer que cualquiera que estuviera con él se sintiera como la persona más importante de la habitación. Yo lo había visto hacerlo a Raniero, a Catherine, a mi jefe, y para cualquier otra persona que se le presentó. Mateo era carismático y atrajo a la gente a él como una polilla a una llama. Y yo era tan susceptible como todos los demás.

No he sentido su marca de amor desde el día en que fue arrestado. Esa misma mañana, me había estado enviando mensajes de texto con todos los lugares traviesos en los que quería lamer la salsa de pasta de mi cuerpo. Sólo unas horas después me había olvidado de los espaguetis y la salsa roja. Lo único en lo que podía pensar era en lo tonta que había sido al dejar que ese hombre peligroso y obsesionado entrara en mi vida.

Pero mentiría si dijera que no le echaba de menos.

Tardé un año en decidir que estaba preparada para volver a salir con alguien. Con Mateo entre rejas y sus hermanos rondando cada esquina del supermercado, temía que volver a salir significara deshonrar su memoria. Pero Catherine me dijo que, a menos que pensara esperar a que Mateo saliera de la cárcel, tenía que seguir adelante. Ella era mi voz de la razón.

Por desgracia, seguir adelante no significaba pasar a algo mejor. Salí con todos los tipos del espectro excepto con el que yo quería: el elegido.

Salí con tipos que sólo buscaban a alguien con quien ver deportes y follar después del partido. A veces, cuando su equipo ganaba, el sexo era bueno. Pero cuando su equipo perdía, tenía suerte si él fingía que quería sacarme de quicio.

Salí con chicos que buscaban la eternidad, pero no conmigo. Coincidíamos en aplicaciones de citas y nuestras conversaciones por SMS eran geniales, pero de algún modo eso no se trasladaba al mundo real. Acabábamos cenando juntos y no sabíamos qué decir. Al final, uno de los dos le hacía el fantasma al otro porque sabíamos que, aunque buscábamos pareja, no iba a ser el uno con el otro.

Salí con chicos que sólo estaban interesados en ligar. El sexo nunca fue tan bueno para mí como para ellos. Un par de ellos incluso dijeron que era demasiado difícil de complacer. Esas eran las noches que me acostaba en la oscuridad y echaba de menos a Mateo porque él nunca tuvo problemas para excitarme.

Odio que cada vez que traté de seguir adelante, algo se interpuso en el camino. La mayor parte del tiempo era yo misma, pero a veces era el fantasma de mi ex prometido.

Me he bajado media docena de veces desde que Mateo estuvo aquí el jueves por la noche, pero mi vibrador no está a la altura de lo que tenía. En todo caso, sólo me frustra más. Que a su vez me hace enojado con Mateo, el anillo de compromiso estúpido en mi mesa de la sala, y todo lo que ha sucedido desde la noche que llamé a la policía en él.

Yo estaba tan cerca de mi felicidad para siempre y fue arrancado de mi alcance. Me da tanta rabia que podría escupir.

En lugar de eso, cojo el teléfono. Golpeo la pantalla con rabia mientras saco el contacto de Mateo. Tiene nuestro historial de llamadas recientes, que era sólo yo llamándolo hace unos días para decirle que retroceda. Pero esta vez no cometeré el mismo error.

Marco su número y espero a que conteste. Cada segundo que pasa me enfurece más y más. Cuando contesta al tercer timbrazo, estoy furiosa.

"Sabía que acabarías llamando, preciosa". Su voz es tan suave como el chocolate derretido.

"¿Qué es lo peor que has hecho?". Me levanto de la encimera y empiezo a pasear por la casa. Salón, cocina, pasillo. Mis pies se deslizan por la alfombra haciendo muescas en la tela.

Mateo guarda silencio al otro lado de la línea. Oigo el ruido de las cortinas al abrirse, pero no le presto atención. "¿Por qué? pregunta por fin con tono crítico.

No sé si estoy siendo sincera. Me he puesto a pensar en cómo me había arruinado la vida. Por un segundo sentí que eso era lo más ruin que podía hacer, excepto que probablemente no lo era. El hombre muerto que vi aquella noche hace cinco años nunca fue encontrado. Apuesto a que pensaría que ser asesinado arruinó su vida. Pero, ¿y si eso no era lo peor que Mateo había hecho? ¿Y si había cosas más oscuras, más depravadas? Cosas que me asustarían hasta la muerte.

"Cada vez que te miro, me debato entre arrojarme a tus brazos o llamar a la policía. Te quería, Mat, te quería muchísimo". Algo dentro de mí se rompe como una presa que ya no puede contener el agua. "Necesito saber por qué eres así. Necesito saber qué esperar si vuelvo contigo".

Cuando las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de que lo digo en serio. Todas las noches que pasé bebiendo vino y haciendo listas fueron en vano. En cuanto apareció en mi oficina, supe que sería difícil resistirse a él. Cuando saqué su anillo de la cómoda, sabía que me estaba metiendo en un camino del que no podría volver.

"Vale", dice en voz baja al otro lado de la línea, "te lo diré".

MATEO

Todas sus cortinas están abiertas y puedo verla caminar de una habitación a otra. A veces desaparece y lo único que me queda para saber que sigue ahí es el sonido de su respiración entrecortada.

Le conté a Bambi que ya había estado en la cárcel, pero nunca le dije por qué. Le dije que había estado defendiendo a mi familia, pero no le expliqué lo que eso significaba. El hombre que arrestaron por agresión no era el mismo que se había enamorado de Bambi Schelling. Es difícil llamarme Jekyll o Hyde cuando soy ambos hombres todos los días, pero la verdad duele.

"Mucho antes de conocerte, yo era un tipo diferente de persona. Tenía muchos problemas de control de la ira e intentaba resolverlos con los puños". Me dije una vez, cuando conocí a Bambi, que me llevaría este secreto a la tumba. Raniero hizo sellar los expedientes judiciales y, aunque pasé un tiempo en la cárcel, al buscar mi nombre en Google aparecían otros resultados.

Un héroe local protege su barrio

Un joven dirige la vigilancia vecinal

Raniero convenció al periódico local para que mis delitos no aparecieran en los titulares.

"Un día, en medio de una tormenta de nieve, mi prima Savina se presentó en la puerta. No era mi casa -le explico a Bambi-, estábamos todos en casa de papá y mamá. Aunque fui yo quien abrió la puerta".

La cara de mi prima me persigue en sueños hasta el día de hoy. Tenía los ojos negros y azules y el labio abierto. Llevaba un cabestrillo alrededor del hombro y el brazo escayolado. Savina no parecía vestida para la tormenta de nieve. De hecho, se había puesto un par de chanclas y luchaba por abrigarse con una rebeca.

"Me pidió ver a mis padres a solas, pero me negué. Era unos años mayor que yo, pero parecía tan pequeña y frágil. Savina era hermosa, pero esa belleza le había sido arrebatada". Sentada frente a la chimenea y contándoles a mis padres lo sucedido, me enfadé.

El novio de Savina, Carter Larsen, le había hecho esto. Ella quería romper con él porque quería mudarse a California y empezar una carrera en el cine. Acababa de hacerse unas fotos de modelo esa mañana. Pero Carter no tomó la ruptura con calma. De hecho, la única persona que se acostó fue Savina después de que él la noqueara.

Carter estaba seguro de que había otro hombre. "Mantuvo a Savina encerrada en su casa durante tres días. Ella le dijo a la policía que él le había hecho cosas repugnantes e indescriptibles. Sólo pude ver algunos moratones y un brazo roto, pero en el hospital dijeron que tenía varias costillas fracturadas y una conmoción cerebral.

"Quería que le doliera lo mismo que le había dolido a Savina. Quería que se arrepintiera de lo que había hecho". No era la primera vez que infligía mi propia forma de castigo a alguien, sólo era la primera vez que llegaba la policía para disolver la pelea. Pero si no lo hubieran hecho, Carter habría muerto; estoy seguro de ello.

"Fui a su casa mientras Savina estaba en el hospital. Tenía congelados los dedos de los pies por haber escapado de su casa y haber caminado ocho kilómetros en una tormenta de nieve, así que estaba en observación. Pensé que era el mejor momento para vengarme sin que nadie interfiriera". También lo habría sido si Cesare no se hubiera dado cuenta de que me escapaba del hospital.

Se lo contó a nuestros padres. En aquel momento, le odié por ello. Si hubiera hecho la vista gorda a mis travesuras, tal vez habría conseguido la venganza que buscaba. "Tenía un bate en el coche. Nada especial", le digo a Bambi, "sólo un bate de madera de mis días de béisbol en el instituto".

El momento más satisfactorio de la paliza de Carter fue cuando sus dos dientes delanteros salieron volando por su cocina. Uno se escabulló bajo los fogones y el otro se escondió bajo la encimera. Quería conservarlos como recuerdo. Taladrar agujeros en el esmalte y ponérselos en un collar que pudiera llevar a todas partes.

"La policía apareció unos quince minutos después. Probablemente le salvaron la vida. Dios sabe que no iba a hacerlo". Se me forma un nudo en la garganta al decir esas palabras. Pasé muchas noches pensando en cómo sería mi vida si hubiera matado a Carter Larsen. ¿A qué centro penitenciario habría ido a parar y cuánto tiempo habría estado allí? ¿Habría podido optar algún día a la libertad condicional? ¿La defensa habría pedido la pena de muerte? ¿O habría pasado el resto de mis días pudriéndome en una celda de una prisión de máxima seguridad?

"Quería matarle, B. Había herido a alguien a quien quería, así que quise devolverle el daño. Pero lo llevé demasiado lejos". Afortunadamente, los años que pasé pagando por ese crimen en particular me habían enderezado. Un consejero de la prisión se interesó por mí y me ayudó a buscar los recursos adecuados para controlar mi ira. Todavía lucho con ella algunos días, pero ya no me parezco en nada a lo que era antes.

Por desgracia, Bambi no puede comparar lo que soy ahora con lo que era entonces. Sólo tiene los conocimientos que yo le he proporcionado y eso la hace hiperventilar.

Su respiración es aguda, rápida y teñida de miedo. Arrastra los pies por la alfombra, pero ya no la veo en el salón. "Tienes que sentarte", le ordeno en voz baja.

"Intentaste matar a un hombre", susurra frenética. "Y te dejaron salir de la cárcel. La policía dejó salir de la cárcel a un intento de asesinato".

No me atrevo a decirle que el dinero de la familia y los buenos abogados son la única razón por la que estoy aquí hoy con un ojo puesto en la ventana de su habitación. Veo la silueta de su

cuerpo apoyado en la puerta del armario, con una mano en la frente en señal de desesperación. "Bambi, por favor, siéntate en la cama, bebe agua y respira hondo. Es complicado. Por aquel entonces yo era otra persona. No sólo eso, sino que protegía a mi familia. Siempre haré lo que haga falta para defender a los que quiero".

"No quiero sentarme en la cama", responde petulante.

Me pellizco la nariz y me digo que no pierda la calma. Al fin y al cabo, es la primera vez que se entera de esto. Todos los demás en mi vida conocen mis cargos desde hace años. Han tenido tiempo de asimilar los delitos violentos que cometí en mi juventud. "Si no te sientas, vas a preocuparte hasta tener un ataque de pánico. Entonces vas a empezar a hiperventilar y las bolsas de papel están abajo en la cocina".

Bambi suelta un gruñido de rabia. "¿Cómo lo sabes todo, Mateo?" Su pregunta viene en un arrebato de ira. "¿Cómo sabes que estoy en mi dormitorio? ¿O dónde están mis bolsas de papel? ¿O dónde guardaba el anillo de compromiso el otro día?". Antes de que pudiera responder, me leyó la cartilla. "Tengo cámaras por toda la casa. No podrías pasar de la puerta aunque quisieras. ¿Qué demonios, Mat? ¿Cómo sabes todo esto?"

Sabía que en algún momento tendría que confesar, pero no sabía que sería hoy. Respiro hondo y me preparo para su ira. "Vivo al otro lado de la calle. La mitad del tiempo puedo ver tu casa. Como ahora, que estás en tu habitación, con la espalda pegada a la puerta del armario y la mano enterrada en el pelo".

Ella suelta inmediatamente sus mechones, dejando caer la mano a su lado. "Dime que estás de broma".

La traición en su tono me hace desear estarlo. "También conseguí que Vince, uno de los chicos de la familia, pirateara tu sistema de seguridad. He estado entrando y saliendo de tu casa durante los últimos dieciocho meses".

Espero una explosión de ira. Espero que Bambi grite, me cuelgue y llame a la policía. Pero la línea está cortada. Su respiración es tranquila mientras recupera el control de sí misma. Me preparo para lo inevitable, pero no llega.

"Ven", me dice por fin después de varios momentos de tensión. "Deberíamos hablar en persona".

La calma mortal de su voz me dice que esto no va a acabar bien. Cuelgo el teléfono y me dirijo a la puerta. La ansiedad se apodera de mi pecho a cada paso que doy. Si sólo voy a cruzar la calle para charlar con el amor de mi vida, ¿por qué me siento como si estuviera subiendo el bloque del verdugo?

BAMBI

Érase una vez, en un país lejano, una guapa universitaria rubia que sólo quería salir una noche con sus amigas. Bebía, bailaba y se divertía como nunca. Entonces se encontró con un apuesto hombre mayor que la enamoró. Iban a vivir felices para siempre... Hasta que él mató a un hombre.

Abro la puerta principal y veo a Mateo cruzando el césped. Tiene el pelo alborotado y parece aprensivo. Su nerviosismo me da fuerzas.

"Buenos días, guapa", me saluda al llegar al porche.

Giro sobre mis talones para alejarme de él y dejo la puerta abierta de par en par tras de mí. Mateo hace lo mismo y cierra la puerta en silencio.

"B", me dice mientras me dirijo al salón, "necesito que entiendas que lo que le hice al novio de Savina era merecido".

Cojo el anillo de compromiso de la mesita y lo sostengo en la mano. Ahora me parece pesado, tan grande como una bola de bolos. No es el diamante ni el anillo lo que me pesa, sino el apego que conlleva. "¿Qué le pasó al tipo que mataste aquella noche?".

Mateo mira fijamente la caja negra que tengo en la mano y luego se encuentra con mi mirada. "Amenazó a la familia", es todo lo que puede decir. Las palabras me golpean como una tonelada de ladrillos directos al pecho.

"Siempre va a ser así, ¿verdad?". Creo que me di cuenta cuando me estaba contando lo que pasó con Carter. Mateo lo dejó claro, después de todo.

"¿Así cómo?" Pregunta.

Cubro la distancia entre los dos, cerrando la caja y extendiendo la mano para dársela. "Siempre vas a hacer lo que tu familia necesita que hagas".

Mateo ni siquiera se molesta en estirar la mano para coger la caja del anillo. Mantiene el contacto visual y puedo sentir su mirada oscura quemando agujeros en mi alma. "Eso te incluye a ti, Bambi. Ese anillo", empuja con el dedo la caja, "significa que yo también haré lo que sea para protegerte".

"Solía pensar que quería ese tipo de protección. Cuando empezamos a salir, me gustaba que fueras un poco peligrosa. No me importó que una vez encontrara una pistola en tu guantera o un montón de carnés falsos en una caja de zapatos cuando te ayudé a hacer las maletas para mudarte conmigo". Una mano invisible envuelve y aprieta mi garganta. "Si estabas robando bancos o defraudando al gobierno o alguna locura por el estilo, era algo con lo que podía vivir. No me hacía feliz", permito, "pero era prácticamente un delito sin víctimas". No consideraba víctimas a los bancos depredadores ni al Gobierno.

Pasé años pasando por alto sus señales de alarma. Incluso me guardé algunos pequeños detalles en lugar de compartirlos con Catherine. No quería que supiera que estaba aterrorizada y excitada por el lado oscuro y depravado de Mateo. Le conté sobre el sexo que tuvimos y las cosas perversas que me hizo en la cama, pero de alguna manera eso se sentía más fácil que admitir que mi novio era un personaje turbio.

"No puedo estar con alguien cuya respuesta a un problema es matar a alguien".

Los ojos de Mateo caen lentamente de mi cara a la caja que estoy empujando en su dirección. La mira durante un largo rato en silencio. "¿Y si te dijera que amenazó a mis padres? ¿Que dijo que los mataría si mi hermano no hacía lo que él quería?".

Casi pierdo los nervios. Si alguien amenazara con matar a mis padres, ¿qué haría yo? No sé si sería capaz de funcionar. "¿Qué quería que hiciera tu hermano?"

"Permitirle vender droga en un sitio muy concreto", admitió Mateo. "Quería apostarse en un parque cerca de la escuela secundaria, pero Raniero dijo que estaba fuera de los límites. Cuando el tipo envió algunos músculos para presionar a Raniero, mi hermano dio la orden de que cualquiera que fuera encontrado en posesión de drogas cerca de la escuela secundaria fuera fusilado en el acto. Casi empezó una guerra".

¿Por qué no recuerdo nada de esto? No recuerdo ningún tiroteo mientras los dos éramos novios, al menos no más de lo habitual. En raras ocasiones, los habitantes de Manhattan se peleaban con los soldados del puesto cercano. A veces se desenfundaba un arma y se disparaba, pero eso solía ocurrir en los bares a altas horas de la noche.

Mateo finalmente se extiende hacia adelante para agarrar la caja del anillo. Siento su mano grande y cálida cubrir la mía durante unos segundos antes de que se separe. Pasa el pulgar por la parte superior del terciopelo negro y exhala un fuerte suspiro. "Tenía que reunirme con él un par de días después de que tú me ayudaras con la mudanza, pero esa noche se presentó en mi casa con una pistola. Me la blandió y me amenazó con dispararme en la cara si no le dejaba entrar. Así que lo hice".

No puede mirarme a los ojos, así que se queda mirando la caja. "Sólo podía pensar en que aparecieras tú. ¿Y si entrabas por la puerta y te disparaba? ¿Y si te hacía daño de alguna manera? Ni siquiera estaba escuchando su desvarío, cargado de drogas, hasta que mencionó a mis padres en Sicilia".

Nunca conocí a los padres de Mateo, no oficialmente. Estuvieron en su juicio, pero no era el momento de presentarme como la novia que lo entregó a la policía. Tuve que conformarme con conocerlos de lejos y soportar sus miradas de enfado mientras declaraba en el estrado.

"Fue entonces cuando afirmó que si no convencía a mi hermano para que respaldara su plan, enviaría a alguien a buscarlos. Pagarían por nuestra terquedad, afirmó. Le salían mocos de la nariz y tenía los ojos desorbitados; estaba rebuscando en su propio alijo y supe que sólo era cuestión de tiempo que se disparara la pistola que tenía en la mano". Mateo se mete la caja en el bolsillo del pantalón y vuelve a mirarme. Ahora hay dolor en sus ojos y eso me hace cambiar el peso de un pie a otro. "Hice lo que tenía que hacer para proteger a la gente que quería. A mis padres, a ti, a mi hermano", frunce el ceño. "Lo maté para protegerte a ti, B".

Se me saltan las lágrimas y de repente siento la cara caliente y húmeda. Abro la boca para decirle que ahora lo entiendo, pero no me salen las palabras. Estoy abrumada por toda esta nueva información.

Pensé que iba a decirme algo estúpido como que el tipo no había hecho bien su trabajo o que había chocado con su coche o algo así. Debería haber sabido que Mateo era un hombre mejor que eso. Debería haber sabido que nunca lo habría sorprendido estrangulando a alguien si no fuera por una buena razón. Si hubiera hablado con él esa noche, tal vez todo sería diferente.

Yo soy la razón por la que ambos estamos destrozados ahora; yo soy la razón de todo esto.

MATEO

Bambi se desploma en el sofá. Abre y cierra la boca como un pez jadeando, se acerca al sofá y se tumba. Se le saltan las lágrimas y hunde la cabeza entre las manos. Me quedo mirándola estupefacta.

Espero a que diga algo, pero no deja de llorar. Y por alguna razón, me toca la fibra sensible. Después de todos estos años, después de todo lo que hice por ella, no me ve como un ser humano. Me ve como una persona que mató a otra sin una buena razón. Y saber que piensa así de mí es el colmo.

Salgo de la casa sin despedirme. Con la mano aún tocando la caja del anillo de compromiso en el bolsillo, me planteo sacarlo y tirarlo lo más lejos posible. Pero vuelvo a entrar en casa antes de que pueda hacerlo.

En lugar de eso, arrojo el anillo al salón. Choca contra un cuadro de la pared y ambos caen al suelo. Todos mis años de clases de control de la ira vuelven a mí, gritándome que me calme antes de hacer algo de lo que me arrepienta. Pero no puedo oír sus palabras por encima de la furia que se apodera de mi cabeza.

En la cocina, destrozo todo lo que puedo. Vuelco la mesa y tiro las sillas contra los fogones. Los armarios quedan maltrechos bajo mi ira y el horno de cristal se hace añicos. Arranco platos de las estanterías abiertas y los arrojo contra la pared, viendo cómo la cerámica estalla en un millón de pedacitos.

Algo se me pega en la cara y me escuece en la mejilla. Cuando levanto la mano para tocarlo, la vuelvo a bajar llena de sangre. Un trozo de cristal ha debido de rebotar contra mí, porque ahora tengo un corte en la mejilla.

Me dirijo al baño de abajo y uso la toalla de mano para detener la hemorragia. La toalla blanca con monograma se estropeará para siempre. El corte no es muy profundo, pero sangra como un cerdo atascado. La piel que lo rodea se hincha y el dolor aparece cuando me limpio la sangre con brusquedad.

Golpeo la pared con el puño, frustrada. Siento que los nudillos se me rompen al entrar en contacto con la pared de yeso, ahora palpitantes por su propio dolor autoinfligido.

Cada cosa que hago, todo lo que destruyo, sólo hace que el dolor que llevo dentro se entierre aún más en mi alma. "Ella no te quería", le digo a mi reflejo en el espejo. "Cree que eres escoria".

Cuando mi reflejo no dice nada reconfortante en respuesta, rompo el espejo. Por suerte, la mano que uso está envuelta en una toalla ensangrentada y sólo unos pocos fragmentos de cristal cortan la piel.

Mi pecho sube y baja mientras intento ralentizar mi ritmo cardíaco. Necesito calmarme y controlarme. Inspiro profundamente, exhalo profundamente. Me digo a mí misma que se ha acabado. Por fin es hora de seguir adelante.

Es entonces cuando mi cuerpo empieza a moverse mecánicamente por mí. Salgo del cuarto de baño en un estado de desorden y me dirijo arriba, encontrándome en el cuarto de baño principal a continuación. Me lavo la sangre de las manos y me limpio la cara. Encuentro una tirita en uno de los cajones y me la pongo en el corte, con cuidado de cubrir la mayor parte posible del centro.

Lo siguiente que recuerdo es estar tumbada en la cama. El sol está en lo alto del cielo y las cortinas abiertas de par en par, pero caigo en un sueño agitado. Sueño con Bambi, con dejarla marchar. Y cuando me despierto con el cuerpo dolorido y el alma aún más dolorida, me doy cuenta de que mi sueño fue profético.

Limpiar mi casa no es tarea fácil. Trabajo durante una hora y no veo ninguna diferencia perceptible, pero no puedo seguir trabajando. El puño se me hincha y se me pone morado. Aunque el sol se ha puesto hace unas horas y el reloj marca las dos de la madrugada, llamo a Raniero.

El teléfono suena un par de veces antes de que conteste somnoliento. "¿Qué quieres?" Suena borracho, pero sé que está en casa con su mujer, probablemente agotado de cuidar a su bebé y vivir felices para siempre.

"Necesito un equipo de limpieza y probablemente ver a un médico". Me miro los feos nudillos destrozados. "¿Quieres que llame a Luc o a Stefano?". Mi voz suena hueca incluso para mí misma; es la muerte de mi tono lo que saca a Raniero de la cama.

"No", me tranquiliza rápidamente. De fondo, oigo a Calíope removerse en sueños para preguntar qué pasa. "Enseguida voy". Cuelga, pero le oigo decirle a su mujer que su hermano le necesita antes de que se corte la comunicación.

Raniero está a quince minutos en coche; el primer miembro del equipo de limpieza llega antes que él. "Siento el desorden", le digo a la mujer de la puerta.

Me despide con un gesto mientras entra con un carro lleno de suministros. En voz baja, murmura algo acerca de que esto apenas es un desastre. Seguro que está acostumbrada a limpiar los desastres de mis hermanos.

Para cuando llega Raniero, estoy intentando barrer con una mano mientras suena Ave María en sonido envolvente. "Jesucristo", jura mientras pisa un cristal. "¿Qué demonios ha pasado aquí?"

Apoyo la escoba en la encimera y le enseño el puño. "Se acabaron las cosas entre Bambi y yo".

Raniero me agarra con ternura la muñeca y hace una mueca de dolor conmigo mientras me mira la mano. "Creo que está rota", conjetura rápidamente. "Imelda no va a encontrar el cuerpo de Bambi por aquí, ¿verdad? Porque ella puede manejar la sangre, aunque se marea con los muertos".

Tenía razón, ella limpia peores desastres que este para mis hermanos. "Bambi está perfectamente viva al lado", señalo distraídamente al otro lado del camino. "¿Crees que podrías llevarme a Urgencias? Esta cosa me está matando".

El viaje es corto. Si fuera una noche más agradable y no pareciera una víctima de malos tratos con la cara hinchada y la mano rota, quizá habría ido andando al hospital. En lugar de eso, me siento en la sala de espera con Raniero y le cuento lo sucedido.

"Se sentó y lloró. No creo que supiera cómo decirme que era un monstruo al que no quería volver a ver. Me puso en un lugar oscuro. Quise matarla, Nero". Recuerdo haber pensado eso mientras tiraba mierda en la cocina, pero tenía miedo de verbalizar mi rabia. Temía que si decía las palabras en voz alta, podría actuar en consecuencia.

Raniero asiente cuando le confieso lo que siento. Sabemos las cosas más oscuras que ha hecho cada uno; admitir que sentí ganas de matar a alguien no es motivo de preocupación. "Pero no lo hiciste. Hiciste un desastre en tu casa y probablemente te costará unos cuantos miles de dólares limpiarlo y reponerlo, pero no hiciste algo de lo que no pudieras retractarte. Actuaste con ira, pero la única persona a la que heriste fue a ti mismo. Es el mejor resultado posible para alguien como tú", bromea.

Sonrío a mi pesar. Raniero es dos años mayor que yo. Cuando éramos niños, nos peleábamos mucho porque los dos teníamos personalidades dominantes. Pero es una de las razones por las que estamos tan unidos ahora que somos adultos. Parece saber exactamente qué decir para sacarme de un apuro. Puede que sigamos discutiendo, pero ahora nos entendemos mejor.

"Creo que realmente se acabó", le reitero a Raniero. "Quiero a Bambi y probablemente siempre la querré, pero creo que esta vez tengo que pasar página de verdad".

Con una intimidad inusual, Raniero me rodea el hombro con un brazo y me abraza. "Esas cosas pasan, Mat. Sé que no siempre te he apoyado en esta mierda con Bambi desde tu juicio, pero eso es sólo porque no quería verte herido otra vez. Por desgracia, creo que necesitabas que te hicieran daño otra vez para darte cuenta de que tienes que dejarla ir."

"¿Valenti?" Una enfermera abre la puerta y me llama por mi nombre. "¿Mateo Valenti?" Parece aprensiva cuando nos ve levantarnos y dirigirnos hacia ella. Es la misma mirada que todos ponen a los hermanos Valenti cuando nos ven llegar.

"Eres demasiado listo para tu propio bien, Nero", le doy una palmada en la espalda con la mano buena. "Deberías haberme soltado estos conocimientos hace años".

6 semanas después

Estoy sentado en la consulta del médico esperando la hora de mi cita. El médico de urgencias me dijo que podían quitarme la escayola al cabo de un mes, pero como aún sentía algo de dolor, mi médico personal decidió dejármela un par de semanas más.

Aprender a utilizar la mano izquierda ha sido un coñazo. De hecho, cada vez que intentaba coger

algo con la derecha y me caía un vaso de la mesa o me golpeaba los dedos contra un armario, me maldecía por haber arruinado estúpidamente seis semanas de mi vida.

He aprovechado este tiempo para volver a centrarme, signifique eso lo que signifique. Raniero me convenció para que fuera a un terapeuta durante unas semanas para controlar mi ira. Decía mucho palabras como recentrar y recalibrar. No me caía demasiado bien, pero me ayudó a ver más allá del monstruo de ojos rojos que llevaba dentro y que se enfadaba cada vez que veía llegar el coche de Bambi tras un largo día de trabajo.

Mi hermano también me convenció para que me mudara, los cuatro, de hecho. Aparecieron un día y organizaron una intervención. Con la ayuda de Calliope, preparamos mi casa y la pusimos a la venta. Su experiencia en el sector inmobiliario me ayudó a decidir el precio de mi casa y qué decir en la descripción cuando la pusiera a la venta.

Todo empezaba a mejorar. En unos minutos me quitarían la escayola y podría reanudar mis actividades normales. Podría jugar unas rondas de golf con mis hermanos antes de que acabara la temporada y volver a escribir con mi mano dominante. Todo iba a salir bien.

Mi teléfono empieza a sonar en el bolsillo y lo saco. La oferta por mi casa llegó hace tres semanas y ahora estamos de inspección. Contesto al número desconocido pensando que es el agente inmobiliario del comprador o alguien que solicita acceso al patio trasero. "Mateo al habla", contesto.

"Hola", llega una voz tambaleante desde el otro lado, "soy yo. Tenemos que hablar".

Cuelga, me dice Raniero. Oigo su voz tan fuerte en mi cabeza que es casi como si estuviera aquí. Él querría que hiciera lo mejor para mi recuperación. Bambi era como una adicción y todavía estoy trabajando para vencerla. "No creo que sea una buena idea". Aprieto los dientes y me digo que debo ser fuerte.

Hay una pausa y entonces Bambi dice: "Estoy embarazada".

"Mateo Valenti", me llama una enfermera desde el pasillo que lleva a la consulta de mi médico. "Ya estamos listos".

"Espere. Enseguida voy". Ni siquiera me excuso de la consulta, simplemente me levanto y salgo. A la mierda todas las sesiones de terapia a las que fui y todas las veces en las últimas seis semanas que mis hermanos han dicho que están orgullosos de mí por seguir adelante. Bambi está embarazada de mí y ya no hay marcha atrás.

BAMBI

Me disgusté cuando Mateo se fue por primera vez, pero enseguida vi que era una bendición disfrazada. No tenía que reconciliarme con sus crímenes. Era libre.

Esperé unos días, esperando que volviera y me dijera que tenía que perdonarle. Pero nunca volvió. Y al cabo de un par de semanas, apareció un cartel de se vende en el jardín de su casa. Era sólo otra marca en mi camino hacia la libertad.

Hasta que me empezaron a doler los pechos.

Fue extraño. Una mañana me levanté y me duché antes de ir a trabajar. Los chorros de agua llovían sobre mi cuerpo y cada vez que una gota golpeaba mis pezones, sentía como una pequeña punzada de dolor. Cuando me los masajeé, pensando que tal vez me dolían por el contacto directo, los sentí como puntitos amoratados. El resto de mis pechos no estaban mejor. Me acaricié buscando bultos o nódulos hinchados, jurando que debía de ser un signo de cáncer de mama. Me dolían y me pesaban, y cada vez que los apretaba me parecía estar presionando un hematoma.

El Dr. Google me dijo que el dolor en los pezones probablemente se debía a que llevaba una tela áspera que me irritaba los pezones. Me dije que tenía sentido. El fin de semana había salido con Catherine y no me había molestado en llevar sujetador. Tal vez el vestido que llevaba aquel día me había dejado los pezones en carne viva. Era una sensación incómoda, pero tenía sentido. Era la respuesta lógica. Ignoré la segunda causa más común: el embarazo. Era imposible que estuviera embarazada; ni siquiera tenía relaciones sexuales.

Mis pechos dejaron de ser un problema al cabo de unos días. Con la llegada del otoño, me puse enferma. El médico no estaba seguro de que fuera gripe, ya que había dado negativo, pero tenía todos los síntomas. Tenía fiebre, vomitaba, me dolía todo el cuerpo y no aguantaba más de un par de horas antes de echarme la siesta. Fui a la tienda a comprar sopa de pollo con fideos, Gatorade y medicamentos para el resfriado antes de quedarme tirada en casa durante cinco días.

Me sentía fatal. No podía retener nada, ni siquiera la sopa de pollo con fideos. El sabor del caldo que volvía a subir casi me arruina para siempre con los fideos de pollo. Dejé de comerla después del primer día y me pasé a las tostadas con mantequilla de cacahuete. Era lo suficientemente insípido como para que cuando lo vomitara, el olor no me hiciera vomitar de nuevo.

Pasaba del día a la noche en una nebulosa de medicamentos para el resfriado, ibuprofeno, pastillas para la tos y para los mocos. Todo lo que podía tomar, lo tomaba. Me atiborré tanto de

medicamentos sin receta que creo que aluciné una noche a las tres de la madrugada.

Pero como todos los resfriados, desapareció. Una mañana me desperté y ya no me dolía el cuerpo. Al día siguiente se me fue la tos. Y después de una semana, lo único que seguía activo eran los vómitos. Pero no se desencadenaban por nada. No importaba si comía una tostada o un trozo de tarta. Inevitablemente, unas horas más tarde caminaba por la calle y sentía que el estómago se me revolvía y sabía que sólo tenía diez segundos para llegar al cubo de la basura.

Un día especialmente atroz, mientras estaba tirado en el cubo de la basura de mi oficina, llamé a Catherine para quejarme de nuevo. Llevaba días escuchándome quejarme pacientemente. "Haz que pare", le grité.

La oía teclear a través del teléfono. Sus dedos volaban sobre el teclado, sin duda respondiendo a un correo electrónico del trabajo. "Cariño, odio decir esto, pero ¿te has hecho un test de embarazo?".

La temida palabra había vuelto. ¿Por qué todo el mundo estaba convencido de que estaba embarazada? Primero, Google. Ahora, mi mejor amiga. Hace unos días incluso oí risitas entre los estudiantes trabajadores cuando vomité mientras dirigía el montaje de un evento. Mencionaban la palabra con "P" en voz baja.

"Cat, no puedo estar embarazada. No tengo novio. Ni siquiera tengo relaciones sexuales ahora mismo. Soy célibe". Me aparté del cubo de la basura y me tumbé en el suelo de mi despacho. "Si estoy embarazada, vas a tener que empezar a llamarme Virgen María".

Catherine no se dejó impresionar. "Puede que ahora no tengas relaciones, pero si estás de un par de meses, quizá fue alguien con quien tuviste relaciones hace dos o tres meses. No lo sabes".

Pero sí lo sabía. Me di cuenta de que hacía unas semanas había tenido relaciones con alguien que no llevaba protección. "Dios mío", susurré en la línea, "podría estar embarazada".

Eso llamó la atención de Catherine. Dejó de teclear y preguntó quién podría ser el padre.

Cuando Mateo volvió a mi vida esos días, no se lo conté a Catherine. No quería que se asustara. Si hubiera pensado que no podía manejarlo, habría aparecido en la puerta de Mateo y amenazado con matarlo. Ella nunca lo habría hecho, pero lo habría visto como una manera de protegerme contra él. "Hay algo que tengo que decirte", gemí. "No te enfades".

No estaba enfadada, estaba excitada por todos los detalles escandalosos. "Chica asquerosa". Podía oír su sonrisa a través del teléfono. "¿Y dejaste que se corriera dentro de ti?"

"No podía impedírselo", murmuré. "Es una fuerza de la naturaleza, Cat. Ya lo sabes".

Juntos contamos las semanas y todo encajaba. Yo estaba ovulando alrededor de la semana en que me acorraló en mi oficina y me folló sobre el capó de su coche. Cabía la posibilidad de que uno de sus ambiciosos nadadores hubiera encontrado un óvulo y lo hubiera implantado.

Ese día almorzamos temprano para encontrarnos en Walgreens. Estaba a medio camino entre nuestras dos oficinas y nos apretujamos juntas en un baño minúsculo. Cat se puso de cara a la pared mientras yo orinaba en el palo, intentando quitarle importancia a la situación. "Al menos tu bebé será guapo. Mateo y tú siempre habéis hecho una bonita pareja".

El maldito palo no tardó ni tres minutos en mostrar un signo más. Lo puse en el fregadero mientras me limpiaba y me subía los pantalones. Para cuando Cat y yo nos acercamos a mirarlo, el maldito signo de más nos estaba mirando fijamente. "Hijo de puta", maldije.

Cat chilló de emoción. "¡Voy a ser tía!".

No le recordé que tenía tres hermanos, todos ellos con al menos un hijo. Me hundí en el lavabo y enterré la cara entre las manos.

La libertad que tanto me había costado conseguir se había esfumado. En mi vientre crecía el engendro de Satanás. Era una cosita inocente, pero sin duda su alma estaría manchada por el linaje de su padre.

"Un pequeño bebé Valenti", gemí a Cat.

Se agachó a mi lado y me envolvió en sus brazos. "Solías soñar con este día".

Hace cinco años, era todo lo que podía pedir. Pero ahora lo sentía como una sentencia de prisión. "Voy a tener que decírselo".

Catherine me abrazó más fuerte. "Lo sé, cariño, pero es lo mejor. Estará ahí para su hijo. Cuidará de los dos. Incluso económicamente, si eso es lo que quieres. Sabes que es bueno para eso".

Pero yo no quería su compensación económica. Lo quería a él. Después de todos estos años, después de todo el drama, después de todas las peleas y follar, todavía quería estar con él. "Sólo dame un par de semanas", le dije. "Se lo diré, Cat. Se lo diré".

Y cumplí mi promesa.

Sonó el teléfono y su voz se oyó en la línea. Se me revolvió el estómago como si fuera a vomitar otra vez, pero no lo hice. "Estoy embarazada", le dije.

Y al igual que todo lo que había hecho hasta entonces -ir al bar rural donde conocí a Mateo, aceptar su anillo de compromiso, entregarlo a la policía, dejar que me follara en mi despacho-, cambió el curso de mi vida para siempre.

MATEO

Exactamente dos horas después, llego a la puerta de Bambi. El corazón me late con fuerza en el pecho mientras estoy en su puerta, con la mano preparada para llamar. Me había esforzado tanto por olvidarla, pero me estaba engañando a mí mismo. Nunca iba a renunciar a Bambi, no para siempre. Nunca iba a haber un día en que me despertara y no la amara como las flores aman al sol.

Golpeo la madera con los nudillos tres veces, anunciando mi presencia. Tarda no menos de treinta segundos en llegar a la puerta con media sonrisa y cara de confusión. "Uh, ¿hola?" Los ojos de Bambi se centran en la cesta que tengo en los brazos.

Cuando salí de la consulta del médico, sólo podía pensar en llegar a la puerta de Bambi y decirle que la quería. Pero había dicho esas palabras tantas veces a lo largo de los años. Ella me creería, pero eso no cambiaría lo que había hecho para herirla. Así que decidí demostrarle que, de ahora en adelante, iba a ser un hombre diferente.

"¿Puedo entrar?" Pregunto, sintiendo que mi corazón late a dos tiempos por la nerviosa expectación.

Bambi vuelve a mirar la cesta antes de abrir un poco más la puerta y dejarme pasar. "¿Qué te ha pasado en la mano?"

Me dirijo al salón y dejo la cesta sobre la mesita. "Me la rompí", murmuro mientras ella entra detrás de mí. "Fue un accidente. No quiero decirle que la rompí en respuesta a nuestro último encuentro juntos. Lleva en su vientre a mi hijo y me dolería verla pensar si contarme lo de su embarazo fue una buena idea o no.

Asiente con la cabeza antes de colocarse junto a la mesita conmigo. "¿Me vas a decir qué hay en la cesta?".

Hoy lleva el pelo rubio recogido en una pinza. Unos mechones de pelo suelto le rozan las mejillas mientras mira con curiosidad el regalo que le he traído. "Dijiste que estabas embarazada".

Se aparta de la cesta para mirarme. "Sí, lo estoy. Probablemente de ocho o nueve semanas, dependiendo de cuándo hayamos concebido".

Tuvimos sexo dos veces esa semana. Me corrí dentro de ella, pero no sabía que no tomaba anticonceptivos. Mentiría si dijera que no me alegré. He imaginado a Bambi como la madre de

mis hijos desde que la conocí. Quería que mis hijas tuvieran su precioso pelo rubio y mis hijos sus penetrantes ojos marrones. "Bueno, te he traído esto porque pensé que te ayudaría".

Hice muchas paradas de camino hasta aquí, pero mereció la pena. La expresión de su cara cuando lo saco todo y le explico para qué es no tiene precio.

"Te he comprado chocolate porque sé que es tu dulce favorito". Compro galletas, cuadraditos Ghirardelli y un trozo de tarta de queso y chocolate en la tienda.

"Te he traído esto porque he oído que a las embarazadas se les antojan los pepinillos". Saco un tarro de los pepinillos más elegantes que pude encontrar en Hy-vee. Son de un vendedor local que hace una variedad de sabores. "Sé que te gustan los pepinillos con ajo, así que pensé que podrías probar estos. Pero Raniero me dijo que a las embarazadas les da acidez, así que también te traje unos Tums". Escondido en una esquina de la cesta hay un recipiente de antiácidos de colores brillantes. "No quiero darte algo que te haga desgraciada", le digo con una sonrisa incómoda.

Bambi está de pie a mi lado, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en los objetos que saco de la cesta. Su mirada es ilegible y me pone de los nervios. Así que sigo sacando cosas.

"No encontré una caja grande ni nada", le digo mientras saco el siguiente artículo, "pero encontré el paquete más grande de pañales para recién nacidos que pude encontrar en la tienda. Raniero me dijo que los bebés gastan como ocho pañales al día, por lo menos". Cuanto más calla, más me inquieta.

"También compré unos bodies de género neutro". En tonos pastel de amarillo y verde. Se abrochan en la entrepierna y llevan una sola palabra en el pecho: monada. "No sé si vamos a tener un niño o una niña", le explico mientras le enseño los bodies. "Pero quiero estar preparada para cualquiera de los dos".

Lo último de la cesta es un sobre. Fue lo más difícil de encontrar y nos llevó a todos los hermanos Valenti llamar a varios lugares de la ciudad para encontrar lo que buscaba. Lo cojo y se lo doy a Bambi, tímidamente mirándome a los pies mientras le explico el cheque regalo que hay dentro. "Hay un sitio de masajes cerca de Claflin que hace masajes para embarazadas. Raniero dijo que cuando empieces a crecer, te dolerán la espalda, los pies y probablemente todo lo demás. Así que quería que estuvieras cómoda".

El cheque regalo cubre hasta 1.000 dólares en masajes, pero si me entero de que ya los ha usado todos, le compraré otro. No quiero que la madre de mi hijo esté incómoda durante todo el embarazo. Hice mi parte. Disparé mi carga dentro de ella y la dejé embarazada. Ahora ella va a hacer la parte difícil de llevar y dar a luz al niño. No voy a dejar que lo haga sola.

Bambi no me quita el sobre de la mano, así que lo vuelvo a poner en la cesta. Sigue mirándome con una mirada inescrutable que me hace moverme incómoda en mi sitio.

Hubo un tiempo en que yo era todo confianza y bravuconería, pero eso fue antes de herir a Bambi y romperme el corazón. Fue antes de ponerme delante del amor de mi vida y esperar que me dejara formar parte de la vida de mi hijo. "Sé que esto no es mucho", empiezo a explicarle, "pero tienes que saber que haré lo que haga falta para demostrártelo. No puedo cambiar de la

noche a la mañana", vacilo. Todavía hay unas cuantas órdenes abiertas de Raniero de las que me tengo que ocupar y que seguro que a Bambi no le gustarían demasiado. "Soy quien soy, B, pero quien soy quiere ser el mejor padre posible para nuestro hijo. Quiero estar a tu lado durante todo el embarazo. Quiero estar ahí para el nacimiento de mi hijo. Y quiero estar a tu lado cuando se despierte cada hora o esté enfermo o simplemente necesite que le cojas en brazos. Esto es lo que he soñado cada día desde que te conocí y espero que me dejes estar en tu vida y en la del bebé".

Si todo lo que puedo esperar es una oportunidad de estar cerca, que así sea. Si Bambi no puede encontrar en su corazón la forma de perdonarme, entonces sólo rezo para que me deje tener visitas.

"¿Recuerdas nuestra primera cita?" pregunta Bambi tras unos instantes de silencio.

¿Cómo podría olvidarlo? Cuando le pregunté qué le gustaba comer, dijo que comida mexicana. Yo quería llevarla a Kansas City a comer la mejor comida italiana o el filete mejor cocinado del estado, pero ella quería ir a un restaurante mexicano de mala muerte. Nada más entrar supe que éramos de dos mundos completamente distintos.

Conocía a los camareros por su nombre y charlaba con ellos sobre sus hijos; Bambi era un cliente habitual. Saboreaba una margarita mientras hablábamos de nuestras respectivas vidas. Ella estudiaba hostelería y quería ser organizadora de eventos. Yo era un hombre de negocios que apenas trabajaba. Cuando terminamos de cenar, me dijo que fuéramos al lago.

Nos sentamos en mi coche a ver la puesta de sol sobre el agua. "Esto es como un cuento de hadas", me dijo con una risita de niña, "así es como acaban las citas de los libros, no es como acaban las citas en la vida real".

A la luz del sol poniente, me pareció un ángel. Un ángel enviado aquí para salvarme de mi naturaleza más oscura y convertirme en un hombre mejor.

Bambi sonríe cuando le cuento la historia de nuestra primera cita. "Pensé que estábamos destinados a ser felices para siempre", admite. "Pero la vida es mucho más complicada que un cuento de hadas. La gente no se va junta al atardecer. Aprenden quién es el otro, pasan por buenos y malos momentos, y a veces tienen que atravesar el fuego para hacer realidad sus sueños."

La observo con detenimiento. Esta mujer a la que he amado durante los últimos nueve años es ahora mucho más profunda. Ha crecido de un modo que nunca hubiera imaginado.

"Hemos pasado por los buenos momentos y hemos luchado por los malos. Nunca hemos sido perfectos, Mat, pero siempre hemos sido honestos el uno con el otro. Así que es hora de que yo sea honesto contigo". No sé por qué, pero eso hace que mi nuez de Adán triplique su tamaño normal.

"Sé que debería alejarme de ti y no mirar atrás. Mis padres están en Wichita y puedo mudarme allí si quiero su apoyo. Me ayudarían en todo", dice con un suave suspiro. "Pero a pesar de mi buen juicio, quiero quedarme aquí. Quiero darle otra oportunidad a esto entre nosotros. Porque aunque siento que hay una gran parte de ti que no conozco, me encantan las partes que sí conozco. Y quiero llegar a saber quién eres cuando no estás conmigo".

Tímidamente, con la esperanza de no asustarla, abro los brazos y doy un paso adelante para

envolverla en mi abrazo. Se adapta perfectamente a mi cuerpo, como una pieza de puzzle hecha para mí. "Esta vez voy a ser mejor novio", le juro. "Prometo no volver a matar a nadie".

Bambi aparta la cabeza de mi pecho para mirarme. "No hagas esa promesa. Cuando descubrí que estaba embarazada, tenía sentido. Cuando intentaba decidir si decírtelo o no, tuve que aceptar todo lo que estaría dispuesta a hacer para mantener a mi bebé a salvo de ti. Mis pensamientos iban a lugares oscuros".

La abrazo más fuerte, rogándole que no diga las cosas que sé que quiere decir. "No pasa nada. No tienes por qué pensar así", la tranquilizo.

Me rodea la cintura con los brazos y se inclina hacia mí. "Si alguna vez tienes que elegir entre hacer algo ilegal para proteger a nuestra familia o dejar que nos hagan daño si no lo haces, prométeme que siempre harás lo que nos proteja".

Es la luz verde para todas las acciones oscuras y atormentadas que tenga que hacer para proteger a los Valentis. Ahora que ella va a ser una de nosotros, eso significa que también haré estas cosas por ella. "Lo prometo", susurro. "Prometo que nunca, nunca dejaré que nadie te haga daño". Incluyéndome a mí mismo. Caminaré sobre brasas ardientes si eso significa asegurarme de que nunca tenga que descubrir lo que hago para mantenerla a ella y a mi hijo a salvo.

SUCIO PECADOR

LUCA

No soy un tipo duro. No hago la mierda que hacen mis hermanos porque soy la cara de los Valentis. Soy miembro de la Comisión Municipal y si hago lo que debo, en dos, quizá tres años, seré alcalde. Será un gran golpe para la ciudad de Manhattan cuando tengan que comerse sus palabras sobre la familia Valenti. No somos monstruos crueles dirigiendo una red clandestina de tráfico, somos miembros honrados de la sociedad.

Pero tiempos desesperados requieren medidas desesperadas. A veces tienes que dar la espalda a la persona en la que te has convertido para salvar los restos de lo que una vez fuiste.

Hace diez años, estaba tan metido en el negocio familiar como cualquier otro. Era un abogado corrupto que sacaba criminales a diestro y siniestro, por un precio, claro. Fue entonces cuando conocí a Daniel Prewitt. Un pedazo de mierda de veintitrés años que acababa de ser acusado de agresión doméstica. Se presentó en mi despacho con un puñado del dinero de papá y la promesa de que no volvería a hacerlo. Que yo sepa, nunca ha vuelto a pegar a una mujer, pero sus escapadas iban mucho más allá de una pequeña agresión.

Cuando le ayudé a eludir una pena de cárcel por pegar a su novia, acababa de terminar la universidad. Iba camino de convertirse en arquitecto. Si no fuera tan talentoso, probablemente no lo habría mirado dos veces. Pero fue mi culpa que lo pusieran a cargo de la propiedad familiar. Raniero quería renovaciones. Quería una catacumba subterránea debajo de la propiedad. Quería una prisión capaz de albergar a cuatro prisioneros a la vez. Quería una cámara de tortura con suelos fáciles de limpiar y paredes insonorizadas.

Si Daniel no se hubiera presentado en mi despacho, nunca habría seguido su carrera. No habría puesto a mi hermano en contacto con él cuando buscaba un arquitecto para los planos de su casa. Daniel nunca habría esperado a que el edificio estuviera en marcha para vendérselos a la familia Calvino. Daniel Prewitt se hizo rico de la noche a la mañana a costa de los Valentis.

Él fue mi error; por eso soy yo quien limpiará el desastre.

Fumo en el aparcamiento de la oficina. Con la luna en lo alto y el viento otoñal que se levanta, saboreo la nicotina. Respiro el aroma hasta el fondo de mis pulmones, dejando que el dulce sabor de la adicción me colme. Termino el cigarrillo demasiado rápido y dejo caer la colilla al suelo, junto a mi coche. Si la policía encontrara este sabroso trozo de ADN fuera de la casa de Daniel, sabrían exactamente quién había hecho el trabajo. Pero yo no dejo pruebas, y menos

pruebas con mi información genética.

Hace seis meses, Daniel dibujó los planos de un complejo terriblemente feo que se construiría en las afueras de Manhattan. Con todo el dinero que ahorró vendiendo a los Valentis, consiguió construir y amueblar la casa de sus sueños en cuatro meses. Todo el mundo había visto la monstruosidad de Daniel; un edificio rectangular de color blanco puro que salía de la tierra como una mala hierba. Era un estorbo sobre el fondo de los hermosos árboles y el paisaje que conformaban las afueras de la ciudad, pero a él no le importaba.

Por primera vez desde que me enteré de la construcción del lugar, me alegro. Un monumento blanco que sobresale como un pulgar dolorido en el bosque es más fácil de encontrar que una casita pintoresca.

Daniel podría haber equipado su casa con una valla de tres metros y cámaras suficientes para vigilar al Presidente, pero en lugar de eso se decidió por un exterior modesto. Muros de seto de metro y medio rodeaban los lados de la casa. Un césped perfectamente cuidado daba la bienvenida a todos los transeúntes. Bajo los alféizares de las ventanas había jardines bien cuidados. Daniel quería que la gente quisiera visitarlo, pero no quería ahuyentarla con tecnología ingeniosa y muros que impidieran el paso de la luz del sol.

Debería haber instalado un sistema de seguridad de última generación.

Conduzco hasta la casa y ni una sola luz se enciende para anunciar mi presencia. Ni siquiera tiene una luz con sensor de movimiento en el garaje. Daniel siempre ha sido de los que hacen las cosas a medias, de los que construyen un complejo en el bosque y no lo aseguran.

Cuando nadie enciende una luz en el interior para reconocer que acaban de oírme llegar, me dirijo a la parte trasera de la casa para entrar. Hay una llave debajo de una maceta cerca de la entrada a la piscina; me lo ha dicho su ex novia más reciente. Es increíble lo que se puede comprar con unos cuantos billetes de cien.

Todo está tranquilo en el frente occidental, por lo que veo. Ni siquiera hay un televisor que emita las noticias de la noche cuando meto la llave por la puerta de atrás y entro. Todas las luces están apagadas y sólo son las 9:42 de un miércoles por la noche. ¿Está Daniel tan solo que no tiene compañía? ¿Está tan cansado que no está viendo reposiciones de The Office mientras esboza nuevos diseños?

Mis zapatos hacen un suave repiqueteo contra las baldosas mientras me abro paso por su fría y estéril casa. El suelo es de mármol gris. Todas las paredes están pintadas de blanco. Incluso los sofás del salón parecen incómodos; ni una almohada ni una manta proporcionan un ápice de calidez a los invitados.

Agarro la pistola que guardé en mi funda antes de salir de casa esta mañana. Cada vez que sentía su presencia, recordaba cómo acabaría mi día. Nunca me había sentido más poderosa; nunca me había sentido más viva.

Paso de puntillas del segundo piso al tercero. Su ex dice que hay un ascensor en la cocina que lleva directamente a su dormitorio, pero no necesito que una pieza de maquinaria me delate. El sonido se hace más fuerte aquí arriba, pero sólo por un decibelio.

Alguien se está lavando las manos. La puerta de la habitación de Daniel está abierta y la luz del

cuarto de baño contiguo está encendida. Espero en la sombra a que vuelva, con el dedo sobre el gatillo. Me gustaría tener una pequeña charla con Daniel antes de que muera. Quiero que sepa que es responsable de lo que está a punto de ocurrirle. Pero si por alguna razón me ve e intenta huir, una bala en la espalda bastará.

El agua se cierra en el baño y Daniel dedica unos segundos a secarse las manos. Cuando sale, la luz se apaga y queda bañado por la luz de la luna que entra por la ventana. Pero ese no es Daniel.

Daniel es un hombre alto. La persona que acaba de salir de su cuarto de baño es ciertamente alto, pero ni de lejos el 6'4 "que se jacta. Daniel tiene el pelo oscuro recortado. La persona que mira de frente a la habitación tiene el pelo largo y plateado a la luz de la luna.

Bajo el arma. No quiero hacer daño a una mujer inocente que acaba de meterse en la cama con una serpiente.

Un paso adelante y sus rasgos empiezan a aparecer. El corte de su mandíbula, afilado y anglosajón. No se arrastra hacia delante para meterse en la cama con Daniel, mira fijamente a lo lejos con una dureza que hace que su cuerpo se ponga rígido.

La reconozco enseguida. Tal vez sea porque acabo de verla hace unas horas y su traje rojo camión de bomberos está impreso en mi memoria. O quizá porque llevo meses observándola desde el otro lado de la oficina.

Vuelvo a levantar la pistola y le apunto a la cintura. Con unos cuantos pasos silenciosos más, enciendo la luz del dormitorio de Daniel.

La mujer tuerce el cuello tan rápido que me sorprende que no se lo rompa. Cuando me mira, lo hace a través de unas pestañas imposiblemente largas y unos ojos entrecerrados de un azul tormentoso. "Luca". Mira la pistola que tengo en las manos.

"Sloane Bishop", sonrío. "Qué sorpresa. Estoy tan absorto en el momento que me olvido de Daniel hasta que ella mira hacia la cama. Sigo su mirada y veo su garganta cortada de oreja a oreja. No sólo eso, parece que le han atravesado el centro una docena de veces. La sangre se filtra por el colchón y cae de las puntas de sus dedos al suelo.

Como un puzzle para niños de cuatro años, la imagen es clara. Giro la cabeza hacia atrás para mirar a Sloane y la encuentro mirándome fijamente.

"Puedo explicarlo", dice con calma.

Meses de observarla desde el otro lado de la oficina, durante las reuniones del consejo municipal y en la mesa de juntas me habían convencido de que estaba medio enamorado de la fantasía que había creado de Sloane. Pero al ver las salpicaduras de sangre en su pecho y saber que probablemente acaba de lavarse las pruebas cruciales de las manos, me he enamorado perdidamente.

Enfundo la pistola y le doy la palabra. "Explícate, preciosa".

Sloane me fulmina con la mirada. "Le he dicho que deje de llamarme así".

Una mirada más al cadáver en la cama frente a nosotros es todo lo que necesito. "Estoy bastante seguro de que puedo llamarte lo que quiera ahora mismo. A menos que quieras que llame a la

policía", amenazo sin entusiasmo.

Su mirada se intensifica como si estuviera tratando de matarme donde estoy. "Vale", dice Sloane entre dientes apretados, "empezó en el instituto...".

SLOANE

Estaba segura de que Daniel iba a estar solo esta noche. Los miércoles le gusta relajarse jugando a World of Warcraft con sus amigos del instituto. Lleva haciéndolo desde que éramos niños. Incluso cuando empezamos a salir, se empeñaba en no perderse ni una noche con los chicos.

Ha pasado más de una década desde la última vez que hablé con él, pero he estado vigilando la abominación que construyó en el bosque a las afueras de Manhattan. Puede que tenga amigos y amigas todas las noches de la semana, pero los miércoles, su casa siempre está vacía.

"No vine aquí por capricho", le explico a Luca. "Es complicado".

Resopla burlón mientras se acerca a la ventana que da al patio trasero. "Apuesto a que sí", dice con una risita. "¿Te ha dejado o algo?".

Siempre me he preguntado si Luca me reconocía. Cuando entró en la Comisión Municipal, estaba segura de que me llamaría la primera semana. Luego me convencí de que sólo estaba absorbiendo mi presencia y esperando el momento oportuno. Le he visto mirarme como si intentara averiguar de dónde me conoce. Pero después de todos estos meses, me he resignado a darme cuenta de que no tiene ni idea de quién soy. "Salimos hace mucho tiempo".

Luca gira la cabeza para mirarme fijamente desde el otro lado de la habitación. "¿Y por qué lo mataste ahora? ¿Te molesta que sea rico y famoso?".

El enfado taladra los rincones de mi mente. Este capullo no sabe con quién está hablando. No sabe por lo que he pasado. O, bueno, sí lo sabe, pero no lo recuerda.

Cierro las manos en puños a los lados e intento convencerme de que no me acerque a la cornisa. Que esté aquí no significa que tenga que saltar. Cuando la policía encuentre el cadáver de Daniel, ya será bastante difícil averiguar por qué lo asesinaron. Si encuentran el cuerpo de Luca Valenti a pocos metros, será mucho más fácil relacionarme con el crimen teniendo en cuenta que los conozco a ambos.

"Daniel y yo fuimos juntos al instituto. Cuando él estaba en tercer año y yo en segundo, empezamos a salir. Era la típica relación de instituto. Peleábamos por estupideces y rompíamos cada dos por tres sin motivo alguno". Comparto los detalles de nuestros comienzos de forma desapasionada. Hace tiempo que dejé de emocionarme por las señales de alarma que no vi cuando era adolescente.

Perdoné a Daniel por sus arrebatos. Pasé por alto el hecho de que varias personas me dijeron que se acostaba con la mitad del equipo de animadoras. Ni siquiera le conté que contraje clamidia a los diecisiete años, cuando él era la única persona con la que mantenía relaciones sexuales. Simplemente pensé que eso es lo que hacen las mujeres: perdonan a su hombre incluso cuando va en detrimento de ellas mismas.

Viví con clamidia el tiempo suficiente para que se formara tejido cicatricial y se bloquearan mis trompas de Falopio. No sé cuánto tiempo había pasado desde que me contagié, pero fue el suficiente como para tener que operarme para eliminar la obstrucción. A los diecisiete años, un médico me dijo que mis posibilidades de tener un hijo algún día habían disminuido por no haber consultado antes a alguien sobre mi ETS.

Había crecido viendo a mi madre perdonar a mi padre por todo tipo de mierdas. Llevando a la familia a casa desde un restaurante después de haber bebido media docena de cervezas. Gritándonos a los niños porque hacíamos demasiado ruido cuando tenía resaca un domingo por la mañana. Golpeaba a mamá cuando intentaba protegernos de su ira. Pensé que el abuso era normal, así que perdoné a Daniel por ser un hombre como mi padre.

"También salimos durante la universidad. Cuando cumplí diecinueve años, me dijo que me había comprado un regalo. Esa noche, en el dormitorio, había una cámara colocada frente a la cama. Dijo que el regalo era para mí, pero en realidad era para él". A los diecinueve años, protagonicé mi primera película para adultos. "La primera media hora fue Daniel emborrachándome. Todavía me sentía como un bebé algunos días. No tenía el valor ni la confianza para tener sexo ante la cámara". Unos cuantos chupitos y un par de caladas de hierba después, me hizo cabalgar su polla hacia atrás para que la cámara pudiera captar mis pechos rebotando.

Lo grabó todo. El vídeo mostraba cómo se corría dentro de mí. Me mostró poniéndome a cuatro patas para ponérsela dura de nuevo con mi boca. Mostraba mi cara cubierta de su semen mientras me decía que lo lamiera. No recuerdo ni la mitad de lo que hice, pero no importa porque está todo grabado.

"Hace aproximadamente un año, Daniel se puso en contacto conmigo por correo electrónico. El correo electrónico de mi ciudad, nada menos. Adjuntaba un vídeo de lo que había hecho y una amenaza: si no encontraba la forma de sacar adelante sus planes para un nuevo aparcamiento municipal, se lo enviaría a todos sus conocidos". Me había opuesto firmemente a su plan de remodelar el barrio de bares de la ciudad añadiendo un aparcamiento de pago en lugar de mantener el actual aparcamiento gratuito. Pero no por mucho tiempo.

"Tanteó el terreno después de eso". Luca permanece en silencio frente a la ventana, pero ahora está de espaldas a la luz de la luna. Las sombras me impiden ver lo que está pensando. "Empezó a pedirme fotos y vídeos personales. A veces sólo quería una foto de mis pechos con su nombre escrito, pero hace unas semanas me envió un correo electrónico y me dijo que quería un vídeo mío. Le di lo que quería con mi cara cuidadosamente recortada. No quería que tuviera más influencia".

Luego quiso más; los tipos como él siempre quieren más. Daniel exigió que me grabara mientras me follaban con un consolador de goma. No en el coño, sino en el culo. Quería que mirara a la cámara por encima del hombro mientras lo hacía.

"No podía permitirme que tuviera un vídeo así en sus manos", le digo a Luca. "Ya tenía un clip

de mí emborrachándome y drogándome y follando con él cuando era adolescente. Lo último que necesitaba era uno más reciente. Uno que pudiera alejar a la gente que me había votado".

Intenté razonar con Daniel. Nunca quiso verme en persona; disfrutaba con nuestro juego digital del gato y el ratón. Le devolví el correo y le dije que le daría todo lo que quisiera, excepto un vídeo en el que apareciera mi cara.

Su respuesta fue aún más depravada que la anterior. Quería que me presentara en una casa de su elección y me ofreciera a los hombres de dentro. Me dijo que podía llevar una máscara si quería, pero que quería grabar un vídeo en el que los desconocidos me pusieran un tren encima.

"No tenía otra opción. Era hacer lo que él quería o encontrar la manera de que parara". Me acero contra las emociones que amenazan con arrastrarme bajo las olas. Me pasé tres semanas pensando cómo entrar en su casa y robarle mi vídeo. "Cuando llegué, sólo se burló de mí. Dijo que podía destrozar su ordenador todo lo que quisiera, que ya tenía el archivo preparado para enviárselo a todos sus conocidos si le pasaba algo".

Miro fijamente su cuerpo sin vida sobre la cama. Daniel Prewitt fue mi primer amor. Fue el primer hombre al que besé y la primera persona con la que tuve relaciones sexuales. Ahora puedo añadir otro primero a la lista: es la primera persona a la que he matado. "No quiero ir a la cárcel por esto, pero preferiría la cárcel a que ese vídeo o esas fotos salieran a la luz. ¿Alguna otra pregunta, Luca?"

Se aleja de las ventanas y sus rasgos se vuelven más claros al acercarse al borde de la cama. Luca evita cuidadosamente el cuerpo a cada paso que da. "Yo habría hecho lo mismo. Probablemente antes", dice encogiéndose de hombros.

"Es curioso", me río en su cara, "porque hace una década, cuando acudió a tu despacho con una acusación doméstica, le salvaste de pasar unos cuantos años entre rejas. Cuando yo estaba sentada al otro lado de la sala temiendo por mi vida, tú le protegiste". Señalo con el dedo al muerto de la cama. "¿Por qué no me dices por qué estás aquí, Valenti?".

Los rasgos faciales de Luca se contorsionan en confusión mientras intenta descifrar de qué estoy hablando. Pero al cabo de unos instantes se da cuenta de que me ha visto antes. No sólo en las reuniones del ayuntamiento o en la oficina, sino hace años, cuando vivíamos vidas completamente distintas. Yo era la novia maltratada con un brazo roto, costillas magulladas y manchas negras y azules por todo el cuerpo. Él era el hombre que ayudó a mi ex novio a convertirse en la persona que es hoy.

LUCA

"Vi la pistola", acusa Sloane tras unos instantes de silencio. "Sé que no venías a pasar el rato y disparar con el tipo a estas horas de la noche. Así que sólo puedo suponer que después de tu ronda de interrogatorios no te importaría responder a algunas de mis preguntas."

No suelo quedarme sin algo que decir. Es una rareza, porque desde que aprendí a hablar me las he arreglado como puedo. Un mohín aquí, una sonrisa allá, y todo cae en tus manos. O al menos lo hizo para mí. No parece que Sloane Bishop haya tenido la misma suerte.

Me meto la mano en el bolsillo y saco el móvil. La linda naricilla de Sloane se arruga en señal de disgusto y presumiblemente abre la boca para impedir que llame a la policía, pero son las últimas personas de mi lista a las que llamar esta noche. "Voy a traer un equipo de limpieza", explico mientras marco el número de Raniero en el teléfono.

"¿Qué? Gruñe al otro lado.

"Por Dios, cálmate", le digo a mi hermano mayor con sorna.

Se oye un murmullo al otro lado del teléfono y un bebé llora de fondo. "Cálmate tú", me responde Raniero. "Gabriel tiene una otitis y está de mal humor".

Miro el reloj de mi muñeca y me pregunto por qué ha levantado al niño tan tarde. "¿Por qué no lo metes en la cama? ¿Esas cosas no se duermen súper temprano o algo así?".

Raniero suspira impaciente. "Estaba dormido, gracias por su preocupación". Suena como si hablara con los dientes apretados. "Se despertó hace unos minutos tirándose de la oreja. Así que estoy intentando que vuelva a dormirse antes de que despierte a Calli".

Nunca me han gustado los bebés. Me gusta pensar que eso cambiará cuando tenga uno propio, pero ahora mismo prefiero dejárselos a sus padres. No me gusta que sean tan frágiles; me da ansiedad. "Oye, ¿puedes hacerme un favor?"

"Eres un egoísta hijo de puta, ¿lo sabías?" Prácticamente puedo oír a Raniero poniendo los ojos en blanco. "Para mierdas y risas, ¿qué necesitas?"

Sloane está de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos entrecerrados con curiosidad enojada. "Necesito que envíen un equipo de limpieza a casa de Daniel Prewitt".

Raniero hace una pausa y todo lo que oigo desde su lado del teléfono es el bebé gimoteando y llorando. "No hiciste lo que creo que hiciste, ¿verdad?".

No puedo decirle que sí y no puedo decirle que no. No me gusta mentirle a Raniero, pero creo que explicarle por qué Sloane me ganó el trabajo va a ser algo que discutamos durante la cena, no por teléfono. "Es complicado. ¿Puedes enviar a Imelda? Dile que puedo conseguirle ese chocolate importado que tanto le gusta".

"No tienes que sobornarla", se burla Raniero. "A ella le pagan en la moneda de su elección".

"Sí", me encojo de hombros aunque él no pueda verlo, "pero esto va a ser un lío y quiero que sepa que aprecio sus servicios". Sloane parece confundida.

No sé qué hace Raniero al otro lado del teléfono, pero oigo el altavoz rasparse contra la barba incipiente de su mandíbula mientras se recoloca. "Dame unos minutos. Tengo que conseguir que este pequeñajo se calme y luego la llamaré".

No me gusta mucho la idea de esperar aquí hasta que Raniero ponga sus asuntos en orden y llame por teléfono a Imelda, pero no tengo muchas opciones. A menos que quiera que la policía aparezca en uno o dos días y encuentre una escena del crimen ensangrentada, supongo que voy a pasar un buen rato con mi concejal favorito. "Está bien, pero que sea rápido. Es una situación grave". Cuelgo antes de que Raniero pueda mandarme a la mierda. Ha cambiado desde que se casó con Calíope y ella tuvo un hijo. No diría que es un mal cambio, pero es diferente. Es padre.

"La infame familia criminal Valenti ataca de nuevo", anuncia Sloane cuando vuelvo a meterme el teléfono en el bolsillo. "Un equipo de limpieza, ¿eh? ¿Así es como os salís con la vuestra?".

Hago un gesto hacia el cadáver que hay a unos metros. "¿Y cómo te sales con la tuya, Sloane? ¿Dejando pruebas por ahí? ¿Pisando la sangre y dejándola por todo el suelo?"

Efectivamente, cuando levanta el pie para comprobar la suela, la sangre cubre la punta del zapato. "Maldita sea", murmura. "No sé cómo haces esto con regularidad".

Resoplo con sorna. Hace tiempo que no mato a nadie. Llevo por el buen camino desde que dejé la abogacía para dedicarme a la política. Probablemente nunca seré presidente, pero aspiro a ser gobernador. "Estoy seguro de que te sorprenderá oír esto, pero en realidad soy un tipo honrado". Las palabras salen secas como un hueso y eso la hace reír. Estamos hablando de tirar la cabeza hacia atrás, profunda, vientre reír.

Cuando Sloane logra controlarse, se tranquiliza con una sonrisa en la cara. "Todavía no me has dicho por qué irrumpiste en la habitación de Daniel con una pistola. Supongo que como no oí que llamaran a la puerta principal, tampoco entraste éticamente".

Enderezo los hombros y reúno toda la indignación de la que soy capaz. "En realidad, he usado una llave".

Pone los ojos en blanco. "Vale", la incredulidad resuena en su tono. "¿Y la pistola?

Me ha pillado y lo sabe. Veo que se le dibuja una sonrisita en los labios y me cuesta todo lo que puedo no acercarme y estrecharla entre mis brazos. Nunca he follado con alguien al lado de un cadáver, pero Sloane me está dando todas las ganas que un tipo como yo podría desear. "Muy bien, así que venía aquí para hacer el trabajo yo mismo. ¿Y qué? Tú llegaste primero y fuiste quien lo hizo. La policía se sorprenderá mucho cuando descubra que un miembro honrado del ayuntamiento mató a uno de los arquitectos más queridos de Manhattan". El tono dulce y

almibarado de mi voz me da hasta asco.

"Qué cara tienes", resopla mientras se aleja de la cama. La punta ensangrentada de su zapato deja otra huella y extiendo el brazo para detenerla. "¿Qué crees que estás haciendo? Sloane me fulmina con la mirada.

Le miro el pie hasta que su mirada sigue la mía y le tiendo la mano. "Tu zapato", señalo. "Quítatelo". Flexiono los dedos y me ofrezco a sujetar la prueba ensangrentada, pero Sloane se limita a quitarse el zapato y llevárselo al pecho. "Como quieras", me encojo de hombros.

Sloane es la razón por la que esperamos a Imelda abajo. Se dirige a la planta baja, regañándome a cada paso. "No sé por qué crees que vas a ir a la policía. Para empezar, en cuanto llegue tu pequeño equipo de limpieza de la brigada criminal, estarás tan metido en esta mierda como yo". Un zapato golpea con rabia la baldosa de mármol, el otro paso es un suave golpecito de su pie descalzo contra el suelo. "Y aunque fueras a la policía, yo también iría. Apareciste con una pistola, Luca, no eres inocente. ¿Y a quién crees que va a creer la policía? ¿A un hombre que claramente tiene lazos familiares con algún tipo de familia del crimen organizado -se burla Sloane con disgusto- o a una mujer de moral intachable?".

"Depende", me apresuro detrás de ella rápidamente, "tengo amigos que pueden hackear el correo electrónico de Danny boy. Tal vez si conseguimos algunas de esas fotos y vídeos que le enviaste, la policía estará más inclinada a mirarte a ti por intento antes que a mí".

Apenas toca el suelo cuando gira sobre sus talones y me apuñala justo en el pecho con una uña afilada y perfectamente cuidada. "No harás tal cosa", insiste Sloane con una mirada valiente. "Tengo una reputación brillante en esta ciudad. Voy camino de ser alcalde el año que viene".

"Un título que debería recibir", respondo con un suspiro.

"Puedes esperar otro año", resopla Sloane. "Me he dejado la piel por esta ciudad y lo único que has hecho es colocar a tu gente en los sitios adecuados para beneficiar a tu familia. Es mucho más probable que la policía me crea a mí que a un criminal como tú".

Cuando deja de hablar, lo único que queda es su dedo apretado contra mi pecho y su pecho agitado mientras respira agitadamente. Es todo lo que necesito para agarrarla por la muñeca y atraerla hacia mí. Antes de que pueda detenerme, aprieto mis labios contra los suyos y toda su furia y rabia se funden en mi boca. "Me das vibraciones de zorra loca, ¿lo sabías?". ¿Qué puedo decir? Siempre me he sentido atraído por cierto tipo de mujer.

"Y tú eres la gilipollas que sacó a mi ex novio de la cárcel por darme una paliza". Sloane se aleja de mí, pero no sin una pizca de vacilación que me dice que su corazón no está en ello. "Me lo debes, Luca Valenti."

No le debo una mierda, pero no voy a decir eso. He cometido errores a lo largo de los años, lo admito, pero todos esos errores me llevaron a este momento. Con la luz de la luna entrando por mil ventanas de cristal e iluminando el fuego y la pasión en sus ojos, lo haría todo de nuevo si eso significara acabar aquí. "Será mejor que Imelda pueda limpiarlo todo entonces".

SLOANE

Anoche no dormí bien. Sólo sé que se me cerraron los ojos porque tengo lagunas en la memoria. En un momento dado estaba tumbada en el sofá mirando al techo, y al siguiente estaba de lado mirando a la mesita. Supongo que me quedé dormida.

El maquillaje es el mejor amigo de una chica. Cuando me levanté esta mañana, con el cuerpo dolorido por los asuntos de anoche, las bolsas bajo los ojos podrían almacenar fácilmente la ropa de una semana para un viaje a Las Vegas. La magia del maquillaje es la única razón por la que nadie dice nada cuando atravieso las puertas de la oficina.

De camino al trabajo, me he parado a tomar un espresso, pero sigo necesitando un café. El año pasado, en la oficina decidimos que todos aportaríamos 5 dólares al mes para conseguir un café que no supiera a suciedad pasada por la máquina. Fui el líder de la rebelión cuando en la oficina dijeron que necesitaban recortar gastos y empezaron a comprar el café más barato que jamás había tenido la desgracia de probar. Apenas estaba un escalón por encima del café instantáneo, y eso siendo educado. Esta mañana estoy agradecida a mi yo del pasado porque es la única que tuvo la sensatez de invertir en un Keurig.

"Sí, lo encontraron en un callejón después del cierre del bar", le dice alguien a su amigo mientras atravieso las puertas de la sala de descanso. "Creo haber leído que tenía una docena de puñaladas".

Me detengo en seco y siento cómo el rubor de la comprensión me golpea directamente en la cara. Fue idea de Luca trasladar el cuerpo de Daniel. No me dijo dónde, pero tengo la sensación de que acabo de descubrirlo.

"Oh, hola, Sloane", me saluda Elizabeth cuando se da cuenta de que estoy a unos metros de la puerta. "¿Te has enterado de que Daniel Prewitt fue asesinado anoche?".

No he oído nada de eso. O al menos eso es lo que le digo. "No he podido leer el periódico esta mañana", anuncio encogiéndome de hombros. "Me he acostado tarde". Técnicamente, todo eso es verdad. No he dicho ninguna mentira.

Elizabeth empieza a emocionarse de verdad. "No salió en el periódico. Ocurrió cerca del cierre del bar o algo así. La policía patrullaba Aggieville para asegurarse de que todo iba bien cuando encontraron el cadáver de Daniel en un callejón. La gente hablaba de ello en los grupos de Facebook de Manhattan. Era una locura. Hay un hilo como de 200 comentarios de gente hablando de cómo Daniel tocó sus vidas". Empieza a sacudir la cabeza. "Pero también hay un par

de personas diciendo que era un delincuente y que probablemente se merecía lo que le pasó. Espero que la policía empiece a buscarlos primero como sospechosos".

De repente, siento náuseas. "Es terrible. Incluso mientras digo las palabras, resuenan en mi conciencia, un sólido recordatorio de que yo soy la responsable. Soy la persona que hizo esto. "Hablamos luego, Liz. Tengo que revisar algo en mi correo electrónico".

No me doy cuenta de lo raro que suena hasta que he salido de la sala de descanso y estoy a medio camino de mi despacho. Empiezo a maldecirme por parecer sospechosa la mañana después de la muerte de Daniel. Qué mejor manera de señalarme a mí misma que actuar de forma extraña delante de mis compañeros de trabajo.

La puerta de mi despacho está abierta cuando llego y el corazón me salta a la garganta. La policía está dentro, dice la vocecita de mi cabeza. La policía te está esperando. Van a detenerte. Vas a pasar el resto de tu vida en la cárcel siendo la puta de alguien. No pensé en nada de esto cuando iba camino a casa de Daniel. Es decir, se me pasó brevemente por la cabeza, pero lo aparté y me dije que nunca se darían cuenta de que era yo.

Abro la puerta con cuidado y me encuentro con algo peor que la policía: Luca Valenti. Esta mañana tiene incluso mejor aspecto que anoche. Lleva una camisa blanca abotonada de manga larga metida por dentro de un pantalón negro. La sonrisa en su cara y el café en sus manos indican que se lo está tomando mucho mejor que yo. "¿Qué haces aquí? le digo con desprecio mientras cruzo el umbral y cierro la puerta tras de mí.

"Te he traído café", dice con una sonrisa de pesar. "Y no esa bazofia por la que nos dijiste a todos que pusiéramos cinco dólares. Lo compré en Radina's".

Me hiere el orgullo que no le gusten mis elecciones de café, pero no puedo discutir cuando el delicioso aroma del café de Radina se arremolina por la habitación, tentándome. "Podría haber cogido café de la sala de descanso", le recuerdo mientras doy un paso adelante para cogerle el vaso de papel.

Él inclina un sombrero imaginario y dice: "Pero no lo hiciste. Supongo que ya te habrás enterado de que Daniel Prewitt fue asesinado en Aggieville. Es una pena. Era tan joven".

Miro fijamente a Luca mientras camino alrededor de mi escritorio para sentarme. "A la mierda Daniel Prewitt", le digo secamente. "Ese tío me importa una mierda".

"Curioso", la sonrisa de Luca se ensancha, "teniendo en cuenta que la policía está de camino. Seguro que les encantará saber lo que piensas de él".

Ahora sí que se me sube el corazón a la garganta. Imágenes de mi vida en la cárcel empiezan a aparecer en cascada y me veo de rodillas ante una mujer que me obliga a lamerla. Podría ser peor, pero supongo que no va a ser genial.

"Sí, parece que alguien avisó a la policía de tu anterior relación con Daniel. El final turbio que tuvisteis hace tantos años, el hecho de que le demandaras, el hecho de que perdieras. Pero creo que lo más importante es que Daniel tenía a alguien al margen que conocía su plan de chantaje. Se rumorea por la ciudad que alguien le dijo a la policía que tú tenías un motivo". Luca parece tan frío como un pepino, sin fruncir el ceño ni mostrar preocupación. Me irrita.

Una vez más, las imágenes que pasan ante mis ojos cambian. Sigo a mi nueva novia por la cárcel y me apuñalan accidentalmente cuando estalla una guerra de bandas. Mis últimos momentos los paso mirando las frías y apagadas paredes del hospital de la prisión, sin volver a respirar otro aliento libre. "Creo que estoy alucinando", murmuro.

Luca suspira y viene a sentarse en la silla frente a mi escritorio. "Respira hondo. Creo que todo el mundo se siente así la primera vez que mata a alguien. Probablemente no dormiste bien anoche y todo te está haciendo saltar".

Le miro con sorpresa en los ojos. Acababa de asumir que Luca llevaba matando gente desde que tenía edad suficiente para sostener un cuchillo. No creía que fuera de los que tienen sentimientos y empatía. Me quedé alucinada. "No soy un asesino a sangre fría como tú", susurro en voz baja. Apenas me aferro a los bordes deshilachados de mi locura.

"Yo tampoco soy un asesino a sangre fría, Sloane". Aprieta la mandíbula y yo sigo la afilada línea que se forma con la acción.

"Ya no", añado por él.

Luca asiente modestamente con la cabeza. "Ya no soy un asesino a sangre fría", corrige. "Pero haber sido algo alguna vez no significa que sea inmune a sentir algo al respecto".

"¿Sabes cuándo vendrá la policía?".

Se encoge de hombros. "Acabamos de enterarnos de que vendrán en los próximos días. Estás en su lista de sospechosos, pero no eres el número uno".

Tengo que averiguar quién me delató a la policía. Tal vez fue Luca, pero pensé que lo habíamos aclarado anoche. Me imagino que si Daniel decía la verdad y alguien ahí fuera tiene realmente acceso a los correos electrónicos, vídeos y fotos que me chantajeó, es alguien con quien necesito tener una charla. En cuyo caso, tal vez mantener a Luca cerca no sea algo malo. Es imponente cuando quiere y sé que no tiene miedo de ensuciarse las manos. "Si necesito tu ayuda para encontrar a la persona que habló con la policía y convencerla de que se retracte de su declaración, ¿me ayudarás?".

Luca accede rápidamente. "Lo que necesites, Sloane".

El tono de su voz remueve algo dentro de mí, o tal vez sea solo el vínculo traumático que construí con él anoche. Pero en cualquier caso, la calidez de su voz me ayuda a relajarme.

LUCA

Cuando salgo de casa de Daniel, le deseo buenas noches a Sloane, pero no me voy a la cama. Tengo demasiado trabajo.

Las calles de Manhattan están muertas a medida que el reloj se acerca a la medianoche. Mientras me dirijo a casa de un amigo, Imelda se encarga de transportar el cuerpo de Daniel. Le dije a Sloane que me encargaría de ello; que no lo encontrarían muerto en su cama con las huellas de ella por toda la barandilla. Por eso, en unas horas, el barrio de los bares estará lleno de policías. Cuando uno de los universitarios borrachos vuelva a casa de Tate, encontrará el cadáver de Daniel Prewitt en un callejón lleno de puñaladas. Me siento mal por someter a un nuevo adulto a esa visión, pero todos tenemos que crecer en algún momento.

Mientras tanto, tengo sitios en los que estar.

Mi teléfono suena cuando entro en el barrio de Saint; es él. Su nombre es solo una cruz emoji en mis contactos. Si la policía se hace con mi teléfono, quiero que sea lo más indescifrable posible.

"¿Dónde estás?" Saluda en tono malhumorado. "Algunos tenemos que dormir bien".

Pongo los ojos en blanco porque sé que no puede verme. Si pudiera, Saint me partiría la cara. "Subo en veinte segundos. No te quites las tetas".

Saint cuelga y yo me río para mis adentros. La relación de mi familia con uno de los clubes de moteros locales es muy discreta. Los Kings Of Carnage pueden hacer todo lo que los Valentis no pueden, y hay muy pocas cosas que nosotros no podamos hacer. Entre los dos, tenemos la mitad de la ciudad con micrófonos, cables y teléfonos pinchados.

Pero Saint no es un hombre paciente. De hecho, ninguno de los Reyes lo es. Si hubiera llamado a Havoc o Razor, habría recibido el mismo trato. Afortunadamente para mí, Saint tiene algunas habilidades especiales que sus colegas no tienen, por lo que está a punto de ganar 2.000 dólares esta noche por menos de una hora de su tiempo.

Cuando llego, está de pie en el porche, con un cigarrillo entre los labios. La punta arde de color naranja y me lleva a donde está él como una polilla a la llama. "Ya era hora", refunfuña y el humo me da en la cara.

Contengo las ganas de toser. "Esas cosas te matarán".

Saint arrastra el cigarrillo a unos centímetros de su cara y se queda mirándolo un segundo, luego

inhala una última vez antes de tirarlo al suelo. La puntera de su bota apaga la llama y aplasta el cigarrillo contra la cubierta de madera. "Mejor un cigarrillo que un hombre", dice con cierto aire de distanciamiento. "Vamos dentro".

Me acompaña hasta la puerta y espera a que pase antes de cerrarla tras de mí y echar el pestillo. El picaporte, dos cerrojos y un candado de cadena se deslizan hasta la posición de cierre antes de que él junte las manos y me pregunte qué necesito.

"Daniel Prewitt va a ser encontrado muerto esta noche", le digo sin preámbulos.

"Siéntese. Saint hace un gesto hacia un sofá de dos plazas que hay a unos metros. "Acabo de comprar un sofá nuevo. Dime qué te parece".

A puerta cerrada es otra persona, como el conserje huraño con un corazón secreto de oro. Accedo a su petición y me siento. El sofá es bastante bonito y me gusta el tacto de la tela en la mano. "No está mal. Pero sólo puedo pensar en lo molesto que sería limpiarlo si alguien lo manchara de sangre. Sé que Saint hace mucho trabajo técnico para los Kings, pero he oído rumores sobre su vena violenta.

"¿Dónde va a acabar?" Saint vuelve a referirse a la conversación.

Sigo pasando las manos por la suave tela del sofá. "En Aggieville".

Saint se queda callado unos segundos antes de preguntar: "¿Es allí donde murió?".

Levanto la vista de la mesita que tengo delante y le sonrío con indulgencia. "No, murió en su casa. Pero ya me he ocupado de eso".

Asiente lentamente con la cabeza, como si siguiera un ritmo imaginario. "Cierto", añade Saint al cabo de unos minutos. "Así que no es un trabajo de limpieza. Hay que enmarcarlo".

Saint puede parecer un tipo musculoso y fornido para los demás, pero tiene una inteligencia silenciosa que casi da más miedo que sus anchos hombros y sus amenazadores tatuajes. "Necesito que piratees un ordenador".

Una ceja se tuerce hacia arriba formando un pico. "¿Por qué no puede hacerlo uno de tus chicos?".

"Porque no cogió el teléfono", le digo encogiéndome de hombros. Vincente fue mi primera llamada, pero me mandó directamente al buzón de voz. No sé si es porque está durmiendo y su teléfono está en "no molestar" o si es porque tiene otras prioridades que le quitan tiempo. En cualquier caso, tenía que encontrar a otra persona.

"De acuerdo. ¿Qué estoy buscando?" Saint entrelaza los dedos, aparta las palmas de las manos y hace crujir todos los nudillos a la vez. "¿Y dónde está el ordenador?"

No podía llevarme el portátil de Daniel. Lo había pensado, pero si la policía registraba su casa, se darían cuenta de que faltaba. "Necesito que lo hackees desde aquí. Haz lo que tengas que hacer."

Cuando los brazos de Saint vuelven a bajar para descansar a sus costados, no parece contento. "Eso va a costar extra".

"He traído 2.000 dólares", le digo. No pide ver el dinero porque sabe que soy bueno para eso.

"Quiero que encuentres algunos correos electrónicos entre él y Sloane Bishop. Probablemente será alguna mierda jodida". Si me estaba diciendo la verdad, esos correos contienen algunas imágenes íntimas. "Necesito que me lo envíes todo y te asegures de que nadie más pueda acceder a ello".

Saint vuelve a asentir con la cabeza en un movimiento continuo mientras digiere mi petición. Que yo deje de hablar no significa que él deje de asentir. Es como cuando la gente sigue el ritmo para encontrar una solución. Saint sigue levantando y bajando la cabeza lentamente mientras se le nublan los ojos. "Muy bien", interrumpe el silencio, "creo que lo tengo".

Me suelta un montón de palabras técnicas sin sentido. Comprendo algunas -instalación remota, nube, red-, pero el resto me suenan a idioma extranjero. Saint también habla rápido, lo que no me ayuda a entenderle mejor. "¿Eso es todo? pregunta cuando termina. "Probablemente no valga ni dos de los grandes", comenta Saint. Si Saint Monroe es algo, es un hombre razonable. No cobra un sobreprecio por los servicios prestados sólo porque puede.

"Hay algo más". Esta va a ser la más difícil, no solo para él, sino para mi propia tranquilidad. Pero mientras Sloane y yo esperábamos a que Imelda llegara con un equipo de limpieza, el plan empezó a formularse por sí solo. "Necesito que avises a la policía de la relación anterior de Daniel y Sloane. Estoy seguro de que lo descubrirán por su cuenta, pero dado que no se les ha visto en contacto desde hace una década, dudo que la consideren sospechosa."

Saint vuelve a enarcar una ceja, pero esta vez se echa hacia atrás en el sofá y cruza un tobillo sobre la rodilla. Parece perplejo cuando pregunta: "¿Por qué tienen que considerarla sospechosa, exactamente?".

Aquí es donde entra en juego la tímida alianza entre la familia Valenti y el club de moteros Kings Of Carnage. Lo que le estoy diciendo a Saint podría hacer que arrestaran a Sloane por la mañana, pero tengo que confiar en nuestra amistad previa y en los negocios que hacemos juntos para mantenerla a salvo. "Porque ella es la que lo mató".

Esta vez no asiente con la cabeza. En su lugar, Saint frunce los labios. "Tengo que mear", decide tras unos momentos de silencio. Se levanta del sofá y se dirige al cuarto de baño.

No soy un paranoico por naturaleza. Le diré a quien quiera escucharme que nací con la confianza de un general que ganó una guerra sin bajas. Pero esto me pone nervioso.

No estoy tratando de incriminar a Sloane, estoy tratando de hacerla mía. No sé cuándo me di cuenta de que la quería. Creo que ocurrió en algún momento entre que me di cuenta de que había matado a Daniel sin premeditación y cuando la besé en las escaleras. Nunca antes había deseado a una mujer como yo, pero cuando vi que el monstruo interior de Sloane salía a jugar, supe que era lo que necesitaba.

"Puedo hacerlo", dice Saint detrás de mí, pillándome desprevenido. "Solo dime qué quieres que sepa la policía y cuándo quieres que les avise".

Respiro aliviada al darme cuenta de que todo esto va a salir exactamente como yo quiero. Una vez que la policía se dé cuenta de que Sloane podría estar involucrada, saltarán sobre ella como principal sospechosa. Ella caerá en mis brazos y el trauma de este evento nos unirá para siempre.

SLOANE

El jueves no vienen a detenerme por el asesinato de Daniel. Aunque paso cada minuto de cada hora al borde de mi asiento fabricando ideas de cómo será mi futuro entre rejas, la policía nunca aparece. Empiezo a pensar que los nervios están en mi cabeza y que Luca me estaba tomando el pelo, pero en el camino de vuelta a casa, salto cada vez que me cruzo con un agente de policía. Parece que todo el cuerpo esté patrullando.

Me paso la noche recibiendo llamadas y mensajes. Cuando mis padres se enteraron de la muerte de Daniel, me llamaron en plena jornada laboral. Les dije que les llamaría más tarde, pero cuando a la hora de cenar no les había llamado, me enviaron una docena de mensajes de texto preguntándome si estaba bien.

A mi padre siempre le gustó Daniel, incluso después de las acusaciones de abuso. Decía que tenía que aprender a ser el tipo de chica a la que no pegan. No le devuelvo las llamadas a propósito.

Pero charlo con mi madre durante unos minutos, leyendo un artículo de prensa que he encontrado en Internet. "Se está investigando la causa de su muerte".

Mi madre se burla. "Está claro cómo murió, cariño. Le apuñalaron", dice como si fuera la respuesta más obvia del mundo.

No me molesto en decirle que la causa de la muerte podría ser que yo lo degollé primero. Cuando salga el informe de la autopsia, estoy seguro de que se revelará que fue una combinación de ambas que causó una pérdida excesiva de sangre.

"¿No llamaste porque estabas triste?" Pregunta tras unos instantes de silencio. "Sé que estuvisteis enamorados durante un tiempo. Aún así nunca entenderé por qué lo llevaste todo a los tribunales", dice chasqueando la lengua. "Podrías haberle dejado tranquilamente y dejarlo estar".

No tengo por qué darle explicaciones. Lo intenté hace años y no lo entendió. No voy a malgastar saliva explicándoselo otra vez. "No llamé porque estuviera ocupado, mamá. De hecho, tengo que ponerme al día con unos papeles que no he podido hacer hoy. ¿Podemos hablar más tarde?".

Mi madre suspira e intenta sonar lastimera cuando acepta. "Te echo de menos, cariño. Deberíamos hablar más a menudo". Siempre dice lo mismo y yo le digo que la llamaré más, pero ahora hay demasiada distancia entre nosotras.

Cuelgo el teléfono y me olvido de volver a llamarla. Simplemente no tengo los medios para

charlar con alguien que al principio me aconsejó que siguiera en una relación abusiva y luego no me apoyó cuando decidí dejarlo. Mi madre habría preferido que me casara con Daniel y tuviera sus hijos antes de llevarle a juicio por agresión doméstica.

Paso el resto de la tarde buscando noticias sobre el asesinato en los grupos de Facebook de Manhattan. Leo todos los comentarios y los guardo para más tarde. Quiero volver a ellos cuando más gente haya tenido la oportunidad de comentar. De vez en cuando alguien señala que los negocios de Daniel siempre fueron un poco turbios y que la persona que lo mató era probablemente un antiguo cliente que estaba cabreado con él. Estoy deseando escuchar lo que dicen cuando salgan más detalles.

Por suerte, duermo un poco más que anoche. De hecho, me desmayo cuando mi cabeza toca la almohada. Mis sueños están llenos de la cara sonriente de Daniel. La sangre le chorrea por el cuello y por la frente mientras me dice que viene la policía. Van a por ti, pequeña, me dice en sueños. Entonces Daniel me persigue como si fuera a matarme si me pilla.

Me despierto antes de que me ponga las manos encima, pero cada vez que vuelvo a dormirme, vuelve el mismo sueño. Por la mañana me siento como si no hubiera dormido nada. Las pesadillas me están agotando y esta vez, cuando me tomo un chupito de espresso, me tomo un café para acompañarlo. El calor me calienta la barriga y me tranquiliza la cabeza mientras intento ponerme en el sitio adecuado para terminar la semana.

La semana que viene tengo media docena de reuniones con varios negocios y propietarios para hablar de cuestiones de zonificación, impuestos, aparcamiento y un montón de otras quejas que han venido presentando contra la ciudad. El centro de Manhattan está pasando por una fase de reconstrucción y la gente está disgustada porque está perdiendo plazas de aparcamiento debido al nuevo límite de dos horas de estacionamiento. Tengo que dedicar el día de hoy a prepararme para esas reuniones. No quiero presentarme y que un montón de ciudadanos cabreados me den por el culo.

Pero cuando llego a la oficina, veo un par de coches de policía delante del edificio. Al verlos, el corazón se me sube a la garganta. No puedo hacerlo, pienso. Tengo que salir corriendo. Pero una voz más sensata me dice que sólo huyen los culpables.

Yo soy culpable, pero no tengo por qué correr como si lo fuera. Me ciño el cinturón, me tomo la mitad del café y me recuerdo a mí mismo que soy una víctima. Si la policía tiene algo que decir sobre lo que pasó entre Daniel y yo, les recordaré que, aunque yo estaba enemistada con él, fue él quien cometió un delito.

Levanto la cabeza y atravieso la puerta principal con una sonrisa de confianza. No hay ni un solo policía a la vista y suspiro aliviada mientras me dirijo a mi despacho. Casi he llegado cuando aparece Luca.

"Buenos días", me dice con una sonrisa. "¿Cómo estás hoy?

No tengo tiempo de aguantar sus ocurrencias. Ayer me hizo tropezar cuando dijo que la policía iba a venir a por mí. Nunca lo hicieron; se equivocó. No dejaré que Luca me vuelva a joder. "Muérdeme, Valenti". Las palabras salen de mi lengua con un tono ligero.

"No te preocupes si lo hago". Luca da un paso adelante y yo esquivo su avance. "¿Qué pasa,

Sloane? ¿Te preocupa que si vuelvo a besarte no puedas resistirte?".

Me detengo a unos metros y miro en todas direcciones para asegurarme de que no viene nadie. "Ese beso fue un error", le siseo. "Nunca debería haber ocurrido".

"Muchas cosas no deberían haber pasado", responde con desparpajo. "Como que estuvieras en casa de Daniel el miércoles por la noche".

Cruzo la línea que nos separa y golpeo su pecho con la mano. Parece hecho de mármol, con sus músculos y pectorales ondulando bajo mi contacto. "Cállate, Luca. Ha llegado la policía".

Luca aparta la mirada de mí y levanta la cabeza para señalar detrás de mí. Cuando me doy la vuelta, veo a dos agentes uniformados a medio pasillo de distancia. "Aquí mismo", susurra con labios sonrientes.

"¿Señorita Sloane Bishop?" El agente se adelanta con la mano extendida. "Soy Edward Goodwin. Me preguntaba si podríamos robarle un minuto de su tiempo. Tenemos algunas preguntas sobre el posible homicidio de Daniel Prewitt".

Respira, me digo. Esto podría tratarse de cualquier cosa. Todo el mundo sabe que salimos hace una vida. "Por supuesto, oficial. Estaré encantado de ayudar".

Goodwin sonríe con simpatía mientras me conduce a la sala de juntas que el consejo suele utilizar para reuniones privadas. Cuando entro, la mesa está cubierta de fotos de la escena del crimen y varios papeles que describen las relaciones de Daniel, su experiencia profesional y su red de amistades. "Por favor, siéntense", dice el agente señalando un montón de sillas. "Donde quieran".

Intento calmar la respiración, pero me cuesta. El corazón me late con fuerza en el pecho y la vocecita de mi cabeza grita que están a punto de pillarme y descubrirme.

Pero Goodwin coge una carpeta de la mesa y me la acerca con la misma sonrisa amable de siempre. "Échale un vistazo", asiente.

Abro la carpeta y sólo tardo un segundo en darme cuenta de lo que estoy mirando. Intento mantener el rostro impasible, pero no creo que funcione.

"Nos han dicho que Daniel Prewitt la chantajeaba, señorita Bishop. ¿Puede decirnos si eso es cierto? ¿Son las fotos de la carpeta las que usted tomó?"

Mi humillación se extiende por una docena de fotos de 8,5 x 11 pulgadas, ampliadas para que todos las vean. Me asalta una oleada de náuseas y me entran ganas de vomitar.

LUCA

Es difícil ocuparse de tus propios asuntos cuando estás metido hasta el puño en los de los demás, pero de alguna manera me las arreglo para parecer ocupado toda la mañana mientras espero a que termine la reunión de Sloane. Paso por delante de la puerta de la sala de juntas un par de veces, siempre con una pila de papeles y fingiendo enviar un mensaje de texto por si alguien sale, pero no oigo nada.

Seguro que hay algún micrófono en la sala que podría pinchar, pero no desde mi ordenador del trabajo. No me importa infringir la ley, pero no utilizaré dispositivos del gobierno local para hacerlo.

El reloj chirría pasadas las 11 de la mañana cuando Sloane entra en mi despacho sin llamar. Cruza la puerta y la cierra de golpe, aferrándose a la madera como si fuera un salvavidas. Sus mejillas carecen de color y sus hermosos ojos azules están muy abiertos por el miedo. "Lo saben", susurra.

Se me acelera el corazón, pero me calmo. Con una singular ceja levantada y el bolígrafo preparado para escribir, pregunto: "¿Qué saben?".

Sloane se despega de la puerta y se las arregla para sentarse frente a mi escritorio. Se deja caer con la gracia de un hipopótamo. "Sabían lo del chantaje, Luca. Tenían las fotos".

A pesar de ser la persona que puso esto en marcha, se me revuelve un poco el estómago. Le dije a Saint que avisara a la policía sobre la historia de Sloane con Daniel, no que compartiera sus escabrosas fotos con todo el departamento. "¿Te consideran sospechosa?"

Se encoge de hombros, con los ojos cada vez más desorbitados. "No lo sé", dice Sloane honestamente. "Aunque creo que sí". Como si se entrenara a sí misma, empieza a respirar más despacio. Una inspiración profunda, contenida durante unos segundos, antes de exhalar lentamente. Es un verdadero placer observarla, porque puedo ver cómo el estrés desaparece de su rostro con cada ronda. "Me preguntaron por mi paradero y si podía dar cuenta de ellos".

"¿Cómo explica una mujer soltera que duerme sola en su cama?". musito. Si la policía sospechara algo de mí, tendría que dar tres coartadas sólo para asegurarles que digo la verdad. Nadie cree al italiano. Con razón, debo añadir, pero eso no viene al caso.

"Les dije que estaba contigo", dice Sloane con sencillez.

No puedo evitar sonreír. Técnicamente, es la verdad. Estuvo conmigo anoche durante un par de

horas mientras esperábamos a que Imelda y su equipo limpiaran la escena del crimen y la escenificaran en otro lugar. Pero no estuvimos juntos toda la noche, ni tampoco mientras asesinaban a Daniel. "¿Qué le dijiste exactamente a la policía?"

Llaman a la puerta de mi despacho antes de que pueda responder y Sloane se tapa la boca con una mano para disimular un chillido. La fulmino con la mirada mientras me levanto de mi asiento y contesto. "Hola", saludo al par de policías que están fuera. "¿En qué puedo ayudarles?

Es el agente Goodwin, el que se presentó esta mañana. Lleva una expresión recelosa y se ajusta el cinturón. "Siento interrumpir, señor Valenti, pero vamos a necesitar verle en la sala de juntas. Necesitamos que nos responda a unas preguntas".

Asiento cortésmente antes de decirle que estoy en una reunión. "Y después de eso, seguro que a los dos os apetece comer algo. ¿Y si quedamos sobre la una o así?".

El agente consulta su reloj y luego mira a su compañero. Observo cómo los dos intercambian cejas furiosamente levantadas que no significan nada en absoluto para mí. Pero al cabo de unos instantes, el agente Goodwin se vuelve hacia mí con una sonrisa tensa y me dice que eso servirá.

Asiento con la cabeza y cierro la puerta. Cuando me doy la vuelta, encuentro a Sloane de pie en el centro de la habitación con una expresión grave en el rostro. "Tienes que decirles que estuvimos juntos", insiste.

La tengo justo donde quería. Ni siquiera la animé a mentir; fue algo que hizo ella sola. Seguramente esto debe ser un regalo de Dios, porque está yendo precisamente como yo esperaba. "¿Qué les dijiste exactamente?

Se muerde el labio inferior, aumentando el tono rosado de su piel. "Sólo dije que estábamos juntos. Como, ya sabes, una pareja o algo así. Me pareció la opción más inofensiva, ya que ambos necesitamos coartadas para lo de anoche".

Podría tener una fácilmente, pero esa no es la cuestión. La policía nunca me habría mirado si Sloane no hubiera sacado mi nombre a relucir.

Doy un paso hacia ella y el calor en la habitación sube cinco grados. Hoy Sloane tiene el pelo rubio y despejado, y me acerco a ella para apartarle unos mechones detrás de la oreja. Hay preocupación en el fondo de sus ojos y se me acelera el pulso. "Te das cuenta de que me necesitas, ¿verdad? Acerco el pulgar a la curva de su mandíbula y lo trazo a lo largo del hueso. Noto cómo tiembla bajo mi contacto.

"No te tengo miedo. Lucha por pronunciar las palabras y su mirada la traiciona. "Si no corroboras mi historia, te echaré toda la culpa a ti. La policía me creerá. Tu familia también tiene vínculos con Daniel Prewitt. Estoy segura de que al agente Goodwin le encantará oír los planos que Daniel hizo de la casa de tu hermano".

Le sonrío. Sólo mide unos centímetros menos que mi metro noventa, pero tiene la estatura perfecta para mí. "Así que te has enterado, ¿eh?"

A pesar de entrar en mi despacho apestando a miedo, Sloane se mantiene firme. "No sé qué pasó exactamente, pero sé que se presentaron planos para una construcción subterránea. También sé que unos meses después, esos planos fueron retirados, y el contrato entre Daniel y Raniero

Valenti fue roto. Algo pasó, Luca, y no dudaré en decirle a la policía que lo investigue".

Dios, es feroz. Sloane es salvaje, loca e inteligente, todo al mismo tiempo. E incluso cuando se encoge de miedo por las consecuencias de sus propios actos, sabe cuándo echar los hombros hacia atrás, ponerse las bragas de niña grande y caminar con confianza. Es tan malditamente seductora y ni siquiera creo que lo sepa. "Ponte de rodillas".

Su expresión no cambia. Me mira como si fuera a rebatir mi petición, pero no dice nada.

Acerco el pulgar a su labio inferior y lo bajo lentamente, dejando al descubierto sus dientes. "Chupa", le ordeno. Me estoy poniendo en una situación precaria. La puerta no está cerrada y la policía está fuera, a pocos metros. En cualquier momento puede entrar alguien. O tal vez aprieten la cabeza contra la puerta y escuchen nuestra conversación. Pero es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Sloane rodea mi pulgar con sus labios y aplica un poco de succión. No es mucho, pero me demuestra que está dispuesta a seguir órdenes.

"Ahora ponte de rodillas y hazle eso a mi polla. Pero mejor". Le saco el dedo de la boca y espero a que me grite o salga furiosa de la habitación, pero debe darse cuenta de que hacer cualquiera de esas cosas supondría su encarcelamiento.

Sloane se arrodilla lentamente delante de mí. Se adelanta para desabrocharme el cinturón y bajarme los pantalones, sin apartar los ojos de los míos. Una tormenta se desata en su mirada mientras me saca.

La firmeza de su delicada mano alrededor de mi polla me pone aún más duro. Es como el satén más suave que he tocado nunca y desliza su mano por mi polla hasta que estoy completamente erecto.

"Métetela en la boca, Sloane". No puedo soportarlo más. La visión de la futura alcaldesa de rodillas delante de mí, masturbándome, es casi demasiado. Si sus labios no están envueltos alrededor de mi polla en los próximos dos segundos, voy a explotar en su cara.

El cuerpo de Sloane se adelanta mientras abre la boca para llevarse mi punta entre los labios. Mis ojos se ponen en blanco mientras ella me penetra. La saliva cubre mi polla mientras ella arrastra lentamente su lengua por la base de mi miembro.

Cuando la miro, sus ojos azules están llorosos. Sloane se atraganta con mi polla cuando golpea la parte posterior de su garganta y el sonido es erótico como el infierno. La visión de una mujer que elige chupármela antes que respirar es suficiente para que me arrodille y le suplique que se case conmigo ahora mismo.

Me la chupa como si llevara un año chupándomela todas las noches. Su lengua se las arregla para encontrar cada rincón y grieta que se siente bien. Sloane sabe cuándo presionar y cuándo retirarse. Su mano compensa lo que no cabe en su boca, lubricada con su saliva y mi semen.

Vuelven a llamar a la puerta y Sloane deja de moverse, pero mantiene mi polla en la boca como si fuera un chupete. "Un momento", gruño.

Elizabeth está al otro lado de la puerta y me pregunta si quiero pedir con todos. Mi polla está palpitando en la boca de Sloane en este momento y lo único que puedo hacer para calmar mis

necesidades es enredar mis dedos en su pelo y meterme más profundamente en su garganta. "No", le grito a Elizabeth, "estoy bien".

Dice algo más, pero la ignoro. Me pierdo en las sensaciones mientras me follo a la mujer a la que he estado mirando durante meses. Sloane emite sonidos de ahogo, pero nunca se corre. Simplemente se acomoda hasta que se siente cómoda, o hasta que vuelvo a penetrarla hasta el fondo de la garganta para obtener mi placer.

No hay forma de detener el orgasmo que me atraviesa como un maremoto. Exploto mis jugos en la boca de Sloane y ella los engulle como el néctar más dulce. Bombeo mi polla de un lado a otro intentando sacar todo el placer que puedo de la boca de Sloane. Temo que cuando la saque, nunca volveré a estar dentro de ella.

Pero mi polla se pone flácida después de unos segundos más y saco mi tierna polla de su boca. Sloane sube subrepticiamente una mano para arrastrar el dorso por sus labios. Se queda de rodillas en el suelo y me mira fijamente. "Le dirás a la policía que estuvimos juntos anoche", exige. "Considéralo", Sloane mira mi miembro, "tu pago por los servicios prestados".

Me río mientras vuelvo a meterme la polla completamente ordeñada en los pantalones. "Un anticipo, quizá", resoplo con sorna. "Eso difícilmente cuenta como una compensación monetaria adecuada".

Sloane me mira durante unos segundos antes de ponerse en pie. Se sacude el polvo y se acerca a mí. "¿Qué más quieres, Luca? Y recuerda, la última persona que me chantajeó recibió una docena de puñaladas en el estómago. Así que piénsatelo bien".

Cada parte de mí vuelve a enamorarse de ella. "Cásate conmigo", le digo encogiéndome de hombros.

SLOANE

Al principio creo que está bromeando. Después de todo, ¿qué hombre en su sano juicio querría casarse conmigo? Nunca estoy en casa porque estoy obsesionada con mi trabajo. No puedo tener hijos. No tengo tiempo para la familia durante las vacaciones porque estoy demasiado ocupada asistiendo a eventos locales. Y no sé cocinar. Puedo asar un pollo y hacer puré de patatas, pero un matrimonio no puede vivir sólo de pollo asado. No es descabellado por mi parte pensar que Luca está haciendo una broma.

Me alejo de él e intento concentrarme en otra cosa que no sea la mirada de sus ojos oscuros o la forma en que sostiene su cuerpo. Luca Valenti tiene todo el aspecto de un hombre serio y yo lucho por no estallar en carcajadas.

"Sloane", dice mi nombre en voz engañosamente baja. "¿Me has oído?"

"Nunca me había fijado en lo ordenado que estaba tu despacho". Tiene una docena de marcos de fotos en la pared. Algunos contienen logros como títulos y elogios relativos a su trabajo, pero son unos pocos momentos memorables en las fotos. Tiene una sola foto de su familia, pero es muy buena. Se ven las caras sonrientes de sus padres rodeados de sus cinco hijos. Todos son italianos fornidos y guapos que se abrazan en una muestra de verdadero amor familiar. "Nunca tendré eso", murmuro.

"¿Nunca tendrás una oficina ordenada?". Luca parece confuso. "Seguro que puedes contratar a alguien que te ayude a limpiar y crear una estructura organizativa que te funcione".

Me giro hacia él y me apoyo en una de sus sillas de invitados. A pesar de nuestra tenue historia, puedo decir objetivamente que Luca Valenti es un hombre decente. Se metió en política para hacer cambios en beneficio de la gente a la que sirve. Es guapo y robusto y nunca le faltan citas para los eventos de Manhattan. Es una voz fuerte y compartimos muchos de los mismos puntos de vista políticos sobre hacia dónde queremos que vaya la ciudad. Podría hacerlo mucho peor que Luca. ¿Pero podría él hacerlo mejor que yo? "No soy material para el matrimonio, Valenti. No sé qué crees que va a conseguir pidiéndome que me case contigo, pero te aseguro que no soy lo que buscas".

Tiene cuatro hermanos. El otro día vi a Raniero paseando por el centro comercial con su bebé y su mujer a cuestas. No recuerdo el nombre de su otro hermano, pero juraría que se encontraron juntos y la novia del tipo estaba embarazada. Todos están en la edad en que quieren formar una familia y sentar la cabeza. No puedo darle eso. Ni siquiera estoy segura de querer hacerlo.

"¿Estás segura de que no eres material para el matrimonio?" pregunta Luca con el ceño fruncido. "Eres una mujer apasionada y motivada que se preocupa por la gente, como demuestra lo mucho que estás dispuesta a luchar por esta ciudad. Has pasado por la adversidad y has salido fortalecida del otro lado. No eres privilegiada ni descuidada, trabajas duro por lo que quieres y siempre miras hacia delante antes de tomar una decisión".

No puedo evitar sorprenderme gratamente con la valoración que Luca hace de mí. Todos estos meses que ha pasado observándome desde el otro lado de las habitaciones y en los eventos, supuse que era porque recordaba lo que me había hecho. No lo recordaba, pero seguía reuniendo información. "No puedo darte hijos, Luca. Te lo dije el otro día". Daniel me arruinó eso hace años. Los hijos son una parte importante de un matrimonio y decirles a los hombres que no puedo tenerlos ha arruinado más de una relación.

Luca cruza los brazos combativamente sobre el pecho y cambia el peso a su pie izquierdo. "No te pedí que me dieras hijos, Sloane. Te pedí que te casaras conmigo".

Para ser tan listo, a veces es muy tonto. Tengo que advertirme a mí misma para actuar con paciencia mientras le explico que estar casado significa tener hijos algún día. "Es parte del proceso", le digo suavemente.

"Para algunos, claro", responde Luca. "Pero para mí, tener hijos, sobre todo ahora, sería una ruptura. Ahora estoy haciendo un trabajo muy importante y no puedo tomarme tiempo libre para limpiar narices y culos".

Con otro suspiro, explico: "¿Pero qué pasará cuando todo se ralentice y quieras una familia?".

Una sola ceja se alza. "¿Entonces adoptamos?". Luca pone los ojos en blanco. "No sé si alguna vez querré tener hijos, Sloane. Y si algún día se me hace evidente que quiero llevar el apellido, nada me impide adoptar a un niño que necesite un hogar."

Me muerdo la lengua, literalmente. Hay tantas cosas sobre Luca que no sabía. No sabía que podía ser amable. No sabía que los niños no estaban sobre la mesa para él. No podía imaginar que alguna vez querría criar al hijo de otro como si fuera suyo. "¿Y si quieres un hijo que sea de tu propia sangre?".

Luca suelta un suspiro frustrado. La expresión de su cara se vuelve prácticamente de cabreo. "Entonces podemos buscar un vientre de alquiler o hacer tratamientos de fertilidad o lo que haga falta. Pero Sloane, hay suficientes niños en este mundo que necesitan un hogar. Demonios, hay niños en esta ciudad durmiendo en las calles o viviendo en casas de acogida. Estoy seguro de que puedo ser lo suficientemente desinteresado como para acoger a uno de ellos en lugar de reproducirme por el bien de tener un niño que se parezca a mí."

"Ni siquiera nos gustamos, Luca." Es mi último esfuerzo para alejarlo. No sé por qué lo digo. El hecho de que me pida que me case con él a pesar de mis defectos hace que me sienta más inclinada a decir que sí.

"¿Y? Podemos aprender a gustarnos. Porque, ¿sabes lo que nos espera si nos casamos?".

Me encojo de hombros. Me vienen a la cabeza las cosas típicas: una hipoteca en lugar de dos, menos impuestos de nuestros cheques, alguien con quien hablar al final del día.

"Privilegio conyugal", dice Luca cuando no respondo. "La policía no puede obligarnos a declarar el uno contra el otro si estamos casados".

De algún modo, eso me pilla desprevenida. Para ser sincera, no estaba segura de por qué me había pedido que me casara con él, a menos que estuviera en un estado de excitación postcoital por haber eyaculado en mi boca. Hablar de tener hijos era sólo una forma de disuadirle. Pero nunca pensé que casarse fuera un beneficio legal. "Espera. ¿Quieres casarte conmigo para ayudarme?".

Luca deja caer los brazos a los lados mientras se acerca a mí. Siento que la temperatura de mi cuerpo sube ante su presencia. "No es sólo por ti, Sloane, es por mí también. Los dos estábamos allí esa noche. Puede que tú mataras al tipo, pero yo monté toda una puta escena del crimen. Estamos juntos en esto. Si nos separamos y huelen debilidad entre nosotros, nos volverán el uno contra el otro".

Es un acuerdo de negocios, no un matrimonio. Luca probablemente ni siquiera pensó en tener hijos porque planea divorciarse de mí en unos años, cuando se le pase el calentón. "De acuerdo. Me casaré contigo".

Su mano se acerca para acariciarme el brazo. Siento sus uñas recorrer la suave piel de mi muñeca. "No aceptes todavía, Sloane". Cuando sus ojos se cruzan con los míos, arden con una lujuria inusual. "Quiero lo auténtico. Quiero el romance, la relación, el privilegio de estar casado".

Se me hace un nudo en la garganta y se me pone la piel de gallina. "Esto es sólo para la policía". Aunque incluso mientras digo esas palabras, estoy inseguro. He estado inseguro en toda esta situación.

"No", me corrige Luca. "Es para el resto de nuestras vidas".

"No me conoces", susurro. "No me querrás por el resto de nuestras vidas. Te cansarás de mí".

Su dedo se cierra alrededor de mi muñeca y aprieta con fuerza. Sube la mano entre los dos y me mira los dedos con nostalgia. "¿Qué talla tienes?"

El tono de Luca me saca de mis casillas. "¿Qué?

Entonces sus ojos se centran en mi dedo anular y todo empieza a tener sentido. "Tengo que comprar un anillo de compromiso a la hora de comer. Necesito saber qué talla tienes".

Sigo teniendo miedo. Lo noto en los latidos de mi corazón contra la jaula de mi pecho. "Un seis, creo". La voz de mi cabeza me grita que me aleje de él y le diga que no. Puedo hacerlo sola. No necesito la ayuda de Luca para salirme con la mía.

Pero lo usé como coartada. En cierto modo, lo necesito. Y si estuviéramos comprometidos, eso reforzaría nuestra historia.

Lleva mis dedos a sus labios y los roza sobre la piel. "¿Vas a casarte conmigo, Sloane Bishop? Te protegeré de todo esto. Pasaré el resto de mi vida haciéndote feliz".

La voz en mi cabeza suena débil y lejana, pero me recuerda que él no me protegió hace tantos años. Salvó a mi maltratador. "No lo sé, Luca".

Besa cada una de las puntas de mis dedos como una abeja viajando de flor en flor. "Haré que todo esto desaparezca. Las acusaciones. Las fotos. Las acusaciones. Todo eso".

¿Cómo puede una chica decir que no a eso? Luca hizo algo malo hace diez años, pero lo está compensando ahora. Me salvó el culo cuando me encontró con el cuerpo de Daniel. Y le creo cuando dice que cuidará de mí. "Vale", respondo en un susurro. No me atrevo a decir nada más.

Luca cierra el trato con un beso. Utiliza la palanca que tiene sobre mi brazo para acercarme más y planta sus labios en los míos. Su estilo es agresivo y me arranca un gemido con solo deslizar sus dientes por la piel de mi labio inferior. "Te veré después de comer, mi amor".

El apodo suena cariñoso y como una sentencia de muerte a la vez. Mientras Luca me suelta y recoge sus pertenencias, empiezo a preguntarme qué he hecho. ¿Acabo de vender mi alma al diablo? ¿Hay algo que me salve ahora?

LUCA

"No puedes hablar en serio". Stefano arruga la nariz con disgusto mientras mira fijamente el conjunto de anillos de compromiso que tengo delante. "No puedes casarte con esta mujer, Luc".

El joyero se mantiene a una cómoda distancia, pero no nos quita ojo de encima. Hace poco robaron varios miles de dólares en anillos de diamantes a plena luz del día. No quiere ofenderme permaneciendo a mi lado toda la compra, pero tampoco quiere ser responsable de una pérdida de producto.

"Puedo hacer lo que quiera. Soy un Valenti. Si Nerón puede encarcelar a la hija del Jefe de Policía y salirse con la suya, seguro que yo puedo salirme con la mía con un pequeño fraude." La gente se ha estado casando durante años por los beneficios, Sloane y yo sólo estamos interesados en un conjunto diferente de beneficios que la pareja promedio.

Stefano mira a su alrededor frenéticamente, mirando a la vendedora al otro lado de la habitación. "Baja la voz", me hace callar. "Lo que hizo Raniero fue una estupidez. No seas estúpida".

Cojo uno de los anillos de compromiso de diamantes y lo examino un poco más de cerca. No sé qué tipo de joyas le gustan a Sloane. Supongo que podría haberla invitado a elegir un anillo conmigo, pero ¿dónde está la gracia? No sería una sorpresa cuando me arrodillara y se lo propusiera como un hombre. "¿Qué pasa con Mat? Acosó a Bambi. Eso desde luego no fue legal".

El suspiro de mi hermano se extiende por toda la tienda. "No me hagas hablar de Mateo. Ese tipo tiene putos problemas". Está hablando de nuestro hermano, pero resoplo con sorna. Tiene razón. Ninguno de los hermanos Valenti ha estado nunca particularmente cuerdo, y menos Mateo.

"Creo que es éste", decido.

Stefano trata de disuadirme mientras acompaño a la vendedora. Coge el anillo y me dice que tardarán tres días en cambiarle el tamaño. "¿Y si te doy 100 dólares más? ¿Puede hacerlo en veinte minutos?".

Se queda atónita. "Señor, yo no..." "200 dólares", subo la apuesta, "o me voy".

La mujer se queda mirando la etiqueta del anillo. ¿Quiere la comisión de un anillo de 5.899 dólares o quiere rechazarme? Tarda menos de un segundo en decidirse. "Deme media hora", me dice con severidad. "Y ni un minuto antes. Tendrá que dejar una tarjeta de crédito para garantizar

el depósito".

Le doy mi tarjeta de débito. Mi cuenta bancaria tiene dinero más que suficiente para cubrir esta compra con impuestos. Pasa la tarjeta y me la devuelve antes de insistir en que vuelva en treinta minutos.

Stefano y yo salimos de la joyería y acabamos en Poyntz, el corazón del distrito del centro de Manhattan. Él estaba cerca cuando envié un mensaje a nuestro chat de grupo diciéndoles a todos que me comprometía. Fue el único que me llamó y me preguntó dónde estaba. Los demás respondieron de la manera típica.

Raniero: No me digas. ¿Comprometida? ¿Con quién?

Mateo: ¿Sabe ella que eres un adicto al trabajo?

Cesare: ¿Sabe ella que tienes una polla pequeña?

Stefano: ¿Es una broma?

Raniero: ¿Tengo que ser tu padrino?

Un aluvión de mensajes a los que aún no he respondido. Pero no podía ignorar a Stefano, no cuando estaba delante de mí y exigía saber qué había pasado. "Esto no es sensato, Luca", insiste mientras caminamos por Poyntz. "Si la policía se entera..." "¿Quién se lo va a decir?". pregunto con la mirada. "¿Tú? ¿Nuestros hermanos? ¿Sloane?" Hago hincapié en la persona de la que estoy segura que sospecha más. "Vosotros no me delataréis a la policía porque eso no es lo que hace la familia. Y Sloane tiene más que perder que yo si acude a la policía. Así que créanme, estoy cubierto por todos lados".

Stefano se burla. "¿Qué hay del amor, Luca? ¿No quieres estar con alguien que te maree y te haga flaquear las rodillas?".

"Eso suena a tensión baja, así que no", le callo escuetamente. El tipo de amor del que habla no existe. He estado con docenas de mujeres y nunca he sentido nada parecido. Mi corazón nunca ha palpitado en mi pecho como una mariposa en primavera. Nunca me han sudado las manos al ver a una chica guapa delante de mí. Y ciertamente no me han temblado las rodillas por una mujer.

Pero Stefano siempre ha idolatrado la fantasía del amor a primera vista. Desde que éramos niños creía que sería el caballero de brillante armadura o el príncipe azul de alguien. Stefano quería el romance relámpago y la boda de cuento de hadas que sólo existían en los libros. No entiende que Raniero se enamore de una mujer a la que ha mantenido cautiva. No entiende cómo Bambi pudo entregar a Mateo a la policía y los dos vivieron felices para siempre. Y le desconcierta que yo elija casarme con una mujer por la que no me duelen las rodillas.

Mi hermano pequeño es un romántico de corazón y espero que algún día encuentre a la mujer perfecta para él. Estoy segura de que cuando se conozcan, será todo lo que siempre ha deseado. Pero nuestras historias de amor no tienen por qué ser iguales. No necesito salir con Sloane un par

de años para saber si es la indicada. Ni siquiera estoy seguro de creer en la elegida. Pero creo que Sloane es lo que quiero y ella satisfará mis necesidades. ¿Qué clase de bastardo egoísta sería si pidiera más?

Stefano interioriza sus sentimientos sobre mis elecciones. Lo observo de reojo mientras paseamos por el distrito comercial y su rostro se contorsiona incontrolablemente. Veo cómo abre la boca y luego la cierra con la misma rapidez. Esgrime una letanía de argumentos que quiere esgrimir contra mí, pero al final se limita a decir: "Si eso es lo que quieres".

No es el discurso más reconfortante que me ha dado nunca, pero ahora mismo no necesito consuelo. No me interesa especialmente que mis hermanos apoyen mis decisiones o si estoy jodiendo mi vida casándome con una mujer a la que apenas conozco. Creo que sólo quiero que esto termine y llegar al otro lado. ¿A quién le importa el amor y el romance y toda esa mierda si Sloane y yo no superamos el interrogatorio?

"Quiero que seas uno de mis padrinos de boda", refunfuño al cabo de unos minutos. Es una pequeña oferta para un hombre que no está de acuerdo con ninguna de las decisiones que estoy tomando.

"¿Sólo uno? se burla Stefano juguetonamente. "Entonces, ¿quién va a ser tu padrino? Juro por Dios que si es Nero", amenaza.

Niego con la cabeza. "¿Sinceramente? Aún no lo sé. Os quiero a los cuatro en mi fiesta de boda, pero quizá elija a mi padrino en función de quién me organice la mejor despedida de soltero".

Él levanta una ceja dudoso en respuesta. "¿No tienes sólo una despedida de soltero? ¿La organiza el padrino?".

Me encojo de hombros y le sonrío. "Somos Valentis. ¿Quién dice que tenemos que seguir las reglas? Además", me río entre dientes, "quiero ver cómo es la idea de Cesare de una noche en la ciudad".

Stefano se lo piensa un segundo antes de reírse a mi lado. "Sabes, creo que tienes razón. Es demasiado serio para su edad".

"¿Para su edad?" Vuelvo a negar con la cabeza. "Es demasiado serio para cualquiera de nosotros. Excepto quizá para Nero".

Mi hermano asiente sabiamente. "Ah, sí. Raniero. El alma de la fiesta hasta que sentó la cabeza y formó una familia". La forma en que Stefano lo dice es casi como decir una palabra vulgar en medio de la iglesia, pero yo sé que no es así.

"No puedes esperar a ser tú". Le doy un codazo juguetón.

Stefano esboza una sonrisa culpable y asiente con la cabeza. "¿Qué puedo decir? Creo que ya es hora, Luc".

Sinceramente, tiene razón. No tengo mariposas en el estómago ni se me acelera el corazón cuando veo a Sloane, pero sé que este es mi jodido felices para siempre. Lo vi en sus ojos después de que mató a Daniel.

LUCA

El agente Goodwin me mira con incredulidad. Rebusca entre sus papeles antes de susurrar al policía que tiene al lado. Intercambian algunas miradas acaloradas antes de volver a mirarme. "Sr. Valenti, ¿se da cuenta de cómo suena esto?".

Hace treinta minutos le propuse matrimonio a Sloane y le entregué un anillo de compromiso que le hizo llorar. En realidad me calentó un poco el corazón verla deslizarlo en su dedo y reír. Hace quince minutos me dirigí a la sala de juntas para sentarme para mi interrogatorio con la policía. Me preguntaron qué estaba haciendo la noche del asesinato de Daniel. Cuando les dije que estaba con Sloane, hicieron una marca en sus blocs de notas.

Se habían preparado para la entrevista y tenían la impresión de que sabían cómo iba a terminar. No esperaban que yo lo pusiera todo patas arriba.

Me preguntaron sobre el intercambio de correos electrónicos entre Daniel y Sloane. Hice todo lo que pude para mostrarme sorprendida por la noticia, pero el verdadero shock llegó cuando me permitieron ver las fotos. Daniel la obligó a hacer cosas realmente perturbadoras. En los confines de una relación comprometida y amorosa, estas fotos serían eróticas. Pero sé lo que amenazaba con hacer si ella no actuaba para él y se me revolvió el estómago al ver las fotos.

Fue entonces cuando le dije a la policía que éramos novios. Habían pasado varios momentos tensos y tranquilos.

"¿Cómo suena qué?" pregunto inocentemente.

Goodwin suspira pesadamente y puedo ver un pequeño surco en su frente que dice que no está contento. "Cómo suena comprometerte con el único sospechoso de este caso", explica. "¿Cómo suena que tu familia, la familia Valenti, se involucre con una mujer que potencialmente asesinó a uno de los mejores arquitectos de Manhattan?". El énfasis que pone en la última palabra casi me hace pensar que debería preocuparme.

Pero no me han acosado desde que tenía ocho años. Mis hermanos vinieron en mi ayuda entonces y hemos permanecido juntos desde entonces. El nombre de la familia Valenti puede estar asociado con la escoria de la tierra para gente como el oficial Goodwin, pero somos mucho más fuertes juntos que separados. "Señor, no estoy seguro de saber de qué está hablando".

El oficial desliza la mano por el escritorio y los papeles salen volando. De cerca, la rabia en su rostro adopta la forma de gruñidos y casi espuma en la boca. "Ella lo hizo, ¿verdad?" acusa

Goodwin. "Admítelo de una puta vez".

Miro el reloj como si me aburriera la conversación. Francamente, no hay nada de qué hablar. El lunático de Edward puede acusarme de lo que quiera, pero no tiene pruebas. "Creo que me gustaría tener a mi abogado presente si va a empezar a acusar a mi prometido de homicidio".

El agente Goodwin se echa petulantemente hacia atrás en su asiento y me lanza una mirada fulminante. "Si estás tan comprometida", resopla, "¿por qué nadie nos ha hablado de esto? Nuestra investigación preliminar no encontró ningún novio, y mucho menos un compromiso".

Raniero siempre me decía que tuviera calma y frialdad bajo presión. No sólo evita que digas cosas que no deberías, sino que también desconcierta a la persona que te presiona. "El compromiso es reciente, Oficial. Hemos mantenido nuestra relación en secreto debido a la naturaleza de nuestras carreras. Aunque Sloane y yo compartimos muchas de las mismas ideologías políticas sobre hacia dónde queremos que vaya esta ciudad, entramos en conflicto en muchas áreas que podrían hacer que nuestros electores reconsideraran nuestro nombramiento."

Su boca está entreabierta todo el tiempo que hablo. Unos instantes más y una gota de saliva habría aparecido en la comisura de sus labios y goteado sobre la mesa. "A ver si lo entiendo", Edward retoma mi frase en cuanto la suelto. "¿Vosotros dos no sois Facebook oficial porque vuestras carreras son muy importantes?".

"No, elegimos no abrir nuestra relación al público para preservar las posiciones en las que nos han colocado. Sabemos que estar comprometidos cambia la dinámica de nuestra imagen pública y lidiaremos con esas repercusiones cuando surjan." Estoy deseando ser alcalde algún día; soy un gran orador.

Goodwin enarca una ceja. "¿Y cuándo, exactamente, se comprometió, señor Valenti?".

Llevo esperando esta pregunta desde que empezó el interrogatorio. "Hace un par de días, en realidad".

"¿Quiere decir el día que Daniel Prewitt fue asesinado?" Murmura.

"Me gusta pensar que fue el día en que Sloane y yo decidimos pasar el resto de nuestras vidas juntos, pero sí, nos comprometimos esa noche". No puedo evitar sonreír, aunque parezca culpable. Estoy tan a punto de reírme que me duele el estómago de aguantarme.

Edward parece haberse tragado una rana y no sabe qué hacer al respecto. "¿Por qué la señorita Bishop no llevaba anillo cuando ha venido antes?".

Porque aún no lo había comprado, pienso para mis adentros, pero no puedo decirlo en voz alta. "Como ya he dicho, hemos mantenido nuestra relación en privado. Acordamos que no llevaría el anillo en la oficina hasta que tuviéramos la oportunidad de informar a nuestros superiores".

El oficial mastica mi respuesta y queda claro por su lenguaje corporal que ha sido vencido y superado. Edward probablemente tiene un millón de cosas que quiere decir, pero se las guarda para sí. Se me queda mirando como si intentara descifrar el acertijo que le hemos planteado.

Su compañera, una encantadora dama que ha guardado silencio durante toda la conversación, se aclara la garganta para perturbar la creciente tensión de la sala. "Gracias por hablar con franqueza con nosotros, señor Valenti. Creo que por ahora tenemos todo lo que necesitamos,

pero por favor, mantenga el teléfono encendido. Tendremos más preguntas a medida que comience la investigación. Y felicidades por sus próximas nupcias".

Salgo de la sala de juntas e intento no lanzar un puño de emoción al aire en cuanto la puerta se cierra tras de mí. Mi cuerpo está lleno de energía y siento que podría pelearme y follarme a alguien al mismo tiempo; me conformo con llegar a su despacho con una sonrisa en la cara. "Tenemos que salir a la oficina".

Sloane mira el anillo de diamantes de su mano izquierda. Observo el oleaje de sus pechos mientras inspira profundamente y aguanta la respiración unos segundos más de lo normal. "Vale", dice mientras se desinfla. "¿Cuándo? ¿Qué les vamos a contar?".

Hacía años que no contaba una historia tan disparatada. Me siento con Sloane y elaboramos la historia de amor que nos llevó a casarnos. Pasamos largas noches revoloteando sobre los planos de la ciudad. Las tardes tratando de reescribir las ordenanzas municipales para servir mejor a la gente. Los días que discutíamos sobre lo que pensábamos que beneficiaría más a la gente. Es una bonita cancioncilla si me preguntas, y parcialmente cierta.

Me encanta ver a Sloane abogar por la gente de Manhattan. Brilla más que cualquier diamante cuando lucha por los derechos de la gente. Durante el café de medianoche y las reuniones a las 6 de la mañana para preparar los ayuntamientos, me enamoré de ella a mi manera. No es el tipo de amor en el que tiemblan las rodillas y sudan las palmas de las manos, pero es lo que el amor es para mí.

Sloane Bishop me da un sentido de propósito y creo que eso es mejor que las mariposas o las relaciones largas que nunca van a ninguna parte.

SLOANE

Esto va tan rápido que, aunque llevamos quince minutos sentados delante de nuestro jefe, me siento mareado.

Luca ha explicado sucintamente nuestra situación y, aunque el departamento de Recursos Humanos del Ayuntamiento tendrá que intervenir, nuestro jefe parece contento con todo.

"Creía que os estabais haciendo amigos", me confiesa Aaron al cabo de unos minutos. "Vi cómo te miraba Luca".

Mis mejillas se sonrojan y oculto mi vergüenza con una carcajada. "Así empezó todo, señor". Aaron acepta la mentira de tan buen grado que casi me inclino a creérmela yo misma. ¿He estado ciega todos estos meses? ¿He estado ignorando a un hombre perfectamente viable por un rencor de hace una década?

"Si te parece bien, queremos empezar a compartir las noticias". Luca cruza el espacio entre nuestras dos sillas y me coge la mano. La sensación de su piel sobre la mía me produce un escalofrío. "Sería más real para nosotros si pudiéramos compartir la noticia con nuestros amigos y familiares aquí en la oficina".

La sonrisa de Aaron es tan amplia que cualquiera diría que es el cerebro de todo esto. Es un hombre mayor en muy buena forma que el año pasado corrió su primera supermaratón de 100 millas. Considera su presencia en la oficina como la de un padre. Mientras nos mira cariñosamente a Luca y a mí, sé que está feliz de ver que dos de sus "hijos" han encontrado el amor. "Por supuesto. Estoy seguro de que se alegrarán por vosotros tanto como yo".

Luca me ayuda a levantarme y el mareo vuelve. La habitación parece vibrar, así que me aferro más a mi prometido. "¿Estás bien?" susurra cuando salimos del despacho de Aaron.

"Sí. Sólo un poco nerviosa". No necesita saber toda la verdad; aún no somos marido y mujer.

"Estaré aquí en todo momento", me tranquiliza Luca con un suave apretón. "No quiero que lo dudes nunca".

Mi corazón se hincha un poco, como si el Grinch estuviera empezando a aceptar la Navidad. No tengo que decir nada más, me aferro a Luca mientras reúne a todos en la sala de descanso.

A la vista de la piedra que llevo en el dedo anular y del hecho de que me aferro a él con todas mis fuerzas, los cotilleos están en su punto álgido. Ni siquiera hemos hecho el anuncio, pero

sospecho que todo el mundo puede leer las pistas del contexto.

"Estoy seguro de que todo el mundo se muere por saber por qué os he traído aquí". Luca será un gran alcalde algún día. Siempre pienso en mí en ese papel porque es algo por lo que he trabajado toda mi vida. Es otro peldaño en el camino político para el resto de mi vida. Pero Luca ha nacido para hablar en público.

Todos los ojos de la sala se vuelven hacia él cuando habla. No se trata sólo de su aspecto robusto -el pelo oscuro y recortado, los ojos marrones conmovedores, la forma en que te da un vuelco el corazón cuando te sonríe-, sino de la forma en que habla con convicción y pasión, como si creyera de verdad cada palabra que dice.

Echo de menos todo su discurso en la oficina. Estoy tan enamorada del hombre que tengo al lado que me olvido de prestar atención a lo que dice. Sólo me despiertan de mi ensoñación los vítores de todos los que nos rodean.

Apenas unos segundos después, mis compañeros me abrazan y me felicitan. Todos quieren ver el anillo y las preguntas vienen de todas partes. Todos quieren saber cómo es nuestra historia de amor.

El viernes por la tarde es el mejor momento para anunciar el compromiso, porque el resto del día transcurre como un borrón. No trabajamos nada. Cada vez que una persona sale de la sala de descanso, entra otra. La gente se escabulle para comprar comida y bebida en los restaurantes cercanos y, en un abrir y cerrar de ojos, se nos agasaja con más magdalenas de las que podríamos comer y una botella del mejor vino que Elizabeth pudo encontrar en la licorería.

La fiesta duraría toda la noche si la dejáramos, pero Luca la interrumpe a las 4:45. Siempre que nos separamos, vuelve a mi lado y me agarra la mano con fuerza cuando está cerca. Es mi único consuelo en estos momentos de locura.

Poco a poco, la oficina se va despejando. Oímos despedidas y felicitaciones mientras nuestros compañeros se van a casa a pasar el fin de semana. Luca y yo nos sentamos en su despacho e intentamos que nuestros acelerados corazones vuelvan a un ritmo normal.

"Ha sido una locura". Sacudo la cabeza. "Creo que nunca me había sentido tan abrumada".

Luca se sienta en la silla de visitas a mi lado. La ha girado para que mire hacia la mía y luce una sonrisa que suaviza sus rasgos duros. "Me di cuenta. Parecías un poco tenso".

"No soy tan buen actor", le confieso con un guiño juguetón. "Me resultó difícil mentir a toda esa gente".

Se tranquiliza un momento y asiente solemnemente como respuesta. "¿Se lo has dicho ya a tus padres?"

Oh, Dios. Ni siquiera había pensado en lo que le diría a mi madre. Sólo vive a media hora de aquí, pero está lo bastante cerca como para que, si se lo digo ahora mismo, conduzca hasta aquí para felicitarme en persona. "Sí", miento con mucha más soltura a Luca que a nuestros compañeros de trabajo. "Por supuesto.

Un suspiro de alivio se escapa de los labios de Luca. "Bien", sonríe una vez más. "Se lo dije a mis hermanos cuando estaba eligiendo el anillo. Espero que esté bien", hace una pausa de un

segundo, "pero quiero a los cuatro en mi cortejo nupcial".

Soy como los millones de chicas de todo el mundo que siempre han soñado con el día de su boda. Quiero un vestido de Cenicienta blanco y un precioso ramo de rosas amarillas, ramitas de aliento de bebé y exuberante vegetación. Lo imaginé todo, desde la combinación de colores hasta el primer baile del banquete. Todo excepto el hombre que está a mi lado.

La tensión vuelve a crecer en mi pecho. Esto no es real, empieza a gritar una vocecita. Esto es falso. No va a querer una boda de cuento de hadas que planeaste cuando tenías doce años. Va a querer ir a Las Vegas, pasar por una capilla de Elvis y darlo por terminado. "No tenemos por qué tener todo eso", le digo al cabo de un minuto.

Luca frunce el ceño. "¿Qué? No puede leerme la mente, así que no seguía mi hilo de pensamiento. "¿Qué cosas no tenemos que tener?".

Intento tragar saliva, pero un nudo en la garganta me lo impide. Casi me atraganto con la saliva intentando hacerla pasar por el manojo de nervios que me corta las vías respiratorias. "Sé que esto no es real", tartamudeo. "Así que si sólo quieres ir al juzgado o algo así, lo entiendo". Una boda rápida, como siempre había imaginado... "¿Al juzgado?". Luca se burla. "Te juro que nunca me escuchas". Se adelanta para cogerme la mano y, como todo el día de hoy, me reconforta con un único apretón tranquilizador. "Esto es un matrimonio de verdad, Sloane. Sí, tenemos que hacerlo pronto, como dentro de un mes. Así, cuando esto vaya a juicio, si nuestros nombres están involucrados, no podremos testificar el uno contra el otro".

Intenta acercar su silla a mí, pero su peso le impide moverse más de unos centímetros. "Pero aparte del hecho de que todo esto está ocurriendo por lo que tú y yo hicimos juntos, esto es real. Espero que te cases conmigo en una iglesia con un vestido blanco. Quiero celebrar una fiesta de compromiso y una despedida de soltero. Quiero comprar electrodomésticos que no necesitamos e irnos de luna de miel al Caribe, a los Alpes o a donde tú quieras".

Luca se inclina para cubrir el hueco que no ha podido con la silla. "Esto no es convencional, mis hermanos ya me han llamado la atención por eso, pero no tiene por qué serlo. Es nuestro y eso es lo que importa".

Es mejor si le creo; es más fácil si sigo la corriente de lo que dice. Después de todo, esta podría ser mi única oportunidad de ser feliz para siempre.

Desearía que fuera en otras circunstancias, pero los mendigos no pueden elegir. Y como Luca sabe mucho de mis indiscreciones personales, no puedo rechazar su sueño de cómo será el resto de nuestras vidas.

Pero a juzgar por la genuina sonrisa de su cara, tengo que admitir que pasar el resto de mi vida con Luca Valenti parece más una recompensa por matar a Daniel que el castigo que merezco.

LUCA

El tiempo pasa a una velocidad extraña mientras nos acercamos a una boda y a un posible juicio por asesinato. Hacer malabarismos con nuestros trabajos, planear una boda, coordinar una mudanza y reunirnos a menudo con la policía y los abogados significa que nuestro tiempo libre es limitado.

Sloane maneja algunas partes mejor que otras, como seguir dirigiendo el Ayuntamiento como si no pasara nada. Asiste a las reuniones semanales de los comisarios, participa en los debates importantes de los departamentos y sigue reuniéndose con los empresarios a instancias de éstos. Sonríe ante las acusaciones de que la policía la está investigando en relación con el asesinato de Daniel Prewitt y sufre ante las felicitaciones por su próxima boda conmigo. Pasa las tardes bebiendo vino y revisando cajas mientras decide qué quiere llevarse a mi casa. Lo único que no le entusiasma es la organización de la boda.

"Seré feliz con lo que tú quieras", insiste. Sloane me apoya en todo. Miramos tres lugares disponibles y palidece cuando le dicen el precio, luego me mira a mí y me dice que lo que yo quiera está bien para ella.

Al principio, creo que está preocupada por el precio de la boda. Le aseguro que la familia Valenti se encarga de todo. El dinero no es un problema para la familia, pero no lo voy a gastar por gastar. "Esto tiene que ser convincente, Sloane. Estoy seguro de que cuando todo llegue a un punto crítico con el juicio, vamos a necesitar algo más que un anillo de diamantes para solidificar nuestra relación."

Pero eso no aumenta su interés en la planificación. Sloane sólo se dedica a medias a los esquemas de color, los arreglos florales, las invitaciones y todo lo demás. Tiene una opinión sobre todas estas cosas, pero parece que no puedo sacársela.

Sloane se cierra cuando se trata de hablar con la policía. Parece un poco más dispuesta a hablar de lo sucedido con el abogado de la familia Valenti, pero sólo después de escucharme explicar mi participación en todo este lío. Nuestro abogado ha visto cosas peores, pero eso no consuela a Sloane. Ella sigue dudando en compartir lo que hizo. Al final, sólo se abre cuando nos dicen que la policía no tiene pruebas en este momento.

"Cualquiera puede tener un motivo", le asegura Frank a Sloane. "Si se tiró a alguien por un negocio, probablemente lo estén investigando ahora mismo. Si tuvo una discusión con un amigo o un amante, los están interrogando. Si estaba haciendo algo turbio, como los correos electrónicos que encontraron en su ordenador para ti, entonces el objetivo de esos negocios

turbios está siendo vigilado cuidadosamente."

"Tengo la sensación de que somos los únicos a los que están interrogando", admite Sloane. "No he oído hablar de nadie más que tenga que revivir esa noche una y otra vez hasta que se quiebre".

Levanto en silencio un par de dedos para detener a Frank antes de que pueda continuar. "Mi hermano lo es, junto con Nicholas Calvino".

Sloane se vuelve para mirarme con los ojos muy abiertos; su mandíbula está casi en el suelo. "¿Qu-qué? ¿Qué? No me lo habías dicho antes".

Estoy a punto de decirle que es un asunto familiar y que, por lo tanto, no tenía por qué contárselo, pero Sloane es tan familia como mis hermanos. La he tomado bajo mi protección y planeo casarme con ella. Le debo darle las respuestas que busca y la tranquilidad que se merece. "Raniero está siendo investigado por unos diseños que Daniel hizo para él. El trato fracasó después de un tiempo y es bien sabido que después hubo mala sangre entre los dos."

Frank ha estado trabajando con Raniero siempre que no está con nosotros. Ahora mismo estamos en lo más alto de su lista de casos y sus otros clientes están sufriendo, pero como somos los que más le pagamos, no se queja por ello.

"¿Qué pasa con Nicholas, quienquiera que sea?" Me insta a seguir. "¿Por qué está siendo investigado?"

Nicholas Calvino dirige un imperio perpendicular a nuestros deseos y necesidades. Insiste en que la familia Valenti necesita ser destronada como la familia italiana reinante en la zona, pero parece que no puede superar nuestra riqueza y conexiones. "Llegó a algún tipo de acuerdo con Daniel que involucraba los planos de la casa de la familia Valenti. Esa fue la razón por la que el trato entre Raniero y Daniel se agrió, en realidad. Pero no puedes depositar una gran suma de dinero en la cuenta de alguien y que acabe muerto un par de años después. Parece sospechoso y la policía está estudiando todas las opciones posibles ahora mismo".

Como si comprendiera que los nervios de Sloane se calmarían mejor oyendo hablar de diferentes individuos bajo investigación, Frank interviene para hablarle de dos de las ex novias más recientes de Daniel. "Tuvo una mala ruptura con una. Le pillaron siendo infiel y ella le pinchó las ruedas mientras él estaba en una cena benéfica en el club de campo. Ella estaba sentada en el capó de su coche mientras salía y docenas de personas la vieron girando un cuchillo y amenazando con apuñalarle si se acercaba más".

Necesito conseguir el nombre de esa mujer. Cuando se trata de incriminar al asesino de Daniel, alguien con un motivo se ve muy bien cuando empiezas a plantar armas y dar información crucial a la policía. Yo no, por supuesto, pero otra visita a Saint me pondrá en contacto con la gente adecuada.

Frank continúa. "Otra chica rompió con él hace poco. Parecía una ruptura bastante congenial hasta que se supo que estaba embarazada de él y la obligó a abortar."

"Mira qué bien", sonrío, "otra persona más con un motivo".

"Me estaba chantajeando", gime Sloane. "La policía vio las fotos y los vídeos. Tengo un motivo".

Justo cuando creo que está recapacitando, vuelve al punto de partida. Me frustra. Me alegro de haber sido yo quien la descubrió con Daniel, porque nunca habría sobrevivido a este proceso si yo no lo hubiera hecho.

Pero francamente, ella tampoco estaría bajo investigación si no fuera por mí. Fue el saber exactamente qué buscar lo que me envió a la puerta de Saint. Fue a petición mía que él avisó a la policía. Ahora Sloane está pasando por el período más estresante de su vida por mi culpa. Voy a hacer lo que sea necesario para protegerla de esto, pero no puedo olvidar que yo soy la razón por la que estamos aquí. Todo porque me enamoré de una mujer que asesinó al hombre que yo quería matar.

Nuestro encuentro con Frank no convence a Sloane para participar en la preparación de la boda más que antes. Sigue mostrando un interés a medias y cuando le pregunto por la lista de invitados, cambia de tema. Hemos estado hablando de la ceremonia y ya ha dicho que su padre no la acompañará al altar. "Prefiero ir sola a que ese hombre me entregue", anuncia. "Ni siquiera está invitado".

Sé que maltrató a su madre y puedo entender que quiera poner distancia entre los dos, pero me hace preguntarme si invitará a su madre. Dijo que se lo había dicho a sus padres, pero ¿realmente lo hizo?

No tengo tiempo para sospechar de mi mujer. Tengo la casa llena de chucherías y cosas de soltero que tengo que revisar para preparar su llegada. Estamos preparando todo para que se mude el fin de semana antes de la boda. Eso significa limpiar mi estudio y convertirlo en un espacio más acogedor. Significa invertir en cortinas que se abran y dejen entrar la luz del día. Nunca estoy en casa, así que dejé las persianas que traía la casa. Están desvencijadas y la mitad de las veces la cuerda no se engancha cuando intento abrirlas, así que se quedan cerradas todo el tiempo. Hay un millón de pequeñas cosas que hay que cambiar o arreglar antes de que llegue Sloane.

Cada día parece que hago un pequeño progreso con Sloane. Todavía no confía plenamente en mí y es como arrancarle los dientes para que comparta los detalles íntimos de su día, por no hablar de su vida. Pero poco a poco, voy rompiendo su bloque de hielo y ella se descongela un poco más. Después de dos semanas de comunicación constante, tenemos una tenue amistad cargada de tensión sexual.

Nada me gustaría más que consolidar nuestro futuro matrimonio follándomela bien duro, pero Sloane me mantiene intencionadamente a distancia. Cada vez que estamos lo suficientemente cerca como para que nuestros cuerpos se rocen, ella se enciende con electricidad sexual. Pero sólo me deja besarla unos minutos antes de detenerme con una excusa u otra.

No sé cuál es el problema, pero voy a averiguarlo.

En una semana, Sloane se muda conmigo. En dos semanas, nos casamos. En un mes, tiene su primera comparecencia ante el tribunal. No voy a dejar que suba al estrado sin saber que estoy 100% a su lado. Algo le impide invertir en mí y voy a descubrir qué es aunque me mate.

SLOANE

No puedo permitirme contarle a nadie lo que he hecho. Mi madre se echaría a llorar y me diría que me entregara. Podría contárselo a mis hermanos y a mi hermana, pero ninguno de ellos sería capaz de mantener la boca cerrada. Incluso mi mejor amiga se asustaría si le contara lo sucedido. Algunas personas tienen el tipo de sistema de apoyo que les ayudaría en un momento así, como Luca y su familia, pero yo no. Mis amigos y mi familia me quieren, pero no serían capaces de mantener esto en secreto.

A pesar de todo, tengo que contarles a todos lo del matrimonio. Juro a mis hermanos que guardarán el secreto, aunque estoy casi segura al cien por cien de que alguien se lo contará a mamá, probablemente Imogen. Aunque tuvimos la misma educación, ella es tres años mayor que yo y recuerda los buenos tiempos con mamá y papá. Eso la unió a ellos y, a pesar de mi desconfianza hacia nuestra madre, Imogen está muy unida a ella.

Mis hermanos piden conocer a Luca para "echarle la bronca". Me cuesta mucho no reírme de ellos. Me encantan Jerald y Felix. Cuando me enfrenté a Daniel en los tribunales, estuvieron a mi lado y se ofrecieron a patearle el culo cuando perdí el caso. Pero Luca es un tipo de bestia diferente a mi ex novio. No le asusta la sangre ni ensuciarse las manos. De hecho, al hacerlo, se ilumina de alegría. Si mis hermanos intentaran amenazarle, Luca probablemente se reiría en su cara.

A mi mejor amiga y dama de honor, Leigh, le molesta más que no le dijera que tenía una aventura secreta con uno de los solteros más codiciados y peligrosos de Manhattan. "Es como si no hubieras tenido en cuenta que me encantan los cotilleos", declara mientras compramos mi vestido de novia. Leigh tiene una copa de champán en una mano y en la otra rebusca entre los vestidos del perchero. "¿Y vas a celebrar una boda rápida? Y vuelve a insistir en que tengo que dejar de ocultarle mi embarazo.

"Leigh", le digo desde el probador, "sabes que no estoy embarazada". Es mi mejor amiga desde el instituto. Cuando descubrí que vivir con una enfermedad de transmisión sexual me había provocado una disminución de la fertilidad, ella fue la persona con la que lloré.

"Estoy bastante segura de que el médico dijo casi imposible quedarse embarazada, no completamente imposible", me recuerda Leigh. "Además, ¿no acaban sus hermanos de dejar embarazadas a algunas chicas?".

He estado aprendiendo más sobre la familia Valenti de lo que nunca me importó saber. "Bastante seguro de que Raniero y Mateo están casados con las mujeres que dejaron embarazadas".

Leigh resopla audiblemente desde la sala de espera. "Sí, después de dejarlas embarazadas. Igual que tú y Luca".

Sé que sólo está dolida porque no compartí mi relación con ella antes, pero no puedo decirle que no hubo ninguna relación antes. Ella necesita creer nuestra historia como todos los demás. "Cállate y dime cómo me queda".

Odio el vestido, pero la asesora nupcial estaba segura de que me quedaría genial. "Me siento como una salchicha", anuncio mientras descorro la cortina del vestidor. "¿Parezco una salchicha?".

Es la silueta de sirena. Todo por encima de la pantorrilla es entallado antes de ensancharse sobre los pies. Siento que apenas puedo andar y estoy descalza. No puedo imaginarme caminando por el pasillo con este vestido y un par de tacones altísimos.

"Oh, Dios." Leigh se retrae visiblemente disgustada. La expresión de su cara se encuentra con un par de mejillas sonrojadas, sin duda por el champán. "Quizá no sea el público objetivo de este vestido por lo feo que es".

Respiro aliviada de que estemos de acuerdo. "Pensaba que sólo era yo".

En ese momento, entra la asesora nupcial. Da una palmada y se le ilumina la cara. "¡Estás preciosa, cariño!" Hay una pausa y luego Leigh y yo rompemos a reír. La mujer nos mira a las dos confundida antes de que le diga que este vestido es un no. "No lo entiendo", admite.

Leigh se tranquiliza y le dice que necesitaremos otras opciones, algo con aspecto de vestido de baile. "Piensa que Cenicienta va a una boda", le dice a la asesora. "Necesitamos algo que la haga parecer una princesa".

Puede que no sea capaz de decirle a mi mejor amiga que maté a un hombre, y que ahora me caso con otro para que no tenga que testificar contra mí en un juicio, y que no puedo tirarlo debajo del autobús, pero la quiero. Recuerda los años que pasamos planeando nuestras bodas ficticias con chicos que conocimos en el instituto y con los que pensábamos que estaríamos para siempre. Yo estuve con Daniel la mayor parte del tiempo, pero Leigh salía por ahí como si fuera su trabajo.

"Y ya que estás", añade, "trae algunos vestidos de dama de honor con cintura imperio".

La asesora nupcial resopla. "¿En qué colores?".

Leigh percibe el tono de voz de la asesora y acorrala a la mujer con toda la intensidad de una dama de honor achispada y celosa de no estar casada todavía. "Todos ellos", dice ella señalando. "Las otras chicas llegarán en breve y tenemos que estudiar nuestras opciones. Así que trae lo que tengas".

Mientras la asesora se va, silbo en voz baja. "Dios, Leigh, qué novia".

Se vuelve hacia mí con una sonrisa burbujeante. "No todas podemos tener suerte y casarnos con un puto millonario, Sloane. Tengo que divertirme donde pueda".

No reprendo su comportamiento porque no es asunto mío, pero tampoco lo apruebo. "Cálmate", le digo con una mirada mordaz. "No quiero que se enfade cuando necesite que me dejen y me entreguen un vestido en las próximas dos semanas. Y no es multimillonario".

Leigh pone los ojos en blanco y se deja caer en el banco acolchado para los amigos y familiares de la novia. "Sí, vale, su familia es rica. No importa. Aun así, tiene acceso a una riqueza con la que nosotros sólo podríamos soñar. ¿Recuerdas cuando comíamos ramen seco como patatas fritas?".

La secundaria fue una época difícil para ambos. "Los dos hemos recorrido un largo camino desde entonces". Un escalofrío recorre mi espalda al recordar nuestra juventud. Leigh vivía en la extrema pobreza y pasaba la mayor parte del tiempo en mi casa. Vio de primera mano la violencia que mi padre infligía a nuestra familia. Podría haberse ido a casa, pero entonces no habría cenado. Leigh cambió un poco de abuso verbal por un estómago lleno, algo por lo que yo con gusto habría hecho lo contrario.

"Lo hemos hecho". Leigh me sonríe cariñosamente desde su lugar en el banco. "Aunque a veces sigo comprando ramen y comiéndolo en el sofá".

Me hace reír de un modo íntimo. Yo hice lo mismo la primera vez que empecé a ganar dinero de mayor. "Hago galletas de mantequilla cuando necesito comida reconfortante", admito. Es sólo una galleta cubierta de mantequilla. A veces, si te sientes un poco loco, añades un poco de azúcar.

Leigh se pone en pie y se le nublan los ojos de lágrimas. Ha estado enfadada conmigo desde que le dije que me iba a casar. "Estoy tan emocionada por ti, Sloane", susurra. Leigh me abraza y el champán de su copa se agita. "Lo has hecho muy bien".

Sé que está triste porque sigue soltera a los treinta y dos, pero su momento está llegando; puedo sentirlo. Me da miedo decirle que hace unas semanas no sabía que me casaría tan pronto. No puedo hacer frente a las preguntas que podría suscitar la confesión. Pero la abrazo fuerte y doy gracias a Dios por los amigos. "Tu 'felices para siempre' está a la vuelta de la esquina, cariño. Confía en mí".

Por primera vez desde que maté a Daniel, lloro. Leigh y yo nos abrazamos incluso después de que la asesora nupcial entre con un nuevo estante de vestidos. Nos mira torpemente antes de retirarse. Leigh cree que lloro porque me caso y crecemos, pero la verdad es que lloro por la persona que fui.

Mi matrimonio con Luca marca un capítulo nuevo y más peligroso en mi vida. Y aunque es algo que necesito desesperadamente, tengo miedo del camino por el que me llevará. Me aterroriza enamorarme de Luca y que él no sienta nada por mí.

LUCA

"Anímate, amigo". Raniero me da una palmada tan fuerte en la espalda que estoy seguro de que me ha dejado una huella. "Es tu despedida de soltero".

En dos semanas, me casaré. El próximo fin de semana, Sloane se muda. Este fin de semana, estamos de fiesta. "Estoy bien, Nero." Hago rodar mi hombro y su mano se retira.

Mi hermano resopla con desdén mientras se aleja un paso de mí. "Sí, claro que sí", dice poniendo los ojos en blanco. "Te comportas como un novio abatido en lugar de como uno feliz".

Algo le pasa a Sloane, pero solo lo digo en mi cabeza. "Estoy pensando en todo, eso es todo", refunfuño. "¿No deberías estar sentada o algo? La señal del cinturón de seguridad está encendida".

La mirada de Raniero sigue la mía hasta el cartel que hay sobre la puerta de la cabina. Efectivamente, está encendido, lo que indica que deberíamos estar sentados. Se encoge de hombros. "Reglas, schmules", bromea, "es mi avión".

"No harás alarde de eso cuando las turbulencias te den en el culo. ¿Cómo se sentirá Calíope cuando vuelvas a casa con una muñeca rota por no sentarte y ponerte el cinturón cuando te lo diga el piloto?".

Coge un asiento al otro lado del pasillo y hace ademán de pasarse el cinturón por el pecho y encajarlo en su sitio. "¿Estás contenta, mamá?

Sonrío a mi pesar. "Sí, cariño", sonrío.

Raniero deja de bromear un momento y todos notan el repentino cambio emocional en el avión. "Todo el mundo está de fiesta", me dice.

El avión de la familia Valenti tiene dos caras. La mitad delantera está reservada para volar cómodamente de un destino a otro. La mitad trasera es para reuniones de negocios. Una gruesa y lujosa cortina de terciopelo separa los dos lados y la azafata la abre durante el proceso de embarque. Aunque no bloquea todo el sonido de la parte trasera de la cabina, yo la tensé bien cuando subí para conseguir un poco de paz y tranquilidad. "Seguro que sí. Estaré de fiesta cuando lleguemos a Las Vegas".

"¿Pero por qué no estás de fiesta ahora?". Pregunta con énfasis. "¿Te pasa algo?"

Se me ocurre que la persona con la que debería estar hablando ahora mismo es la única que me

aconsejó no hacer esto desde el principio. Mientras el resto de mis hermanos aceptaban mi decisión sin rechistar, Stefano me decía que me replanteara las cosas. "¿Crees que podrías Stef aquí arriba?" Odia que le llamemos así, así que sólo lo hacemos cuando no está cerca.

Por un segundo, parece que Raniero se va a enfadar porque ya no es el hermano mayor y más sabio, pero entonces se encoge de hombros y se desabrocha el cinturón. "Si quieres su sabiduría inferior, ¿quién soy yo para impedírtelo?". Se burla. Raniero atraviesa la barrera de tela y pasan un par de minutos antes de que Stefano llegue por este lado con un vaso de chupito en cada mano.

"Ni siquiera necesitamos ir a Las Vegas", anuncia mientras deja uno de los vasos en la bandeja de mi brazo. "Podríamos volar por todo el país y sería un avión de fiesta". A pesar de sus reservas sobre mi inminente matrimonio con Sloane Bishop, estaba feliz de abrazar una noche libertina planeada por Cesare. Me sorprendí cuando mi hermano menor se ofreció a organizar mi despedida de soltero. Planeó un fin de semana completo en Las Vegas, con poco o nada de sueño, mucho alcohol y más strippers de las que he visto en toda mi vida. "Bebe", Stefano hace un gesto hacia el vaso de chupito. "Tenemos que ponerte de fiesta".

Puedo oler el tequila que desprende, o quizá sea el chupito. En cualquier caso, cojo el vasito y lo devuelvo. Es suave como el agua que baja y me llena la barriga de un calor reconfortante. "¿Qué viene después de lo de los mareos y las rodillas débiles?".

Stefano parece sorprendido y se revuelve en el asiento en el que acababa de sentarse Raniero. "¿Hablas de amor?".

Francamente, no sé de qué hablo. Siento el estómago hecho un nudo, y no es por el alcohol. Sé lo suficiente como para comer bien antes de beber. Mi estómago se siente así desde hace días. "Tal vez, no lo sé", frunzo el ceño hacia el suelo. "Siento que Sloane me oculta algo".

"Y eso te molesta". El final de su frase se tuerce hacia arriba en una pregunta. "¿Estoy en lo cierto?"

Niego con la cabeza miserablemente. "No le interesa planear esta boda ni intimar conmigo. Cuando le propuse la idea, creí que entraría en razón, pero, en todo caso, me mantiene a distancia".

Stefano sostiene su vaso de chupito vacío y juega con él mientras hablo. "Te dije que no te casaras con ella", me recuerda. Tiene las mejillas sonrojadas por la bebida, pero mantiene la cabeza alta y me reta a decir algo. No tengo palabras. "Sé sincero, Luc, contigo mismo y conmigo. ¿Te importa esta chica?".

"No me casaría con ella si no fuera así", me burlo de él.

"¿Le importas tú a ella?" Insiste un poco más.

Ahí es donde está mi punto de discordia. Quiero creer que tiene algún interés en mí. No soy tan ingenuo como para pensar que me ama, pero pensé que llegaría con el tiempo. "No parece que lo haga."

"Pero tú quieres que lo haga". Incluso con algunas hojas al viento, Stefano me lee como un libro. "Porque la quieres", deduce rápidamente.

Me niego con el dedo corazón. "No la quiero. No la quiero, me importa". Si no miro hacia él, no tengo que ver la sonrisa de Stefano, que sabe que me estoy mintiendo a mí misma. "Pero, ¿y si lo hiciera? ¿Y si todo esto de planear y cogernos de la mano y compartir noticias con nuestras familias desencadenara algo dentro de mí parecido al tipo de amor que has descrito?".

Stefano luce una sonrisa pícara; puedo verla de reojo. Parece complacido con él. "Entonces tienes que decírselo".

Mi pecho tiene una sensación inusual, como si un elefante estuviera sentado sobre mi diafragma. No me duele al respirar, pero siento que me cuesta más esfuerzo que de costumbre. "¿Y si dice que no siente lo mismo?".

Cruza el pasillo para ponerme la mano en el antebrazo, pero sin querer tira el vaso de chupito al suelo. "Ése es el encanto y el miedo aterrador de enamorarse, amigo mío. Te juegas el corazón cuando te enamoras de alguien y esa persona tiene todo el poder del mundo para destrozarlo".

"Me siento mal." Las náuseas son una combinación de malestar por los sentimientos de Sloane hacia mí y el tequila asentándose en mi estómago.

Stefano me mira y luego se encoge de hombros. "Tienes que decidir lo que quieres hacer, Luc. Puedes decirle lo que sientes y esperar que ella sienta lo mismo o guardártelo para ti y quizá algún día recuperes tu inversión".

Tal vez algún día recuperes tu inversión. Hace que Sloane suene como una propiedad o una valiosa obra de arte.

"De cualquier manera, si estás decidido a casarte con esta chica, tienes que volver allí y empezar a salir de fiesta con tus amigos." Lanza el pulgar hacia atrás para señalar la despedida de soltero que se está celebrando a seis metros de distancia. "No vas a resolver todos tus problemas hoy, así que mejor ahógalos en alcohol y tetas falsas. Ocúpate de tu mierda el lunes".

"De acuerdo", acepto a medias, "déjame hacer una llamada primero".

Stefano se levanta de su asiento para volver a la fiesta. "Haz lo que tengas que hacer, pero no traigas esa cara de mala leche a la fiesta. Nadie quiere ver tetas y un novio deprimido; no está bien".

Resoplo mientras se dirige a la parte trasera del avión. Suelo ser la primera persona en disfrutar de un largo fin de semana en Las Vegas, pero antes de ir más lejos, tengo que despejarme.

Mi teléfono sólo puede hacer llamadas por wi-fi. Busco la información de contacto de Sloane y pillo su buzón de voz al primer timbrazo. "Hola, soy yo. Tenemos que hablar cuando vuelva. Ha surgido algo".

No es hasta que termino la llamada que me doy cuenta de que podría malinterpretar mi mensaje, pero ya no puedo hacer nada. Tendré que esperar a que estemos en tierra o de vuelta en Manhattan para explicarle que son mis sentimientos los que han surgido. Llevo diciéndole desde el principio que quiero que esto sea un matrimonio de verdad, y ahora que me estoy enamorando perdidamente de ella, realmente lo será.

SLOANE

Después de elegir el vestido y de que la asesora nupcial lo tenga bien empaquetado, nos dispersamos. La comitiva nupcial está formada por cuatro personas: mi mejor amiga, Leigh; mi hermana, Imogen; Elizabeth, de la oficina, y otra amiga, Kassandra. Leigh entrega mi vestido a una amiga que dice que lo cuidará bien.

"¿Qué va a hacer con el vestido?". Mis ojos se abren de preocupación.

Leigh me pone una mano reconfortante en el hombro y me explica que lo verá el domingo para hacer los arreglos, pero que mientras tanto tengo que centrarme en la despedida de soltera.

"¿Ahora mismo?" palidezco. "Es viernes por la tarde".

Elizabeth y Kassandra estallan en carcajadas. "Es el mejor momento para emborracharse", añade Elizabeth. "Hay un montón de sitios en Poyntz que ofrecen bebidas especiales hasta las cinco de la tarde, cuando llega la gente a cenar. Vamos a ir de restaurante en restaurante".

Sólo de pensarlo se me revuelve el estómago. "No sé, chicos. No he comido nada desde el almuerzo y...".

"¡No te preocupes!" Leigh me interrumpe. "Empezaremos en Tallgrass Taphouse y seguiremos por el distrito. Manhattan Brewing Company, el pequeño local de cócteles en el antiguo edificio de Harry's, el restaurante mexicano al final de la calle. Podemos comer en muchos de estos sitios. Siéntese, relájese y prepárese para la fiesta, señora. No querías strippers ni juegos fálicos, así que sólo nos queda emborracharnos. ¿Cuándo mejor para empezar que a las tres de la tarde?".

Efectivamente, llegamos a Taphouse, y Leigh pide una ronda para la mesa, seguida de varios aperitivos. "No queremos que nadie vomite esta noche", anuncia. "Así que comed y bebed agua de vez en cuando. Si vomitas, te dejamos atrás".

"Vamos", Elizabeth pone los ojos en blanco. "¿No confías en la bota y el rally?".

Leigh levanta su vaso en dirección a Elizabeth y mueve la cabeza en señal de no. "En absoluto, amiga. Somos zorras con clase que salen por la ciudad. Las zorras con clase no vomitan en los baños de los restaurantes. Aguantamos el alcohol como señoras".

Mi teléfono suena en el bolso y lo saco para contestar. La cara de Luca aparece en la pantalla de bloqueo con la opción de aceptar o rechazar la llamada. Antes de que pueda contestar, Leigh me quita el teléfono de las manos y pulsa el botón rojo. "¡Eh!", la reprendo. "¡Era Luca!"

"Puedes hablar con él mañana". Presiona el botón de encendido y lo mantiene pulsado hasta que la pantalla se vuelve negra. "Esta noche todo gira en torno a ti".

Y a pesar de la molesta sensación en la boca del estómago de que debería haber respondido a la llamada de Luca, agarro la copa que tengo delante y la alzo para aplaudir su anuncio. "Tienes razón". Una sonrisa se dibuja en medio de mi cara. "Esta noche va sobre mí".

En retrospectiva, una copa en Taphouse antes de pasar al siguiente restaurante habría sido acertado. En lugar de eso, cada uno de nosotros cogió una caña de cerveza y probamos su menú. Nuestra mesa se deshizo en risas, y para cuando empezó a llegar la gente a cenar a las 5:00, estábamos borrachos y con la cara roja.

Los aperitivos fueron un excelente amortiguador para las primeras copas, pero no pudieron salvarnos de nosotros mismos. Incluso bebiendo un vaso de agua antes de cada bebida en un restaurante nuevo, me sentía borracho cuando llegamos al cuarto local. Mi reloj marcaba las 20:12 y apenas recordaba lo que había bebido. Éramos el alma de la fiesta en todos los sitios a los que íbamos, y eso se traducía en chupitos y pequeñas bebidas afrutadas que habrían hecho que Carrie Underwood moviera la cabeza avergonzada.

"Tenemos que ir a Aggieville", murmura Imogen mientras el reloj avanza. "Quiero mover el culo".

Nunca había salido de fiesta así con mi hermana, pero me encanta la sensación. Leigh llama a un Uber y nos mete en él mientras desaparecen los últimos rayos de sol. Nos baña la oscuridad mientras el conductor nos lleva a un par de kilómetros de distancia, a la zona de bares. Aún es pronto para que aparezcan los universitarios, pero eso no nos impide armar jaleo.

En el baño de Porters, enciendo el móvil para ver la hora, olvidando que mi reloj tiene la misma función. Aparece una notificación de que tengo un mensaje de voz de Luca y voy a escucharlo. La música que suena en el bar y el ruido del avión al otro lado de la línea dificultan la escucha. Me cuesta un par de veces escuchar el mensaje hasta el final para entender lo que dice. Hola, soy yo. Tenemos que hablar cuando vuelva. Ha surgido algo".

El miedo de la borrachera nubla mis pensamientos al darme cuenta de lo que debe significar: Luca ya no quiere casarse conmigo. Una noche en Las Vegas y ya ha encontrado a alguien mejor. Sabía que era demasiado bueno para ser verdad.

Miro mi reflejo en el espejo y me digo que respire. La mujer que me devuelve la mirada se balancea en su sitio, pero también me dice lo que tengo que decir. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, marco el número de Luca y escucho su teléfono sonar y sonar.

"Soy Luca Valenti", me dice su contestador, "deja tu nombre y tu número y te llamaré en cuanto pueda".

Siento que el corazón se me hunde en el estómago y vomito en su buzón de voz. "Sé que no me quieres, Luca, está bien, pero tenemos que hacerlo. Quiero hacerlo. Me aterra hacer la prueba sola, pero creo que me aterra aún más enamorarme de ti. No se suponía que hiciera esto; lo sé. Se suponía que debía ser tu obediente mujercita que hacía la cena y te daba sexo cuando querías. Puedo hacer eso, Luca; realmente puedo. Tienes que darme una oportunidad. No me dejes por otra mujer, dame la oportunidad de demostrarte que esto no es un error y que puedo ser la mujer

que quieres que sea".

Al escuchar el mensaje de vuelta, parezco tan borracha e insegura como me siento. Cuelgo el teléfono y vuelvo a marcarle, esperando a que salte su buzón de voz. Esta vez dejo un mensaje más conciso. "Llámame cuando oigas esto. Sé que nunca me querrás como yo quiero, pero eso no significa que esto tenga que acabar".

Me siento confiada y vuelvo a colgar antes de darme cuenta de que probablemente le estén esperando los dos mensajes. Pensé que había borrado el primero, pero creo que no lo hice. Simplemente pulso "Finalizar llamada". Eso es lo que envía el mensaje de voz, ¿no?

No quiero pensar más en esto. Esta noche es todo sobre mí. Para empezar, nunca debería haber encendido el teléfono.

Me aventuro de nuevo en el bar y me tomo otro chupito con mi grupo de novios. Si me emborracho lo suficiente, quizá me olvide de avergonzarme en el buzón de voz de Luca.

LUCA

El buzón de voz de Sloane actúa como un fantasma durante todo el fin de semana. Sólo tengo la oportunidad de escuchar cada uno de ellos una vez cuando aterrizamos en Las Vegas antes de que Cesare confisque mi teléfono.

"Estamos aquí para divertirnos, no para hacer negocios", anuncia. Pero señala con sobriedad que nuestro chófer para el fin de semana, un primo que se ofreció a ser el conductor designado, se encargará de todas nuestras llamadas telefónicas. En caso de emergencia, se encargará de avisar al hermano correspondiente. A cambio, tendrá una habitación de hotel para él solo, un viaje gratis a Las Vegas y todas las patas de cangrejo que el dinero pueda comprar. Es un intercambio bastante barato.

Pero me paso el fin de semana entrando y saliendo de una borrachera pensando en Sloane. Su primer mensaje de voz me atravesó el corazón y me dejó al borde del asiento, pero el segundo fue solemne y más tranquilo. Se enviaron con sólo unos instantes de diferencia, pero el cambio drástico en su voz me preocupó.

Mi fin de semana de soltero es todo lo que un hombre podría esperar. Bebemos bourbon junto a la piscina con chicas guapas que nos traen copa tras copa. Asistimos a espectáculos subidos de tono que nos dejan en el striptease cerca de medianoche, esperando más. Cesare nos lleva a un club de striptease de lujo en el que no gasto ni un céntimo de mi propio dinero, pero en el que no paro de lanzar billetes de diez dólares a las mujeres del escenario.

No recuerdo si dormimos. Veo nuestra habitación de hotel unas cuantas veces, pero entre apostar en los casinos y colarme en los buffets de desayuno y restaurantes donde el precio medio es de 75 dólares el plato, no creo que tuviera tiempo de cerrar los ojos. El vuelo de regreso a Manhattan, el domingo por la tarde, transcurre tranquilo mientras los cinco dormimos los restos de alcohol en nuestro organismo.

Me duele el cuerpo cuando llegamos a nuestra ciudad, o quizá me doy cuenta ahora porque estoy sobrio. "Dios, me siento vieja", gimo mientras me sujeto la parte baja de la espalda. "Necesito ver al quiropráctico".

Raniero resopla y empieza a sacar bolsas de los portaequipajes que hay encima de nosotros. "Vale, abuelo".

No sé cómo ha salido de este fin de semana con tan buen aspecto. Parece fresco y dispuesto a pasar el resto del día con su mujer y su hijo. "¿Cuál es tu secreto, Nero? Los demás parecemos

mierda de perro".

Incluso nuestro conductor designado tiene bolsas bajo los ojos. No bebió con nosotros, pero apuesto a que no descansó más que nosotros.

Raniero se encoge de hombros. "Me lo tomé con calma. Conozco mis límites y sé que me estoy haciendo mayor. Así que bebí más agua que chupitos e intenté dormir un poco cuando pude. Te sorprenderá lo rápido que puedes dormirte cuando no hay un bebé llorando para despertarte".

"No me lo recuerdes", Mateo sacude la cabeza.

"Tu bebé ni siquiera está aquí todavía", fulmino a mi hermano con la mirada. "¿De qué tienes que quejarte?".

Mateo mira una bolsa negra que podría ser suya, pero se muestra escéptico. "Bambi es tan condenadamente autosuficiente con todo este embarazo. Cuando le dije que me iba de viaje, me despachó sin miramientos y me dijo que ella se quedaría tranquila."

Cesare sigue colgado de un banco de sillas, con una bolsa de hielo en la cabeza. "¿Es porque eres ruidoso? Porque estás siendo ruidoso en este momento ".

"Cierra la puta boca", le suelta Mateo a nuestro hermano menor. "Se podría decir que he estado increíblemente involucrado en este embarazo. Le consigo todo lo que quiere. La atiendo con los pies y las manos. Si me necesita, sólo estoy a unos metros de ella".

Raniero frunce los labios y se pregunta si ese podría ser el problema. "Quizá necesite tiempo para ella de vez en cuando".

"Pero le gusta cuando le froto los pies", Mateo frunce el ceño.

Casi me alegro de que el peor de mis problemas con Sloane implique mantener a raya a la policía. No creo que pudiera soportar que estuviera embarazada en este momento, o tal vez nunca. Me temo que me convertiría en Mateo y trataría de anticiparme a todos los caprichos y necesidades de Sloane.

Raniero se acerca a dar una palmada en el hombro de Mateo. "Sí, pero ella también necesita que retrocedas de vez en cuando. Dale la casa por una tarde y pasa algún tiempo con tu sobrino. Vete a jugar al golf. Arma la cuna mientras ella duerme la siesta. Déjala en paz".

Mateo parece desolado ante la idea, pero finalmente, asiente. "Supongo que puedo hacer eso. Pero, ¿y si me necesita?"

"Entonces te lo dirá", le digo. Me duele la cabeza y necesito un litro de agua cuanto antes. "Y si no lo hace, averigua qué necesita y hazlo por ella en secreto. No la molestes con eso a menos que ella lo mencione". Todos los ojos de la cabina se vuelven hacia mí. "¿Qué? Les devuelvo la mirada, ofendida.

"Nada", dice Stefano. "Es que ha sido un buen consejo. Ninguno de nosotros se lo esperaba".

Estoy seguro de que todos ellos saben también que es más fácil decirlo que hacerlo: dejar sola a una mujer cuando sabes que te necesita. Me he pasado todo el fin de semana pensando en el mensaje de voz de Sloane, reproduciéndolo repetidamente en mi cabeza mientras intentaba

averiguar qué puedo decir o hacer para arreglar las cosas. "Sí, bueno, soy un hombre inteligente, Stef". Me lanza una almohada de avión y yo la esquivo mientras se dirige hacia mí. "Deberíais escucharme más a menudo".

Una carcajada me sigue desde el avión hasta el coche. Me devuelven el teléfono y me siento dentro con una sensación amenazadora en medio del pecho. Tengo miedo de encenderlo después de tanto tiempo. No he contestado a Sloane a tiempo, lo que me da mucho miedo. ¿Y si se asustó aún más? ¿Y si canceló la boda?

Sólo puedes averiguarlo averiguándolo. La vocecita en mi cabeza tiene razón. Nunca sabré qué ha pasado si no enciendo el móvil y compruebo si hay llamadas y mensajes perdidos.

Enciendo el teléfono a regañadientes y no veo nada de Sloane esperándome. De hecho, mis notificaciones están inusualmente silenciosas. Sólo tengo un aluvión de mensajes de Saint preguntándome cómo demonios se supone que va a incriminar a Nicholas Calvino cuando no contesto al maldito teléfono.

Decido llamarle primero y quedar esta noche. Suena mucho más amable por teléfono que por mensaje de texto, pero me doy cuenta de que está hirviendo de rabia bajo la superficie.

Entonces llamo a Sloane y vuelvo a sentir aprensión. Responde al tercer timbrazo con un saludo nervioso. "Necesito verte", le digo inmediatamente.

Espera un segundo antes de preguntarme si acabo de aterrizar. Sabía que estaría fuera todo el fin de semana; quizá por eso no me ha vuelto a llamar.

"Hace quince minutos", le confirmo. "Puedo estar allí en veinte. ¿Te parece bien?"

Sloane se muestra decidida cuando dice que sí y cuelga un momento después.

Un momento después se me ocurre que el último hombre que le hizo mal murió apuñalado en su propia cama. Aunque no he chantajeado a Sloane con fotos sugerentes, desde luego no he sido el prometido perfecto este fin de semana. Eso va a cambiar.

Paro en el supermercado antes de llegar a su casa y cojo un ramo de flores. No es mucho, pero quiero que sepa que lo que pasó fue algo único en la vida. Nunca la dejaría ni le haría daño. Es mucho para un ramo, pero puedo decirle el resto si es necesario.

SLOANE

Cuando abro la puerta, Luca está de pie, elegante y sexy a pesar de su traje desaliñado y su expresión de agotamiento. Sostiene un ramo de rosas aún goteando de los tallos y su rostro se dibuja en una sonrisa. "Me alegro de verte".

Me siento como una mendiga comparada con él. Ayer pasé la mayor parte del día en la cama intentando dormir la resaca del viernes por la noche. Hoy todavía no me siento yo al cien por cien, y eso se refleja en la sudadera y la camiseta holgada que llevo puestas. "Tienes mejor aspecto que yo, y seguro que has bebido más". No puedo evitar la sonrisa en mi cara. Algo en Luca me hace sentir revoloteante y encantadora por dentro.

Luca se abre paso tocándome la cadera y acercando sus labios a los míos para una breve caricia antes de pasar a mi lado. "Estás preciosa. Creo que nunca te había visto así".

Miro mi harapiento pijama de segunda mano. ¿Esto es lo que le gusta?

Cuando cierro la puerta y me acerco a él, ya está rebuscando en las cajas de la cocina. "¿Tienes té?" Me pregunta.

"Todavía está en el armario encima de la estufa". Aún no lo he guardado porque nunca se sabe cuándo puede ser útil una taza de té. El té puede aliviar un corazón roto, un dolor de garganta y un mal día.

Luca coge el paquete del armario y empieza a prepararse una taza de agua caliente. No se molesta en buscar la tetera; simplemente coge una taza y la mete en el microondas llena de agua. "Recibí tus mensajes", dice cuando pulsa el botón durante dos minutos.

"Recibí tus mensajes", le digo encogiéndome de hombros. "Cuando envié el mío, estaba un poco intoxicado". Cortesía de mis amigas que me emborracharon lo suficiente como para desmayarme en el Uber en el viaje de vuelta a casa a medianoche. Me metieron en la cama antes de seguir su propio camino. Sólo Imogen pasó la noche, pero su actitud alegre me había agotado por la mañana.

"Me lo imaginaba", sonríe. "No sé qué dedujiste del mensaje que te dejé, pero quiero que sepas que...".

"Está bien", le corto con un gesto de la mano. "Sé que sólo hacíamos esto para evitar que la policía nos hiciera testificar el uno contra el otro. Está bien si se ha acabado o si todavía quieres seguir con ello pero tener una novia o algo aparte. Estoy bastante dispuesto a lo que sea que

elijas. Aunque seré sincero, no es que la policía te esté investigando". Ojalá tuviera una taza de té; así tendría una excusa factible para mirar las hojas y fingir que las descifro. No me vería obligada a mirar a Luca a los ojos y decirle que no pasa nada si me deja.

Se acerca al otro lado de la península y se inclina hacia delante. En este ángulo, estamos frente a frente. "No quiero dejarte, Sloane".

"Si es otra mujer con la que quieres salir aparte", empiezo, pero Luca levanta la mano para detenerme antes de que termine.

"Yo tampoco quiero a nadie más".

Su mensaje de voz no tiene sentido, entonces. "Dijiste que teníamos que hablar", frunzo el ceño. "Eso significa que vamos a romper".

Luca levanta una ceja, sorprendido. "Creía que significaba que teníamos que hablar".

"No eres tan ingenuo". Desde el principio de los tiempos, esa frase ha infundido miedo en los corazones de muchos. "También dijiste que había surgido algo".

"Sí, mis sentimientos por ti".

Abro la boca para lanzar una réplica mordaz cuando me doy cuenta de lo que ha dicho. Chasqueo los dientes con más fuerza de la esperada y me recorre la cara una descarga de dolor. "Espera. Le miro con el ceño fruncido. "¿Qué quieres decir?

El microondas emite tres pitidos para avisarnos de que el té se ha calentado a temperatura, pero Luca lo ignora. "Me gustas, Sloane. Y me imagino que incluso podría amarte algún día en un futuro próximo. Sospecho que ocurrirá cuando camines hacia mí por el pasillo y te vea por primera vez con tu vestido. No podré evitar que se me hinche el corazón y se me saltarán las lágrimas. Será vergonzoso, y mis hermanos me echarán la bronca durante años".

Estoy más confuso que nunca. "¿Me estás jodiendo?" La ira sustituye a la confusión. En cuanto expreso la pregunta, sé que es lo que siento en el fondo de mi corazón. Que Luca sólo se casa conmigo como una broma. Que sólo me dice que le gusto para reírse cuando le confieso mis sentimientos. Que no le importo en absoluto.

Luca da la vuelta a la península y me giro hacia él. Siento que la vergüenza me arde en las mejillas mientras le miro. "Quiero follarte", dice en un tono profundo y gutural. "Pero no voy a follar contigo. Lo digo en serio, Sloane. No puedes poner a dos personas en una posición como la nuestra y esperar que no se enamoren."

"No estoy enamorada de ti", acuso.

Él sólo se encoge de hombros mientras alarga el brazo para cogerme las manos. "Puede que ahora no".

Intento zafarme de él, pero Luca me agarra con más fuerza. "Suéltame, Luca. Lucho por mantener mi voz dentro de unos niveles razonables, pero es difícil cuando él responde que no. "No estoy enamorada de ti", le digo entre dientes enfadados y apretados. "Déjame. Me. Déjame".

Pero él sólo tira de mí para acercarme más. El calor de su cuerpo contra el mío me produce un

cosquilleo en todo el cuerpo. "Dilo otra vez."

Ahora me está enfadando a propósito. "Así no se consigue que una chica se enamore de ti".

Levanta mis manos entre nosotros hasta que mis antebrazos se tocan uno al lado del otro y paralelos a mi pecho. "Oí la preocupación en tu voz cuando me dejaste ese mensaje. Pensabas que te iba a dejar y me suplicaste que me quedara".

Se me llenan los ojos de lágrimas y parpadeo con rabia. "No, no lo hice", argumento.

"No querías perderme, Sloane. Admítelo". Sus dedos me rodean las muñecas con tanta fuerza que creo que me dejará moratones.

"Vete a la mierda, Valenti."

En lugar de eso, me besa. Es agudo y ardiente, y me roba el aliento. Sus labios se pegan a los míos y me pasa la lengua. Con cruel y apasionada necesidad, explora mi boca.

Cada parte de mi cuerpo se calienta mientras me besa. Mi ira se disipa a pesar de querer desesperadamente que permanezca. Me lo quita todo: el miedo, la frustración, el placer, el deseo, la necesidad, las ganas. Y lo hace sólo con sus labios y su lengua.

Me derrito en él como un polo el 4 de julio. No me doy cuenta de que me suelta de los brazos hasta que siento que me lleva la mano a la cintura. Sus dedos se hunden bajo mi camisa y la sensación de su piel contra la mía me enciende el cuerpo de pasión.

Luca rompe el beso y me mira con curiosidad. "No necesito que me quieras ahora mismo, Sloane. Nos llevará algún tiempo a los dos. Pero quiero que te compartas conmigo. Quiero saber lo bueno, lo malo y lo feo de tu vida. Quiero estar ahí para ti emocional y físicamente. Si eres una persona espiritual, quiero saber en qué consisten tus creencias. Quiero conocerte, Sloane, de todas las formas que me permitas". Se inclina hacia delante para presionar su frente contra la mía y estamos tan cerca el uno del otro que ya no puedo verle los ojos. "Va a ser duro, y algunas cosas te dolerán, pero vamos a compartir nuestras vidas. Te contaré cosas de mi familia que no querrás oír. Me quejaré cuando esté enferma y esperaré que me cuides. Me meteré en tus asuntos incluso cuando no quieras que lo haga. Necesito saber que puedes soportarlo". Hace una breve pausa antes de terminar: "Necesito saber que me tratarás de la misma manera. Somos iguales en esto, Sloane".

No sé cómo hemos llegado hasta aquí, pero quizá eso no importe. Tal vez lo único que importa es a dónde vamos Luca y yo a partir de aquí.

Aprieto la punta de mis pies para alcanzarlo y besarlo. "Somos iguales en esto, Luca", repito, "a partir de este momento".

En su excitación, sus labios acarician la parte tierna de mi garganta. La lujuria me recorre a la velocidad de la luz. Podría esperar a nuestra noche de bodas para ver cómo es Luca en la cama, o podría lanzarme de cabeza. Ahora mismo. Aquí mismo.

He sido cautelosa con Luca desde que nos conocimos, pero ahora es el momento de tirar la cautela al viento. "Tómame", susurro, "tómame ahora mismo".

Dijo que quería estar a mi lado físicamente; ahora tiene la oportunidad de demostrarlo. Ha

pasado una eternidad desde la última vez que estuve con un hombre. Es el momento de Luca para brillar.

SLOANE

Empecé a tener relaciones sexuales cuando era joven; los novios de instituto de larga duración te hacen eso. La base de mi experiencia sexual fue Daniel durante mucho tiempo. Y aunque aprendimos a hacer el amor y a follar a una edad temprana, nos encontramos con problemas por el camino.

Solía culparme por no poder llegar al orgasmo con el sexo penetrativo. Recuerdo que una vez, cuando estábamos en la universidad, me dijo que todas las chicas del porno podían tener un orgasmo a la orden. Algo debes de tener mal. Esas palabras se me quedaron grabadas durante mucho tiempo, siguiéndome de relación en relación después de que la nuestra hubiera terminado.

No me costaba excitarme con juguetes o cuando un hombre me pasaba la lengua por el clítoris, pero tenía un bloqueo mental con la penetración. Por muy bueno que fuera el hombre o por mucho tiempo que me penetrara, nunca conseguía relajarme lo suficiente como para llegar al orgasmo.

Por eso era tan especial con Luca.

Nos quitamos la ropa y ensuciamos el suelo con camisetas y pantalones desechados. El sol entra por la ventana del salón, pero nuestro lugar en la península de la cocina está a salvo de miradas indiscretas. La encimera me aprieta la espalda cuando Luca se inclina sobre mí. Sus labios recorren cada centímetro de piel expuesta en cuanto la ve. A veces se limita a besarme, pero otras veces me muerde. La presión de sus dientes al juntarse con un pellizco mío entre ellos me hace sisear de placer.

Los dedos de Luca me tocan como nadie lo ha hecho nunca. Me toca suavemente, como una mariposa besa una flor, antes de tomar mi pezón entre sus dos dedos y hacerme jadear.

Hacía siglos que no follaba en seco con un hombre, pero Luca frota su polla contra mi muslo. Siento su dura y expuesta longitud rechinar contra mis suaves piernas, y la necesidad surge en mi interior como un maremoto.

Cuando su mano me acaricia entre los muslos, busca mi clítoris. Se burla de mi manojo de nervios del mismo modo que jugó con mis pezones. Lo hace rodar entre el pulgar y el índice antes de conducir mi deseo a casa con pequeños círculos juguetones que envían ondas de placer a través de mi cuerpo.

Luca me agarra por el culo y me levanta unos centímetros del suelo, lo suficiente para colocarme en el borde del taburete de la barra, frente a la península. Con mi espalda aún apoyada contra el mostrador, coge su polla y la alinea con mi entrada.

Me lanza una última mirada fugaz antes de penetrarme. Sus ojos oscuros están dilatados por el deseo, y creo que si le dijera que parara, le costaría contenerse. Pero mis pezones están erectos y mi cuerpo grita de necesidad; no puedo permitirme detenerlo más de lo que él podría detenerse.

Cuando su polla me penetra, lo hace con una fuerza que me hace clavarle las uñas en los brazos. No esperaba un dolor y un placer tan exquisitos envueltos en una sola y deliciosa embestida. Hace apenas unas semanas, en el trabajo, tuve su polla en la boca, pero era un pésimo juez en cuanto a longitud y grosor. Me llena hasta la médula y me hace gritar por más y menos al mismo tiempo.

Luca se queda quieto durante unos largos y dolorosos segundos. Por la tensión de sus músculos, me doy cuenta de que está haciendo todo lo que puede para no empezar a moverse. Pero espera pacientemente a que me adapte a su tamaño y a que desaparezca el rubor de mis mejillas.

No sé cómo juzga el momento de empezar a empujar. Empieza con un ligero movimiento de caderas mientras se acomoda dentro de mí. Luego su polla se desliza un poco antes de penetrarme más profundamente. La tensión de mis músculos pélvicos se disipa lentamente mientras él me abre. Acaparo cada centímetro y echo la cabeza hacia atrás para gritar su nombre.

Luca se agarra a la encimera de la cocina y sus nudillos se ponen blancos por el esfuerzo de contenerse. En estos primeros instantes, es amable conmigo. Me trata con ternura cuando sale de mí y luego vuelve a penetrarme.

Al cabo de un rato, se detiene dentro de mí y presiona con los labios la base de mi clavícula. Sus dientes se deslizan por la fina piel y succiona suavemente. "Vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos, Sloane", susurra Luca. "Vas a ser mía para siempre".

Algo dentro de mí se mueve. Siento que me quito un peso de encima y el estómago me da un vuelco. Abro la boca para responder, pero me faltan las palabras.

Luca empieza a empujar de nuevo. Con cada movimiento de su polla, siento cómo aumenta mi placer. Ya he estado aquí cientos de veces y espero que se detenga pronto. Pero, como una montaña rusa que alcanza lentamente la cima de su ascenso, mis muslos tiemblan de excitación y mi estómago empieza a revolverse.

Suelta el mostrador en el último segundo y sus manos caen donde mi culo desnudo se une al taburete de la barra. Me agarra con ferocidad y aprieta con fuerza mientras me penetra una y otra vez. Me vuelco al borde del orgasmo con el mismo miedo y la misma euforia que una montaña rusa cuesta abajo. Me aprieto contra él y arrastro las uñas por su piel, dejando marcas rojas a mi paso. Su nombre sale de mis labios y él me penetra con fuerza.

La fuerza con la que me folla me arrastra fuera del taburete. Me sujeta unos centímetros por encima de él, follándome con la espalda apoyada en la barra. Sé que me arrepentiré más tarde, cuando esté tumbada sobre una almohadilla térmica y tomando ibuprofeno, pero por ahora es fantástico.

Luca me mete la polla hasta que siento que estoy a punto de explotar. El calor de su semilla llena

mi centro mientras gruñe y se agita para exprimir hasta la última gota. El sudor gotea de su frente y la mirada salvaje de lujuria en sus ojos no se disipa. Estoy saciada, pero parece que podría seguir otros cinco asaltos.

Como si me hubiera leído el pensamiento, me deja suavemente en el taburete y me saca con cuidado. Como un Twinkie demasiado lleno, su semen empieza a gotear de mi centro. Luca mira su esperma en el asiento de cuero y sonríe. "¿Tienes un plátano o algo? Necesito un tentempié rápido y luego quiero volver a hacerlo".

Hago un gesto hacia la cocina. "Sírvete tú mismo. Hay fiambre en la nevera; no me gustan los plátanos".

Abre un paquete de jamón y coge un buen puñado de lonchas. Su comportamiento educado desaparece cuando se las mete en la boca.

Mientras le observo desde el otro lado de la cocina, pienso en dónde estaría ahora si no fuera por él. Probablemente estaría más cerca de ser acusada de asesinato. Probablemente estaría sola. Probablemente estaría rodeada de mis cosas en lugar de las cajas que las contienen. Probablemente no habría tenido sexo.

Mi vida ha cambiado inmensamente desde que conocí a Luca. He pasado de odiarle por librar a mi ex novio de una acusación de maltrato doméstico a casarme y follármelo. Y todavía nos queda mucho por delante. ¿Dónde estaremos dentro de un año? ¿En cinco? ¿Uno de los dos acabará entre rejas? ¿O viviremos el resto de nuestras vidas como dos tortolitos que se las arreglaron para encontrarse en este jodido mundo al que llamamos hogar?

"¿Quieres un poco?" pregunta Luca cuando por fin se traga lo que tiene en la boca.

Niego con la cabeza. "Estoy bien por ahora".

Se mete la otra mitad de la carne en la boca y mastica rápidamente. "Entonces seguro que tenemos que repetirlo", insiste. "Quiero que te mueras de hambre, nena".

"¿De comida?" resoplo.

Luca se lame los dedos antes de guiñarme un ojo. "Para mi polla".

Los felices para siempre son para las películas de Disney y las comedias románticas, pero no me importa ser feliz por ahora.

EPÍLOGO

LUCA

3 meses después

Apenas he tenido tiempo de respirar estos tres últimos meses; ha habido tanto que hacer.

Conocí a la madre de Sloane. Me confesó que no le había dicho a su madre lo de la boda porque temía que sus padres se invitaran a sí mismos. Tuvimos que tener una dura conversación sobre la relación que su madre y su padre compartían. Fue difícil para los dos conducir hasta la casa del obispo y decirles que no podían venir.

Me habría encantado fingir que no existían, pero Sloane dijo que teníamos que hablar con ellos. Resultó que ya sabían de nuestras inminentes nupcias. La hermana mayor de Sloane, Imogen, ya se había enterado. Pero estaban dispuestos a mantenerse alejados. Su madre no quería al principio, pero después de hablar con su padre, no la molestaron más.

Su padre, Craig Bishop, es un hombre razonable, especialmente cuando hay amenazas de por medio. Le dije que si quería llegar a su sexagésimo cumpleaños, se mantuviera alejado de Sloane. Quería engañarme y preguntarle a su hija qué pensaba, pero cambió de opinión rápidamente. Romperse el dedo sin duda ayudó a acelerar el proceso.

La policía nos dio el tiempo justo para casarnos antes de retirar los cargos contra Sloane. Resultó que no era la única que intentaba inculpar a alguien por el asesinato de Daniel. Aunque Nicholas Calvino no estaba involucrado en la muerte de Daniel, se enteró de mi manipulación de testigos. A través de un emisario, nos reunimos y decidimos culpar a una de las ex novias de Daniel. No había pruebas suficientes para condenarla, pero su comportamiento sospechoso hizo que la condenaran de todos modos. Resultó que también estaba siendo chantajeada por Daniel, pero no cedió a sus demandas tan rápidamente como Sloane. Puede que no matara a Daniel, pero se descubrieron pruebas de que lo estaba envenenando.

La policía ha venido varias veces desde entonces. Meten sus narices en nuestro negocio cada dos semanas. Pero el rastro que lleva al asesino de Daniel se ha enfriado, y ellos lo saben. Tengo que

agradecérselo a Saint. Uno de estos días, le devolveré todo lo que hizo.

Nuestra boda fue hermosa. No puedo decir que la lista de invitados de 200 personas fueran todos amigos cercanos y familiares, pero muchos de ellos lo eran. Invitamos a otros invitados para mantener la farsa o porque Raniero dijo que la familia Valenti tenía cuotas que pagar. Si no nos portábamos bien con ciertas personas, nos encontraríamos en un aprieto más adelante.

Sloane estuvo nerviosa hasta el momento en que escuchó la música de la boda. Más tarde me dijo que pensó en salir corriendo, pero lo único que la mantuvo con los pies en la tierra fue la nota que yo había escrito con Sharpie en la suela de sus zapatos de novia. Le dije que la quería y que me moría de ganas de pasar el resto de mi vida con ella. En lugar de huir de la iglesia y desaparecer, llegó al altar con una sonrisa de oreja a oreja.

Lo que había empezado como un matrimonio de conveniencia para los dos se había convertido en algo real, tal y como yo esperaba. Aún teníamos mucho que aprender el uno del otro, pero nos ayudó el hecho de vivir en la misma casa.

En nuestra luna de miel prometimos no volver a ocultarnos ningún secreto. Yo entendí que los secretos que tenía antes de casarnos podían seguir siendo míos. No necesitaba que supiera que fui yo quien llevó a la policía hasta su puerta. Al final, todo había salido bien. Pero de ahora en adelante, nunca volvería a hacerle algo así. Sloane y yo somos un equipo ahora, y eso significa luchar batallas juntos.

La esposa de Mateo, Bambi, tuvo a su bebé. En la preparación, todo el mundo en la familia hizo guisos y comida preparada para ellos, pero no tuvimos que hacerlo. Siempre había alguien en su casa ofreciéndose a ayudar a cuidar del bebé o a aliviar la carga de Bambi. Calliope era increíble porque había pasado por una depresión posparto y parecía saber exactamente lo que necesitaba su cuñada. Admiraba el vínculo que compartían, pero a veces Sloane se quedaba al margen.

No compartía el mismo instinto maternal que ellas, ni quería hacerlo. Le gustaba mirar desde lejos y arrullar lo lindo que era el bebé, pero se paralizaba cuando tenía que cogerlo en brazos. "Tengo miedo de hacerle daño a Marceila o algo así. Es tan pequeña y frágil".

En esos momentos nos manteníamos unidos. Yo me quedaba a su lado para que no se le cayera el bebé, y ella me ayudaba a esquivar las preguntas de mis hermanos sobre cuándo tendríamos uno nuestro. La verdad es que somos buenos el uno para el otro, aunque el camino de nuestras relaciones y el resto de nuestras vidas no se parezcan al de los demás.

Quiero creer que algún día nos plantearemos la adopción, pero, sinceramente, creo que nos gusta estar juntos sin tener que preocuparnos por un niño. Convertirse en padre es una gran decisión, y ni Sloane ni yo estamos en ese momento de nuestras vidas. Sin duda tenemos la edad adecuada y los fondos para hacerlo, pero se trata de algo más que de estar preparados económica y fisiológicamente. Se trata de estar en el lugar correcto romántica y mentalmente, que no estamos.

Nos tomamos la vida día a día y algunos días son más duros que otros. Seguimos discutiendo en el ayuntamiento y hemos recibido muchas críticas por habernos casado. Los grupos de Facebook de la ciudad han estallado con cotilleos sobre si mis opiniones se ajustan a las de Sloane o viceversa. La gente piensa que no se nos debería permitir trabajar juntos. En cierto modo, estoy de acuerdo. Soy más propenso a ponerme del lado de Sloane en una discusión, incluso cuando va en contra de mis creencias fundamentales. Ella es mi esposa, después de todo, y aunque podemos discutir sobre cómo queremos ayudar a Manhattan a crecer, todavía estamos unidos por la cadera.

Sin embargo, nos tomamos en serio las críticas profesionales. Sloane y yo estamos debatiendo la posibilidad de que uno de los dos deje la comisión durante el próximo ciclo electoral. Creo que debería ser ella porque tiene muchas ideas que beneficiarían a Kansas en su conjunto. Si pasara de la política local a la estatal, creo que podría hacerse un nombre.

Ella piensa que yo debería ser el que se vaya. "Eres un gran orador. Si alguien va a unir a las masas, eres tú".

Sin embargo, no estoy listo para comenzar mi candidatura a Gobernador todavía. Quiero el pequeño logro de convertirme en alcalde de Manhattan. Es algo personal para mí. Nuestra familia se ha enfrentado a la persecución durante años, y es hora de que brillemos. Esto es algo que tengo que hacer por mí mismo. Ninguno de mis otros hermanos entiende por qué es tan importante, pero me apoyan.

Mi vida ha cambiado radicalmente, pero también es prácticamente igual que antes. Trabajo hasta tarde, pero la mujer que está al otro lado de la sala de juntas es ahora mi esposa y no una compañera más. Sigo pasando tiempo con mis hermanos y sus crecientes familias, pero Sloane suele estar conmigo. Me ducho por la noche y comparto el agua caliente con mi mejor amiga. A veces eso significa no darme duchas de lujo de treinta minutos mientras contemplo mi día, pero merece la pena. Me meto en la cama junto al amor de mi vida y a ella no le molesta que sólo le haya dejado agua fría.

Queda mucha vida por vivir. Estoy seguro de que en algún momento la cagaré, o Sloane hará algo que ponga a prueba nuestra relación, pero cada día que pasamos juntos nos ayuda a prepararnos para esos momentos. Estamos aprendiendo y creciendo, y eso es todo lo que un hombre puede pedir.

PRÍNCIPE SALVAJE

STEFANO

Cuando la veo por primera vez, está bañada en luces de neón. Le llamo la atención y me sonríe coquetamente antes de llevarse el largo cuello a los labios y engullir la cerveza que contiene. Estoy más duro que una losa de hormigón viendo cómo su garganta absorbe cada gramo de ámbar dorado de la botella. Lo único que imagino es lo que pondré entre sus labios en lugar de ese vaso.

Me estremezco cuando golpea la botella contra la barra, casi esperando que se haga añicos, pero resiste su fuerza y sólo se cae cuando la coge con los dedos al levantarse del taburete y caer de pie. Ni siquiera la oigo caer sobre la encimera mientras se acerca a mí, con sus tacones chocando contra el suelo de baldosas de imitación a cada paso que da.

Sus ojos castaños se dilatan y se centran en mí, como los de un depredador a la caza de su presa. Alarga un dedo perfectamente cuidado y lo arrastra por el cuello de mi camisa. "Quiero que me folles en el baño. Ahora mismo. Ahora mismo". Enfatiza cada palabra lentamente, y tendría que ser un hombre de piedra para rechazarla; yo no estoy hecho de ese material.

Agarro su delicada muñeca y la empujo detrás de mí. Tiene suerte de que no me la eche al hombro y la saque del bar como un cavernícola. La cacofonía de voces y música se ahoga cuando cerramos la pesada puerta de metal. Una cerradura corredera nos separa de la gente de fuera. La luz fluorescente resalta sus rasgos afilados y su piel color oliva. Sus dedos ya están desabrochando la parte delantera de su camisa antes de que pueda preguntarle quién es, pero cuando lo hago, me dedica una sonrisa burlona.

"Nada de nombres", responde mientras se pasa la prenda por la cabeza. Deja al descubierto sus pechos y me quedo mudo al verla. "No quiero saber quién eres. Sólo quiero que me folles bien duro".

Su voz me llega al corazón. Tengo la polla tan dura dentro de los vaqueros que la cremallera me marca la piel. Me resulta físicamente doloroso ver cómo se desnuda.

Alargo la mano para tocarle la cara y noto la piel suave y tersa bajo mi pulgar. "No", me reprende rápidamente, "tócame aquí". Me coge la mano y la lleva a sus pechos. "Acaríciame. Apriétame. Quiero sentirte". Esta desconocida morena es implacable. Exige, sabe lo que quiere. Y eso me excita más que cualquier otra cosa.

Noto su pezón erecto a través de la fina prenda que llama sujetador. Es un material barato y no pierdo tiempo en arrancárselo. El broche de la espalda se rompe y tiro la prenda al suelo. Con

una falda de cuero y un par de tacones de aguja de quince centímetros, sus tetas a la vista, es la personificación de todos los sueños eróticos que he tenido desde que tenía doce años. Si pudiera volver atrás y decirle algo a mi yo más joven, sería que nunca dejara de soñar.

Acerco a la desconocida y me inclino para besarla, pero la belleza morena tuerce la cabeza y me ofrece su cuello. Me inclino hacia la carne flexible donde su cuello se une a su hombro y dejo mi marca en su piel. Los vasos sanguíneos rotos forman un moratón bajo mis labios. Deslizo los dientes por su garganta hasta que me doy cuenta de que su piel perfecta ha sido estropeada por mi deseo. A algunas mujeres no les gustan los chupetones, pero a esta no le importa. Me deja lamerle y chuparle el cuello hasta que le dejo mi marca.

No pierde el tiempo y busca algo para acariciarse. Mientras le meto la mano por detrás y le acaricio el culo, me toca el cinturón y el botón de los vaqueros. Sus manos son rápidas, desabrochando y quitando todo lo que se interpone en su camino. Cuando hay espacio suficiente para meter sus manos en mis pantalones, siento su piel sobre la mía. Me mete los calzoncillos y envuelve mi contorno con los dedos. "Ven a por mí", me susurra al oído.

La orden despierta algo en mi interior, una lujuria que se apodera de mi cuerpo como un demonio. Le muerdo el hombro y ella sisea de dolor. Su mano se mueve de un lado a otro, cubriendo la longitud de mi polla lo mejor que puede en estas condiciones. Aprieta de vez en cuando, sacándome placer con cada golpe.

"He dicho que te corras por mí. Ven por tu niña", me ordena. Sus palabras provocan algo oscuro e inquieto en lo más profundo de mi alma. La agarro por las caderas y la empujo contra la puerta del baño. Jadea por la conmoción del empujón y luego sus dedos se aprietan alrededor de mi miembro.

No sé qué es más doloroso: si su agarre o mi necesidad de vaciar mi semilla dentro de ella. No importa, porque sigue tirando de mi polla hasta que tengo una mano agarrada a su culo y la otra apoyada en la puerta. Me hace correrme en los pantalones, y estoy tan furioso y excitado que la llamo puta de mierda en pleno orgasmo.

Ella sólo responde con una risita. La descarada y sexy descarada se ríe mientras me ordeña hasta la última gota de mi semen. "Buen chico", bromea mientras desliza la mano fuera de mis pantalones.

Retrocedo medio metro y veo cómo se lleva los dedos a los labios. No hay mucho de mí en ella, pero se lame las yemas de los dedos y me guiña un ojo. "¿Quién eres? le pregunto.

Su risa es como un soplo de aire fresco. Se aparta de mí y coge su camiseta del suelo. Deja atrás el sujetador roto mientras se pone la camiseta; ni siquiera se molesta en cubrir las marcas que le he dejado en la piel. "No te preocupes por mí, cariño. Parece que tienes un lío que limpiar". Me mira la parte delantera de los vaqueros y juro en voz baja. "Nos vemos, guapo".

Mi descarada morena se escapa antes de que pueda detenerla. Me quedo en el baño del bar con crema en los vaqueros y una erección que no se ha saciado.

¿Quién coño ha sido?

Me limpio lo más rápido que puedo, pero hay una evidente mancha húmeda en la parte delantera de mis vaqueros. Menos mal que el bar no está bien iluminado. Pero mientras busco por Porters a

mi Cenicienta pervertida, es como si el reloj diera las doce de la noche y tuviera que abandonar el baile. La cosita sexy y guapísima de plumas y tacones ha desaparecido.

Maldigo en voz baja y salgo del bar sin nada más que una erección. Incluso pierdo la dignidad cuando unas cuantas universitarias de la calle se fijan en la mancha de humedad de mis vaqueros. No me importa que se rían; lo único que me importa es encontrar a la mujer que me ha hecho esto.

NICOLETTE

Me pusieron el nombre de mi padre. En realidad es un poco enfermizo cuando lo piensas. Nicholas y Nicolette, un dúo padre-hija. Excepto que no estoy interesada en ser su protegida. Tengo diecinueve años y toda la vida por delante. Además, tiene a su hijo mayor para eso. Giancarlo va a heredar la fortuna familiar y la vida que conlleva: que le vaya bien.

Pero por ahora, sigo viviendo en mi casa, la casa de la que mi hermano será propietario algún día, cuando mi padre deje su puesto. Tengo una hermosa vista del barrio desde la ventana de mi segundo piso y una cama que es para morirse. Es una pena no haber dormido en ella anoche. Me acosté en el sofá de un amigo y la espalda me está matando cuando llego a casa.

"Dime que no saliste con eso", me mira mi padre cuando me acerco a la isla de la cocina. Tiene cara de asesino. Qué bien.

No tengo que mirarme para saber de qué está hablando. Mi falda es demasiado corta para su gusto. Puede ver mis pechos rebotando a través de la camiseta ahora que no llevo sujetador. Y todo parece como si fuera una talla más pequeña. "Me dijiste que no te mintiera, papá", anuncio con una sonrisa.

Nicholas coge la taza que tiene delante y da un sorbo extralargo. Me pregunto si pasa esos segundos rezando para que Dios le dé una hija diferente. Después de todo, tiene tres hijos y están haciendo algo con sus vidas. Yo soy la única jodida de la familia; la que papá no puede controlar. Si no preguntas por mamá, claro. "¿No tienes clase esta mañana?" Cambia de tema.

Cojo una manzana del frutero y la muerdo. La dulce Gala explota en mi lengua y me recuerda que no he comido desde ayer a las tres y media. Me gruñe el estómago y me planteo coger un plátano para el camino. No tengo resaca, pero la cerveza de anoche ha hecho mella en mi estómago. No creo que pueda comer nada más sustancioso que un par de piezas de fruta. "Ha empezado hace veinte minutos", respondo aburrida.

No dice nada de que me haya saltado la clase. En lugar de eso, aprieta la mandíbula y probablemente pide ayuda al buen Dios para acorralar a su hija. Su plegaria no es escuchada porque, al cabo de unos segundos, pregunta: "¿Eso es un chupetón?". Le he visto mirarlo desde que entré.

Intento mirarme al hombro, pero no consigo ver bien lo que está viendo. Sé lo que estaba haciendo el desconocido anoche cuando me mordía y chupaba la piel, incluso lo vi en el espejo a las dos de la madrugada cuando estaba en el baño de mi amiga. Es una cosa asquerosa, fea, de

aspecto rojo y morado que me marca como al ganado. "Es un poco mono, ¿no crees?". Le sonrío. "Estoy pensando en hacerme un tatuaje igual". No importa lo feo que sea, lo llevaré con orgullo porque cabrea a mi padre.

"Por Dios", jura. Nicolás golpea la mesa con los puños y me señala con el dedo. "Hueles a destilería y parece que anoche te follaste a media Aggieville", me acusa.

Doy otro mordisco a la manzana y espero a que me explique por qué es importante. Parece que está esperando a que responda a sus acusaciones. Soy experta en esperarle, o quizá sólo en poner a prueba su paciencia, así que no respondo. Esto sólo hace que se enfade más.

"Vete a clase", gruñe. "No pago miles de dólares al año para que faltes a clase". Mi padre ha aprendido a elegir sus batallas. Con los enemigos, con los amigos, con la familia, incluso conmigo. Es un hombre sabio; lástima que yo sepa exactamente cómo tocarle la fibra sensible.

"Ya me he perdido la primera. Supongo que me daré una ducha antes de la próxima, ya que huelo a destilería", me burlo. Si mi padre se enterara de todos los días que me salté en el instituto, se volvería loco. Pagaba una educación de primera clase en un colegio privado para que me pillaran fumando en los baños y tonteando con chicos en la capilla. Entonces pagaba miles de dólares al año; ¿por qué iba a cambiar eso ahora?

Giro sobre mis talones y salgo de la cocina con paso ligero. Detrás de mí, mi padre grita: "¡Y tápate ese maldito chupetón! No te crié para que fueras una niña de pacotilla".

Tampoco me educó para ser el tipo de chica que levanta la mano y le hace un gesto de desprecio, pero lo hago. Porque por mucho que quiera a mi padre, él es la razón por la que soy así.

Cuando tenía cinco años, mi madre se fue. Vino a verme en mitad de la noche y me dijo que me portara bien. Yo no entendía lo que pasaba. Era demasiado joven y estaba demasiado cansada. Pero me dijo que tenía que irse. "Tu padre es un hombre poderoso, Nicolette. Me matará si se entera de que quiero irme. Búscame un día, cariño. Eres la única esperanza que me queda".

Desapareció como un fantasma. Me tumbé en la cama preguntándome si debía levantarme y contarle a papá lo que había pasado. ¿Debía ir a ver a mis hermanos? ¿Había ido ya mamá a visitarlos? Me dormí antes de tomar una decisión; por la mañana, era como si hubieran borrado a mi madre de mi vida.

Nuestro padre fingió que no había pasado nada. Contrató a una niñera y a dos canguros a tiempo parcial para que cuidaran de nosotros. Nuestras vidas apenas se vieron interrumpidas. La única vez que me di cuenta de que la elección de mi madre le había dolido era cuando nos pillaba hablando de ella. Se encerraba en su habitación con su melancolía durante días enteros, sin molestarse siquiera en bajar a comer.

Nunca confié a mis hermanos lo que mamá dijo aquella noche. Estaban muy unidos a nuestro padre, y no quería que supiera que mamá había acudido a mí antes de marcharse. Juré que me llevaría su secreto a la tumba. Un día, cuando fuera mayor, la encontraría, como ella me había dicho. Descubriría lo que mi padre le hizo y lo pagaría con su vida.

Debido a la desaparición de mi madre y a las dudas de mi padre a la hora de hablar de ella, le miraba con profunda desconfianza. No fue hasta que llegué a la preadolescencia cuando mi desconfianza se manifestó en actos de rebeldía. Cuanto más intentaba mi padre mantenerme a raya, más salvaje me volvía.

Nos envió a los cuatro a un colegio privado en Connecticut. Dijo que sería más seguro para nosotros y que recibiríamos una educación mejor que la que Kansas podía proporcionarnos. Pero cada vez que volvíamos de las vacaciones de primavera y verano, le rogaba y suplicaba que me dejara ir al colegio público de Manhattan. Quería hacer amigos normales, no enemistades que me juzgaran por lo cara que era mi cartera. Quería tener amigos para toda la vida, no gente a la que no volvería a ver después de la graduación. Pero mi padre nunca escuchó mis súplicas.

Después de graduarme, fue una lucha conseguir que mi padre me permitiera ir a la universidad donde yo quería. Él quería que fuera a la Universidad de Brown y me especializara en derecho, pero yo no tenía esos deseos. Ir a la Universidad Estatal de Kansas en Manhattan fue una pequeña victoria, pero vino con docenas de condiciones. "Vivirás en casa hasta los veintiún años", insistió mi padre. "Los dormitorios son una locura y no sé en qué te meterás si vives fuera del campus. Será mejor que te quedes aquí".

Quería que se arrepintiera de esa decisión. Quería que se diera cuenta de que el peligro podía encontrarme tras los muros de su recinto con la misma facilidad que en una residencia de estudiantes.

No es difícil comprar un carné falso cuando tienes suficiente dinero y los socios de tu padre tienen una moral cuestionable. Incluso después de que él les dijera que dejaran de llevarse mi dinero, es difícil convencer a un hombre adulto de que rechace una mamada de una joven de dieciocho años apenas legal y dispuesta. Podría decirse que tomé algunas decisiones cuestionables para cabrear a mi padre, pero una forma más rápida de decirlo sería llamarlo por su nombre: problemas con papá.

No sé si Nicholas Calvino diría que estos han sido los peores años de su vida, pero desde luego no han sido fáciles. He hecho todo lo posible para enfadarle. Bebo, fumo y me salto las clases. Me meto con los chicos que quiero y me aseguro de que dejen pruebas.

Mis amigos de la universidad juran que mis problemas con mi padre me van a meter en problemas, pero no saben ni la mitad. Mis problemas con mi padre me han dado un coche nuevo, ropa ajustada de bar y suficientes carnés falsos para toda la vida. Lo único que podría mejorar mi venganza contra mi padre sería encontrar a mi madre. Pero, por desgracia, su paradero es desconocido.

Uno de estos días, voy a buscarla y averiguar qué hizo mi padre para que se fuera. No he pasado los últimos catorce años creciendo sin una madre porque sí. Mi padre es un hombre malo, y un día voy a descubrir hasta qué punto lo es. Y cuando me vengue, se dará cuenta de que toda esta rebelión fue un castigo por sus pecados.

STEFANO

"¿Crees que podrías ser más aguafiestas?" Cesare lanza sus cartas sobre la mesa, revelando un par de doses. "Es póquer; por el amor de Dios, actúa como si al menos recordaras lo que estás haciendo". Pone las fichas sobre la mesa mientras mueve la cabeza con desdén. No sé cómo ganó con un par de doses, pero los demás abandonamos. Si me hubiera quedado, seguro que le habría ganado. "Si esto es por esa chica del bar," jura.

"Estoy enamorada, Cesare; dame un respiro". Vale, a lo mejor estoy exagerando, pero desde luego tengo algún tipo de lujuria. Nadie me ha masturbado nunca en el baño de un bar, me ha hecho correrme en los pantalones y luego me ha dejado con las pelotas azules.

Luca resopla burlón mientras gira los ojos en mi dirección. "Sí, amor", acusa bromeando, "eso es lo que pasa. No sólo tú queriendo escurrir tus pelotas en un apretado coño adolescente". Lo dice el tipo que se casó con su compañero de trabajo porque ambos se presentaron para matar al mismo tipo. Porque él es el tipo que sabe tanto sobre el amor.

Estoy a punto de decirle que no hable así de mi chica, pero no es mi chica. De hecho, ni siquiera sé su nombre. No es más que una chica joven y guapa que me la metió y me dejó intentando limpiar el desastre con toallitas de papel baratas. "Ella era otra cosa. Vosotros ni siquiera lo sabéis", intento explicar, pero parece que es la milésima vez que digo estas palabras. Si aún no se han hecho una idea, nunca lo harán.

"Estoy segura de que estás pasando por un periodo de sequía". Luca recoge las cartas y empieza a barajarlas. Las fichas de las ciegas grande y pequeña se mueven una persona a la izquierda. Pongo mis 10 dólares obligatorios en el bote como ciega grande y espero a que mi hermano reparta las cartas. "Búscate otra chica y lárgate. Te olvidarás enseguida de tu Lolita morena", promete.

Ojalá pudiera decirle que no es tan sencillo. Me he pasado la última semana intentando ahogar mi lujuria en el coño de otra mujer. Tengo tres damas en rotación y ninguna sació mis necesidades. Ni la que me chupó la polla y me dejó correrme en su cara. Ni la que me dejó follármela en el trabajo inclinado sobre su mesa mientras corregía trabajos. Y definitivamente no la que me dejó metérsela por el culo. Me excitaba, no me malinterpretes, pero seguía estando igual de cachondo cuando terminaban nuestros encuentros que cuando empezaban. Algo en esas mujeres no estaba bien y creo que era simplemente el hecho de que no eran mi chica.

"Somos hombres inteligentes", Raniero interviene diplomáticamente en la conversación. "Podemos averiguar quién era. ¿Dijiste que era italiana?" Siempre se fija en los hechos.

Pero me encojo de hombros ante la pregunta. No he dicho que fuera italiana, al menos no con esas palabras. "Tenía el tono de piel, pero ¿quién sabe? A lo mejor sólo tiene ascendencia europea y es como una Jones o una Smith o algo así". Pero algo en la boca del estómago me dice que es de mi tierra. Y eso la hace aún más exótica.

"¿Qué edad tenía?" Raniero recoge sus cartas y empieza a mirarlas. Mi hermano mayor tiene la mejor cara de póquer que he visto nunca. Si tiene una escalera real, nunca lo sabrías. Se quedaría mirando las cartas como si tuviera un 7 de corazones y una sota de picas.

"Al menos veintiuno", asumo. "Estaba bebiendo una cerveza cuando la vi".

Cesare resopla. "Sí, porque nadie en esta ciudad se ha sacado nunca un carné falso ni ha tenido amigos en el bar que le hayan pasado una copa". Es tan sarcástico que duele.

"De acuerdo. Claro. Aunque probablemente tenga al menos dieciocho años. Es imposible que una chica de 16 años tenga tanta experiencia sexual". Y por experiencia sexual, me refiero a la confianza que exudaba para meterme en ese baño y masturbarme en mis propios vaqueros.

"¿Has considerado que tal vez eyaculaste prematuramente?" Mateo lanza un par de fichas. "Sin vergüenza, claro", añade con una sonrisa. "Te estás haciendo mayor, Stef, y a veces, cuando te haces mayor, te corres un poco más rápido. Yo personalmente no lo sabría, estoy en la flor de la vida", me guiña un ojo, "pero no hay que avergonzarse si te corres demasiado rápido, hermanito".

Le enseño el dedo corazón. "Cállate de una puta vez. Y no me llames Stef". Odio cuando hacen eso. Nuestra madre empezó a llamarme Stef cuando éramos pequeños y estaba bien cuando lo hacía, pero mis hermanos utilizan el apodo para burlarse de mí. Sé que es su forma de ser cariñosos, pero aún así me pongo nerviosa cuando ocurre.

"Pero en serio. ¿Qué tiene de especial?". Mateo pregunta honestamente. "¿Tiene un coño de oro o algo así?".

Llevo una semana preguntándome lo mismo. He intentado averiguarlo en la ducha. Lo he meditado tumbado en la cama. Incluso lo pensé en mi viaje a Kansas City hace unos días. ¿Qué hacía a esa chica tan especial? ¿Por qué era tan diferente de todas las demás mujeres con las que he estado? "No lo sé", les digo sinceramente. "Creo que es su confianza. O tal vez el modo en que parecía que podía haberle hecho cualquier cosa y a ella no le habría importado. Era hermosa, impresionantemente hermosa, y no tenía ni un solo miedo o preocupación en el mundo". Ella se acercó a mí y eso tiene su propio tipo de afrodisíaco.

Cesare levanta la vista de su mano con una mueca. "Estuvisteis juntos como diez minutos. Ni siquiera hablaste con ella. No puedes estar tan colgada, Stef".

Sabe que eso me irrita y aun así lo hace. Lo ignoro y me encojo de hombros. "No puedo explicarlo. Fue amor a primera vista". O el primer tirón, si somos sinceros. En cuanto su mano rodeó mi polla y empezó a moverse, supe que no había vuelta atrás. Era la Cenicienta de las pajas; su agarre es el único que quiero tener alrededor de mi polla.

Me doy cuenta inmediatamente. En lugar de quejarme por no saber quién es, tengo que buscarla. "Tenemos que volver a ese bar", decido en caliente. "Joder, iré a todos los bares de Aggieville si hace falta".

Luca tira las cartas al suelo. "No", dice simplemente, empujándome con un dedo. "No estoy preparado para otra noche de copas con vosotros. Todavía tengo cicatrices emocionales de Las Vegas". Su fin de semana de soltero fue un desastre. Todavía hay trozos de esos tres días que no puedo recordar, así que entiendo de dónde viene. Pero no es como si le hubiera pedido que se fuera de juerga en juerga hasta que se cerrara el distrito de bares.

"Supéralo", Cesare pone los ojos en blanco. "Saliste vivo. Tienes suerte de que no estuviéramos vertiendo vodka por la raja del culo de una stripper en tu boca".

"No creo que a Sloane le hubiera gustado eso". Luca fulmina con la mirada a Cesare por siquiera mencionar la idea.

La mano ha terminado. Revelamos nuestras cartas. Tengo tres de una clase y gana la ronda por poco. "Ahora estáis casados", señalo a Raniero, Mateo y Luca. "Habéis tenido vuestros romances épicos y vuestros 'felices para siempre'. ¿Sois tan egoístas que no podéis ayudar a vuestro hermano a conseguir el suyo?".

Raniero mira su reloj y gime. "No me apunté para quedarme fuera hasta que cierren los bares. Le dije a Calíope que me levantaría con el bebé por la mañana".

Mateo asiente con la cabeza. "Sí. Bambi me matará si no estoy en casa para ayudarla por la mañana".

Me levanto de la mesa y empiezo a buscar mi teléfono. "Entonces llama a un Uber. Voy a buscar a mi Cenicienta pajillera".

"¿Vas a poner tu polla en la mano de todas las chicas hasta que encuentres la adecuada?". Cesare se burla.

"Si eso es lo que hace falta", le fulmino con la mirada. Pero ya recuerdo cómo es. Sólo tengo que encontrarla. "Si no quieres venir, no tienes por qué hacerlo. Pero ya no me voy a quedar aquí jugando a las cartas. Os he ayudado con cada maldita cosa con la que me habéis pedido ayuda. Así que ayudadme o apartaos de mi camino".

La mesa se vacía lentamente mientras mis hermanos se ponen en pie con una ráfaga de gemidos y quejidos. Oigo a un par de ellos mencionar que estoy siendo dramática, y los ignoro. "¿Y si no sale esta noche?". señala Luca.

"Entonces saldré mañana. Y la noche siguiente. Y todas las noches hasta que la vuelva a encontrar. Manhattan es una ciudad pequeña", le explico. "No puede esconderse de mí para siempre". Si ha estado una vez en Aggieville, volverá a ir.

No puedo explicar por qué estoy tan obsesionado, sólo puedo seguir mi obsesión hasta que me lleve a ella. No tengo control sobre mí mismo, sólo tengo que ceder a mis deseos.

NICOLETTE

Dejé que mi padre me viera salir por la puerta a las nueve de la noche sin nada más que un vestido corto y un par de tacones de aguja. Hablamos de un babydoll corto con un dobladillo que amenaza con dejarme el culo al descubierto si me agacho lo más mínimo.

"¿Qué demonios te has hecho en el pelo?". me grita, pero hago como que no le oigo. Me pongo al volante del coche que me compró para la graduación y salgo a la carretera. Está en la puerta del complejo Calvino y lo saludo con la mano mientras retrocedo. Abre la boca y sé que me exige que me vuelva para hablar con él, pero no me interesa nada de lo que tenga que decir.

Hoy he ido a la peluquería en lugar de ir a clase de economía a las dos de la tarde. Me pareció un mejor uso de mi tiempo a largo plazo, ya que no tengo planes de entrar en el sector financiero. Sé que mi padre se muere por que haga algo que beneficie a la familia, pero ser una chica de Wall Street no está en mi lista de cosas por hacer.

Delante del estilista, todo lo que hizo falta fue una petición de pelo de sirena, y varias horas después, tenía un aspecto tan vibrante como me sentía. El estilista hizo un gran trabajo mezclando los morados con los tonos azules y verdes. Supongo que a esto se refería mi padre cuando me preguntó qué me hacía en el pelo. No veo el problema, pero supongo que este no es el look que le gusta a la generación de mi padre.

Para destacar aún más en los bares esta noche, me he comprado el vestido más blanco que he podido encontrar y que enseñaba más piel. Quiero entrar en todos los bares esta noche y que toda la sala se gire para mirarme. Quiero llamar la atención. Quiero que todos me miren.

Pero Aggieville no va a estallar esta noche. No me malinterpretes, los estudiantes están aquí, pero las pistas de baile están vacías. La gente está apiñada dentro de O'Malley's bebiendo Irish car bombs. O están en el Mojo's Beach Bar bebiendo chupitos con temática isleña. Estoy atrapado deambulando por las calles, intentando esquivar a los policías que me lanzan miradas sospechosas cada vez que me ven pasar. Reconozco la mitad de sus caras, pero no quiero. No necesito que ninguno de ellos empiece a preguntarse cómo hago para entrar en los bares cuando saben de sobra que no tengo la edad suficiente.

Me vuelvo a conformar con Porters, como el fin de semana pasado. No es un establecimiento grande, pero tengo un par de amigos detrás de la barra. Ni siquiera se molestan en sacarme tarjeta cuando me siento. Ambos saben que cualquier tarjeta que les muestre no va a ser real de todos modos. "¿Me pones una Garra Blanca?". le pregunto a May con una gran sonrisa. Ella me lanza una mirada escéptica y levanta una ceja. "Te prometo que no he tomado nada más esta noche.

Huele mi aliento si quieres", le ofrezco.

A May se le dibuja una sonrisa en la cara y suelta un bufido. Arruga la nariz y niega con la cabeza. "Estoy bien, Nic. Te creo. Aunque la policía ya ha pasado por aquí un par de veces. Si los ves entrar por la puerta", empieza.

"Me escabulliré por detrás", termino por ella. "No hay problema. No quiero meter a Porters en problemas por servirme cuando May y Donald saben que soy menor de edad.

Una White Claw de cereza negra aparece en el mostrador delante de mí; con la tapa reventada y todo. "¿Cómo está el resto de Ville?". pregunta May.

"Apuesto a que está muerto". Don se acerca, sacudiendo la cabeza. "Aquí también ha estado bastante muerto esta noche. Si no fuera por nuestros generosos clientes", me lanza una mirada mordaz, "esta noche saldríamos de aquí sin nada".

Llevo un teléfono cuya funda hace las veces de cartera. Rápidamente, con el pronunciamiento de Don, saco una tarjeta de su interior y la paso por encima de la barra. "Seguro que he visto más gente en el bar de los recreativos que en ningún otro sitio. Es una noche agradable".

"Es la primera noche fría del otoño", corrige Don mientras pasa mi tarjeta. "Sabes que tienes un mínimo de 10 dólares, ¿verdad?".

Me encojo de hombros. "Si no llego, me cobrarás igual. Dóblalo y quédate el resto de propina". Es el dinero de mi padre. ¿Qué va a hacer, cortarme el grifo? Ni se le ocurriría. La mierda que saldría sobre nuestra familia si me cortara es suficiente para mantenerlo a raya. A Nicholas le gusta que la familia Calvino tenga una imagen de familia bien avenida. "Tampoco hace tanto frío", protesto. "Esta noche ni siquiera me he puesto chaqueta".

"Y tienes la piel de gallina", May me mueve el dedo.

Le doy un sorbo a mi refresco y la efervescencia me hace cosquillas en la nariz. Es suficiente para hacerme estornudar. "Pero aquí hace calor", le digo. "Y solo hay tres manzanas hasta mi coche. No es que pase mucho tiempo fuera". Pero debo admitir que caminar hasta Aggieville y luego patrullar las calles en busca de un bar era un poco incómodo. La temperatura sólo ha bajado a los 50, pero después de varios meses de máximas en los 90 y los tres dígitos, 57 es básicamente congelación.

"Aquí hay algo que te puede hacer gracia". May se apoya en la barra y me habla de un grupo de hombres mayores que hace media hora andaban por Porters. Vestían elegantemente y eran claramente mayores que la gente de Aggieville. "Resulta que son los hermanos Valenti. Dijeron que volverían a pasar por aquí cuando se fueran, así que supongo que irán a todos los bares del distrito. Aunque no compraron nada. Así que no sé qué están haciendo".

He oído ese nombre antes, normalmente como una maldición que sale de los labios de mi padre. No diría que son enemigos de la familia, pero no serían bienvenidos en una reunión familiar. "Háblame otra vez de los Valentis", le digo a May frunciendo el ceño. "Sé algo así como que el mayor hace muchas obras de caridad o algo así, ¿creo?". No lo recuerdo. No le tomo el pulso a la élite de Manhattan. Y no me preocupo lo suficiente por la gente que mi padre odia o detesta, a menos que puedan serme útiles.

May se dispone a contarme lo que sabe. Raniero, el hermano mayor, es sin duda un gran aficionado a los actos benéficos. "Pero creo que es porque quiere que todo el mundo asocie a su familia con el bien, ¿sabes? Porque tiene fama de ser una especie de mal tipo. Hace poco se casó con la hija de un policía o algo así y hubo un gran alboroto al respecto". Tiene sentido. Mi padre insiste constantemente en hacer buenas obras y voluntariado para que el apellido Calvino sea respetado. "Uno es miembro del consejo de la ciudad: Lucas o Luke o algo así. Creo que acabo de oír que se casó con otro concejal. Bishop o algo así. No estoy seguro".

"Vaya, Lucas Valenti es gay". Asiento lentamente con la cabeza. Me pregunto cómo se sentirá su hermano al respecto. No es tradicional en los bajos fondos italianos que los miembros prominentes de una familia sigan sus deseos. Me alegro por él. "Aunque me gustaría saber quiénes son estas personas". Suelto una carcajada y bebo otro sorbo de mi White Claw. "Debería empezar a involucrarme en este pueblo ahora que he vuelto para quedarme".

May se encoge de hombros. "Aquí no pasa gran cosa, Nic. En todo caso, deberías aprovechar este tiempo para plantearte adónde vas a ir después de graduarte en la universidad. No querrás quedarte en Manhattan". Lo dice con tono mordaz, como si Manhattan fuera el peor sitio donde podrías acabar.

Pero he pasado mucho tiempo lejos de la Pequeña Manzana. He estado en Nueva York y de vacaciones en California. He visitado Texas, Florida, las Carolinas, Oregón y una docena de estados más. He estado en el extranjero en varios viajes familiares y he visitado a mis parientes en Italia. Todo estaba muy bien, pero esos lugares no son mi hogar. Es raro, pero echaba de menos Kansas mientras estaba en un colegio privado. Ahora que mi padre ha accedido a que vaya a K-State, no creo que quiera irme nunca. "Puede que sí", le digo encogiéndome de hombros. "Todavía no lo sé".

El mundo es inmenso. ¿Quién sabe lo que me perderé si me quedo aquí? Pero nunca he querido estar al frente de la política ni dirigir una empresa tecnológica en Silicon Valley. Creo que podría ser feliz en Manhattan dirigiendo un restaurante o un espacio para eventos. Me encanta organizar fiestas; me gustaría ganarme la vida así.

"Mierda", susurra May y aparta la mirada, cambiando de tema. "Han vuelto".

Puede que ella evite mirarlos, pero necesito ver qué aspecto tienen esos hermanos Valenti. He estado lejos de Manhattan la mayor parte de los últimos trece años. Y aunque he estado correteando por las calles de la ciudad desde mi graduación, no he conocido a los Valenti de cerca y personalmente.

Don saluda a los hermanos cuando entran por la puerta. "¿Puedo ofreceros algo esta ronda?". pregunta con una sonrisa amable.

"No", dice alguien. "Sólo estamos buscando a alguien".

Me giro para mirar y me encuentro con cinco caras guapas. Estoy a punto de acercarme y pedirle el número a alguien cuando me encuentro con un rostro que me resulta familiar: más viejo, cincelado, con el vello facial perfectamente cuidado. Se me hace un nudo en el estómago. Es mi desconocido sexy del fin de semana pasado. El chupetón que me dejó en el cuello está empezando a desaparecer. Me pregunto si podrá hacerme otro; quizá esta vez le diga a mi padre que me lo hizo un Valenti.

"Tú". Me reconoce de inmediato y empuja un dedo en mi dirección mientras camina hacia mí. "Llevabas el pelo oscuro la semana pasada".

Cojo el White Claw y me lo llevo a los labios, dando un sorbo tan largo como puedo. "Me lo teñí", le digo con una sonrisa satisfecha.

Me mira de arriba abajo antes de volver a charlar con sus hermanos. Cuchichean entre ellos y no dejo de ver miradas hacia mí. Me pregunto qué dirán de mí. ¿Seré una fulana de pacotilla? ¿El tipo de chica que no quieren que vea su precioso hermanito? ¿Cómo se sentirían si supieran lo que hicimos juntos? ¿Pensarían mal de mí si supieran que masturbé a su hermano en topless?

"Sólo voy a preguntar lo que todos queremos saber", empieza uno de los hermanos. Supongo que es el mayor porque tiene el pelo salpicado de sal y pimienta. No es que me importe; es lo bastante sexy como para dejar que me folle en el baño ahora mismo si quisiera. O quizá vería lo rápido que consigo que se corra en los pantalones en comparación con su hermano. "¿Cuántos años tienes?"

May se sonroja. No sé por qué; no es a ella a quien ponen en un aprieto. Tal vez sea vergüenza ajena, excepto que yo no estoy avergonzado. Estoy exultante. "Diecinueve", le digo con orgullo. "¿Cuántos años tienes, abuelo?".

No se inmuta; simplemente me sonríe. Nos miramos a los ojos durante unos segundos antes de dar una palmada en el hombro de su hermano. "Buena suerte con ese".

"Buena suerte, desde luego", respondo secamente. "A mi padre le va a encantar descubrir que el tío que me hizo un chupetón la semana pasada era un Valenti. ¿Le importaría decirme cuál es usted? Querrá saberlo para cazar al tipo adecuado".

El hermano mayor levanta una mano. "Espera. ¿Quién es tu padre?" Pregunta con las cejas muy juntas en señal de confusión.

Me bajo del taburete y me giro hasta quedar de espaldas a ellos. Levantándome el vestido, muestro el tatuaje de la parte inferior de la nalga derecha. En un garabato elegante, está escrito nuestro apellido. Me lo hice por capricho hace unos meses, cuando mi padre dijo que no le gustaba que me hubiera hecho más agujeros en las orejas. Dijo que a los hombres respetables no les gustaban las chicas con múltiples piercings y tatuajes. Así que salí y me hice el tatuaje más básico que se me ocurrió. "Nicholas Calvino". Miro por encima del hombro con una sonrisa. "Soy su hija, Nicolette".

El bar está tan silencioso que se podría oír caer un alfiler. Esto es mejor que cualquier película que haya visto.

STEFANO

"No sé por qué te ríes". Miro a Nicolette y a Raniero, y no sé con quién estoy más enfadado. Por un lado, no tengo motivos para enfadarme con Nicolette. No es que me haya atacado por mi apellido o por quién soy. Pero por otro lado, Raniero se está riendo a carcajadas, y sus acciones parecen más deliberadas. Es como si estuviera disfrutando de mi dolor en este momento.

"Lo siento", empieza a disculparse, pero no lo hace de corazón. No le creo ni por un segundo.

"Sabes, no creo que lo sientas". En cuanto me pone la mano en el hombro, me encojo de hombros enfadada. "Si lo sintieras de verdad, no te reirías", le digo.

Eso no lo tranquiliza. Raniero niega con la cabeza mientras los restos de su risa se pierden en la música que suena en el techo. "Me hace mucha gracia que estés enamorada de un Calvino. De toda la puta gente".

"Qué asco", Nicolette arruga la nariz con disgusto. "No estamos enamorados. Sólo le he echado una manita".

Mateo resopla antes de añadir: "Créeme, lo sabemos, cariño. Aunque, ¿dirías que se corrió en un tiempo apropiado o, quizás, demasiado rápido?".

"Fuera." Señalo la puerta de Porters, gritando a mis hermanos. "Ninguno de vosotros quería estar aquí de todos modos, así que iros a casa". Hemos hecho lo que vine a hacer, ahora pueden irse a casa.

Nicolette coge su bebida y subrepticiamente toma un sorbo. "Awww. Era una fiesta. ¿Por qué los mandas a casa?" pregunta con un mohín.

Yo también debería irme. Esta chica no da más que problemas. Está claro que es joven y está loca y probablemente hará que me maten. Tengo que dar media vuelta y marcharme con mis hermanos. Pero en vez de eso, respiro hondo y cuento hasta cinco. "Vete ya". Ignoro su pregunta y ordeno a mis hermanos que se vayan una vez más. "Os mando un mensaje luego".

"Le daré algo para que te mande un mensaje", dice Nicolette con un guiño. Dios, me vuelve loco. Al principio, era en el buen sentido, pero ahora estoy empezando a tener dudas. ¿Es posible que el destino me haya deparado conocer a esta chica una sola vez porque nunca iba a poder seguirle el ritmo si volvía a cruzarme con ella?

Mis hermanos se resisten a marcharse cuando hay una humillación que cosechar, pero se dirigen a la salida. Oigo algunos comentarios sarcásticos al salir, pero vuelvo mi atención a Nicolette para centrarme en la tarea que nos ocupa. "Tú", la señalo. De repente, todas las palabras desaparecen. Siento cómo se agolpan en los bordes de mi cerebro y bailan en la punta de mi lengua, pero no consigo hilvanar ninguna y decirle lo que siento. Pero, ¿qué se puede decir en una situación así? ¿Buena paja? ¿Quieres repetir? ¿Quieres que te penetre esta vez?

"¿Quieres tomar algo?" Se me adelanta y hace su propia pregunta, que no era la que yo tenía en mente.

Quiero una aspirina del tamaño de Texas, si te soy sincero. Empieza a dolerme la cabeza, y la vocecita de mi cabeza intenta razonar que debería irme a casa porque nada bueno saldrá de meterme con un Calvino, y mucho menos con una chica de diecinueve años. "Whisky con agua", pido a los camareros.

Nicolette se vuelve hacia la mujer que está detrás de la barra y le dice: "Ponlo en mi cuenta. Mínimo y todo", anuncia con una risita.

Niego con la cabeza y me agarro al taburete de su lado. "Tienes diecinueve años. No deberías beber, y mucho menos llevar una cuenta", la reprendo.

"Gracias, papá", me dice poniendo los ojos en blanco. "Podía haberme quedado en casa si quería escuchar a mi padre reñirme por beber siendo menor de edad".

El camarero me pasa un vaso de ámbar diluido antes de marcharse en silencio al otro lado de la barra. Parece una joven agradable, probablemente de unos veinte años. No parece ni la mitad de loca que la adolescente que está a mi lado, pero no siento ni un ápice de interés por ella. "Sólo estoy entablando una conversación amistosa. No quiero ser tu padre". Me estremezco al pensar en ser el padre de alguien a esta edad. Tengo treinta y tres años y soy más que capaz de cuidar a un niño, pero aún no estoy preparado para esa responsabilidad. Ni siquiera tengo una niña con la que practicar.

Nicolette me lleva la mano al bíceps y me recorre el brazo con un dedo. "Por otro lado, no me importaría llamarte papá".

Mi polla se levanta en respuesta a su actitud. "Esa es la actitud que nos ha metido en este lío", le recuerdo rápidamente. Recuerdo cómo se me acercó y me pidió que me la follara en el baño. ¿Cómo he podido olvidarlo?

"¿Qué? Saca el labio inferior haciendo un pucherito. "¿No te gusta que una niña te llame papá?".

Me odio por haberme excitado. Hay algo en esta joven que me hace querer cogerla en mis brazos y no dejarla ir nunca. Cuando les dije a mis hermanos que era amor a primera vista, no bromeaba. "Cuidado, Nicolette, antes de que haga algo de lo que ambos nos arrepintamos." Como arrancarle la ropa aquí mismo y follármela en la barra del bar.

La sorprendo poniendo los ojos en blanco otra vez, pero antes de que pueda decir nada, su mano se posa en mi muslo. "¿Cómo te llamas, papá Valenti?".

Se me va a hacer un nudo en el estómago si esto sigue así. "Puedes llamarme Stefano. No más mierdas de papi, ¿vale?" Pero esa petición suena falsa incluso para mis oídos. Soy un mentiroso

para todos menos para mí mismo.

Nicolette se inclina y siento su cálido aliento en mi oído cuando susurra: "¿Seguro, papá Stefano? Porque he oído que a los tíos les gusta que las niñas como yo les llamen así".

No oculto que tengo que ajustarme. Mi polla está presionando contra la parte delantera de mis pantalones, dejando una impresionante tienda de campaña bajo la tela. "Escucha, vine a buscarte porque pensé, qué demonios, una chica tan loca como para hacerme una paja en el baño de un bar tiene que ser salvaje en la cama. Pero tienes diecinueve años, y tu padre es el enemigo jurado de mi hermano. No creo que podamos ser más que amigos". Haz lo correcto, me aconseja la vocecita de mi cabeza.

Pero Nicolette no se deja intimidar lo más mínimo. Me aprieta el muslo con los dedos y me pregunta: "Bueno, ya que eres mi amiga, ¿qué tal si me rascas un picor?". Se separa un poco y veo el brillo de su pelo recién teñido bajo las tenues luces.

"¿Sí?" Me giro para mirarla. "¿Qué tipo de picor? Sé adónde va esto y tengo que pararlo. Sé que no debería preguntar. Sé que no debería importarme. Ella está fuera de los límites. Es la hija del enemigo. Pero también es la cosa más sexy que he visto en años, y me hace sentir de alguna manera.

Los dedos de Nicolette profundizan aún más. "Del tipo que sólo tu polla puede alcanzar".

¿Qué les voy a decir a mis hermanos? Sí, me follé a Nicolette Calvino, sabiendo muy bien quién era. Raniero nunca me perdonará si esto empieza una guerra. Mis hermanos se enojarán si esto hace que me maten.

¿Pero cómo demonios se supone que voy a rechazarla? ¿Esperan que sea de piedra? Apuesto a que si cualquiera de ellos tuviera a una belleza de diecinueve años como Nicolette prácticamente en su regazo suplicando por su polla, tampoco dirían que no. "Te diré una cosa. Si no le cuentas nada de esto a tu verdadero padre, dejaré que me llames papi toda la noche".

Una mirada extraña cruza la cara de Nicolette, pero pasa tan rápido que creo que me lo estoy imaginando. En una fracción de segundo, sonríe y se levanta del taburete. "¿Tienes un sitio cerca?" Me pregunta.

"No. Pero hay un hotel al otro lado de la calle". Podría meterla en el coche y llevarla a mi casa, pero me tiene demasiado excitado para esperar otros veinte minutos y ahogarme dentro de ella. Además, no creo que pueda meter la polla bajo el volante en la forma en que estoy ahora. Será mejor que vayamos andando hasta el Bluemont y cojamos una habitación para pasar la noche. Es una alternativa cara, pero la mejor que puedo ver.

Tal vez estoy cometiendo el mayor error de mi vida, pero eso es problema del futuro Stefano. Ahora mismo, lo único que me importa es mojarme la polla y ver cómo los labios de esta niña se abren para llamarme papi mientras estoy dentro de ella.

NICOLETTE

Nunca me había alojado en el Hotel Bluemont, y no lo consideraría una visita digna de reseña.

Antes de que se cierre la puerta de la habitación, Stefano me tiene agarrada y me acaricia todo lo que puede. Me agarra el pecho, me aprieta el culo y arrastra la mano por delante de mis bragas. Está en todas partes a la vez y no sé cómo lo hace.

No enciendo ninguna luz porque la luna que entra por la ventana es suficiente para los dos. Puedo ver una sombra de lujuria en su cara mientras me arranca el vestido, y él puede ver la sorpresa en mis ojos cuando me empuja contra la ventana y se arrodilla.

Su rostro se refleja en la penumbra mientras me agarra las bragas y me las baja por los muslos. Es un milagro que no las rompa cuando me las pone alrededor de los pies y las tira. Está parcialmente vestido, con una camisa desabrochada y un cinturón desechado, pero en la penumbra de la habitación es suficiente para que se me revuelva el estómago de deseo.

Stefano me mete la lengua entre los labios antes de que pueda detenerlo. Echo la cabeza hacia atrás y mi cuerpo se inclina en respuesta a su movimiento. Me mete dos dedos y me agarro al alféizar para no caerme.

Me he pasado toda la vida intentando vengarme de mi padre por crímenes que sólo podía imaginar, pero nunca me había salido tan bien. Stefano llama la atención a la luz de la luna y toca mi cuerpo como un músico dotado. Me arranca gemidos guturales y pequeñas súplicas suplicantes. Me agarra el culo con una mano y me sujeta mientras su lengua recorre cada centímetro de mi sexo. No puedo moverme, no puedo apartarlo, apenas puedo respirar. Se apodera rápidamente de mi placer, forzándome a llegar a la cresta de mi deseo y colgándome del borde.

"Papá sabe lo que le gusta a su pequeña", gruñe. "Sabe exactamente cómo excitar a su pequeña".

Mis problemas con papá nunca han sido más frecuentes que cuando me corro en su cara. El hecho de que este hombre sea catorce años mayor que yo y me llame su niñita no se me escapa. Conozco mis problemas, pero elijo ignorarlos.

Para ser un rollo de una noche, Stefano Valenti actúa como si quisiera que lo recordara el resto de mi vida. Me gira hacia la ventana y me aprieta contra el cristal. El frío del cristal hace que mis pezones se pongan dolorosamente duros.

"Me has estado tomando el pelo desde que te vi", me susurra Stefano al oído. Noto su longitud

presionando la curva de mi culo y empujo para decirle que quiero más. Pero no me lo da, no inmediatamente. En lugar de eso, me golpea el trasero con la mano y me hace sentir un chisporroteo de dolor en las mejillas. "Ahora las decisiones las tomo yo, princesa", gruñe.

Tengo el estómago lleno de mariposas que baten sus alas contra las paredes del vientre. Dice todas las palabras adecuadas con el tono justo. Y mientras toma la punta de su polla y se burla de mi entrada con ella, sé que podría estar medio enamorada de él si me lo permitiera.

"Dime lo que quieres. Me rodea la cintura con una mano y me recorre el monte con los dedos. Noto cómo roza con la otra la parte inferior de mi culo mientras introduce la punta antes de sacarla rápidamente.

"Te deseo. Es todo lo que puedo decir con la mejilla pegada a la ventana.

Stefano coge su polla y la golpea contra mi raja. "No es suficiente, cariño. Dime dónde me quieres. Con todo detalle".

Siento que la temperatura de la habitación se dispara. Todo mi cuerpo con su petición. "Quiero que metas tu gorda polla dentro de mi coño y me folles hasta que grite tu nombre". Si quiere guarradas, se las daré. "Quiero que todos en este piso llamen a recepción y se quejen del ruido. ¿Es suficiente para ti, cariño?"

Su mano vuelve a bajar sobre la cresta de mi culo y el dolor recorre mi cuerpo. Es una sensación deliciosa y la bebo como el mejor vino. "Siempre le daré a mi nena lo que quiera, pero pierde la actitud, mi princesita mocosa".

"¿Por qué no me la sacas, papi?". Las palabras salen de mis labios como mantequilla. Y ni un segundo después, siento la polla de Stefano deslizarse dentro de mí. Si tuviera algo a lo que agarrarme, lo haría. Me estira para adaptarse a su longitud y yo siseo por el placer y el dolor que me causa.

"No te preocupes, nena", me gruñe al oído, "pienso hacerlo. Pienso follarte muy bien". No me decepciona. A Stefano no le importa que esté pegada a la ventana con las tetas abiertas sobre el cristal; me toca por detrás como si estuviera inclinada sobre una cama. Todos los de la planta baja que miran hacia arriba nos ven empañando las ventanas.

Me penetra y me penetra hasta que el alféizar parece temblar. Cierro las manos en puños y le pido más. "Más fuerte. Da en el clavo, pero necesito más. Lo necesito con más constancia. Lo necesito más fuerte.

Stefano hace lo que quiere. Su polla golpea mi punto G con cada movimiento de sus caderas, y siento cómo subo la escalera del placer hasta llegar a la cima. Me muerde el hombro, me aprieta el culo y bombea dentro de mí una y otra vez.

Nunca antes había sentido el sexo tan bien. No sé si es porque es un hombre mayor que sabe lo que hace o porque cumple todos mis requisitos tóxicos. Tal vez sea un poco de ambos.

Salgo disparada como un cohete y rasco con las manos por la ventanilla, buscando algo a lo que agarrarme. Con las caderas apretadas contra la cornisa, noto cómo se forman moratones bajo mi peso.

Stefano se queda quieto un instante mientras me corro a su alrededor y luego estalla como una

bomba. Siento su calor cubriendo mis paredes y, por un segundo, me sobresalto. Nunca me olvido de hacer que los hombres lleven preservativo. Puede que quiera joderle la vida a mi padre, pero no quiero hacerlo convirtiéndolo en abuelo.

Excepto... ¿y si lo hiciera?

"Mierda", jura Stefano mientras saca su polla de mí. "No esperaba hacer eso. ¿Tomas la píldora o algo? Puedo conseguirte el Plan B".

Esta es tu oportunidad. Haz que pague el Plan B. Ve al médico mañana y toma la píldora para que esto no vuelva a ocurrir. Ya sabes lo que tienes que hacer. La vocecita en mi cabeza lo tiene todo planeado, pero la vocecita no me controla. "Estoy bien". Me giro en el alféizar y dejo caer mi culo en el borde. "¿Por qué no me follas luego en la cama? Y después quizá en la ducha. Ya sabes, para limpiarme un poco".

Stefano se muestra escéptico durante tres segundos antes de levantarme y tirarme en la cama. "Tus deseos son órdenes".

STEFANO

Estar con Nicolette es como jugar con una caja de cerillas. Es divertido, pero también podría quemar mi casa conmigo dentro. Tal vez por eso siempre nos encontramos en el Hotel Bluemont.

Es una cita cara. No es barato conseguir una habitación de hotel allí, pero siempre vale la pena. Follamos en todas las superficies disponibles como si nunca fuéramos a volver a vernos. Y cada vez que nos despedimos, Nicolette me besa en la mejilla y me dice: "Ha sido divertido. Nos vemos, Valenti". Y por un breve momento, presa del pánico, me pregunto si realmente volveré a verla por aquí o no. Pero pasan unos días y le envío un mensaje de texto, o ella me llama, y acabamos juntos en la cama una vez más.

No hablamos tanto como me gustaría, pero no creo que sea culpa mía. Intento entablar conversación con ella, pero Nicolette llena nuestro tiempo con otras actividades. Si hablo demasiado, me hace callar metiéndose mi polla en la boca y chupándomela. Es difícil hablar de los acontecimientos del día cuando me acaricia los huevos y me toca el culo. Es una sensación extraña tener su dedo ahí abajo, es algo que ninguna mujer me había hecho antes, pero Nicolette me pone al límite cada vez que estamos juntos.

Para tener diecinueve años, es una superdotada en la cama. Sabe manejar una polla como alguien que le dobla la edad. No es tímida y siempre está interesada en probar cosas nuevas. Es una maldita aventura cada vez que nos vemos.

La poca información que puedo sonsacarle me da una imagen desagradable de su padre, Nicholas Calvino. Tienen una relación rota por el trato que le dio a su madre. No recuerda qué pudo provocar la huida de su madre, pero sabe que, fuera lo que fuera, su padre debería pagar por ello.

"¿Entonces soy una venganza?" le pregunto una tarde de pereza. El sol entra por la ventana mientras estamos desnudos en la cama. Ella no ha ido al colegio y yo no he ido a trabajar.

Nicolette me toca el muslo con la mano y tarda un minuto en responder. "¿Te molestaría que dijera que sí?".

No sé cómo sentirme cuando me utilizan. Por un lado, Nicolette y yo no tenemos una relación. Follamos, charlamos de vez en cuando y seguimos nuestro camino. Pero por otro lado, me gusta tener sexo con ella. Quiero conocerla mejor; es ella la que me lo impide. Sé que es catorce años menor que yo, pero creo que podríamos tener algo genial. "No lo sé", le digo con sinceridad.

"Entonces no hagas preguntas para las que no quieras respuesta", añade Nicolette secamente. Así termina nuestra aventura del día. Recoge su ropa y se marcha antes de que pueda disculparme o explicarle cómo me siento. Nunca tengo la oportunidad de decirle que no estoy enfadada, solo quiero más.

Si le preguntaran a mis hermanos, dirían que estoy invirtiendo demasiado en Nicolette. "Para empezar, vas a hacer que te maten", me dice Raniero un día. "Y entonces voy a tener que matar a Nicholas. Lo que a su vez hará que uno de sus hijos venga a por mí. Vas a empezar una guerra, Stefano". Él mira mi relación con Nicolette en términos de cómo va a dañar su negocio.

"Eh, estás siendo dramático", insiste Luca. "Sí, habrá algún contragolpe si Nick se entera de esto. Pero no creo que nadie vaya a ser asesinado. Tal vez una paliza. Tal vez un poco mutilado. Pero desde luego no muerto".

Raniero lo mira. "¿Sí?" Hoy tiene a Gabriel y está entreteniendo a su hijo en el suelo. Tienen ante ellos un despliegue de bloques y cada vez que Raniero construye una torre, Gabriel la derriba. "¿Quieres hacerte responsable de mi hijo cuando me muera? ¿Quieres hacerte cargo de Calliope si me disparan caminando por Poyntz porque este bufón no puede dejar de follarse a una adolescente?".

"Tiene diecinueve años", le recuerdo con la mirada. "Y cumplirá veinte el mes que viene. Es perfectamente legal". Eso me hace ganar una mirada de enfado de Raniero que me encojo de hombros. "No va a pasar nada malo. Sólo estamos teniendo sexo. No es nada serio".

Cesare es el que me pilla desprevenida. "Pero tú quieres que lo sea". Para ser el más joven, tengo que admitir que a veces es más sabio de lo que creo. "Tiene diecinueve años, Stefano. Por lo que dices, sigue siendo una adolescente. No hay forma de evitarlo. Pero no está lista para algo serio. Diablos, apuesto a que ni siquiera puede cuidar de sí misma. ¿Por qué crees que será capaz de cuidar de ti?"

Supongo que recuerdo cómo era yo a los diecinueve. Yo era un cañón suelto corriendo salvaje en cada extremo. Me follaba a chicas a diestro y siniestro, apenas recordaba sus nombres, todo ello mientras intentaba llegar a clase a tiempo para obtener un título en una asignatura que me importaba una mierda. Mi padre quería que todos los chicos recibiéramos una educación por si entrábamos en el mundo real, pero nada de una licenciatura en finanzas o ciencias me interesaba. "A esa edad éramos autosuficientes", argumento. "Sabíamos cuidar de nosotros mismos".

Mateo resopla. "Si por cuidar de nosotros mismos te refieres a que podíamos pasar la tarjeta de crédito en cualquier establecimiento de comida rápida que quisiéramos mientras de alguna manera nos las arreglábamos para sobrevivir a resacas que no teníamos legalmente permitidas", hace una pausa, "entonces sí. Nos cuidábamos muy bien. ¿No recuerdas cuando cumplimos dieciocho años y nos volvimos locos? Ma se ponía enferma de pena cada vez que uno de nosotros se convertía en adulto porque era como abrir la puta caja de Pandora del caos. Durante los dos o tres años siguientes, tenía que lidiar con la posibilidad de que nos pegaran un tiro, nos hicieran un lavado de estómago o contrajéramos una ETS".

Ni siquiera intentábamos cabrear a nuestros padres; éramos unos adultos que queríamos divertirnos como no pudimos cuando éramos menores de edad.

¿Y si Nicolette realmente no está lista para algo serio? ¿Y si sólo ve lo que hay entre nosotros

como lo que realmente es: dos personas atractivas que se enrollan y se excitan? ¿Y si sólo me ve como el hombre mayor que le da orgasmos y sabe cómo tratar bien su coño?

La próxima vez que vea a Nicolette me sentiré desolado. No intencionadamente, sino porque no sé qué decirle. Han sido seis semanas de quedar, enrollarse y luego volver a casa como si nada. No sé dónde vive, qué estudia o qué quiere hacer con su vida. Estoy viviendo el sueño de todo hombre, y todo lo que quiero es que ella se abra un poco más. Es como recibir un millón de dólares y pedirle prestados 100 a tu mejor amigo: es egoísta. Pero no puedo evitarlo.

Estoy de rodillas, apoyado en el borde de la cama, comiéndome a Nicolette, cuando me entran ganas de charlar. Está tumbada en el edredón con las piernas abiertas ante mí. Brilla de lujuria y saliva, una combinación de mi deseo por ella y lo mojada que la pone, cuando me aparto y me siento sobre los talones frente a ella. "Quiero llevarte a una cita", decido.

Nicolette levanta la cabeza del colchón y me mira. "¿Me lo dices ahora? pregunta enfadada. "¿Ahora? subraya Nicolette.

"Ahora es tan buen momento como cualquier otro", le ofrezco con una sonrisa. "No es que la cita tenga que ser ahora. Quizá este fin de semana o algo así".

Se acerca a mí y me pasa los dedos por la barbilla. "No. Ahora es el mejor momento para seguir lamiéndome el coño hasta que me corra en tu cara, Stefano. Termina lo que has empezado. Quiero correrme. Por eso estamos aquí".

"¿No podemos hacer las dos cosas?"

Nicolette se tira sobre el colchón y cruza los brazos sobre el pecho. "No, no podemos. Porque estoy en un lugar delicado en el que diré que sí a cualquier cosa, y tú te estás aprovechando de eso. He venido aquí para que me folles, Stefano".

Presiono dos dedos en su centro empapado, y su cuerpo empieza a inclinarse. Mojo el pulgar libre con mi saliva y lo arrastro sobre su clítoris erecto. "Y quiero follarte, Nicolette; de verdad. Pero no creo que pueda a menos que aceptes salir conmigo".

Ella se agarra a las sábanas mientras arrastro mis dedos dentro y fuera de su centro. Intenta alcanzar el clímax bajo los lentos y tortuosos círculos que dibujo con el pulgar, pero no es suficiente. Nicolette resopla y suena como si estuviera a punto de derribar mi casa. "Por Dios, Stefano, sácame de aquí".

Sigo jugando con ella como si fuera un juguete. "No, no hasta que aceptes tener una cita conmigo".

Nicolette vuelve a levantar la cabeza. "Esto es chantaje. Esto es chantaje sexual y voy a llamar a la policía".

Ejerzo más presión sobre su clítoris y se muerde el labio inferior. "Hazlo", le digo. "A ver si llaman a tu verdadero padre. A ver qué pasa entonces".

Se aparta de mí, con el cuerpo empapado de sudor por mis anteriores caricias. "Estás jodiendo todo esto", jura Nicolette mientras se levanta de la cama y empieza a buscar su ropa. "Tengo un plan y tú lo estás arruinando".

Cuando me mira, me llevo los dedos a los labios para chupar sus jugos. "¿Qué pasa con mi plan, Nic? ¿Se supone que tengo que someterme a tu voluntad?".

Me lanza un zapato que rebota en mi hombro. "Sí", responde escuetamente.

Me encantaría darle lo que quiere todo el día, todos los días. Follármela cuando quiera. Estar ahí cuando ella quiera. Pero no soy ese tipo de hombre. Necesito más que un follamigo; necesito compromiso.

Me pongo en pie y espero a que termine su rabieta. Cuando da la vuelta a la cama para coger el zapato que me ha tirado, pongo el pie encima. Nicolette suelta un suspiro frustrado. "¿Y ahora qué?".

"No puedes decirme que llevamos más de un mes haciendo esto y no sientes nada". La miro fijamente y me envuelve la belleza con la que me encontré aquella primera noche en el bar.

Los labios de Nicolette forman una línea recta mientras me mira. "Siento algo, claro", admite, "pero no quiero hacer nada al respecto. Esa es la diferencia entre tú y yo".

Alargo la mano para tocar su mejilla y me sobrecoge la suavidad de su piel bajo la mía. No quiero que este momento termine nunca, pero termina. Todo acaba, en algún momento.

Me inclino para presionar mis labios contra los suyos y saboreo la frustración en su lengua. "No puedo verte más. No hasta que decidas que quieres lo mismo que yo". Juro que la veo levantar la mano para secarse una lágrima con el rabillo del ojo, pero no puedo estar seguro porque al mismo tiempo se aparta de mí.

"Lo has estropeado", concluye.

Arruino muchas cosas, pero no me siento mal por esta. Asumo la culpa; asumo la culpa. Porque la alternativa es quedarme y que me utilicen como marioneta de Nicolette hasta que ella decida que ha terminado conmigo. Y si me quedo tanto tiempo, estoy seguro de que me enamoraré de ella.

NICOLETTE

Hasta los planes mejor trazados salen mal.

Habría conseguido salir con Stefano; de verdad, lo habría hecho. Eso no es sólo algo que me digo a mí misma para sentirme mejor. Habría salido con él cuando se supiera la verdad. Sólo necesitaba más tiempo. Solo necesitaba quedarme embarazada.

La frustración me persigue por la puerta principal del Hotel Bluemont mientras me alejo a pisotones de la vida que había imaginado las últimas semanas. Iba a tenerlo todo. El marido guapo, la valla blanca, los niños e incluso el "felices para siempre". Pero Stefano lo arruinó precipitándose. Hombres. Jodidamente típico.

Los vientos invernales me golpean en la cara mientras llego a mi coche. El otoño se desvanece poco a poco y hoy hace un frío innegable. Un escalofrío me recorre la espalda y me lo sacudo con un estremecimiento. "Maldito Valentis", murmuro en voz baja. Sueno como mi padre, pero por una vez entiendo su frustración con su familia.

Nunca quise involucrarme con Stefano. Nuestra única noche en un baño cerrado fue suficiente para mí. Me conformaba con seguir viviendo el resto de mi vida sin saber nunca a quién había masturbado tras aquellas puertas cerradas. Pero él tenía que venir a buscarme. Tenía que encontrarme. Tenía que follarme. Tenía que hacerme adicta a su polla. Luego tenía que arruinarlo.

"Sólo quería quedarme embarazada primero", refunfuño mientras subo al coche. ¿Era mucho pedir un bebé? ¿Está mal quedarse embarazada para cabrear a mi padre? El universo parece pensar que sí; si no, ¿por qué iba a subirme al coche insatisfecha e insatisfecha? Por no hablar de enfadada porque te está pidiendo lo mismo que tú querías, me recuerda con suficiencia la vocecita de mi cabeza.

El coche se calienta lentamente mientras me alejo de Aggieville. Con el barrio de bares en el retrovisor, sigo cabreada por el giro de los acontecimientos. Ni siquiera conocías a Stefano, añade la vocecilla tras unos momentos de silencio. No es que estuvieras enamorada de él. La vocecita no se equivoca técnicamente.

Stefano me contaba lo que hacía cada día. Le dije que no me importaba, pero seguí escuchando cuando hablaba de reuniones y de una agenda muy apretada. Cuando hablaba de los entresijos políticos de la familia Valenti, escuchaba con más atención, esperando encontrar algo que me recordara a mi padre y me alejara de él. Pero Stefano parecía agradable, incluso honorable. No

me recordaba en nada a mi padre.

Hubo días en que Stefano me llevó a una conversación en lugar de a una cita. Nos estábamos desnudando y lo siguiente que supe es que le estaba hablando de mi profesor de Economía y de lo mucho que lo odiaba. Fue desconcertante volver a la realidad y darme cuenta de que me llevaba bien con el chico al que utilizaba para cabrear a mi padre.

Momentos después, me encuentro en el aparcamiento de Walgreens. No recuerdo haber decidido venir aquí, pero tampoco recuerdo siempre haber decidido hablar con Stefano de mi día o de lo mucho que me enfada mi padre. A veces mi cerebro elige por mí y acabo en un lugar en el que nunca quise estar, haciendo algo que nunca quise hacer.

"Ni siquiera necesito nada", refunfuño para mis adentros. Pero mis pies me llevan al pasillo de higiene femenina y planificación familiar. Cojo una caja de tampones para mi próxima menstruación y me paro frente a los preservativos, el Plan B y las pruebas de embarazo. "Ya no tengo relaciones sexuales". Pero mientras digo estas palabras, mi mano se cierra en torno a una caja de preservativos. Luego agarro un paquete de dos pruebas de embarazo. De repente, este viaje improvisado me va a costar 25 dólares.

"No necesito nada de esto". Intento disuadirme a mí misma de comprar los tampones, los condones y las pruebas, pero termino en la recepción con los brazos cargados. La cajera se queda mirando mi tesoro de golosinas. De camino a la caja, me las arreglo para comprar unas cuantas chocolatinas y una bolsa de patatas fritas. "¿Qué? Le digo bruscamente al tipo que me está mirando. "¿Tienes algún problema?

Probablemente no sea más joven que yo, pero se desmorona bajo el peso de mi admonición. El tipo escanea rápidamente mis artículos, me dice el precio y yo hago una mueca de dolor mientras saco mi tarjeta de crédito y la deslizo por la máquina. Ni siquiera necesitaba nada, pero con todos mis tentempiés y artículos de primera necesidad, le he dado a Walgreens 40 dólares del dinero duramente ganado de mi padre. ¿O debería decir ganado ilegalmente? Nunca se sabe con Nicholas Calvino. No es mi dinero, no es mi problema.

Una vez empaquetadas las golosinas, me dirijo al coche y arranco una chocolatina para comérmela de camino a casa. Mi tarde con Stefano se repite una y otra vez en mi cabeza, un duro recordatorio de que fui rechazada. Nunca me habían rechazado. Cuando eres joven y guapa, hay muy pocas cosas que no puedas conseguir si las deseas lo suficiente.

La casa está en silencio cuando llego. No sé dónde está mi padre y no me importa. Probablemente esté arruinándole la vida a otra persona; que le vaya bien. Quiero meterme en la cama, comerme las patatas y leer un libro. Cuanto antes desaparezca en un mundo imaginario, antes podré olvidarme de lo que ocurre en mi mundo real.

Pero primero, necesito hacer pis y cambiarme. También, tomar un refresco. Quizá hacer palomitas. Sé que tengo patatas fritas, pero son picantes. Unas palomitas mantecosas y saladas me vendrían muy bien.

Empiezo a reunir mis provisiones y llego a mi dormitorio justo cuando oigo que empieza a abrirse la puerta del garaje. El zumbido mecánico resuena en toda la casa y cierro la puerta de mi habitación. Mi padre querrá saber por qué he llegado pronto a casa, pero no es asunto suyo. Soy adulta, puedo hacer lo que quiera.

Con toda la comida y las bebidas preparadas esperándome en la mesilla de noche, me quito la ropa y me dirijo al baño. La bolsa de Walgreens que tengo sobre la cama me guiña un ojo al pasar y, justo cuando me bajo las bragas, pienso en las pruebas de embarazo que acabo de comprar. "No estoy embarazada", murmuro. "No hay motivo para hacerse uno".

Pero no puedo orinar. Mi cerebro sigue argumentando a favor de coger el test y hacérmelo de todos modos. Me quito las bragas y vuelvo al dormitorio, saco la caja de pruebas de embarazo de la bolsa y vuelvo al baño. Refunfuño en voz baja durante todo el tiempo que orino en el palito; luego lo dejo encima de la caja mientras me lavo las manos y busco algo que ponerme.

Las instrucciones dicen que espere tres minutos. Mientras me pongo una camiseta extragrande y ropa interior limpia, intento tomarme mi tiempo. Lo justifico por ser exigente con lo que quiero ponerme, pero es mi subconsciente el que dicta el ritmo. Sabe cuánto tiempo hay que perder, y es experta en asegurarse de que lo perdamos.

Para cuando vuelvo a la prueba de embarazo que tengo sobre la encimera del baño, tengo una sensación de nerviosismo en el centro del pecho que imagino que debe de ser ansiedad. "No tienes por qué preocuparte", susurro, "porque no puedes estar embarazada. Ni siquiera te ha bajado la regla". Bueno, eso no lo sé con seguridad. Mis períodos siempre han sido irregulares. Lo espero para la semana que viene, pero ¿quién me dice que no lo he perdido ya? ¿O que no vendrá hasta dentro de tres semanas? "No seas tonta." Soy la persona más indicada para reprenderme a mí misma, sobre todo cuando me acerco a ese test de embarazo blanco y veo un signo más rosa en la ventanilla.

"Ni de coña". La sensación de nerviosismo en mi pecho crece, abarcando todo mi cuerpo. Es como si alguien me hubiera roto una botella en la cabeza. Estoy mareada y un poco desorientada. "Estúpida zorra", murmuro entre dientes.

Cojo la caja y saco el segundo test de embarazo. Pero mientras me siento en el váter e intento orinar lo suficiente para activar la prueba, me doy cuenta de que no tengo que ir. Dejo la prueba de plástico en la encimera y vuelvo al dormitorio para beber el refresco que he traído, seguido de media botella de agua que tengo en la mesilla de noche. Mientras espero a que se me llene la vejiga, busco con qué frecuencia se producen falsos positivos en las pruebas de embarazo. Alerta: es muy raro. Los falsos negativos, en cambio, son pan comido.

Cuando me entran ganas de ir al baño, me meto de lleno en la madriguera del conejo sobre cómo se hacen las pruebas de embarazo y cómo determinan si estás embarazada. Corro al baño tan rápido como me permiten mis piernas. Noventa segundos después, la segunda prueba de embarazo está sobre la encimera y yo me lavo las manos de nuevo. Miro fijamente la prueba durante cada segundo de los tres minutos que tarda en procesarse. Veo cómo el signo más se vuelve rosa lentamente durante el primer minuto, pero, por si acaso, lo miro durante otros dos. Ciertamente, puede cambiar; puede volver a negativo si no espero los tres minutos, ¿verdad?

Pero no cambia. Tampoco cambia en los diez minutos siguientes. Da igual que tire ambas pruebas a la basura. Sigo sin poder quitarme de la cabeza el recuerdo de esos putos tests positivos.

¿Lo ves? La vocecita empieza en tono burlón. Esto te pasa por intentar joder a tu padre. Ahora tienes todo lo que querías. ¿Estás contenta?

Mi plan de desaparecer en un mundo de fantasía está olvidado. Hay cosas más importantes en las que concentrarse ahora. Como cómo decirle a mi padre que me preñó a propósito un miembro de una familia rival. Y cómo evitar que mate a Stefano cuando se entere.

STEFANO

Han pasado dos semanas desde la última vez que vi a Nicolette. La vi salir de nuestra habitación en el Hotel Bluemont y sentí una extraña sensación en la boca del estómago. Esperaba que cediera y me enviara un mensaje, pero no lo hizo. Debí de empezar a escribirle una docena de veces, pero me detenía en mitad de cada mensaje y borraba lo que había escrito. Me dije que tenía que hacerlo. Si cedía antes, tendría que renunciar a lo que quería, que era algo más que una cita en un hotel una o dos veces por semana.

"Sigo adelante". Levanto mi copa para saludar a Cesare. "He estado pegado a esta chica demasiado tiempo. Ella era sólo un enganche, no mi "felices para siempre".

"Suenas como un libro de autoayuda," Cesare deadpans. "¿Qué otros clichés se te ocurren? ¿Hay muchos peces en el mar? No se trata de a quién conoces, sino de cuándo lo haces". bromea.

Me bebo media pinta de Big Wave, la cerveza de barril en oferta de hoy. "Pareces muy versado en tópicos de autoayuda, hermano".

Cesare resopla y pone los ojos en blanco; no es de los que se dejan llevar por las discusiones. "No es culpa mía. Kessa vive y respira libros de autoayuda".

Siempre olvido que la razón por la que mi hermano menor no tiene pareja es porque lleva una década ocupado saboteando las relaciones de su mejor amiga, Francesca Scot. "¿Sabes lo que no es sano?". Me inclino hacia él. "Perseguir a una chica que no te quiere". Es otro intento de provocarle, pero Cesare no cae en la trampa.

Una sonrisa cruel se dibuja en sus labios mientras cierra las manos en puños. Respira hondo unas cuantas veces y cualquier rabia que pudiera tener se desvanece como una marea que retrocede. "Ten cuidado, Stef. Te quiero, pero no dudaré en darte una paliza si sigues así. No me importa lo roto que tengas el corazón o lo borracho que estés".

Toqué un nervio. "Awww, que dulce sentimiento." Puedo sentir la cerveza subiendo a mi cabeza, pero me calmo antes de empujarlo demasiado lejos. "Sí que te importo". La verdad es que siempre me he sentido más unida a Cesare que a mis otros hermanos. Cesare conoció a Francesca en el instituto y se enamoró de ella al instante; salieron juntos durante un año antes de romper amistosamente, a pesar de que mi hermano la engañaba. Sin embargo, Francesca ha formado parte de su vida desde entonces. Era lo bastante joven para darse cuenta de que no estaban hechos el uno para el otro, y siguieron siendo amigos. Por supuesto, Cesare ha estado perdidamente enamorado de ella desde entonces. Su lado romántico es una de las razones por las

que nos entendemos tan bien. Siempre he sido una romántica empedernida y él lo entiende.

Cesare bebe lentamente un gin-tonic mientras yo ahogo mis penas en cerveza. "Me importa que encuentres a la persona que te haga feliz, Stefano. Pero esa chica Calvino nunca iba a serlo", me explica con toda la delicadeza que puede. "Sé que te enamoras rápido o lo que sea, y que eres un romántico como yo, pero ella solo tenía diecinueve años. Tú tienes treinta y tres. Eso nunca iba a funcionar". No señalo que los catorce años de diferencia de edad entre Nicolette y yo no son nada comparados con los dieciséis que hay entre Raniero y Calíope.

La verdad es que si Cesare me hubiera dicho esto hace dos semanas, antes de que Nicolette desapareciera de la faz de la Tierra, no le habría creído. Estaba encaprichado con la idea de Nicolette Calvino, y nada de lo que me hubieran dicho mis hermanos me habría hecho cambiar de opinión.

Pero ahora tiene sentido; la retrospectiva es 20/20 y todo eso. "Sólo estoy cansada, Cesare".

"¿Cansada de qué?" Me pregunta suavemente.

Tal vez sea la cerveza o los restos de mi corazón roto, pero la sinceridad fluye de mis labios en una corriente de pensamiento consciente. "Cansado de buscarla. No a Nicolette, sino al amor de mi vida. Tengo treinta y tres años -reitero-, ya debería haberla encontrado. Debería estar planeando nuestra boda y hablando de tener hijos. Deberíamos estar discutiendo si vamos a vivir en su casa o en la mía o si deberíamos vender las dos y comprar una nueva juntos. Deberíamos tener problemas de pareja". No lo que demonios sea que tengo ahora.

Cesare emite sonidos de acuerdo y asiente con la cabeza cada pocos segundos. "Está bien querer esas cosas, Stefano. No está bien dejar que esas cosas se apoderen de tu vida. Deseabas tanto estar enamorado que te convenciste a ti mismo de que estabas enamorado de un Calvino. Stefano, hermano", sonríe íntimamente Cesare, "no amabas a Nicolette; te lo prometo".

Tiene razón, pero no puedo evitar sentirme frustrado. No importa si la quería o no. Lo que importa es que tengo que seguir adelante y empezar a salir de nuevo. Necesito salir e intentar encontrar a la persona por la que se supone que siento algo.

"Lo siento, llego tarde". Raniero se deja caer con Gabriel en brazos. Juro que lleva a este niño a todas partes. "Este chico se ha hecho caca al salir de casa y he tenido que volver a entrar a cambiarlo".

Arrugo la nariz con disgusto. Me cabrea ver a Raniero tan feliz. Secuestró a alguien, la mantuvo prisionera como la Bella y la Bestia, y luego consiguió un felices para siempre. Él tuvo suerte con su felicidad, y yo ni siquiera puedo encontrarla cuando la busco intencionadamente. "Podrías haberte quedado en casa", pongo los ojos en blanco. "Cesare y yo estamos bien solos. ¿Verdad, Cesare?"

Mi hermano menor aparta la mirada y bebe un sorbo de su vaso; no va a involucrarse. Se da cuenta de que me estoy emborrachando y me amargo con ello. Faltarle al respeto es una cosa, pero cuando se trata de nuestro hermano mayor, si no es en broma, más vale que tengas una buena razón para ello.

"En realidad, es mejor que haya venido. Tengo noticias para ti". Raniero sienta a Gabriel en su regazo, y el niño juega con una pajita que la camarera le ha entregado unos minutos antes.

Sí, me fastidia que sea tan feliz con su joven y guapa esposa y su niño tan molesto. "No sé por qué eres feliz". Lo fulmino con la mirada para enfatizar mi frustración.

Raniero se queda con la boca abierta y luego se ríe. "¿Qué? Sacude la cabeza antes de preguntarle a Cesare: "¿Cuánto ha bebido?".

"Según mis cuentas, sólo esa cerveza", responde Cesare encogiéndose de hombros. "Pero el desamor es un acelerante".

"Supongo que sí". Raniero chasquea los dedos para llamar mi atención. "Escucha, no sé cuál es tu problema, pero qué tal si me dejas contarte lo que he aprendido, y luego puedes enfadarte por mi felicidad en tu tiempo libre".

Me están tratando como a un niño descarriado, pero ¿qué puedo hacer? Me siento como tal. Estoy enfadada con ellos sin razón aparente y me enfado. Tengo suerte de que sean mis hermanos y no amigos casuales. Un amigo podría ofenderse por lo que digo cuando estoy enfadado y no querría volver a hablar conmigo. "Vale", murmuro, "pero que sea rápido".

Raniero ignora mi mala actitud porque es un buen hermano; yo debería aspirar a parecerme más a él. "Nick y yo hemos estado en conversaciones últimamente debido al juicio por asesinato de Daniel Prewitt. No somos amigos", dice encogiéndose de hombros con indiferencia, "pero en este caso estamos del mismo lado. Últimamente he estado hablando con su enviado y me ha comentado que Nicholas está angustiado porque su hija se ha marchado. Aparentemente es por eso que está atrasado en su parte del caso del asesinato de Prewitt. Maldito bastardo. Si Luca acaba en la cárcel, voy a culpar a Nick".

Ni siquiera recuerdo la segunda parte. Sé que Luca y su nueva esposa, Sloane, se casaron para evitar tener que testificar el uno contra el otro en un juicio, pero también son felices. Ahora mismo no me importan. "Espera. ¿A dónde fue Nicolette?"

"Por desgracia, nadie lo sabe". Raniero frunce los labios. "Tengo a un tipo en el KOC investigando".

Mi estómago se revuelve incómodo. "¿Has involucrado al club de moteros? ¿No tenemos a nadie en la familia que pueda investigar su desaparición?".

"Confío en los Reyes. Siempre he tenido una buena relación con ellos, y Luca me dijo que él y Saint trabajaron juntos hace poco. Sabemos tantos trapos sucios sobre los Kings Of Carnage como ellos sobre nosotros. Es una destrucción mutua asegurada si alguien delata a alguien", se encoge de hombros Raniero. "¿Pero quieres oír la mejor parte?"

"No lo sé. ¿Lo sé?" ¿Parezco tan apático como sueno? Nicolette se ha ido, y nadie sabe dónde está. Mi última esperanza de un romance relámpago se ha desvanecido en el aire. Le pedí una cita y ahora se ha ido. Probablemente sea culpa mía.

Raniero sabiamente pasa de mi insolencia. "Nicolette le dijo a su padre que estaba embarazada. Él exigió saber la identidad del padre, y ella no quiso decírselo. Supongo que dijo que iba a asesinar al tipo o algo así. Al día siguiente, ella había recogido todas sus cosas y se había ido".

Me doy cuenta como un tren lento. Todo el daño no se hace a la vez, pero para cuando ha terminado conmigo, me siento como una ruina de mi propia creación. "¿Nicolette está...

embarazada?" Tengo que asegurarme de que sé lo que se dice.

"Sí", Raniero asiente con la cabeza.

"¿Y es mi bebé?"

Hace una pausa. "No lo sé. Quiero decir que sí, pero no conozco a la chica. ¿Se acostaba con otros hombres, o erais exclusivos?"

Nunca hablamos de exclusividad. De hecho, no hablamos mucho. "Tuve sexo sin protección con ella. Ella me dijo que lo tenía cubierto." ¿Nos pondría a los dos en riesgo así? ¿Jugaría con nuestra salud teniendo sexo sin protección con varios hombres al mismo tiempo? Eso no suena como ella.

"Entonces diría que hay muchas posibilidades de que seas el padre de ese niño".

No necesito acabar el resto de mi cerveza para sentirme borracho; la adrenalina ya se encarga de eso. "Voy a ser padre".

Excepto que la madre de mi bebé ha desaparecido.

NICOLETTE

Los adultos asumen la responsabilidad de sus decisiones. Los adultos hacen lo correcto incluso cuando apesta.

"¿Tú eres qué?" Mi padre es un hombre profundamente bronceado. Hasta el punto de que cuando se blanquea los dientes, el contraste es tan marcado que su sonrisa te echa para atrás. Apenas se le nota el rubor en las mejillas. Pero ahora mismo, a pesar del color de su piel, el rojo tiñe cada centímetro de su cara.

Me apoyo en la encimera de la cocina con una taza en las manos. Cuando soplo suavemente el líquido, el té envía una oleada de vapor hacia mi cara. "Estoy embarazada", repito.

Nicholas Calvino es un hombre apuesto se mire por donde se mire. Puede que mi padre me caiga mal, pero puedo admitir que entiendo por qué las mujeres se sienten atraídas por él. Irradia riqueza y poder, y no está mal mirarlo. Pero con su rostro contorsionado por la ira, entiendo por qué los demás también le temen. Parece el diablo reencarnado; en cualquier momento espero que salte por encima de la mesa de la cocina y me estrangule. "Si esto es una broma, Nicolette..."

Mi nombre suena vulgar saliendo de su boca, como alguien que escupe las palabras jódete cuando ha sido agraviado. "¿Te parezco de las que bromean sobre el embarazo?". Le miro por encima de la taza.

No le tengo miedo a mi padre. Solía tenerlo, como cualquier persona sensata. Pero cuando llegué a la adolescencia aprendí que mi padre nunca me haría daño directamente. Me tiraba los juguetes para darme una lección. Salía con mis profesores para mantenerme a raya. Invitaba a mis hermanos a un helado mientras me obligaba a sentarme y mirar. Pero mi padre nunca me puso las manos encima. A pesar de que sé que nunca me mataría con sus propias manos, debo admitir que parece un asesino.

Cuando por fin habla, es para preguntar quién es el padre. Me sorprende la moderación que muestra. Pensé que necesitaría a alguien a mi lado cuando compartiera esta feliz noticia con mi padre, pero se lo toma mejor de lo que esperaba. "El padre no es importante".

Le falta autodisciplina cuando le privo de la información que quiere. Se levanta de su sitio en la mesa de la cocina, agarra el borde de la madera y usa toda su fuerza para moverlo. La mesa se mueve de su sitio y se desliza contra la pared más cercana. La madera se clava en la pared y un crujido resuena hasta el techo. "Dime quién es el padre, Nicolette. Tiene que pagar por lo que ha hecho".

Puedo leer entre líneas su amenaza tácita: cuando descubra quién me hizo esto, lo matará: una vida a cambio de otra. "El acto fue consentido. Varias veces, en realidad. Incluso cuando fingía decir que no, me gustaba cuando me follaba, papá".

El color rojo de su cara se intensifica hasta alcanzar un hermoso tono granate. "Maldita sea, Nicolette. Estoy harto de tu mierda. No quiero oír hablar de tu vida sexual y estoy harto de que te vistas como una puta de baratillo".

La taza se resbala de mis manos. Es como si mis dedos olvidaran cómo agarrarla, y la cerámica cae al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Intento retroceder del asalto del té caliente y la arcilla irregular, pero ya estoy lo más atrás que puedo con el mostrador detrás de mí. Una esquirla me corta el costado del pie mientras permanezco de pie, rodeado de mi locura más reciente.

"Por Dios", jura Nicholas en voz baja, "no te muevas". A pesar de llamarme puta, no tarda en coger una escoba y un recogedor y empezar a limpiar el desastre. Tengo los dedos de los pies rojos por el té que me salpica y me escuece la curva del pie de la pierna por el corte. Mi padre limpia en silencio. Una vez que ha barrido la taza rota, coge los paños de cocina y los tira al suelo para absorber la suciedad.

"Me quedo con el bebé", le digo cuando ha terminado.

Nicholas levanta la vista del suelo y me fulmina con la mirada. "No me jodas", jura. "¿Qué? ¿Creías que quería que abortaras a mi primer nieto?". Resopla con disgusto.

No sé qué esperaba, la verdad. Quería que se enfadara, pero más allá de eso, no estaba segura de lo que quería que ocurriera a continuación. "No sé lo que quieres, padre. Porque parece que quieres que me quede con este bebé pero que no esté con su padre".

Pone los ojos en blanco mientras se pone en pie. "No, lo que quiero es que pague el pedazo de mierda que te hizo esto. Tienes diecinueve años, Nicolette. No deberías estar embarazada; deberías estar resolviendo tu vida y tu carrera".

Para él es fácil decirlo; siempre ha sabido lo que iba a hacer con su vida. Su carrera le fue elegida cuando fue empujado fuera del canal de parto en primer lugar. Como el último de una familia de varones, lo único de lo que tengo que preocuparme es de no ser un lastre para la reputación de mi padre.

Nicholas tira las toallas sucias en el lavadero que hay junto a la cocina. Cuando vuelve, se lava las manos. "Te quiero, Nicolette; espero que lo sepas. No siempre te has portado bien, pero siempre has ocupado un lugar especial en mi corazón. Cuando tenía tu edad, era igual de salvaje y rebelde".

"Me cuesta creerlo", resoplo.

Sonríe, cierra el grifo y se vuelve hacia mí. "Tu abuelo tuvo que sacarme de la cárcel la noche que cumplí dieciocho años porque mis amigos y yo robamos un coche para dar una vuelta. Estaba cabreado. Creo que se enfadó aún más porque dos de mis hermanos estaban conmigo. Eran menores y estaban borrachos. Así que, aunque no les eché el licor por la garganta y yo no estaba bebiendo, me metí en problemas por ello".

Me parece una locura que mi padre montara en coche y llevara a cuestas a sus hermanos

borrachos. El Nicholas Calvino que siempre he conocido ha vivido según sus propias reglas. Nunca le he visto recibir ni una multa de aparcamiento. "¿Cuándo cambiaste?"

Nicholas se encoge de hombros. "No lo sé exactamente, pero fue más o menos cuando conocí a tu madre. La eché un vistazo y supe que estaba perdido. Era más salvaje y loca que yo, y nos metimos en un montón de problemas juntos. En nuestra primera cita, me obligó a cenar y a correr, a pesar de que yo podía pagar la cena. En ese momento supe que era el amor de mi vida. Me recuerdas a ella, de hecho, y creo que por eso me enfado tanto contigo".

Le miro con el ceño fruncido. "¿Por qué? ¿Por qué?"

"Bueno", Nicholas se gira para imitar mi lenguaje corporal, "te pareces a Angelina. O te parecías antes de teñirte el pelo", dice con un tono burlón. "Pero cada vez que te miro a los ojos, la veo a ella. Tus constantes travesuras me recuerdan a ella todos los días. Era una infernal hasta que se quedó embarazada de Giancarlo. Ahí fue cuando todo cambió para ella. Y sospecho que ahora que estás embarazada, las cosas también van a cambiar para ti".

No sé por qué siento como si esa realización me diera una bofetada en el pecho. De repente siento que no puedo respirar. "Tengo que irme". Empiezo a salir de la cocina cuando la mano de Nicholas se enrosca en mi brazo. Estoy a punto de zafarme de él cuando me señala el suelo. Miro hacia abajo y veo el rastro de sangre que estoy dejando a mi paso.

"Deja que primero te ponga una tirita", me dice con delicadeza. "Es difícil quitar las manchas de sangre de la alfombra". No tarda más de un minuto en irse, pero vuelve con una toallita húmeda y un botiquín. Me siento a la mesa de la cocina mientras él me limpia la sangre del pie cortado y me lo venda cuidadosamente. "Dime que el padre es un buen hombre", me pide cuando termina de curarme la herida.

¿Es Stefano Valenti un buen hombre? Es una buena pregunta. Si hubiera pasado más tiempo conociéndolo y menos intentando llevármelo a la cama, quizá lo sabría. "Creo que sería un buen padre, pero no sé si quiero contarle lo del bebé todavía".

La actitud de Nicholas se endurece mientras se echa hacia atrás para sentarse sobre sus tobillos. "¿Por qué no ibas a decírselo? Debería participar en la vida de su hijo, aunque sólo sea pagando la manutención y viéndolo los fines de semana. Si es un buen hombre, al menos hará eso".

Estoy segura de que Stefano querría más que los fines de semana. No le bastaba con llevarme a la cama; quería llevarme a una cita. Un hombre así querría involucrarse en la vida de su hijo. "El padre es un Valenti. Querría involucrarse, pero no sé si quiero que se involucre".

Mi padre pasa por una gama de emociones. "¿Tuviste sexo con un Valenti?" Pregunta enfadado. "¿Con cuál? Están todos casados".

Espero que no sea así; nunca vi un anillo en el dedo de Stefano. "Ahora mismo no es importante". Me levanto de la mesa de la cocina y le agradezco su esfuerzo.

"Exijo saber qué hijo de puta fue". Nicolás se pone en pie y me fulmina con la mirada. "Lo mataré, Nicolette. Lo mataré con mis propias manos. Todos esos bastardos Valenti deberían haber sabido que debían mantenerse alejados de ti". Su diatriba continúa incluso después de que salgo de la habitación. Le oigo maldecir y gritar mientras subo las escaleras.

Está enfadado, como sabía que estaría cuando decidí dejar que Stefano entrara en mí. Quería herir a mi padre quedándome embarazada. Quería que se enfadara cuando descubriera que me había acostado con un Valenti. He conseguido toda la venganza que una chica podría pedir, pero todavía siento que me falta algo.

Mis pies me llevan directamente a mi armario y preparo una bolsa. Sé lo que tengo que hacer incluso antes de decirlo en voz alta.

He pasado todos estos años intentando enfadar y cabrear a mi padre por una razón: por los actos inimaginables que hizo para alejar a mi madre. Sólo tenía cinco años cuando se marchó, y aún no sé por qué lo hizo.

La respuesta a mis problemas está en ella. Si puedo averiguar por qué hizo lo que hizo, quizá encuentre por fin la paz que necesito para dejar de meterme con mi padre.

Necesito encontrar a mi madre.

NICOLETTE

El dinero puede comprar mucha felicidad. Puede comprarte una casa y suficientes cosas para llenarla. Puede comprar comida para engordar. Puede comprarte un gimnasio para ponerte en forma. Pero lo más importante es que el dinero puede comprar respuestas.

Angela Calhoun. Ese es el nombre que mi madre eligió después de dejar a mi padre. No era particularmente inteligente o creativo, sólo un derivado de su nombre real. Pero no me importaba porque así era más fácil encontrarla.

Mi hermano me puso en contacto con un amigo suyo. El amigo tardó menos de veinticuatro horas en responderme con la información que necesitaba. Francamente, estaba preocupado. Si él podía averiguar dónde estaba mi madre después de tantos años en no más de un día, ¿lo sabía mi padre?

Sin embargo, no podía preocuparme por eso durante mucho tiempo: había cosas más importantes que hacer, incluido el largo viaje hasta Dakota del Norte. El amigo de Damiano dijo que podía darme el número de teléfono que utilizaba Angela, pero lo rechacé. No quería anunciar mi llegada sólo para descubrir que había huido. Después de tantos años, no quería descubrir que mi madre no quería saber nada de su familia. Esperaba, probablemente de forma egoísta, que alguna parte de ella aún me quisiera.

Manhattan, Kansas, a Stanley, Dakota del Norte, es un viaje de catorce horas si no paras a por comida o gasolina. Así que tardo un par de días en llegar. Hago largas pausas para comer y compro imanes de nevera de recuerdo en todas las paradas de camiones que encuentro. No sé por qué, pero me parece importante documentar este viaje.

Mi padre me llama una docena de veces y me deja varios mensajes en el teléfono. También me manda mensajes porque no tiene límites. Puede que yo no les dijera a mis hermanos que estaba embarazada, pero Nicholas sí. Recibo un aluvión de felicitaciones en el chat del grupo de hermanos; nadie pregunta quién es el padre.

Durante varias horas de camino a Dakota del Norte, me planteo contarle a Stefano lo del bebé. Merece saberlo. Al fin y al cabo, este niño es suyo en un 50%. Puede que le haya mentido sobre los anticonceptivos, pero una parte de mí quiere saber cómo reaccionará. ¿Se enfadará? ¿O dará un paso al frente y lo sacará del parque?

Creo que mi padre lo mataría. No es que Stefano sea el más problemático de los hermanos Valenti. Nunca supe su nombre antes de que termináramos juntos en el Hotel Bluemont. Pero no

creo que a mi padre le importen detalles triviales como ese.

La otra mitad de mi tiempo la paso intentando averiguar qué decirle a mi madre. No la veo desde que tenía cinco años. Recuerdo que quise buscarla el día que cumplí dieciocho. Le escribí cien cartas y hablé con su memoria todas las noches antes de acostarme. Algunas personas hablaban con Dios; yo hablaba con mi madre. Quería creer que estaba ahí fuera, en alguna parte, y que podía oírme.

Pero entonces cumplí dieciocho años y no la busqué inmediatamente. Pasaron los meses y me alegré de no saber nada de ella. Creo que tenía miedo.

¿Y si la encontraba y nunca había odiado a mi padre? ¿Y si simplemente ya no quería ser madre? ¿Y si yo fui la razón por la que se fue?

La gente dice que saber es poder, pero a veces, no saber también puede ser poderoso.

Cuando llego a su casa, me sorprende su tamaño. Yo he vivido toda mi vida en una mansión palaciega, mientras que mi madre vive en lo que sólo puede describirse como una choza.

La puerta principal estuvo pintada de rojo, pero ahora se ve cómo se desconcha la pintura y brilla la madera que hay debajo. Faltan algunas tejas en el tejado y algunos trozos de revestimiento parecen dañados por una tormenta. Hay un porche envolvente, pero sólo tiene una zona para sentarse. Todo parece sucio y asqueroso, como si le hiciera falta un lavado a fondo.

El amigo de Damiano debía de estar equivocado. Cuando buscó a Angelina Calvino, debió de equivocarse en Internet. Es imposible que mi madre viva aquí. Puede que una Angela Calhoun conduzca el destartalado Kia aparcado en el césped, pero no mi madre.

Me preparo para la decepción mientras camino hacia la puerta principal. Los tres escalones que conducen al porche se sienten desvencijados bajo mi peso y me agarro a la barandilla para salvar mi vida. Por favor, no me dejes morir. Pero no hablo con mi madre ni rezo a Dios; sólo ruego por sobrevivir a este viaje.

Mientras llamo a la puerta, se me ocurre que nunca he sabido qué decirle. No me conformé con algo ingenioso y encantador. No decidí castrarla con mi ira.

Ahora no hay tiempo. La puerta se abre y oigo risas entre un hombre y una mujer. La persona que está ante mí luce una hermosa sonrisa; la hace parecer veinte años más joven. Sé inmediatamente que es mi madre.

"¿Puedo ayudarle? me pregunta mientras me mira cara a cara. Angelina es sólo un par de centímetros más alta que yo, pero sé que cuando tenga su edad, este será mi aspecto: una belleza atemporal.

"Soy yo". Es todo lo que puedo decir. "Nicolette."

El tiempo parece haberse detenido. El mundo sigue girando a nuestro alrededor, pero estamos atrapados en este momento. Mis ojos chocolate oscuro se encuentran con los suyos y un torrente de lágrimas rompe la barrera cuando ella se adelanta para abrazarme. "Nicky", respira en mi pecho, "me has encontrado. Después de todo este tiempo, me has encontrado".

Angela Calhoun está casada con Ronald Dowell; no se parece en nada a mi padre. Mientras que padre tiene la piel oscura, de tono siciliano, Ron parece que se quemaría con el sol al entrar en el supermercado. Mi padre no llega al metro ochenta, mientras que Ron mide 1,90 y es fornido. Mi padre me trata como a un grano en el culo, Ron me trata como a la hija que nunca llegó a tener.

"Tu mamá me contó todo sobre ti cuando nos reunimos". Lleva delantal cuando cocina; mi padre nunca lo haría. Está haciendo galletas para acompañar el té dulce que nos ha servido; mi padre no come un carbohidrato que no sea pasta. "Llevamos esperando a que cumplas los dieciocho".

Mi madre no me ha soltado la mano desde que llegué. Aunque nos sentamos a la mesa del comedor y compartimos un vaso de té helado, se aferra a mí como si no pudiera soportar separarse. "Lo tenía marcado en el calendario", anuncia Angelina con timidez. "Ha sido una tortura esperar a que me encontraras".

Veo las manos grandes y fuertes de Ron amasar la masa de las galletas antes de extenderla. Está tan cómodo en su masculinidad que no le molesta que mamá le diga que se ponga el delantal. Se limita a mirar los lunares rosa pastel y se encoge de hombros antes de volver al trabajo. "¿Por qué nunca viniste a buscarme?". le pregunto frunciendo el ceño.

Ella frunce los labios y su mano aprieta la mía con más fuerza. "Es complicado, cariño. Seguro que ya sabes que tu padre no es un hombre normal". Podría repetirlo; nada en Nicholas Calvino ha sido nunca normal. "Nunca me pareció una buena idea volver a abrirme a él".

"¿Qué te hizo?" Hago la pregunta cuya respuesta he esperado toda mi vida. "¿Por qué te fuiste?"

La mano de Angelina se afloja alrededor de la mía, y veo cómo hace contacto visual con Ron. Tienen un vínculo tácito, los dos, y creo que viene de una década de matrimonio. Dicen que se conocieron un par de años después de que Angelina llegara a Dakota del Norte y que fue amor a primera vista. "Cuando me casé con tu padre, me atraía el peligro que entrañaba ser un Calvino. Me atraía su lado oscuro. Pero a medida que pasaron los años y empezamos a tener hijos, aprendí a tenerle miedo".

Me habla de las amenazas contra la vida de Nicholas. Que una vez iba en su coche y, cuando salió de una tienda con mi hermano mayor y los gemelos, había un tipo con una pistola. "Cuando se dio cuenta de que Nick no estaba conmigo, huyó. Tu padre dijo que nunca hacían daño a las esposas ni a los hijos, pero yo estaba aterrorizada desde ese momento. Porque, ¿y si alguien hubiera disparado primero y preguntado después? ¿Y si, por algún tipo de accidente, yo quedaba atrapada en el fuego cruzado?".

Ron mete una bandeja de galletas en el horno y se acerca para colocarse detrás de Angelina. Le pone las manos sobre los hombros y le masajea lentamente los músculos.

Angelina apoya la cabeza en su antebrazo y se deleita con su tacto. "Quería a tu padre, Nicolette, y siempre tendré un lugar para él en mi corazón. Pero ya no podía vivir así. Cuanto más crecíais, más me daba cuenta de que seguiríais sus pasos. Me aterrorizaba. Así que hice lo único que podía hacer: Huí".

Una parte de mí está disgustada por su confesión, pero otra parte la comprende. Las decisiones de mi padre han marcado mi vida desde el día en que nací. Estoy acostumbrada al estilo de vida

que nos ha impuesto; creo que si todo desapareciera, incluso podría echarlo de menos. "Creo que he cometido un error", le confieso tras unos instantes de silencio.

Ella enarca una ceja. "¿Qué clase de error?"

"Es una larga historia".

Ron sonríe y consulta su reloj. "Tenemos toda la tarde, cariño. No me importa empezar a cenar temprano si los dos queréis poneros al día". Su energía es cálida y paternal, que es otra forma de que no sea como Nicholas. Cuando mi madre decidió volver a sentar la cabeza, lo hizo con el hombre menos parecido a Nicholas Calvino que existe. Y eso me encanta de ella.

STEFANO

Vale, Nicolette no ha desaparecido. De hecho, es fácil localizarla cuando Raniero me pone en contacto con Saint.

Pero no esperaba tener que viajar a Dakota del Norte para encontrar a la mamá de mi bebé; no tiene sentido. Puede que no haya tenido muchas conversaciones con Nicolette, pero se podría pensar que querer vivir en Dakota del Norte habría salido a relucir una o dos veces.

Un billete de avión a Minot, Dakota del Norte, y un vuelo accidentado más tarde, estoy delante de un agente de alquiler de coches, intentando explicar por qué no tengo ni idea de adónde voy. "Verás, aunque necesito llegar a Stanley, no estoy seguro de cuánto más tengo que conducir. No sé por qué eso es importante. Estoy pagando la gasolina. Estoy pagando el coche. ¿Por qué necesita saber mi itinerario?".

El agente de alquiler me dedica una sonrisa efervescente. "Señor, vamos a entrar en invierno, lo que significa nevadas ocasionales. Conocer su itinerario nos ayuda a determinar qué tipo de coche necesita. Si va a zonas donde las nevadas son más intensas, le daremos un coche más apto para el invierno. Si..." Levanto la mano para detenerla antes de que siga. "Sí, sí, lo entiendo. Ya lo has dicho. Te digo que no lo sé. Podría ir a cualquier parte. Sólo dame el vehículo que mejor vaya en la nieve".

"Tampoco podemos hacer eso porque si los viajeros saben que van a estar en zonas con más nieve, queremos asegurarnos de tener el inventario en stock".

Nunca había tenido tantas ganas de golpearme la cabeza contra una pared. "Señora, deme un coche o me iré a otro sitio. Problema resuelto. Estoy harto de discutir con usted. Si muero en la carretera porque no tengo neumáticos de nieve o lo que sea que tengan sus coches mejor equipados, es mi problema".

Me lanza una mirada escéptica antes de explicarme que si muero conduciendo uno de sus vehículos, se hará una investigación, y será más que mi problema.

"Firmaré los papeles de responsabilidad si hace falta. Me da igual. ¿Quieres que escriba en un papel que si muero no culpo a la empresa de alquiler? Porque lo haré si es lo que quieres". Mi actitud debe de estar afectando a la agente de alquiler de coches, porque resopla y empieza a teclear en el ordenador que tiene al lado. Unas pocas pulsaciones más tarde, ella manifiesta un billete para mí.

"Lleve esto al garaje y uno de nuestros empleados le traerá el coche. Necesitaremos una tarjeta de crédito por si devuelve el coche dañado". Sigue sonando profesional, pero si escuchas con atención, puedes oír la molestia en su tono.

Fue un desvío de una hora, pero por fin estoy de vuelta en la carretera. Nunca había estado en Dakota del Norte, y el paisaje es bonito. No debería quedarme tan embobado, pero no me cruzo con demasiados coches de camino a Stanley.

Saint tenía un amigo que pudo rastrear el teléfono de Nicolette. Sé que lleva un tiempo escondida en este pueblucho de dos mil habitantes. Raniero investigó el lugar donde se alojaba y descubrió que había sido comprado por Angela Calhoun. Una investigación más profunda desenterró el historial laboral de la última década y un certificado de matrimonio, pero ninguna red social ni fotos de la mujer. Angela Calhoun es un fantasma, y no sé muy bien por qué.

Ojeo la radio durante la hora que dura el trayecto de Minot a Stanley. Cada pocos kilómetros, la emisora se corta y tengo que buscar otra. Paso de los 40 principales a la música country, al rap y finalmente a la clásica antes de que la carretera me lleve a Stanley. Los grandes éxitos de Beethoven suenan por el altavoz mientras reduzco la búsqueda a la casa donde se aloja Nicolette.

Me sorprende lo que encuentro cuando localizo el lugar; no es lo que esperaba. Vuelvo a comprobar la dirección para asegurarme de que estoy en la casa correcta, pero, efectivamente, es aquí. Dejo el papel en el asiento del copiloto y me miro en el espejo retrovisor. Todos mis cabellos están en su sitio y mi barba se ha moldeado adecuadamente. Tengo un aspecto muy respetable.

Cuando me acerco a la puerta principal, los escalones se tambalean un poco. Parece que le vendría bien una mano de pintura, pero eso no importa. Pulso el timbre y golpeo la madera. Me planteo llamar a Nicolette hasta que conteste, pero no quiero asustarla.

La mencionada Angela Calhoun es quien abre la puerta. Hay algo en ella que me resulta extrañamente familiar: lleva una sonrisa reconfortante mientras me saluda. "Hola. ¿Estás en el sitio correcto?"

Sonrío a la hermosa y vibrante mujer y veo algo en sus ojos que me recuerda a Nicolette. Me detiene en seco. Incluso cuando abro la boca para decirle por qué estoy aquí, es como si olvidara cómo hablar.

"¿Quién es?" Un señor mayor se acerca a la puerta. Se eleva sobre mí y lleva una mirada confusa. "Hola, hijo, ¿podemos ayudarte? ¿Se te ha averiado el coche o algo?".

Por alguna razón, esto me sacude de mi confusión. "Hola, sí, lo siento". Tropiezo con mis palabras y me siento estúpido. "No estoy segura de estar en la dirección correcta, pero ¿está Nicolette Calvino aquí?".

La mujer morena con los ojos de Nicolette da una palmada. "¡Tú debes ser Stefano!" Anuncia. "No pensé que vendrías, para ser honesto. Pero le dije a Nicky que en cuanto supieras que había desaparecido, aparecerías en la puerta. Pero ha pasado tiempo", dice frunciendo el ceño. "¿Hace cuánto que te enteraste?".

El hombre, presumiblemente su marido, extiende la mano para estrechármela. "Soy Ron. No hagas caso a Angela", dice con un guiño, "está cansada de los chicos italianos desde que dejó a

Nicholas".

No sé qué decir al respecto. Abro la boca para responder y luego la cierro. La mano de Ron se cierra en torno a la mía y tiembla lo suficiente por los dos.

"Entra", insiste Ron. "Te pondremos al día, hijo".

Debo de parecer tan confuso como me siento, pero los sigo al interior de la casa. No es tan grande como la mansión de la familia Valenti, ni siquiera tan grande como mi casa, pero es acogedora. Desde la chimenea del salón hasta las mantas esparcidas por todos los sofás y sillones, dan ganas de acurrucarse con una taza de chocolate caliente y un buen libro.

"Has venido". De un rincón de la habitación en el que aún no había reparado llega un suspiro de alivio. Veo a Nicolette con el pelo teñido recogido en una pinza y una manta extendida sobre su regazo. Lleva unas gafas negras de ojo de gato que la hacen parecer más sabia de lo que es. "Mamá dijo que lo harías, pero yo tenía mis dudas".

¿Es la madre de Nicolette? Me giro para mirar a la mujer mayor y, de repente, me doy cuenta de por qué me resulta familiar. Angela Calhoun es el aspecto que tendrá Nicolette dentro de treinta años, y es precioso. "Estás embarazada". La fulmino con la mirada desde el otro lado del salón. "Te fuiste de la ciudad con mi bebé".

Nicolette asiente con la cabeza. "Sí, me fui. Ni siquiera intenta negarlo.

"Bueno", me pongo nervioso ante su mirada, "no lo toleraré. Es mi hijo tanto como el tuyo. Volverás a Manhattan conmigo. Recoge tus cosas. Tenemos que ver a un médico".

"Espera, cariño". Angela me toca el brazo cuando empiezo a caminar hacia su hija. "Antes tengo que hacerte unas preguntas. No vengas a mi casa a decirle a mi hija lo que tiene que hacer. Ahora, si no te importa, hablaremos primero en la cocina".

Abro la boca para discutir con ella, pero su marido se queda de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, con cara de músculo que va a respaldar las exigencias de su mujer. No le tengo miedo a Ron. Apuesto a que podría con él en un apuro, pero no quiero cabrear a la familia de Nicolette. Así que doy media vuelta y me dirijo a la cocina.

Si quieren hablar, hablaremos. Pero digan lo que digan, Nicolette volverá a Manhattan conmigo.

STEFANO

Mi mamá me enseñó a amar mucho. No sólo a la gente, sino a amar las cosas que hago. Fue mi padre quien me enseñó a defenderme.

Entro en la cocina con decisión y me elevo por encima de Angela Calhoun. Me cuadro de hombros y me dispongo a decirle que, diga lo que diga, me llevo a Nicolette conmigo. Pero entonces su marido entra en la habitación, me enseña los dientes y me pregunta si quiero un té. Estoy tan sorprendida que acepto, y ni siquiera me gusta el té.

"¿De hibisco", pregunta Ron, "o verde?".

Me encojo de hombros. "Eh, ¿el verde está bien?".

Angela me prepara una silla y me hace pasar. Su hospitalidad es tan desagradable. Creía que iba a pelearme con ella para recuperar a Nicolette, y aquí está, tan dulce como un pastel de melocotón. "Cariño", empieza con esa bonita sonrisa suya, "¿qué intenciones tienes con mi hija?". Ron lleva la misma sonrisa perdurable en la cara mientras se apoya contra la estufa mientras deja que la tetera empiece a hervir.

"Bueno, francamente, pienso hacer de ella una mujer honesta. Al fin y al cabo, lleva a mi hijo". Mi indignación por haber sido abandonada en Manhattan sin tener la menor idea de que la mujer que me importaba estaba esperando un hijo mío está totalmente justificada.

La mujer mayor cruza la mesa para darme una palmadita suave en la mano. "Eso está muy bien, cariño, pero ¿en qué te diferencias de su padre? Supongo que conoces a Nicholas Calvino. Creo que tiene más edad que mi hija".

Me remuevo incómoda en mi asiento y le retiro la mano antes de colocarla en mi regazo. Había olvidado que había una gran diferencia de edad entre Nicolette y yo: catorce años. "Con el debido respeto, señora Calhoun, Nicholas Calvino y yo no nos parecemos en nada. Es un tirano que no puede pensar con claridad cuando tiene los ojos en el premio".

Angela levanta una ceja. "¿Qué crees que estás haciendo?".

Abro la boca para responder, pero la cierro rápidamente. Estaba a punto de decir que estoy recogiendo lo que es mío. Sin embargo, se me ocurre que eso es precisamente lo que haría Nicholas. Perseguiría a una mujer hasta el fin del mundo si fuera necesario.

"Eso es lo que pensaba". Angela toma mi silencio como una admisión de culpa, y no se

equivoca. Soy la persona que me acusa de ser. "Quiero a mi hija y, francamente, quiero a mi ex marido. Fue bueno conmigo, pero el estilo de vida que llevan ustedes es lo que me alejó. No crecí con el tipo de peligro al que se enfrentan vuestras familias. No fue hasta que me casé con Nicholas que descubrí lo peligroso que era sobrevivir".

Tiene sentido. He pasado toda mi vida aprendiendo a los pies de mi padre. Las lecciones que enseñó a los chicos Valenti eran todas iguales. Tratar con los enemigos no sólo era importante en el negocio familiar, era importante en todos los aspectos de la vida. Papá nos enseñó a hacernos amigos de la gente pequeña y de la gente importante. Nunca sabes cuándo alguien que creías que no valía nada se convierte en la persona exacta que necesitas en una crisis'. Crecimos sabiendo que la muerte formaba parte de la vida. En la época de mi padre, tenía que preocuparse de los atentados con coche bomba y de que le dispararan por la calle. Ahora nuestro estilo de vida es más civilizado. Los hombres te matan en la cama y utilizan a tu mujer para hacerlo'. Las lecciones que aprendí a sus pies me sirvieron en todos los aspectos de la vida.

"Señora", silba la tetera detrás de Ron y él la atiende rápidamente, "a su hija la educaron igual que a mí".

"Corrección", añade Angela, "fue criada como una mujer en el estilo de vida. Le dijeron que fuera educada y correcta, que siempre fuera una dama y que nunca le diera todo a un hombre hasta que él estuviera dispuesto a pagarlo".

Asiento con la cabeza. "Sí, a tu hija la educaron de forma ligeramente diferente. Esta cultura nuestra es machista, de eso no hay duda, pero tu hija ha desafiado las expectativas que Nicholas puso en ella. Estoy seguro de que puede ser educada y correcta si quiere, pero la Nicolette Calvino que conozco es una bomba atómica. Llega a tu vida y lo revienta todo. Vive para el caos y para romper las reglas. Si hay alguien que puede manejar lo que significa ser la esposa de un hombre hecho, es tu hija".

Angela mira más allá de mí hacia donde Ron está parado en la estufa. Está poniendo unas bolsitas de té verde en la tetera, pero la mira a los ojos. Comparten una conversación a través de expresiones faciales y estratégicos levantamientos de cejas antes de que Ron se aclare la garganta. "Stefano, ¿dijiste que era?". Confirma. "Te voy a ser sincero, sólo conozco a Nicolette desde hace unos días. He oído hablar de ella a su madre, pero hace poco que la conozco. Tienes razón en lo de la bomba atómica, lo reconozco", dice con una profunda carcajada.

Pero al cabo de unos segundos se tranquiliza por completo. Cualquier rastro de humor desaparece de sus facciones mientras aprieta la mandíbula y junta las cejas con toda seriedad. "Pero conozco a Angela desde hace años. Hemos hablado de todo, hijo. No pretendo conocer tu estilo de vida ni entender lo que ocurre en familias italianas como la tuya. Lo único que sé es cómo se sentía mi mujer cuando empezó a salir conmigo. Recuerdo las dudas que mostraba cada vez que me ponía de mal humor o me pasaba algo malo. Era como si estuviera esperando a que cayera el otro zapato. Tardó años en superar el trauma que le supuso estar casada con un hombre hecho y derecho", subraya. "No quiero eso para Nicolette. Sé que no es mi hija, pero esto vale para cualquier mujer. No quiero verlas encogerse de miedo porque el coche empieza a hacer un ruido raro y creen que va a explotar."

"Eso nunca ocurriría", le tranquilizo de inmediato.

"Eso no importa", responde él. "Los accidentes ocurren. Y no quiero que le ocurra un accidente a

esa joven".

La verdad es que yo tampoco. La necesito viva y sana. La necesito entera y hermosa. Si vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos, no puedo permitirme que ocurra un accidente.

Pero tampoco puedo dejar atrás el legado de la familia Valenti. No puedo despedirme de todo lo que mi familia me ha dado. No puedo rechazar las peticiones de mi hermano cuando sé que sólo me pide que haga algo que nos beneficiará.

"Primero, gracias. A los dos. Entiendo sus preocupaciones, sobre todo teniendo en cuenta que las familias Valenti y Calvino no están necesariamente en los mejores términos. Podría llevarme a Nicolette de vuelta a Manhattan para ser madre soltera si Nicholas tiene algo que decir al respecto. He oído que quiere matar al responsable de dejar embarazada a su hija". No creas que no he pensado en mi propia mortalidad cada noche desde que descubrí que Nicolette estaba embarazada. Sólo he considerado que mi muerte potencial vale un poco de riesgo.

"Pero ella es mi responsabilidad ahora. Me quiera o no en su vida, está embarazada de mí. Soy responsable de asegurarme de que tiene ropa en la espalda y comida en la boca. Soy responsable de llevarle y traerle del médico. Soy responsable de que vaya a la escuela y aprenda todo lo que pueda. Puede que Nicolette no quiera salir conmigo o estar conmigo y si ese es el caso, cruzaremos ese puente cuando lleguemos". Dolerá, pero merecerá la pena; eso es lo que me repito a mí mismo. "Pero que ella quiera o no estar conmigo no me exime de mis deberes y deseos. No me quita las ganas de ser padre. No disminuye mis responsabilidades. En todo caso, me da más. Porque soy responsable de que ese niño sepa que es amado por sus dos padres aunque no pudiéramos amarnos el uno al otro. No me tomo nada de esto a la ligera; es lo más importante que me ha pasado nunca".

Ron desliza una taza de té delante de mí. Miro el humeante líquido marrón durante unos segundos antes de llevármelo a los labios y beber un sorbo. Es horrible, tal y como esperaba. Nunca he bebido té, pero la costumbre dicta que cuando alguien te da comida o bebida, se lo agradeces y te lo comes sin rechistar. "Ahora, si no te importa, hay una joven en el salón con la que necesito hablar. Tenemos que pensar en el resto de nuestras vidas y, por mucho que me guste charlar contigo, creo que la relación que ella y yo estamos construyendo es más importante."

Me levanto de mi asiento para excusarme cuando Ron me da una palmada en el hombro. "Eres un buen hombre, Stefano. Si Nicolette decide ir contigo, no se lo impediremos".

Respiro aliviado. Ahora solo tengo que convencerla.

NICOLETTE

Oí todo lo que decían en la cocina; la casa de mi madre no es grande ni está bien aislada. No es la única conversación que he escuchado en el tiempo que llevo aquí. Una vez, hace un par de noches, oí a Ron y a mi madre intercambiar votos de amor antes de tener relaciones sexuales. Esa noche me puse tapones para los oídos, pero no puedo decir lo mismo de hoy.

Sé que a mi madre y a Ron les importa lo que nos pase a mí y al bebé. Cuando le conté cómo surgió todo esto, no supo muy bien qué decir. Se culpó de mi obsesión de toda la vida por rebelarme contra mi padre. Pensó que si hubiera vuelto o se hubiera quedado para dar explicaciones, quizá yo no estaría en la situación en la que estoy ahora. Pero la verdad es que su marcha fue sólo una parte de los motivos por los que me convertí en la persona que soy. Siempre he sido un poco salvaje, incluso antes de que se fuera. No creo que hoy estaría en esta situación si ella se hubiera quedado, pero no estaría muy lejos.

Cuando Stefano entra, tiene una mirada decidida. Desde mi punto de vista, parece que está a punto de decirme lo que tengo que hacer. Si mi padre entrara en la habitación con ese temperamento, me pondría inmediatamente a la defensiva. Pero Stefano no me asusta. Nada en él me hace querer patear, gritar y chillar. Tiene todo el fuego y la dureza de sus hermanos, pero cuando está conmigo, sólo veo su lado suave.

"Vas a volver a Manhattan conmigo", me dice tajante.

Si no acabara de escuchar su perorata a Angelina y Ron, me enfurecería con él. Entre las hormonas y mi inclinación natural a ir en contra de lo que otros me dicen que haga, puede que incluso consiguiera rechazarle. "No voy a volver allí si tengo que vivir con mi padre". Lo admito, Nick y yo nos unimos la última vez que estuvimos juntos, sólo un poco. Me contó un par de historias que me hicieron verlo a través de lentes más claros. Pero ya no puedo vivir con él. Creo que es hora de mudarme y ser mi propia persona.

Stefano toma asiento en el sofá, perpendicular a mí. Su rodilla se apoya en la mía y coloca una mano sobre ella. "Me parece bien. Tengo mucho espacio en mi casa. Probablemente no sea tan grande como la de Nicolás, pero es suficiente para una familia de tres".

Tengo miedo de vivir con él. Siento que el miedo me recorre el cuerpo como si me echaran un cubo de agua fría en la cabeza. "Quiero mi propia habitación. No quiero dormir contigo".

Una sonrisa dobla la comisura de sus labios hacia arriba. "Si tú lo dices, Nic, pero sí quieres dormir conmigo. Recuerdo la última vez que estuvimos juntos. Tenías tantas ganas de correrte

como yo".

Mis mejillas se sonrojan de un rosa pálido y desvío la mirada para que no vea el rubor. "Eso es diferente", tartamudeo al cabo de unos segundos. "No dormimos juntos, Stefano. Follamos". Decir esas palabras con mi madre a una habitación de distancia me pone nerviosa, pero soy adulta. Puedo hacer lo que quiera, incluso acostarme con hombres que casi me doblan la edad.

"Si quieres tu propia habitación, está perfectamente bien". Me aprieta la rodilla. "Pero al final te darás cuenta".

Petulante, añado: "No quiero casarme". Eso ni siquiera es verdad. Quiero casarme algún día. Quiero el vestido blanco y el elegante salón de recepciones. Quiero elegir las flores y celebrar una despedida de soltera y todo lo que hacen las novias". Pero la confianza de Stefano me desconcierta y tengo que decir algo, lo que sea, para recuperar el control.

Esta vez, cuando Stefano me aprieta la rodilla, hay tensión en las yemas de sus dedos. La expresión de su rostro se endurece cuando inclina la cabeza para mirarme. "Nicolette, solo te lo voy a decir una vez. Si no quieres estar conmigo, no pasa nada. Lo entenderé si no somos compatibles o si hay circunstancias atenuantes que nos impiden estar juntos. Aún así te dejaré vivir en mi casa hasta que quieras irte. Nada tiene que cambiar hasta que tú quieras", me asegura.

"Pero", empieza Stefano bruscamente, "si decides estar conmigo, nos casaremos. Pasaré el resto de mi vida haciendo todo lo posible para que seas feliz. Haré todo lo que esté en mi mano para que tú y nuestro hijo estéis a salvo. Todo lo que pido a cambio es tu compromiso conmigo. Quiero que lleves mi anillo y mi apellido. Quiero que todos los hombres vivos sepan que estás tomada. Quiero que todos los hombres tengan miedo de tocarte. Porque no te equivoques, si decides estar conmigo, mataré a cualquier hombre que se atreva a ponerte un dedo encima nunca más".

Me estremezco inesperadamente. Los celos desnudos y la posesión de Stefano tocan una fibra sensible en mi interior. Mi padre me ha tratado como una propiedad toda mi vida; le pertenezco desde el día en que nací y adopté su nombre. Eso me hizo odiarlo; debería hacerme odiar a Stefano por la misma razón. Pero viniendo de sus labios, suena como agua para un hombre que se muere de sed. Suena como todo lo que no sabía que quería. En lugar de una maldición, suena como una bendición.

Esta relación no tiene que ser sobre el control. No tiene que ser sobre enfadar a mi padre. Creo que nuestra relación podría ser sobre nosotros si lo permito. "Vale", le digo. "Aunque todavía no sé si quiero estar contigo".

"No pasa nada", dice encogiéndose de hombros. "Tenemos tiempo de sobra para descubrirlo".

Nunca esperé a Stefano. Quiero decir, sólo tengo diecinueve años. Pero cuando pensaba en mi futuro, no lo imaginaba con un hombre como él. No sé por qué; no sé si me imaginaba a alguien, en realidad. Simplemente estaba absolutamente segura de que no quería a mi padre. Creo que saber lo que no quería nubló mi juicio lo suficiente como para no poder determinar lo que sí quería.

Stefano es como mi padre en muchos aspectos, pero tan diferente a él en otros. Puedo verle siendo mi Ron, mi "felices para siempre". Sólo necesito dar el primer paso. "Una última

petición".

Su agarre en mi rodilla se afloja mientras asiente con la cabeza para que continúe.

"Quiero venir a visitar a mi madre al menos dos veces al año. Y quiero que ella y Ron vengan a visitarnos. Ahora que la he encontrado, no quiero volver a perderla". Hace catorce años que no tengo relación con mi madre; no puedo permitirme pasar tanto tiempo sin ella otra vez.

"Por supuesto", Stefano frunce el ceño. "Eso es un hecho. Espero que mantengas el contacto con tu padre. ¿Por qué iba a impedir que pasaras tiempo con tu madre?".

Un suspiro de alivio me atraviesa. "No sé. Pensé que venir aquí rompería el acuerdo".

Stefano vuelve a sonreír. "Por supuesto que no. No creo que me guste conducir hasta aquí, pero si es lo que quieres, me haré un hueco. Lo haremos una vez al mes, incluso".

"Eso no lo sé", sonrío. "Pero cada pocos meses, tal vez. También podríamos volar".

Asiente con la cabeza. "He volado antes a Minot. Es un bonito aeropuerto. Está a sólo una hora en coche".

Veo el resto de nuestras vidas extenderse ante mis ojos. Stefano y yo caminando de la mano mientras nuestro hijo está en el patio de recreo. Los dos conduciendo de Minot a Stanley cada pocos meses. Nuestro hijo yendo a un colegio público en Manhattan en lugar de ser enviado a un colegio privado a miles de kilómetros. Envejecer juntos. Ser abuelos.

Es curioso cómo cambia la visión de tu vida cuando cambian tus prioridades. "Volvamos a Manhattan", decido al cabo de unos instantes.

Las palabras suenan diferentes saliendo de mis labios. Él apareció exigiendo que volviera; yo vuelvo por decisión propia. Es el mismo resultado, pero por medios distintos. Nadie me obliga a estar con Stefano, es una decisión que tomo yo sola.

EPÍLOGO

NICOLETTE

7 meses después

"Ni siquiera quiero estar casada contigo". Una capa de sudor me cubre la frente mientras me agarro a la barandilla de la cama. Otra contracción sacude mi útero como un tornado. Juro que me jode todos los órganos internos mientras arrasa mi cuerpo y me deja destrozada.

Stefano está a mi lado con la puta sonrisa más alegre que he visto nunca mientras me aplica un paño húmedo en la frente. "Sí, tienes que hacerlo", insiste. "Cuando te pongan la epidural y todo esto acabe, volverás a quererme".

Me tiemblan los ojos cuando le miro. "No te lo puedes creer de verdad. No pensarás que voy a empujar a tu bebé cabezón fuera de mi vagina y seguir queriendo estar contigo. Estás loco". Ese es el dolor hablando. Todas las clases que tomé decían que respirara durante las contracciones y te diré una cosa gratis: eso es mentira. Mi útero está tratando de expulsar a este niño y se siente como si me estuviera desgarrando para hacerlo. A la mierda respirar por el dolor.

"Mis hermanos dijeron que existía la posibilidad de que fueras hostil durante el parto. Dijeron que no me tomara nada de lo que dijeras como algo personal porque el dolor por el que estás pasando es algo que yo nunca tendré que experimentar, y que simplemente debería estar agradecida por estar aquí". La forma en que lo dice me molesta. Tanto que le agarro la muñeca y se la aprieto con todas mis fuerzas; una mueca de dolor cruza la cara de Stefano.

"Escucha, colega, te quiero, joder. Probablemente también amaré tu estúpido culo cuando esto termine. Pero ahora mismo, no te pongas contento y esa mierda hasta que haya conseguido las drogas buenas. Sólo me cabrea más". Mi ira se apaga a medida que la contracción se disipa. Ya no siento como si alguien me estuviera apretando el útero con la mano. Sin embargo, no voy a dejarme llevar por una falsa sensación de seguridad. Sé que en unos tres minutos tendré otra contracción.

Stefano me quita la mano con cuidado y me besa en la frente. "¿Quieres más trocitos de hielo?".

Asiento con la cabeza, sintiéndome miserable con cada movimiento que hago. "¿Cuándo va a llegar mi madre?". Llevo tres horas de parto. La llamé cuando empezaron las primeras contracciones y ella y Ron dijeron que cogerían el primer vuelo disponible.

"Déjame ver", murmura Stefano frunciendo el ceño. Saca el móvil del bolsillo trasero y lee el mensaje. "Vale, su vuelo sale dentro de cuarenta y cinco minutos. Va a pasar por Denver y luego por el aeropuerto de Manhattan, pero tienen una hora de escala en Denver. Así que el aterrizaje aquí debería ser en unas seis horas. Enviaré a uno de mis hermanos al aeropuerto a recogerlos para que no tengan que coger un coche".

Dios bendiga a los hermanos Valenti porque no creo que pueda esperar a que Angelina alquile un coche. Sé que sólo serán unos minutos más, pero quiero a mi madre aquí ya. "Seis horas es una eternidad", me quejo.

Stefano me acerca el cubo de cubitos de hielo. "Sí, pero con suerte, cuando el anestesista termine con la madre en la otra habitación, llegará hasta ti y pasarás la mayor parte de las próximas seis horas sin dolor".

Sin dolor. Sin dolor. Esas palabras suenan como una carta de amor. "Dios, eso espero", gimo. "Sabía que iba a ser el peor dolor de mi vida, pero vamos, joder. Siento como si esta cosa intentara desgarrarme".

Es tan tierno y cariñoso como lo ha sido desde que lo conocí. Stefano vuelve a coger la toallita y va a pasarla por debajo del fregadero mientras yo chupo trocitos de hielo. "Lo siento, cariño. Si pudiera, te quitaría el dolor".

Ha sido un embarazo largo, con contracciones de Braxton Hicks desde que estoy de 33 semanas y estrías oscuras pintándome la barriga. Stefano me ha elogiado cada vez que hemos hecho el amor, diciéndome que soy la más guapa que he estado nunca, pero seré sincera, estoy deseando volver a tener mi cuerpo.

Este bebé ha cambiado toda mi vida. A pesar de odiar a mi padre por lo que dijo sobre que un bebé me asentaría, tenía razón. Soy una persona diferente a la que era hace nueve meses cuando conocí a Stefano en Porters. Mi padre diría que soy mejor persona, pero por eso no le pregunto, porque no me importa su opinión.

"¿Está bien si llamo a Nick?" pregunta Stefano como si me leyera el pensamiento. "No tenemos que dejar entrar a tu padre", añade rápidamente, "pero creo que deberíamos hacerle saber que estás de parto".

Siempre me asombra lo leal que es Stefano con la familia. Incluso cuando se enfrentó a mi padre después de que volviéramos de Minot, no tembló de miedo ni suplicó perdón. Se quedó allí y le dijo a mi padre que me quería y que iba a cuidar de mí sin importar lo que me deparara el futuro. Le dijo a Nicholas que si rompíamos, siempre estaría ahí para nuestro hijo. Y si por alguna razón muere, dijo que sus hermanos se asegurarían de que yo tuviera todo lo que necesitara.

Si Stefano viniera de cualquier otra familia italiana, mi padre lo recibiría con los brazos abiertos. Pero como es un Valenti, Nicholas lo mira con desconfianza en todo momento. Aun así, creo que mi padre está empezando a aceptar a los Valenti, aunque solo sea porque Stefano y yo anunciamos nuestro compromiso hace un mes.

"Sí", respondo entre dientes. La siguiente contracción me sorprende y empieza a activar mi núcleo como si fuera el peor entrenamiento de mi vida. Me agarro a las barandillas de la cama y espero a que pase. Stefano me susurra cosas dulces al oído y me ofrece una mano para que me

agarre. No se queja ni un segundo cuando se la aprieto tan fuerte que empieza a ponerse roja.

Durante una contracción, todo deja de existir. No creo que me diera cuenta si Stefano cayera muerto a mi lado. El dolor es tan exquisito que borra cualquier pensamiento de mi cabeza mientras caigo en medio de un remolino de agonía. Y esto ni siquiera es lo peor.

Cuando la contracción disminuye, suelto la mano de Stefano y me apoyo en las almohadas. "Sí", repito mi respuesta. "Puedes decírselo a mi padre".

"¿Necesitas algo?" Stefano se frota la mano dolorida, pero no siento compasión por él. Niego con la cabeza y veo cómo marca el número de mi padre.

Durante unos segundos, el único sonido en la habitación es el del monitor emitiendo zumbidos y pitidos. Entonces Nicholas coge el teléfono, presumiblemente, porque Stefano empieza a hablarle. "Hola, Nick. Sólo quería que supieras que Nicolette y yo estamos en el hospital. Está de parto, pero sólo ha dilatado cuatro centímetros. El médico cree que tardará unas horas más, pero el anestesista vendrá en breve para ponerle la epidural."

Nicolás dice algo al otro lado, lo que hace que Stefano se detenga en mitad de la frase. Hace un par de murmullos de subida antes de lanzarme una mirada. "Bueno, no lo sé", hace una pausa. "Como puedes suponer, Nicolette quiere a su madre aquí y si Angelina llega a tiempo, será admitida en la habitación. Pero ahora mismo, no estoy seguro de que Nic quiera que estés aquí para el parto".

Más silencio, pero ahora puedo oír cómo levanta la voz Nicholas. Stefano lo calla sucintamente. "Aprecio que quieras estar aquí para tu hija, y le haré saber que te gustaría estar aquí cuando nazca tu nieto, pero por favor, respeta sus deseos también. Si ella decide no tenerte en la habitación -su voz se eleva mientras mi padre protesta al otro lado de la línea-, entonces no serás admitido en la habitación. Si montas un escándalo, Nick, haré que mis hermanos te acompañen fuera del hospital. Tu hija no necesita esto hoy".

No sé qué dice Nicholas para protestar, pero Stefano le cuelga. Su teléfono empieza a sonar de inmediato y lo arroja al borde de mi cama de hospital. Noto las vibraciones a través del colchón, pero lo ignora. "Va a venir, pero como seguro que has oído, está un poco enfadado porque no quieres que esté en la habitación mientras das a luz".

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza. "Se puede comer una polla. Sólo ha sido amable conmigo porque estoy embarazada. Ya verás", le advierto, "cuando el bebé salga de mí, volverá a portarse como un gilipollas".

Stefano me coge la mano y se la lleva a los labios. La caricia de su piel contra la mía me tranquiliza. "Entonces no verá a su nieto. Problema resuelto. Nic, cariño, no tenemos que relacionarnos con tu padre más de lo que tú quieras. Es tu elección, cariño; yo sólo estoy aquí para hacerla cumplir".

En ese momento, me doy cuenta de lo peor que podría haber sido mi situación. Podría haber elegido tontear con otro chico. Podría no haber estado tan interesado en ser padre como Stefano. Podría no haber sido capaz de enfrentarse a mi padre. Podría no haber estado dispuesto a aguantar mi histeria hormonal cuando aparecimos en el Sonic cinco minutos después de que cerraran y lo único que yo quería eran aros de cebolla.

El destino tiene una forma curiosa de traerte a la persona adecuada en el momento adecuado. Pensé que Stefano era un ligue de una noche. Me acosté con él en el baño de Porters y luego planeé seguir adelante y nunca volver a verlo. Pero él me localizó y me demostró que era diferente.

"Está bien", tranquilizo a Stefano después de unos momentos. "Mi padre no es tan malo, supongo". Llevo años haciéndole pasar por un monstruo sin conocer todos los hechos. Creía que había hecho daño a mi madre y que por eso se había marchado, pero la verdad era que ella no podía llevar el estilo de vida que conllevaba estar casada con él. Le hice pasar por un montón de mierda que podría haberse evitado si mi madre hubiera sido sincera. Sé que tenía miedo de Nicholas, pero aún así, parte de esto es culpa suya.

"Estamos arreglando nuestra relación", le digo a Stefano. "En parte es mi culpa que nos peleemos todo el tiempo". En realidad, creo que Nicholas está siendo más amable conmigo porque estoy embarazada y porque he dejado de ser un grano en el culo. Es una calle de doble sentido. Creo que siempre tendré problemas con mi padre, pero los estamos superando.

"Joder", gruño cuando la siguiente contracción me aprieta el útero.

Se abre la puerta de la habitación del hospital y entra el anestesista. Lleva una sonrisa alegre que me dan ganas de tirarle algo. "¿Señora Calvino?" Pregunta. "¿Está lista para la epidural?".

Apenas puedo responder mientras la contracción se intensifica, así que Stefano lo hace por mí. Dios lo bendiga. Elegí a un buen hombre, aunque fuera por accidente.

SECRETOS SUCIOS

PRÓLOGO

Cesare - 4 años antes

"Eres un bastardo enfermo, ¿lo sabías?" Stefano se para unos metros detrás de mí y se ajusta la corbata en el espejo. Está guapo, pero yo lo estoy más.

"Lo sé". Este es el mejor traje negro que el dinero puede comprar; me sienta como un guante. Ha sido planchado a la perfección, y las líneas son tan nítidas que resultan letales.

Alguien llama a la puerta de mi habitación antes de girar el pomo y entrar. Raniero está de pie, con un aspecto robusto y atractivo, a punto de cumplir los treinta. Empiezan a salirle canas aquí y allá, lo que le da un aspecto distinguido. "Deberíamos irnos pronto. Queremos llegar a la iglesia antes que los invitados".

Jugueteo con el último botón de mi traje antes de asentir. "Vale, vámonos".

Hoy es un día sombrío; me cuesta todo fingir que estoy triste. Mi mejor amiga ha perdido a su marido y hoy nos despedimos. Le dije que me encargaría de todo; no le dije que yo era la razón de que esto estuviera pasando.

Francesca Scot ha sido mi mejor amiga desde el instituto. La vi el primer día de clase de gimnasia y supe que era la elegida. Era pequeña, de piel clara, con una mancha de pecas en las mejillas y en el borde de la nariz. Las chicas malas se burlaban de su pelo rojo y decían que no tenía alma. A Francesca no le importaba, las miraba de reojo y seguía andando.

Tardé dos semanas en encontrar el momento perfecto para charlar con ella. Hizo amigos rápidamente, y siempre estaba rodeada de chicos y chicas. Cuando no lo estaba, era porque estaba pateando traseros en la cancha de baloncesto o corriendo la milla semanal más rápido que el resto de nosotros. Medía 1,70 y era feroz de cojones; me encantaba.

Cuando me presenté, todo estaba decidido. Kessa arrugó la nariz y me dirigió una rápida mirada de arriba abajo antes de decirme que me largara. "He oído hablar de ti, Cesare Valenti. Te gusta enrollarte con chicas bajo las gradas y jugar a los médicos. Pero olvídalo, chaval, porque no te vas a meter en mis bragas". Un dedo de en medio, un rechazo, todo lo que le había dado era mi

nombre.

Pero no me detuve. Puede que tuviera razón sobre mi reputación en el instituto, pero no era como si me estuviera acostando con esas chicas. Éramos demasiado jóvenes para pensar en ese tipo de cosas. Sólo me gustaba besar chicas. Eso no era un crimen.

Para estar a la altura de Francesca en la clase de gimnasia, tenía que estar en la cima de mi juego. Como era tan pequeña, Kessa lo compensaba siendo ferozmente competitiva. Era rápida y eso le beneficiaba en cualquier juego o lección que aprendiéramos. Durante la unidad de fútbol, se escabullía entre la multitud con facilidad. Cuando aprendimos atletismo, era la más rápida de la clase. Kessa destacaba en todo, lo que significaba que yo tenía que destacar en todo para estar a su altura.

Nadie entendía por qué me esforzaba tanto por llamar la atención de Francesca. Raniero había terminado la universidad el año anterior y estaba en casa aprendiendo el negocio familiar. Me dijo que las mujeres van y vienen, y que no necesitaba perder todo mi tiempo con una chica a la que ni siquiera le gustaba. Mamá dijo que lo ignorara. "Nerón nunca ha estado enamorado, cariño. No le hagas caso. Es un pesimista".

El consejo de mamá ganó. Para las vacaciones de Navidad, Francesca me hablaba sin regañarme. Cuando llegaron las vacaciones de primavera en marzo, aceptó ser mi pareja en el baile de bienvenida. El resto parecía historia.

Aquel verano fue uno de los mejores de mi vida. Mis padres acababan de instalar una piscina enterrada y Kessa venía todos los días a lucir su cuerpecito en bikini. Mi madre juraba que me había equivocado al salir con una chica tan libre con su cuerpo como Francesca, pero a mí me encantaba. Iba a cumplir quince años y mis hormonas rugían como una tormenta. Si hubiera podido desnudarla, lo habría hecho, aunque no tuviera ni idea de qué hacer una vez que lo hubiera hecho.

Cuando empezó el nuevo curso en agosto, Kessa y yo éramos la pareja más guapa de la clase de segundo. Todo el mundo hablaba de que llegaríamos al baile de graduación y nos coronarían rey y reina. En todos los bailes a los que íbamos, la gente susurraba sobre nosotros al pasar. Decían que éramos hermosos, una pareja agraciada por los dioses.

Pero todo el mundo comete errores. Un año después de empezar a salir, yo estaba inquieto. Kessa no quería ir más lejos en el dormitorio que tontear, y yo era un adolescente cachondo que buscaba cualquier cosa que pudiera conseguir. La engañé con una chica del equipo de baile y, cuando se enteró, Francesca me dejó como si fuera leche agria. Ni siquiera lloró; se fue riendo. "Sabía que me romperías el corazón, Cesare, pero no pensé que sería así".

El destino es divertido. Kessa y yo llevábamos tanto tiempo juntos que, incluso después de romper, nos costó separarnos. A mi madre le gustaba Kessa ahora que había terminado el verano y les daba a mis hermanos valiosísimos consejos sobre citas. Yo tenía planes para hacer un viaje familiar con los escoceses y estaba ayudando al padre de Kessa a reconstruir un viejo Chevrolet Camaro. Abandonar la vida que habíamos construido juntos era más complicado que lidiar con el dolor de mi engaño. Kessa era una buena deportista, y después de un par de semanas decidió que yo era un adolescente tonto al que se le podía perdonar que tonteara con una chica del equipo de baile. "No es que vaya a volver a salir contigo", prometió, "pero podemos ser amigos".

Yo salía con otras chicas en el instituto; ella salía con otros chicos. Fuimos en la misma limusina al baile de graduación y pasamos la noche de graduación juntos, con nuestras citas siguiéndonos como cachorros aburridos que no entendían por qué seguíamos tan unidos.

Seguí a Kessa a K-State. Mientras ella se licenciaba en Pedagogía y obtenía un máster, yo estudiaba Kinesiología. Conoció a su marido en la primera escuela en la que enseñó, y vi cómo se enamoraba.

Para mi disgusto, Peter me pidió que le ayudara a elegir un anillo para Kessa. Sabía con semanas de antelación que iba a proponerme matrimonio. Tuve tiempo de sobra para decirle que la quería o para que rompieran, pero entré en un perpetuo estado de pánico. En lugar de decirle a Kessa que había estado enamorado de ella desde el primer día que la vi, vi cómo se casaba.

"Peter era un buen hombre. Nunca levantaba la voz y siempre estaba de buen humor. En su segundo aniversario de boda, tuve un accidente de coche. Llamé a Francesca desde el hospital y me gritó por haberles estropeado el fin de semana. Se le notaba la preocupación en el tono, pero también estaba muy enfadada. Pero Peter le cogió el teléfono y me preguntó dónde estaba. Dijo que se alegraba de que hubiera sobrevivido y que aguantara, que llevaría a Kessa al hospital en un par de horas. Debió de conducir ochenta y cinco todo el camino de vuelta desde Kansas City, porque ella estaba junto a mi mesilla de noche dos horas después con lágrimas en los ojos. Peter le trajo café de la cafetería y me trajo flores de la tienda de regalos. Mientras su mujer dormía junto a mi cama, se aseguró de que ambos tuviéramos todo lo que necesitábamos. Peter Anderson era un gran hombre; no podría haber pedido un hombre mejor para casarme con mi mejor amiga".

Stefano mueve la cabeza de un lado a otro en la primera fila, con los labios fruncidos por el disgusto. Oigo el eco de sus palabras en el silencio. Eres un bastardo enfermo, ¿lo sabías?

Cuando el funeral toca a su fin, permanezco junto a Kessa y la familia de Peter mientras se reúnen con los dolientes. Permanezco estoico por ella; soy su fuerza en estos momentos de necesidad. Cuando alguien dice algo especialmente conmovedor sobre Peter, veo que el cuerpo de Kessa se deprime y alargo la mano para tocarle la parte baja de la espalda. Es el más sutil de los gestos, pero la fortalece. Echa los hombros hacia atrás y se yergue, pintando una sonrisa renovada en su rostro mientras se reúne con los invitados restantes.

Me pongo de pie con mis hermanos cuando le toca a Kessa ver el ataúd. Sube sola al escenario y la observo con ansiedad.

"Hombres menores se limitarían a admitir su asesinato". Luca se queda de pie con las manos en los bolsillos mientras miramos a Kessa.

"Soy un Valenti", anuncio encogiéndome de hombros. "Nunca he sido un hombre menor".

Raniero me sonríe con orgullo. "¿Hiciste que Holy hiciera el trabajo?".

Asiento con la cabeza y le devuelvo la sonrisa. "Los Reyes tienen su utilidad". Howard "Holy" Pelham ni siquiera pidió los 50.000 dólares que destiné a la muerte de Peter. Todo lo que quería eran 20.000 dólares, y su expediente de encarcelamiento borrado. Era el trabajo más barato que me habían hecho nunca, y tenía la mejor coartada: estaba con Kessa la noche que ocurrió.

"Bastardo enfermo", Stefano murmura de nuevo. "Vas a ir al infierno".

Kessa se aparta del ataúd abierto y empieza a caminar hacia nosotros. "Todos vamos a ir al infierno, Stef; cierra la puta boca." Cuando está a menos de tres metros, doy un paso adelante con los brazos abiertos para abrazarla. "Siento mucho tu pérdida, cariño".

Todo el tiempo, Stefano tiene los brazos cruzados sobre el pecho, sacudiendo la cabeza con desesperación.

Claro, hice que asesinaran a sangre fría al marido de mi mejor amiga. Di el mejor discurso en su funeral. Cuidaré de su mujer el resto de nuestras vidas. Stefano no se equivoca; iré directo al infierno cuando muera. Pero al menos mientras viva, tendré el amor de una buena mujer.

La cagué en el instituto y perdí al amor de mi vida, pero no la volveré a cagar. Francesca Scot es mía ahora, y no hay nada que nadie pueda hacer al respecto.

FRANCESCA

El día de hoy

Ha sido un día largo. Creo que hay un club de la pelea secreto en mi colegio. Hoy han llevado a cuatro chicos a mi despacho con los ojos morados y la nariz ensangrentada; ninguno ha hablado. Cuando el periódico se entere de esto, me van a ensartar como a una brocheta. Ya puedo ver el titular:

EL DIRECTOR DE LA ESCUELA PRIMARIA BLUEMONT AJENO AL CLUB DE LA PELEA DE ESTUDIANTES

Una docena de padres estarán en mi despacho mañana por la mañana exigiendo saber cómo no sabía nada de que sus hijos habían montado un club de lucha ilegal. Puedo oír sus preguntas como si fuera una entrevista en directo.

"¿No hay monitores de recreo en el patio?".

"¿Por qué no había cámaras en el pasillo donde se peleaban?

"¿Les importan nuestros hijos a los profesores?"

"¿Acaso se preocupan por nuestros hijos?"

Me duele el estómago sólo de pensarlo. Quiero irme a casa, acurrucarme en la cama y fingir que nada de esto ha pasado.

"Hola. Reconozco su voz, pero si no lo hiciera, su saludo me daría asco.

Me doy la vuelta en el pasillo de los cereales y veo a mi mejor amigo a unos metros. Cesare tiene una cesta llena hasta los topes de frutas y verduras; es el tío más sano que conozco. "Hola, tú", sonrío. "¿Qué te trae por el pasillo de los carbohidratos y los azúcares añadidos?".

Cesare arruga la nariz con disgusto y mira a su alrededor, a las docenas de cajas de cereales azucarados para el desayuno y pop-tarts. "Te he visto pasar por este pasillo. Créeme, no necesito

nada".

Agarro lo primero que toca mi mano y se lo enseño a Cesare. "¿Quieres decir que no necesitas ocho paquetes de avena de arce y azúcar moreno?". Ahora que lo digo en voz alta, como que lo deseo. Cuando niega con la cabeza, lo meto en el carrito. "Es buena para el corazón, Cesare. Ya sabes, esa cosa en tu pecho que podría crecer tres o cuatro tallas".

"¿Me estás llamando Grinch?" Pregunta con una ceja levantada perfectamente cuidada.

"Todo lo que necesitas es un Max", anuncio con una sonrisa. "Ni siquiera celebras la Navidad, ¿verdad?".

Cesare se lleva una mano al pecho en señal de ofensa. "Yo celebro la Navidad, Kessa. ¿Has ido alguna vez a un club de striptease de Las Vegas en Navidad? Es el mejor regalo que puede recibir un hombre soltero".

Pongo los ojos en blanco y sigo caminando. "Estás loca. Deberías pasarla con tu familia".

Vuelve a arrugar la nariz. "Creo que me gustaba más cuando todo el mundo estaba soltero y sin hijos. ¿Sabes lo ruidosas que son las fiestas ahora? Siempre hay alguien llorando. Seguro que Stefano lloró a moco tendido en la cena de Pascua".

"Pero tú eres el tío divertido ahora. Un soltero con la renta disponible para endulzar a tus sobrinas y sobrinos antes de enviarlos a casa". Mi hermana, Sylvia, jura que nunca va a tener hijos. Asistir a las reuniones de la familia Valenti es lo más cerca que estaré de ser tía. Todos me tratan como de la familia.

Cesare frunce el ceño cuando nos detenemos frente a las barritas de cereales, y pongo unas cuantas cajas en mi carrito. "¿Estás comprando bocadillos para toda la escuela? Jesús, Kes".

"En días como hoy, este es mi tentempié de media mañana, el almuerzo y el alimento reconfortante de la tarde mientras lloro en el armario de mi despacho". He dicho demasiado. La preocupación invade a Cesare, que me toca el codo en señal de apoyo. "No pasa nada", me apresuro a asegurarle antes de que pueda preocuparse demasiado. "Algunos días son más duros que otros, y éste es uno de ellos. Es mi primer año como director, así que seguro que hay días difíciles, ¿no?".

Me aprieta suavemente el codo antes de separarse. "Por supuesto. Todo el mundo tiene días duros de trabajo".

"¿Incluso tú? pregunto moviendo las cejas.

Cesare me lanza una mirada cómplice antes de responder. "Incluso yo, Kessa".

Desde que conozco a los Valenti, sé que no son como las demás familias de Manhattan. Uno pensaría que, con cinco hijos, la madre de Cesare habría tenido que trabajar, pero era una orgullosa ama de casa que hacía pasta desde cero y se pasaba los domingos preparando salsa. Su padre les dio una casa preciosa, les pagó la universidad y nunca trabajó en una oficina. Conocía los rumores sobre su familia haciendo cosas malas para llegar a donde están hoy, pero Cesare no es así. "¿Cómo va la oficina de fisioterapia?".

A pesar de que siempre parece tener una mano en el negocio familiar, Cesare se ha diversificado

como su hermano, Luca. Mientras Luca se dedicó a la política, Cesare empezó a utilizar su licenciatura en kinesiología. Los dos se ganan la vida decentemente lejos de sus hermanos, y admiro a Cesare por separarse de Raniero. Su hermano mayor es un gran tipo, y ha donado bastante a la escuela primaria de Bluemont desde que empecé a trabajar aquí, pero sé que sus prácticas son un poco más oscuras de lo que preferiría involucrarme.

"Ha habido algunos contratiempos en las reformas del edificio. Han entrado en vigor nuevas leyes desde que se construyó el edificio. Si quiero renovarlo, tengo que cumplir los códigos actuales, lo que significa poner al día muchas cosas. Por ejemplo, el sistema de calefacción, ventilación y aire acondicionado", dice poniendo los ojos en blanco. "A principios del siglo XX, el sistema de calefacción, ventilación y aire acondicionado no existía, y me cobran varios miles de dólares si quiero instalarlo correctamente".

Me estremezco sólo de pensar en lo que costará ponerlo todo en condiciones. No sé cómo la gente tiene negocios o restaurantes cuando parece que sale más dinero del que entra. "¿No puedes invertir en unos ventiladores y darlo por bueno?". bromeo mientras nos dirigimos al pasillo de las conservas vegetales.

Cesare echa unas cuantas latas de judías verdes en su cesta de mano rellena. "Si pensara que puedo salirme con la mía, créeme, lo haría". Empieza a cambiar de sitio sus artículos para poner las latas en el fondo y que no magullen la fruta.

"Pon tu cesta en mi carrito". Nunca puede planear nada. Todavía me sorprende que sus hermanos lo dejaran a cargo de planear la despedida de soltero de Luca.

"¿Seguro?" Ya está colocando la cesta en la parte más grande de mi carrito, moviendo mis cosas a la parte de atrás. "Porque puedo llevarla yo. Sabía lo que podía pasar".

Le hago un gesto con la mano para que se vaya mientras meto unas cuantas latas de judías en mi carrito. "Creo que voy a hacer chili esta semana". Cesare señala que no puedo comer chili sin rollos de canela. "Obviamente. Es obvio". Tuvimos un estudiante extranjero de intercambio en la secundaria que no tenía idea de qué esperar cuando llegó a Kansas. Lo que más le sorprendió fue que a la hora de comer en la cafetería le sirvieran chili y rollos de canela juntos. Le sorprendió la idea de que los habitantes del medio oeste desayunaran y almorzaran juntos. Siempre pienso en eso cuando lo servimos en la escuela.

"De todos modos", Cesare cambia de tema, "¿qué ha pasado hoy en el colegio que te tiene tan estresado? ¿Tengo que pelearme con un niño? No tengo miedo de pelearme con un niño, Kessa".

Siempre sabe cómo hacerme sonreír. "Pelearse es el problema", le digo sobre los cuatro niños que terminaron en mi oficina esta mañana. "Pensé que si los agarraba uno a uno, delatarían a la persona que empezó todo esto, ¡pero no lo hicieron! Todos se mantuvieron unidos y no dijeron nada, incluso cuando los suspendí por dos días. Creo que hay una especie de club de la lucha de la escuela primaria, Cesare, de verdad. ¿De qué otra forma se explica esto?".

Se encoge de hombros. "No lo sé, Kes. Yo diría que los niños sólo son niños, pero estoy de acuerdo; creo que uno de ellos se habría revolcado sobre su compañero si ese fuera el caso."

"Los padres me van a crucificar. Voy a tener una revuelta en mis manos. Voy a perder mi trabajo y..."

Cesare me interrumpe con una mano levantada. "No", añade pacientemente, "no te va a pasar nada. Que unos cuantos niños se peleen es algo normal. Ahora bien, cuando todo un curso empieza a tirarse los trastos a la cabeza, puede que tengas que preocuparte por una revuelta de los padres".

El resto de nuestra conversación se ve interrumpida por el sonido de disparos procedentes de la entrada de la tienda. El terror me recorre el pecho cuando Cesare me agarra y me tira al suelo.

"Todo el mundo al suelo". Una voz grita desde la entrada de la tienda. "Ni se te ocurra llamar a la policía o te dispararemos".

He pasado por una docena de simulacros de tirador activo en la escuela, pero nada te prepara para cuando uno realmente sucede. Y cuando estás en una tienda de comestibles, no puedes correr a un aula y cerrar la puerta. "Cesare", gimoteo.

"Shhh." Me agarra de la mano y empieza a tirar de mí hacia el fondo de la tienda. "No hagas ruido".

Se oye un disparo, seguido de una salva de gritos. "No, deberíamos tumbarnos", le digo.

Pero entonces me mira. Y hay algo en sus ojos que me hace creer que sabe lo que hace. "Quédate detrás de mí", susurra. "Y no me sueltes".

La gente llora y oigo dos voces masculinas que dan órdenes. No sé qué pasará cuando lleguen hasta nosotros, pero no tengo intención de averiguarlo.

CESARE

Sabía que Kessa estaría hoy en Dillons. Todos los martes por la noche, hace la compra después del colegio y pide una pizza a Papa Murphy's. Mientras la pizza se hornea, guarda la compra y friega los platos. Mientras la pizza se hornea, guarda la compra y friega los platos. Francesca Scot se ha convertido en el tipo de mujer que vive y respira según su horario semanal.

Es por eso que fue tan fácil contratar a algunos chicos para disparar a la articulación. Son los tipos más limpios que pude encontrar con las armas más limpias que el dinero puede comprar. Hablo de banqueros y contadores públicos que nunca han tenido un trabajo duro en su vida. Suponiendo que sigan el plan, ni siquiera irán a la cárcel cuando todo esto termine. Saldrán de aquí antes de que llegue la policía y seguirán su alegre camino con una historia que contar a sus nietos.

Sin embargo, no tuve en cuenta la naturaleza humana. La maldita naturaleza humana nos arruinará cada maldita vez.

El plan era llevar a Francesca a la parte trasera de la tienda, al almacén, y salir por la puerta cuando aparecieran los tiradores. Unos pocos disparos, unas pocas amenazas, y luego iban a estar en su camino antes de que la policía apareciera.

Pero apenas llegamos a la puerta del almacén cuando nos detiene un hombre enmascarado. Va todo de negro y lleva un par de guantes para ocultar sus huellas dactilares, tal y como le dije que hiciera. En lugar de apresurarse a pasar junto a nosotros para llegar fuera a tiempo, dispara unas cuantas balas contra la pared de lácteos que hay junto a nosotros. "Más despacio, Tex", me dice desde unos pasillos más allá. "¿Adónde crees que vas?".

Aún tiene tiempo de cambiar de rumbo y hacer lo que se supone que debe hacer. ¿Dónde coño están los tíos con los que está? ¿Por qué oigo gritos desde otro pasillo? ¿Quién es ese que grita como si lo estuvieran torturando?

"No queremos problemas". Kessa me suelta y levanta las manos. Por suerte, se queda detrás de mí.

"Tienes una linda boquita, cariño". El hombre se acerca, y por el color de sus ojos puedo saber de cuál de los pequeños gamberros se trata. "¿Por qué no me das un beso, cariño?".

Me adelanto en su lugar, sin molestarme en levantar las manos en fingida rendición. "Vete a la

mierda, niña. Aquí hay mucha más gente con la que puedes meterte".

Se ríe de mí. "No tanta como crees".

La ira me llena el pecho y necesito una fuerza inhumana para no acercarme y darle un puñetazo en la cara.

"Cesare", suplica Kessa, "no te hagas el héroe".

"Escucha a tu noviecita", se burla el ladrón. "Sólo estoy pidiendo un beso. No estoy pidiendo que se desnude". Hace una pausa de un segundo mientras mira por encima de mi hombro a Francesca. "Todavía, de todos modos".

El asesinato ciertamente cruza mi mente. Seré honesto; soy un hombre de acción. Soy la razón por la que Francesca está soltera. He echado a todos los novios que ha tenido desde que Peter murió. Soy la razón por la que estos hombres están reteniendo la tienda de comestibles. Pero que me parta un rayo si voy a ser la razón por la que asalten a mi mejor amiga.

"¡Oh, Dios mío! Cesare! " Oigo gritar a Kessa entre el sonido de los puños sobre la carne. No recuerdo haber cargado contra el ladrón y haberlo acribillado, pero eso es lo que pasó. Tengo que admitir que aguanta el tipo.

Recibo un golpe bastante fuerte en la oreja. Se oye un zumbido milisegundos antes de que empiece a marearme. El arma debió caérsele de las manos cuando me abalancé sobre él porque puedo verla a metro y medio de distancia. Si consigo llegar hasta la pistola, podré disparar a este hijo de puta por creer que puede meterse con Kessa.

Pero todo sale mal. En mi rabia ciega, me olvido de que hay otros dos hombres en la tienda. Uno baja por el pasillo central como debe ser y me encuentra encima de su amigo, dándole una paliza. No sé qué le pasa por la cabeza, pero algo en ella le dice que dispare.

La primera bala me atraviesa el hombro como fuego. El dolor es tan inmenso que caigo hacia atrás y me agarro la herida sangrante. Una segunda bala pasa zumbando y me pincha en la oreja. Creo que duele más que el disparo en el pecho. "¡Hijo de puta!" He oído que decir palabrotas hace que sea más fácil soportar el dolor, pero me han mentido.

"¿Estás bien, tío?" El segundo tipo viene a ayudar a su compañero mientras el tercero corre hacia ellos.

"¡Vamos, vamos, vamos!" Ruge. "La policía está llegando".

Todo este plan fue un fracaso. Estoy herido. Los tipos que contraté son un montón de idiotas. Probablemente los atrape la policía, y luego me delatarán. Un club de lucha de escuela primaria será el menor de los problemas de Francesca cuando tenga que visitarme en alguna celda de la prisión de Nebraska.

"Todo va a estar bien." De repente, Kessa está arrodillada sobre mí. Me arranca la chaqueta que llevaba hoy al colegio y la presiona contra mi herida sangrante. Hay preocupación en sus ojos y veo que mueve los labios, pero ya no puedo entender lo que dice. Los bordes de mi visión se vuelven lentamente borrosos antes de llenarse de oscuridad. El dolor me acoge en su cruel abrazo.

"Te quiero, maldita sea. Ahora quédate conmigo". El tono furioso de Kessa corta por fin el agua que entra y sale de mis oídos. Creo que voy a vomitar, pero ver su cara alivia las náuseas.

Su bonita melena pelirroja y su hermoso rostro pecoso pronto son sustituidos por un par de paramédicos. "¿Estás bien? ¿Cómo te llamas? ¿Puedes oírnos?"

Quiero decirle que no hace falta que grite; le oigo perfectamente. Pero mi boca no funciona. Juro que esos matones me dispararon en el pecho. ¿Por qué no controlo mis funciones motoras?

"Tenemos que llevarlo al hospital. Parece que le han desgarrado el plexo braquial".

"¿Va a estar bien?" Kessa pregunta.

"Va a necesitar cirugía", anuncia el paramédico. "Tenemos que sacarlo de aquí, ahora. Vamos a llevarlo a Ascension Via Christi. Si son de la familia, pueden venir con nosotros".

No sé lo que pasa por su cabeza porque apenas puedo funcionar, pero Kessa toma su mentira ya hecha. "Soy su esposa".

He esperado una eternidad para oírla decir esas palabras; no puedo creer que haya sucedido apenas unos segundos antes de que me desmaye y me lleven al hospital.

FRANCESCA

Recuerdo la primera vez que vi a Cesare; tenía catorce años, complexión de chatarrero y un patético mechón de pelo en la barbilla que él decía que era una perilla. Parecía un gilipollas, y yo no tenía tiempo para gilipollas.

Él se creía gracioso, yo no. Me seguía durante la clase de gimnasia e intentaba seguirme el ritmo. Pero yo era un atleta y a él no le gustaba sudar. Yo cubría cada centímetro de la cancha de baloncesto, y él intentaba averiguar cómo meter la pelota en la canasta en el menor número de pasos. Yo podía correr en círculos a su alrededor, pero él era más listo que yo. Y más paciente.

Cesare me esperó durante los días intempestivamente cálidos del otoño y el soplo ártico del invierno. Se coló en mi grupo de amigos, aparecía en las fiestas en las que yo estaba y siempre tenía un cumplido que hacerme. Nunca mostró frustración cuando lo rechacé para una cita; nunca se quejó de que estaba cansado de perseguirme.

Hice que Cesare se dejara la piel para demostrarme su valía y sólo teníamos catorce años. Creía que los meses que habíamos pasado siendo amigos habían sentado una base sólida para nuestra relación. Pero entonces tonteó con Kiersten Karminski.

"Su respiración es dificultosa." El paramédico se cierne sobre Cesare mientras la ambulancia corre por las calles de Manhattan. El hospital está a tres kilómetros de la tienda, pero hay que pasar por la universidad. Incluso con las luces del camión parpadeando y las sirenas a todo volumen, los universitarios se saltan los semáforos de los pasos de peatones y se meten en la calle delante de nosotros. Empujan el vehículo cada vez que el conductor tiene que pisar el freno y tocar el claxon. Lo que debería ser un trayecto de cinco minutos parece una eternidad.

"Las constantes vitales parecen buenas". El otro paramédico añade al cabo de unos instantes. "Su ritmo cardíaco es elevado, pero no crítico. La pérdida de sangre está disminuyendo. Señora", me mira, "podría haberle salvado la vida presionando la herida".

Fue todo lo que pude hacer en el calor del momento. ¿Qué puedo decir?

Kiersten Karminski estaba en su último año, y todo lo que yo no era.

Yo medía 1,70, ella 1,70 y llevaba tacones de 10 centímetros a clase de inglés. Era todo piernas,

y eso hacía que todos los chicos la miraran. Me sentía despreciable al lado de una chica como ella.

Yo era pelirroja y tenía pecas; ella era rubia y se había hecho socia de Sun Tan City. Daba igual que hiciera doce grados y estuviera nevando, Kiersten Karminski parecía recién llegada de la playa.

Yo luchaba por engordar donde importaba: el culo y las tetas. Kiersten era un anuncio andante de Victoria's Secret. Yo no podía rellenar los sujetadores de copa B que le decía a mi madre que me comprara, y Kiersten se quejaba de dolor de espalda porque sus tetas doble D eran demasiado grandes. No podía compadecerme de ella cuando los chicos del instituto me decían que yo pertenecía al comité de tetas pequeñas.

Aún no estaba preparada para llegar hasta el final con Cesare; Kiersten se la chupó detrás de las gradas en un partido de fútbol.

Cuando descubrí que Cesare me había engañado, los odié a los dos, pero odié un poco más a Kiersten. No era culpa suya ni nada parecido, pero me enfurecía que una chica de aspecto perfecto como ella fuera detrás de mi hombre. Podría haber tenido a cualquiera en la escuela. ¿Por qué necesitaba quitarme a Cesare?

"Señorita, va a tener que esperar aquí". La enfermera de urgencias es muy amable, y sus manos están calientes. Lo noto cuando me agarra de las muñecas e intenta llamar mi atención. Mis ojos están pegados a la camilla que lleva a Cesare al quirófano.

"Necesito estar con él". Su sangre está en mi camiseta. "Es mi mejor amigo".

La enfermera me aprieta las muñecas con firmeza. "Vamos a cuidar de su marido, señorita. Este tipo de heridas rara vez son mortales. Puede que pierda algo de sensibilidad en el brazo o algo de movilidad, pero no morirá".

No morirá. No morirá. No. No. No morirá. Las palabras suenan en mi cabeza una y otra vez, insuflando aire fresco en mis pulmones. Mi mejor amigo no va a morir hoy.

"Siéntate, cariño. Te traeré una botella de agua mientras esperas". Es una buena mujer.

Hace unos años, cuando Peter y yo habíamos ido a Kansas City por nuestro segundo aniversario de boda, nos refugiamos en el Chateau Avalon Hotel and Spa durante el fin de semana. Estábamos en medio de un masaje en pareja cuando mi teléfono empezó a sonar. Le pedí disculpas a la masajista por dejarlo encendido y amablemente me trajo el bolso para que pudiera apagarlo.

Iba a apagarlo, de verdad. Peter y yo nos prometimos que este fin de semana nos mantendríamos alejados de las redes sociales y reduciríamos nuestro tiempo frente a la pantalla. Queríamos que nuestro aniversario girara en torno a nosotros.

Pero la imagen del contacto de Cesare apareció en mi pantalla y mi ansiedad se disparó. Sabía que no debía llamarme. Estaba cuidando a nuestro gato durante el fin de semana y yo le había

ordenado que me llamara solo en caso de emergencia. Estaba segura de que algo terrible le había ocurrido a Lucky, así que descolgué.

"Sé que me dijiste que no llamara", empezó la conversación, "pero tienes que encontrar a otra persona que cuide de Lucky. Tuve un accidente de coche y estoy en el hospital".

Se me paró el corazón. Mi mundo dejó de girar. El hombre que amaba estaba en el hospital y yo estaba a cien millas de distancia.

Una botella de agua desechada más tarde, la sala de espera está llena de Valentis. Raniero se pasea por el suelo mientras lanza miradas furiosas a la recepcionista. Sloane intenta hablar con ella y explicarle la situación, pero la mujer se niega en redondo a ponernos al día sobre el estado de Cesare. Mateo está lleno de rabia apenas disimulada y sigue contestando su teléfono para hacer peticiones en voz baja a la persona al otro lado. Stefano se sienta tranquilamente en un rincón con Nicolette acariciándole suavemente el brazo y susurrándole al oído.

"Tiene que haber novedades. ¿Me estás diciendo que lleva dos horas en el quirófano?". Sloane, la mujer de Luca, se burla de la recepcionista. "¿Qué están haciendo, transplantándole el hombro? O tienes noticias, o no las tienes".

La recepcionista suelta un pequeño resoplido a Sloane antes de cerrar de golpe el separador de plástico que las separa, cortando de hecho la comunicación. Yo esperaba que un comisario municipal actuara con un poco más de corrección, pero Sloane golpea con los puños el mostrador que tiene delante y suelta un gritito. "¡Quiero hablar con tu jefe!" Ella exige.

"Menudo comportamiento de Karen", oigo susurrar a Nicolette unos asientos más allá.

"Shh", dice Stefano con una sonrisa pálida, "si nos consigue algunas respuestas, entonces que sea la mayor Karen que el hospital haya visto nunca".

"¿Señora Valenti?" Un puñado de cabezas se giran hacia la mujer que está de pie en la puerta. Sus ojos se abren de par en par cuando se da cuenta de que toda su familia debe estar aquí. "Eh, quiero decir, ¿la mujer de Cesare Valenti?".

Raniero frunce el ceño. "No tiene..." Me levanto de la silla antes de que Raniero me descubra. "Soy yo", anuncio en voz alta. "Pero estos son sus hermanos". Señalo a los otros hombres de la habitación.

La enfermera mira de mí a los hombres, y cada cara nueva hace que sus cejas se junten un poco más. "El señor Valenti ha salido del quirófano y está despierto. Quiere ver a su mujer. Puede tener invitados", hace una pausa, "pero no tantos. Puede llevarse a uno de ellos".

"Yo iré", ofrece Raniero. "Seremos su mujer y yo".

La enfermera nos acompaña de vuelta a su habitación, y Raniero me coge de la mano. "Esposa, ¿eh?" Pregunta con una pequeña sonrisa. "¿Me perdí la boda?".

"Algo así", le devuelvo la sonrisa. "Pero no se lo digas a nadie". Lo explicaremos más tarde. Ahora vamos a ver a Cesare, y eso es lo único que importa.

CESARE

"Sé sincero conmigo. ¿Me ha atropellado una manada de elefantes salvajes?".

La enfermera sonríe mientras anota mis constantes vitales. "Casi", dice con un guiño.

Es muy guapa. Pequeña, como Kessa, pero un oscuro contraste con el amor de mi vida. "Si estoy fuera de peligro, ¿crees que podrías agarrar a mi esposa? Me gustaría verla". Apenas recuerdo que Kessa se llamara a sí misma mi mujer cuando los paramédicos me subieron a la camilla y empezaron a llevarme al vehículo de emergencias, pero sí lo recuerdo.

Su bolígrafo rasca el papel unas cuantas veces más antes de levantar la vista y asentir. "Claro que puedo. Pero el horario de visitas está a punto de terminar. Tendrás que hacerlo rápido".

"Sólo quiero decirle que estoy bien", le prometo a la enfermera. Y averiguar por qué estaba tan dispuesta a mentir a los profesionales médicos.

La enfermera se marcha y, durante unos minutos, sólo oigo el sonido de las máquinas y de la gente que pasa por fuera. Es casi una sensación acogedora estar sin teléfono que contestar ni televisión que ver. El sol se ha puesto hace tiempo, ahora que han llegado los días de invierno, pero la luna ocupa un lugar destacado en el cielo. No recuerdo la última vez que me quedé mirando intencionadamente a la luna. Es casi surrealista ver la bola blanca y brillante suspendida en el cielo, iluminándolo todo.

La puerta de mi habitación se abre y me saca de mi tranquilo ensueño. Kessa entra corriendo, y sólo tengo un segundo para fijarme en la sangre de su camisa antes de que se abalance sobre mí y me llene la cara de besos. "Te dije que no te hicieras el héroe", me regaña.

Mi hermano mayor, Raniero, está en la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Luce una sonrisita de suficiencia mientras observa cómo mi mano buena se acerca para sujetar a Kessa. "Me alegra ver que sigues vivo, hermanito".

"Apenas", gimo. "Parece como si me hubiera pisoteado un circo".

Al oír eso, Francesca se separa de mí y levanta las manos. Me mira con horror. "Dios mío. ¿Te he hecho daño?"

Había algo de presión cuando estaba encima de mí, pero los medicamentos que me dieron los médicos hacían horas extras para contener el dolor. Además, prefería tenerla encima, colmándome de besos, que no tenerla. "No, estoy perfectamente bien, Kes. ¿Es mi sangre?"

Cambio de tema antes de que pueda seguir flipando.

Kessa se mira la camisa. Lo que antes era una camisa blanca perfectamente planchada ahora está arrugada y manchada. "Oh, Dios", gime, "sí, lo es. Voy a tener que tirar esta camisa".

"Podemos llevarla a la tintorería", ofrece Raniero. Se acerca a mi cama y me pone una mano en la espinilla. "No me gustaría que perdieras una camisa porque este vago no puede resistirse a una pelea".

"Oye", lo fulmino con la mirada, "el tipo estaba amenazando a Kessa. ¿Qué otra cosa podía hacer?".

Raniero pone los ojos en blanco. "No lo sé, pero atacar al pistolero no parece la primera respuesta".

A decir verdad, no recuerdo haber atacado al tipo de la pistola. Dijo que quería un beso de Francesca e insinuó que podría querer más. Lo siguiente que supe fue que le estaba dando una paliza. Luego me dispararon, Kessa se hizo llamar mi esposa, y me desperté en esta cama. "¿Están los otros tipos en la sala de espera?"

"No seas estúpido," Raniero reprende. "Por supuesto que están. Calliope tiene a los niños. Se ofreció a cuidarlos cuando Francesca me llamó. Mateo se pasó con Marceila antes de aparecer".

"Tienes una buena mujer ahí", sonrío. "No me ofrecería a cuidar a los niños Valenti ni aunque me pagaras".

Raniero resopla. "Cállate. Sí que lo harías. Apuesto a que serás la primera en la habitación cuando Nicolette se ponga de parto".

Kessa se aclara la garganta cuando la habitación se silencia durante unos segundos y comienza a retroceder lentamente. "Yo, iré a buscar a tus hermanos. Deberían estar juntos en un momento así".

"No, cariño", la detiene Raniero. Extiende la mano, la agarra de la muñeca y tira de ella hacia la cabecera. "Informaré a mis hermanos de que el culo acribillado de Cesare está bien. Ustedes charlen. Eres su mujer, después de todo".

Sus mejillas enrojecen y, por un momento, Kessa me da la espalda. Hago lo que puedo para explicárselo. "Los paramédicos dijeron que podía venir en la furgoneta si era mi mujer".

Asiente con la cabeza sabiamente. "Sí, por supuesto. Creo que informaré a todos de que estás a salvo con tu mujercita".

"Cállate." Si pudiera mover el brazo izquierdo, cogería una almohada y se la tiraría.

Cuando Raniero sale de la habitación, cierra la puerta tras de sí, dejándonos solos a Francesca y a mí. Parece haber envejecido diez años en las últimas horas, y sé que es culpa mía. "Escucha, Kessa..." Se le llenan los ojos de lágrimas y eso me impide continuar. "Temía tanto por ti", susurra. "Pensé que ibas a morir. Estabas cubierta de sangre y pálida, muy pálida".

Alargo la mano derecha para tocar la suya. La sensación de su piel caliente bajo la mía alivia mi malestar. "Eso nunca debería haber ocurrido. Nunca deberías haberte visto en esa situación. Si

ese hombre te hubiera tocado, no sé qué habría hecho".

"Sólo fue un beso". Apenas puede alzar la voz. "Si te hubiera salvado de estar aquí ahora mismo".

"No pienses así, ¿vale?" Francamente, el hecho de que los ladrones se desviaran del guión es el problema. En cuanto tenga acceso a un teléfono, haré que los maten. No quiero que vayan a la policía o me rastreen, y estoy seguro de que no quiero que se acerquen a Francesca de nuevo. "Se acabó. No podemos cambiar nada. Estoy viva y estoy bien. Está bien, Kessa".

"Está bien", repite. De repente, ya no es la chica fogosa y apasionada de mi juventud que me rechazó cuando la invité a salir. No es la chica que me abofeteó en medio del anfiteatro a la hora de comer cuando se enteró de que había tonteado con Kiersten Karminski. Parece más pequeña, una cáscara de lo que fue. Quiero cogerla en mis brazos y decirle que nadie volverá a hacerle daño.

Pero yo soy la persona que sigue haciéndole daño. Soy la que mandó asesinar a su marido. Soy el que ha roto todas sus relaciones desde entonces. Soy el que hizo que esos tipos nos atacaran hoy en la tienda.

No puedo prometerle a Kessa que nadie volverá a lastimarla porque no puedo prometer mantenerme a raya. Francesca es el amor de mi vida, y sé que debe estar conmigo. La dejé ir una vez y tuvo unos años felices con Peter, pero él ya pasó. Es mi turno de ser feliz para siempre, cueste lo que cueste.

FRANCESCA

Cesare no pasa mucho tiempo en el hospital. Cuarenta y ocho horas después de ingresar, un médico le da el alta y fijan una fecha para una visita de seguimiento. "No quiero llevar este cabestrillo", le dice al médico.

"Me ayudará llevar el cabestrillo". El médico ni siquiera levanta la vista de su portapapeles. Creo que todo el mundo está harto de las quejas de Cesare. Es el peor tipo de paciente, e incluso su enfermera favorita se alegra de que se vaya.

Cesare intenta mover el brazo, pero no hace lo que él quiere y emite un suspiro de frustración. "Doc, soy fisioterapeuta. Créame, sé lo que tengo que hacer. No necesito tener el brazo en cabestrillo; necesito usarlo para que el músculo se fortalezca".

El suspiro del médico suena tan frustrado como el de Cesare, pero apuesto a que por un motivo distinto. "Ha atravesado los nervios del brazo, señor Valenti. Necesitan tiempo para curarse antes de que pueda empezar a estirarlos. Como fisioterapeuta", empieza con sarcasmo, "debería saberlo".

Estoy seguro de que cuando Cesare abre la boca es para crucificar al pobre médico, pero le agarro la mano y se la aprieto hasta que se calla. "Gracias, doctor. Me aseguraré de que Cesare acuda a su cita la semana que viene. Vamos, cariño". Le clavo una mirada que dice que no me presione.

El médico sale de la habitación y suelto la mano de Cesare. "Tienes que ser más amable con la gente que te ayuda".

Cesare salta de la cama del hospital y frunce los labios momentáneamente antes de sacudir la cabeza en señal de desacuerdo. "No. La única persona con la que tengo que ser amable eres tú. Y eso porque no puedo conducir con el brazo en cabestrillo". Levanta la voz para la última mitad de su frase como si el médico estuviera esperando fuera de la habitación, escuchándole.

"Cállate". Me giro para coger la bolsa del hospital que sus hermanos trajeron ayer y me la cuelgo del hombro.

"Oh, caramba", Cesare sacude la cabeza, "dame eso". Extiende la mano buena y hace un gesto de "dámelo" con los dedos.

Me alejo unos pasos. "Ya lo tengo. No estoy indefenso. No soy el que ha recibido el disparo".

Es su turno de poner los ojos en blanco. "Me dispararon intentando hacer algo bueno por ti, loca. Ahora dame la bolsa". Me sigue y le conduzco a la puerta.

"Déjame hacer esto por ti", le ruego mientras llegamos al pasillo. "Me defendiste de ese tipo. Lo menos que puedo hacer para agradecértelo es intentar que las próximas semanas sean más fáciles para ti".

Cesare parece querer discutir. Le educaron para ser un caballero, estuviera o no en su lecho de muerte. Pero le suplico con la mirada, y algo dentro de él cambia porque accede a dejarme llevar la bolsa. "Pero no puedes cuidar de mí", me dice mientras avanzamos por el pasillo. "Soy un hombre y los hombres varoniles deben cuidar de sí mismos". Pone un falso tono machista e hincha el pecho para completar el look.

"Así es, cariño", le doy una palmada en la espalda. "Pero soy tu mujer y sé lo que es mejor para ti. Por eso todo el mundo te entregará esta tarde comidas de vaciado en crockpot, para que no tengas que preocuparte por la comida durante las próximas dos semanas."

"Mi esposa, ¿eh?" Cesare me mira de reojo.

Asiento con la cabeza. "Eso significa que tienes que hacer lo que yo diga". Estamos entrando en terreno peligroso, pero no creo que me importe.

Cesare muerde el anzuelo. "Solo si me dices que haga cosas sucias", susurra mientras pasamos junto a un par de enfermeras que salen del ascensor.

Me hace sonrojar un poco, pero no me importa. Cesare y yo somos amigos desde hace casi dos décadas. No se puede estar tan cerca de alguien durante dieciocho años sin que se desarrolle un poco de intimidad entre los dos.

Cuando llegamos a casa de Cesare, lo primero que hace es dirigirse a la ducha. "Huelo a antiséptico y a hospital", anuncia con una mueca de disgusto. "Voy a lavarme".

"¡Cúbrete la venda!" grito mientras se dirige escaleras arriba. "¡No soy enfermero, Cesare! No manejo bien la sangre!". Le oigo resoplar antes de que la puerta del baño se cierre tras él. "Pues yo no", murmuro mientras empiezo a prepararle la cena.

El médico le ha dado a Cesare unas vendas para el hombro y le ha dicho que se las cambie una vez al día. Le mencioné de entrada que no se me dan bien las heridas, y se rió de mí, pero la broma va a ser para él cuando me maree y me desmaye si veo sangre.

Ayer llevé una bolsa con cosas a casa de Cesare. Cuando sus hermanos vinieron a visitarlo, me escabullí para recoger mis cosas. Raniero me dio una llave de repuesto y me dijo que si necesitaba ayuda, se lo dijera. También se ofreció a pagar una enfermera a domicilio, pero pensé que a Cesare no le gustaría. Tener a su mejor amigo aquí para ayudar sería agradable, sin embargo.

La nevera está escasamente abastecida y me apunto en la cabeza que mañana tengo que ir al supermercado después del trabajo. He pasado las últimas cuarenta y ocho horas en el hospital. Podría llamar mañana, pero es viernes. Probablemente debería dar la cara y asegurarme de que

Bluemont no ha ardido en mi ausencia.

La ducha se enciende en el piso de arriba y, al cabo de unos segundos, oigo a Cesare empezar a cantar en italiano. No sé qué significa la letra, pero me hace sonreír. Siempre canta en la ducha, y es una de las costumbres más sanas que más me gustan de él.

Pongo música para darle un poco de intimidad y empiezo a intentar preparar una comida con lo que tiene en la nevera. Supongo que los dos estábamos en el supermercado antes del tiroteo, así que es lógico que no tenga muchas cosas. Corto las verduras que quedan en su nevera: espinacas, zanahorias y un pimiento amarillo. Encuentro un tarro de cristal lleno de salsa casera para pasta y lo echo en una olla para que empiece a hervir a fuego lento. Hay una taza de fideos en su armario y una caja de penne a medio comer, así que pongo una olla de agua a hervir antes de echarlos. No es mucho, y no tiene proteínas, pero será suficiente.

Mientras escucho a Justin Bieber, Cesare aparece en la entrada de la cocina. Lleva el cabestrillo en el hombro izquierdo y se apoya en la moldura con el derecho. "Huele bien. ¿Qué estás haciendo?"

"Sólo un poco de pasta y verduras. No tienes mucha comida. Traeré algunas cosas mañana después del trabajo". Encontré un poco de ajo en la nevera y lo salteé con las zanahorias y el pimiento antes de añadirlos a la salsa.

"¿Vas a ir a comprar por mí?". Pregunta con una ceja levantada con curiosidad y una media sonrisa. "Eso es muy doméstico por tu parte".

Me encojo de hombros porque no sé qué más decir. "¿Te parece bien que duerma en el sofá? Ya traje algunas cosas ayer, pero supongo que debería decirte que voy a estar aquí".

Cesare se aparta de la pared y camina hacia la encimera junto a la estufa. "No hace falta que te quedes, Kes. Puedo cuidar de mí mismo, de verdad. Si todo lo demás falla, puedo llamar a uno de mis hermanos para que me cuide".

"Lo sé". Evito el contacto visual con él removiendo espinacas en la salsa de la pasta hasta que empiezan a marchitarse. "Pero lo tengo por ahora. No es que tú no harías lo mismo por mí si el zapato estuviera en el otro pie".

Tarda unos segundos, pero empieza a asentir. "Supongo que tienes razón. De acuerdo, puedes quedarte. Pero hazme un favor y duerme en la habitación de invitados. Ese sofá te destrozará la espalda". Antes de que pueda responder, se inclina hacia delante y presiona sus labios contra mi mejilla. "Si no lo he dicho ya, gracias por estar aquí".

Se me calienta la cara y toda la sangre se me sube a la punta de la nariz. Si no sonara el timbre, Cesare vería mi vergüenza y me haría preguntas. Pero en lugar de eso, se dirige a la puerta principal.

"¡Eh! ¡Creo que es el coche de Luca!" Me grita mientras pasa por el salón. Unos segundos después, oigo la voz de Luca. Le sigue su mujer, Sloane, que entra en la cocina con tres grandes bolsas de congelados en los brazos.

"¡Ha sido una idea genial!" anuncia Sloane mientras mete las bolsas en el congelador de Cesare. "¡Con Nicolette que sale de cuentas en unas semanas, he podido hacer algunas comidas para ella

también!".

La conversación vuelve a la normalidad, y mi cara deja de sentirse como si estuviera delante de un fuego. Se me pasa el rubor y le doy las gracias a Sloane por su ayuda. Pronto, la casa está llena de Valentis, y el congelador de Cesare está repleto de comidas de olla de cocción lenta. Y nadie más que yo se entera de mi vergüenza anterior.

CESARE

Es raro tener a Francesca cerca todo el tiempo, pero raro en el buen sentido.

Todo el mundo sueña con vivir con su mejor amiga. Algunos sueñan con ello en el instituto; otros lo hacen cuando se hacen mayores. Crees que te lo vas a pasar como nunca y luego empiezas a discutir porque uno de los dos es más organizado que el otro, o porque alguien deja cuchillos de mantequilla en la encimera por si quiere hacer una segunda tostada. Pero no es así entre Kessa y yo.

Ella se levanta a las 5:30 cada mañana para prepararse para el gimnasio. Vuelve a casa a las 6:45 y la cafetera empieza a prepararse unos minutos más tarde. Mientras ella se ducha, yo me levanto a preparar el desayuno. A ella le gusta un panecillo tostado con aguacate y huevos revueltos. Le preparo una taza de café cuando oigo cerrarse la ducha y, cinco minutos más tarde, está abajo con un traje pantalón y sus mechones rojos recogidos. Nos sentamos y charlamos durante media hora sobre lo que vamos a hacer durante el día antes de separarnos. Somos una máquina bien engrasada.

La cena es un asunto fácil la mayoría de las noches. Kessa hizo que todos mis hermanos y sus esposas prepararan comidas para que yo las pusiera en una olla de cocción lenta. Ella saca la comida del día siguiente para descongelar antes de ir a trabajar, y yo pongo la cena de hoy en la olla de barro antes de reunirme con mis hermanos. Cuando llegamos a casa, la casa huele delicioso y la cena ya está hecha.

Es la relación más sana que he tenido nunca, y ni siquiera es una relación. O, francamente, sana. Pero estoy deseando que esté por aquí y temo el día en que decida marcharse.

"Creo que te podrás quitar el cabestrillo dentro de una o dos semanas", me dice el médico en la revisión de las dos semanas. "Entonces te meteremos en fisioterapia e intentaremos aumentar tu movilidad. ¿Siente algún dolor?".

Tengo un frasco de hidrocodona sin tocar en casa. "La verdad es que no. Aunque he estado tomando Tylenol e Ibuprofeno, como me sugirieron".

El médico asiente con la cabeza. "Funcionan de maravilla para el dolor y la inflamación. Pero si tiene un dolor extremo, tome la hidrocodona que le receté. Si no lo haces, sólo estás pidiendo volver a lesionarte".

Y si lo hago, estoy pidiendo una adicción a los analgésicos. Tomé hidrocodona después de que

me sacaran las muelas del juicio, y me hicieron sentir como un loco y feliz. Si tuviera una personalidad adictiva, me habría costado dejar de tomarlas. "Por ahora estoy bien, doctor. ¿Cree que recuperaré toda la movilidad?".

Se encoge de hombros. "Sí y no. Nunca tendrás el alcance que tenías antes de que te dispararan, pero con suficiente fisioterapia estarás bien. Aún podrás estirarte por encima de la cabeza, pero quizá no puedas hacer flexiones. Lo cual está bien porque hay muchos otros ejercicios que puedes hacer para mantenerte en forma". No sé si creerle.

Mi teléfono suena cuando salgo de la consulta del médico, y la cara de Mateo aparece en la pantalla. "Hola", saludo, "¿qué pasa?".

"He encontrado a los chicos". Sin preámbulos, directo al grano. "Huyeron a Florida, si puedes creerlo. No sé qué iban a hacer allí, pero mis chicos los tienen. Están en un avión de vuelta a Kansas".

"Bien. Van a pagar por lo que hicieron". Tuve que contarles a mis hermanos lo que había pasado. Esperamos hasta salir del hospital, por supuesto, pero les expliqué toda la situación.

Stefano me llamó idiota y dijo que tenía lo que me merecía por intentar empujar a Kessa hacia mí cuando podría haberme limitado a invitarla a salir. Raniero pensó que era un poco de manipulación aguda. Mateo se ofreció para rastrear a los chicos y utilizó un puñado de miembros de la familia Valenti y un par de chicos de los Kings Of Carnage MC. Entre la media docena de hombres que tenía trabajando en el caso, todavía tardaron dos semanas en encontrar a los bastardos que amenazaron a Kessa y me dispararon.

"No sé si podemos matar a uno de estos tipos", añade Mateo después de unos momentos de silencio. "Está relacionado con Mayhem del KOC. Es como un primo segundo o algo así. Así es como fueron capaces de encontrarlo tan rápido".

Aprieto la mandíbula y siento un rayo de dolor en un lado de la cara. "Si es el que me disparó, Mat, lo juro por Dios".

Mateo se apresura a asegurarme que es con el que no tuve contacto real. "Más o menos estaba haciendo lo que tenía que hacer", dice con un deje de ambivalencia en el tono. "Supongo que follaba con algunas de las otras personas de la tienda. Básicamente, les daba patadas en las costillas a los tíos y les pedía a las señoras que se levantaran la falda o algo así, pero no hacía nada demasiado censurable".

No me gusta que acosara a las mujeres, pero supongo que podría haberlo hecho peor. Podría haber sido como el pedazo de escoria que quería tocar a Kessa. "De acuerdo. Si alguien tiene que vivir, puede ser él. Pero yo personalmente estoy golpeando la mierda del tipo que me disparó. No me importa si está relacionado con Dios. Le voy a dar una paliza, y eso no hay quien lo pare".

Voy a darle una paliza. No me importa si pasa el resto de su vida comiendo a través de una pajita. Le di una tarea de ciruela que implicaba asustar a un montón de gente, conseguir un montón de dinero por ello, y luego seguir su camino. Lo llevó demasiado lejos, y ahora tiene que pagar las consecuencias. Estoy seguro de que preferiría pasar el resto de su vida en la cárcel antes que enfrentarse a mí, pero esta es la elección que hizo en lugar de ir a la policía.

"¿Cómo te va con Kessa?" Oigo Mateo entrar en un coche. La puerta se cierra detrás de él unos

momentos más tarde, la radio se enciende a todo volumen. Rápidamente baja el volumen y la música se apaga.

"Es todo lo que siempre he pensado que sería. Somos perfectos juntos, tío". Y en una semana o dos, cuando me quite el cabestrillo, se irá a casa y volveremos a ser sólo amigos.

Mateo hace unos sonidos al otro lado del teléfono antes de decirme que tengo que cerrar esto. "No más juegos, Cesare. No más joder con sus novios y mierdas así. Sólo invítala a salir. Ustedes han estado unidos por la cadera desde que mataste a Peter. Hazlo oficial de una vez".

Suena bien en teoría, pero no estoy seguro de si funcionará como yo quiero. Francesca y yo estuvimos a punto de volver a salir una vez en la universidad, después de una borrachera antes de que conociera a su marido. A la mañana siguiente, se arrepintió de haberse acostado conmigo y me hizo prometer que no volvería a ocurrir. Si no hubiera conocido a Peter unas semanas más tarde, quizá habríamos vuelto a encontrarnos.

"Haré lo que pueda". Las palabras suenan huecas al salir de mi boca.

Mateo se burla. "Si tú no haces que suceda, Cesare, yo haré que suceda".

No sé qué quiere decir con eso, y no quiero averiguarlo. "Dame unos días. Esto no es un trabajo, Mat; es mi vida".

"Si tú lo dices", añade escéptico, "pero estás haciendo una mierda dirigiéndolo".

No se equivoca. Un hombre más inteligente habría evitado todo este drama pidiéndole una segunda oportunidad a Francesca hace años. Pero nunca he pretendido ser inteligente.

FRANCESCA

He estado en casa bastante esporádicamente durante las últimas tres semanas. Me paso cada dos por tres para regar las plantas y coger más ropa. A veces cojo alguna especia de mi armario que Cesare no tiene, o vuelvo a media tarde para recoger algún papel que necesito para una reunión de trabajo. En general, me siento como si me hubiera mudado a casa de Cesare.

Su casa es bonita y abierta, mientras que la mía es un poco más antigua. No hay una sala de estar y una cocina de concepto abierto para que la familia socialice. Mi cocina está separada del comedor, que apenas da al salón, situado a unos metros. Es refrescante estar en Cesare's, donde puedo ver quién viene a una milla de distancia. Soy una persona paranoica por naturaleza, y estoy convencida de que algún día alguien entrará en mi casa, por eso he trazado una salida desde cada habitación de mi casa. Pero si en mi casa hay rincones oscuros en los que se puede esconder un extraño, no se puede decir lo mismo de la de Cesare.

Quizá por eso no volví a casa hace una semana, cuando Cesare regresó de su cita con el médico y me dijo que le quitarían el cabestrillo en una o dos semanas. Sabía que ya se lo quitaba para conducir y que utilizaba el brazo cuando no debía. Razonablemente, podría haber vuelto a casa porque sabía que ya no necesitaba mi ayuda. Pero arrastrar todas las cosas que había traído a su casa hasta la mía me parecía una tarea ingente. Decidí quedarme hasta estar segura de que ya no me necesitaba.

Si me hubiera ido a casa antes, quizá no estaría en el suelo de mi cocina descontrolada.

He sido paranoica desde que tengo memoria. Mi madre solía decirme que los profesionales lo llamaban ansiedad, pero yo asumía que venía de ver películas de terror a una edad temprana. Creo que me ayudó a comprender los peligros que había ahí fuera. Podían entrar en tu casa, secuestrarte, torturarte o matarte mientras dormías. Todo es posible en las películas de terror, y verlas me ayudó a prepararme para lo que siempre creí que era inevitable.

Sin embargo, creo que nunca pensé que alguien entraría en mi casa para torturarme. No hasta que lo vi de pie en el salón, con una máscara negra y una carta en la mano.

Él.

El villano ficticio de todas mis pesadillas y pensamientos acelerados.

Él.

La persona de la vida real que ahora estaba sentada en mi sofá con un sobre en la mano.

"Esperaba que estuvieras aquí hoy". Puedo oír la sonrisa en su tono. "Eres una chica difícil de localizar".

¿Mi primer pensamiento? Esto tiene que ser sobre Cesare. Son los ladrones de la tienda de comestibles. Averiguaron quién era y me rastrearon. Están haciendo esto para vengarse de Cesare por darle una paliza a su amigo.

"Intenté entregar el correo en tu trabajo. Puse un par de cartas en tu buzón, pero tu molesto vecino seguía sacándolas. Creo que pensó que estaba haciendo algo nefasto, y seamos sinceros, no se equivoca". Sus ojos son castaño oscuro. Mide 1,70, quizás 1,80. Pecho de barril. Parece que podría matarme de un puñetazo.

Memorizo estos detalles. Si salgo vivo de esta, tendré un punto de partida para la policía. Después de todo, tiene una forma particular.

"Pero parece que eres un profesional en evitarme. Es casi como si supieras lo que vengo a decirte". Se levanta de la silla verde oscuro que Peter y yo compramos juntos en Nebraska Furniture Mart un año antes de que muriera. La guardé como recuerdo de mi marido, pero ahora creo que voy a tener que quemarla. "¿Sabes lo que vine a decirte, Francesca?"

En una situación de lucha o huida, siempre he sido una luchadora. Salgo golpeando porque soy pequeña. Sé que si no empiezo a golpear, me golpearán. Pero algo en esta figura enmascarada y vestida de oscuro me hace entrar en pánico. En lugar de luchar, me paralizo. No puedo correr, no puedo moverme, ni siquiera puedo abrir la boca para responder a su pregunta. Un pensamiento absurdo cruza mi mente: Estoy deseando decirle a mi madre "te lo dije" cuando se entere de que han entrado a robar en mi casa.

"¿Te ha comido la lengua el gato?" Pregunta chasqueando la lengua. "Supongo que es la venganza de Lucky porque le echaste después de la muerte de tu marido".

Es un hermoso día de primavera. Algunos dirían que hace un calor inusual. Pero un escalofrío me recorre la espalda cuando menciona el gato que compartíamos mi marido y yo. "Eso no es lo que pasó". Son las únicas palabras que no se me atascan en la garganta.

"Así que hablas", sonríe. "Pensé que lo harías. Te he oído hablar mucho, Francesca Scot. Te he oído en asambleas escolares. Te he oído en restaurantes. Te he oído en bares. Eres un parlanchín".

Lo conozco; podría ser un padre. Lo que significa que si sabe el nombre de nuestro viejo gato, nuestra relación se remonta a una eternidad. Creo que voy a vomitar.

"Me imaginé que ya que parece que no puedo hacerte llegar el mensaje por medios ordinarios, intentaría medidas extraordinarias. Tienes una bonita casa aquí". Mira a su alrededor mientras se acerca a mí. La puerta principal está a pocos centímetros; mi mano sigue en el pomo. Todo lo que tengo que hacer es abrirla de un tirón y correr. Si empiezo a gritar, alguien saldrá y me ayudará. Alguien llamará a la policía.

"Aunque no es tan bonito como el de Cesare", comenta al cabo de unos instantes. "No he estado dentro, claro, pero lo he mirado en Zillow. Las fotos de cuando la compró todavía están en línea.

¿Qué hizo con la bañera de hidromasaje del baño principal? Parecía que necesitaba un poco de TLC serio en las fotos en línea ".

¿Conoce a Cesare? ¿Está relacionado con la familia Valenti? Siempre supe que mi relación con ellos me metería en problemas.

"Vamos, Francesca", se burla. "No es divertido hablar solo. Ven aquí y charlemos". Ahora está a sólo tres metros. Si abro la puerta principal y corro, tengo un 50% de posibilidades de lograrlo. Cada paso que doy reduce mis posibilidades. "Si no lo haces, me presentaré en casa de tu novio. Haré un tour en persona de su linda casita mientras lo clavo a una pared y le corto la lengua."

Mi novio. Cesare. "No estamos saliendo", admito con cara de tonta.

Golpea con el puño la pared más cercana, dejando un agujero a su paso. "No te hagas la tonta conmigo, zorra. Sabes de quién hablo. Si quieres volver a hablar con él, empezarás a jugar a la pelota".

Nadie habría sospechado que yo sería la razón por la que Cesare estaba siendo amenazado. ¿En qué universo tiene eso algún sentido? "¿Qué quieres?"

"Primero, siéntate conmigo. Hace tiempo que no charlamos, Francesca. Me encantaría saber qué te traes entre manos". Hace un gesto hacia el salón como si yo fuera una invitada en su casa. No tengo más remedio que alejarme de mi oportunidad de libertad y meterme en la boca del lobo. "No has hecho ninguna de las reformas de las que hablasteis Peter y tú", frunce el ceño. "Pensé que ibas a abrir la cocina para que pareciera un poco más espaciosa".

Tenía muchos planes después de la muerte de Peter. Hablar de lo que iba a hacer con nuestra casa fue una de las únicas cosas que evitaron que me volviera loca cuando murió mi marido. "No tenía tiempo ni dinero", admito tras unos largos y tensos momentos.

"Pero tuviste tiempo para que viniera un agente inmobiliario a ver la casa". Dios, ¿hay algo que este hombre no sepa de mí? "Francesca, escucha, no quiero arruinarte el día. Tengo una esposa e hijos en casa que les encantaría que estuviera allí. Pero sólo puedo pagar los miles de dólares para que mi hija tome clases de gimnasia y danza todo el año si trabajo. Estoy aquí por trabajo y, francamente, a mi jefe le molesta que haya tardado tanto en llegar hasta usted. Así que coge la carta y me voy".

Más piezas del jodido puzzle empiezan a encajar. Por desgracia, sigo sin poder distinguir la foto.

El desconocido enmascarado me entrega un pequeño sobre blanco del tamaño de una tarjeta de visita. Es el tipo de sobre que verías en un ramo de flores. Dentro hay el tipo de tarjeta en la que estarían escritos los mejores deseos, las felicitaciones o un te quiero. En su lugar, hay un solo nombre.

Eric Benson.

La cabeza me da vueltas y los ojos me brillan. No me doy cuenta de que estoy arrugando la tarjeta hasta que el desconocido me coge la mano.

"Ah, ah, ah", me reprende. "Que tires las pruebas no significa que mi jefe no se entere de esta reunión".

"Fuera de mi casa". Dejo caer la tarjeta al suelo y me arranco el brazo de su agarre. "Dile a tu jefe que no puede hacerme daño. Peter está muerto. ¿A quién se lo va a decir?"

No veo que el desconocido enarca una ceja, pero suelta un bufido curioso. "¿A quién no se lo va a decir? Sigues trabajando con él. Seguro que a todo el distrito le encantaría saber que el superintendente se lió con una profesora muy casada y muy joven. ¿Fue hace ocho años? ¿O nueve?"

Ocho, ¿pero quién lleva la cuenta? "Vete antes de que llame a la policía." Las palabras son huecas, como mi amenaza.

"Nos vemos, Francesca. Saluda a tu novio de mi parte".

FRANCESCA

Me casé con Peter cuando tenía veintitrés años.

Tuve una aventura a los veinticuatro.

Estoy sentada en el suelo del salón, rodeada de todos los recuerdos de Peter: la silla que compramos juntos y de la que ahora tendré que deshacerme, las fotos de nuestra boda que aún están en la pared, la cabeza de ciervo montada de la única partida de caza que hizo con sus hermanos. Está en todas partes. Han pasado cuatro años y he salido con un puñado de hombres desde que murió, pero mi casa es un santuario del hombre al que una vez amé.

Sin embargo, no siempre he sido tan devota a él.

Nuestro primer año de matrimonio fue duro. Acabábamos de empezar a trabajar juntos en la escuela primaria Bluemont cuando descubrimos que estaba embarazada. Estaba aterrorizada. Era como si nosotros mismos fuéramos bebés. No podía imaginarme criando a un niño yo sola. Cuidarlos unas horas al día era una cosa, pero se iban a casa a las tres de la tarde.

Pero no tuve que preocuparme mucho tiempo. Un viaje a urgencias debido a una hemorragia espontánea nos dejó con la noticia que ninguna pareja quiere oír jamás. "Tienes un útero bicorne completo", nos explicó el ginecólogo. "Eso significa que tu útero tiene forma de corazón en lugar de ser redondo. Durante el embarazo, el útero se expande para dar cabida al feto en crecimiento. Por desgracia, tu útero no se expande correctamente debido a la forma irregular". Fue muy amable y me explicó las complicaciones de quedarme embarazada con la forma específica de mi útero. "Hay posibilidades de abortos, partos prematuros, hemorragias, hipertensión inducida por el embarazo..." Enumeró lo que me parecieron una docena de complicaciones, pero dejé de escuchar. Sus palabras sonaban como el océano mientras mi vista se nublaba y todo se oscurecía. Me desperté unos instantes después, con el estetoscopio del médico apretado contra mi pecho y Peter abanicándome como si fuera una diosa egipcia. Menos mal que ya estaba tumbada porque el ginecólogo dijo que me había desmayado.

Por último, me explicó que tener un útero bicorne no significaba que no pudiera tener hijos. Aunque había un mayor riesgo de complicaciones, la cirugía era una opción para arreglar mi útero. "Eso también conlleva algunas complicaciones", se movió incómoda, "pero la probabilidad de quedarse embarazada y llegar a término aumenta drásticamente".

Peter estaba dispuesto a que el ginecólogo me abriera allí mismo, pero le dije que no. Nunca llegó a entenderlo. Peter me acusó de negarle una familia. En realidad, sólo tenía miedo. Ya había perdido un bebé; no quería perder otro. Me parecía más fácil seguir viviendo con lo que ya tenía.

Pero mi marido no se quedó a mi lado. Supongo que no le culpo. Tenía tantas ganas de tener un hijo como de respirar. Vio mi negativa a operarme como una negación de sus derechos. Una noche llegó a casa borracho y me echó la bronca por no darle lo único que me había pedido. Fue una de las únicas veces que le vi realmente enfadado. "No me importa si tenemos una docena de abortos, Fran. Podemos hacerlo. Tú y yo. Podemos superar cualquier cosa."

Aunque no habríamos sido él y yo. Le habría pasado factura emocionarse cada vez que me quedaba embarazada y luego decepcionarse cuando pasaba algo malo. Al final, sólo sería yo la que viviría el dolor y la lucha. Y me negué.

Apenas nos hablamos durante seis meses. Íbamos a trabajar y nos ignorábamos. Volvíamos a casa y nos ignorábamos. Íbamos a cenas con nuestros amigos y nos ignorábamos. Creo que por eso fue tan fácil enamorarme de Eric Benson cuando me pidió que quedáramos para tomar un café.

"Llevas enseñando cuánto, ¿seis meses? ¿Ocho meses?" Preguntó con una sonrisa que me hizo flaquear. "He oído hablar de ti probablemente una docena de veces desde que empezaste en Bluemont".

Pensé que me iban a despedir; me hacía sentir como si estuviera en la cima del mundo.

"Los padres me han llamado a diestro y siniestro para contarme que sus hijos iban retrasados en lectura y que usted los puso al día en seis semanas. He oído que has reavivado la pasión de un alumno por la escuela, y ese alumno ni siquiera estaba en tu clase". Estaba más impresionado por mis logros que yo mismo. "Tiene un verdadero talento para la enseñanza, Srta. Scot. Llega a los alumnos de una forma que nunca he visto a otro profesor del distrito. Creo que le vendría bien dar un seminario sobre cómo relacionarse con los alumnos y ponerse a su nivel".

A Peter no le importaba que pasara las tardes con Eric. Los dos nos reunimos para redactar manuales sobre cómo hablar a distintos tipos de alumnos y cómo empatizar con luchas por las que nunca habíamos pasado. Creo que no aporté nada especialmente perspicaz a la discusión, pero Eric me elogió como si acabara de abrir la puerta del cielo.

"Ojalá todos los profesores se preocuparan como tú". Era una frase inofensiva, pero la pronunció después de unas copas de vino un viernes por la noche. Acabábamos de terminar de trabajar en una clase que se iba a mostrar en la siguiente jornada de desarrollo profesional del distrito. De algún modo, acabamos besándonos.

No recuerdo quién empezó, pero no importa. Él sabía que yo estaba casada; yo sabía que él era casi veinte años mayor que yo. Su edad y su sabiduría le hacían más atractivo. Hice lo mismo que mantuvo a Cesare y a mí separados durante todos estos años. Y lo hice sin arrepentirme.

Nuestro romance floreció como una flor en primavera. Nunca me preguntó por Peter y nunca lo mencioné. Mi marido y el trabajo de Eric eran conversaciones tabú que no queríamos tener. Durante tres meses, pasamos de puntillas sobre los temas delicados y nos pasamos todo el tiempo

en la cama. La pretensión de trabajar en el desarrollo profesional desapareció en cuanto empezamos a salir.

Traté a Peter como siempre lo había hecho. Fui educada cuando era necesario y si me preguntaba dónde estaba, se lo decía. Pero nunca le informé de que tenía una aventura con el superintendente del distrito. No es que quisiéramos ser felices para siempre. Ambos buscábamos algo que sólo el otro podía satisfacer. Eric quería volver a sentirse joven y yo quería sentirme amada.

Un día, algo dentro de Peter se rompió. Dejó de enfadarse conmigo y, en su lugar, me hizo café una mañana. Tardó una semana en reintegrarse lentamente en mi vida, pero un día me desperté y estaba acurrucado a mi lado en el dormitorio de invitados. Volvimos a nuestras vidas como si nada hubiera pasado.

Terminé inmediatamente con Eric, alegando una reconciliación con mi marido. No estaba enfadado ni nada por el estilo. Dijo que lo esperaba y nos deseó lo mejor. En toda la historia, nunca hubo una ruptura tan amistosa como la nuestra.

Juré llevar nuestro secreto hasta la tumba. Lo había hecho bastante bien; Peter estaba muerto y el secreto seguía enterrado. Pero el extraño enmascarado tenía razón.

Nuestra aventura de hace ocho años podría hacer saltar por los aires algo más que mi matrimonio perdido. No hace falta que Peter esté vivo para que yo lo pierda todo. Eric era una figura de autoridad sobre mí y yo era una profesora recién casada. Yo apenas tenía veinticuatro años y él cuarenta y tres. Debería haberlo sabido; eso es lo que dirán todos. Aunque consiga conservar mi puesto de directora de la escuela primaria Bluemont, no lo querré. Las calumnias y las habladurías resonarán por los pasillos como una campana. Los padres exigirán mi sustitución.

Toda mi vida se ha puesto patas arriba en cuestión de momentos y soy impotente para detenerlo. ¿Qué hago para evitar que esta bomba de relojería me explote en la cara?

Siempre imaginé que cuando alguien entrara en mi casa, me mataría antes de llevarse todo. Nunca pensé que entrarían en mi casa, me amenazarían y me dejarían abocada a la ruina más absoluta, sabiendo que nada de lo que pueda hacer impedirá que suceda.

CESARE

"¿Que has hecho qué?" Miro sin pestañear a Mateo y en silencio le pido que se ría. Quiero que esto sea una broma. Más que nada, quiero que esto sea su idea de bromear conmigo.

"Mat no bromea". Bambi entra en la cocina con Marceila en la cadera. Lleva un vestido muy favorecedor, y Mateo se da cuenta al mismo tiempo que yo. Sus ojos se dilatan y parece indeciso entre terminar la conversación conmigo o abofetear a su mujer. "Celly y yo vamos al supermercado. ¿Necesitas algo?"

El rostro de Mateo se suaviza al mirar a su hija. "¿Quieres que la cuide?". le ofrece.

Bambi se inclina para besarle. "No, yo me encargo. De todas formas vamos a ir primero al parque".

Se lo piensa unos segundos mientras su mujer recorre la cocina cogiendo las cosas que necesita. Unos pañuelos para meter en la bolsa de los pañales. Un vaso con agua para Marceila. Sus bolsas de la compra reutilizables. Se las arregla para recogerlo todo mientras sostiene a su hija en brazos. Es una auténtica superheroína. "Si se te ocurre algo, mándame un mensaje. Estaremos en el parque una hora, así que tienes tiempo. Me alegro de verte, Cesare", me sonríe, "espero que tu brazo esté mejor. ¿Alguna vez atraparon a los tipos que intentaron robar en Dillons?"

No. Y nunca lo harán, pienso. A uno le dieron una paliza y lo mandaron al hospital con una pierna rota. Su relación con los Reyes es lo único que le salvó. Los otros dos están muertos. Se deshicieron de sus cuerpos en un lugar desconocido, lo que significa que les dije a mis chicos que no me dijeran dónde los habían tirado. Buena suerte a la gente que los encuentre dentro de veinte años. "La policía no ha dicho nada sobre una captura, pero está bien. Mi brazo está casi 100% curado. El médico dijo que puedo empezar la fisioterapia en unos días, y luego es volver a tratar de enseñar a Gabriel cómo lanzar una bola curva ".

Mateo resopla con burla. "Como si Nerón te dejara enseñar a su hijo a lanzar una pelota. Siempre se le dieron mejor los deportes que a ti".

"¡Eh!", reprendo a mi hermano mayor con la mirada. "¡Yo era bueno en los deportes!".

"No", corrige Mateo, "Kessa era buena en los deportes. Sólo mejoraste un poco cuando los dos estabais saliendo. Tus talentos están en otra parte".

"Ni siquiera tienes talentos", murmuro petulante antes de cruzar los brazos sobre el pecho.

Bambi observa las voleas que van y vienen entre los dos con una pequeña sonrisa en la cara. "Independientemente de los talentos que tengas o no -me ofrece con una sonrisa-, me alegro de que estés mejor. Hazme saber si hay algo en lo que pueda ayudarte".

Cuando sale de la cocina, Mateo se vuelve hacia mí y me dice: "No necesitas a mi mujer. Tienes una propia".

Sacudo la cabeza con frustración. "No, lo que tengo es una buena amiga que me ha ayudado en un momento difícil. Ya te lo dije. Te dije que también trabajaría para invitarla a salir. Dijiste que me darías tiempo para hacerlo. Dijiste, Mateo. Así que, ¿qué coño?"

La sonrisa de su cara es tan amplia que ni siquiera puede negar de lo que le estoy acusando. "Soy un hacedor, César. Ya lo sabes. Así es como recuperé a mi chica".

Sí, acechó a Bambi hasta que estuvo demasiado débil para decir que no. Ella era un maldito ciervo en los faros cuando él se acercaba, y él se aprovechaba de eso. "Yo no diría que nuestros métodos son similares." El sarcasmo gotea de mis palabras como si hubieran sido sumergidas en una cuba.

La respuesta de Mateo es calculada. "¿Quieres decir que no es lo mismo contratar a unos tipos para que disparen en el Dillons local que contratar a un tipo para que investigue el pasado de Francesca? ¿Es porque nadie terminó muriendo como resultado de lo que hice?".

Deslizo la lengua por mi labio inferior para darle a mi cerebro unos segundos más para calmarse antes de que explote. Sé que Mateo está tratando de ser útil, pero lo está haciendo de la manera equivocada. "Te dije que esperaras, Mat".

"Y no se me da bien esperar, César". Se encoge de hombros. "Tú querías a la chica; yo te consigo a la chica. De hecho, deberíamos haber hecho esto hace años. ¿Puedes creer que tuvo una aventura con el puto Superintendente del distrito? ¿Mientras estaba casada?" Mateo sacude la cabeza con asombro. "Te lo reconozco, desde luego es más interesante de lo que pensaba. No es que haya nada malo con Kessa", añade rápidamente, "simplemente no es mi velocidad".

"Sí, tu velocidad son las mujeres que te encierran durante tres años".

"¿Sabes qué?", Mateo fulmina con la mirada, "muérdeme. Al menos soy feliz. ¿Qué coño eres, Cesare?". Cuando no respondo inmediatamente, asiente con la cabeza como si tuviera razón. "Exacto. No eres nada. Te estoy haciendo un puto favor, ¿vale? Conseguí trapos sucios de la chica, y ahora ella vendrá corriendo a ti. Estarás allí para consolarla, decirle que todo va a estar bien, bla, bla, bla. De nada".

Entre dientes apretados, le digo que nunca le he dado las gracias.

"Deberías haberlo hecho, gilipollas desagradecido. Hice lo que a ti te ha dado miedo hacer estos últimos años. Peter murió hace como media década". Sólo han pasado cuatro años, pero nadie lleva la cuenta. "Esperaste un año como cualquier buen hombre haría. Luego, cuando Francesca empezó a salir de nuevo, saboteaste sus relaciones. En vez de decirle que habías madurado y crecido y que querías estar con ella, actuaste como su mejor amigo gay. La ayudaste en las rupturas. Le decías que era guapa y le dabas confianza. Luego te tirabas a alguna tía y arruinabas cualquier credibilidad que pudieras haber tenido con ella. Tú te lo buscaste, Cesare. Hice lo que tú no fuiste lo suficientemente hombre para hacer".

La conversación casi llega a las manos. En mi mente, ya puedo verme lanzándome al otro lado de la mesa y dándole una paliza a mi hermano mayor. Al final, los dos saldríamos ensangrentados y sin solución a nuestros problemas. "¿Y qué se supone que debo hacer ahora, Mat? Ya que pareces tener todas las respuestas".

"Esperas a que ella venga a ti", dice con calma. "Entonces te ofreces voluntario para salvar el día. Dile que vas a encontrar al chantajista y a ponerle en su sitio. Asegúrate de que se quede contigo durante ese tiempo. Sé muy amable con ella. Sé un buen novio. Y cuando todo esté dicho y hecho, invítala a salir. Habrás demostrado que puedes cuidar de ella, y si discute, dile que no es mejor que tú. Puede que tú hayas engañado cuando erais niños, pero ella ha engañado como adulta. En todo caso, ella es un pedazo de mierda más grande. Pero francamente, los dos sois una mierda, y estáis hechos el uno para el otro".

No es muy elocuente, pero Mateo llega al corazón del problema. Quiero terminar con Kessa; él nos ha proporcionado una manera. Es increíblemente manipulador, pero tal vez es lo que tiene que suceder. Francesca Scot es mi alma gemela; ya era hora de que se diera cuenta.

FRANCESCA

Si alguna vez tienes problemas, dímelo. Lo resolveremos juntos.

Tenía diecisiete años cuando Cesare me dijo eso. Estábamos en un campo emborrachándonos un viernes por la noche, como suelen hacer los chicos de Kansas. Yo había bebido un par de copas de vino con el estómago vacío y no conocía la bebida. Sentía que las tripas se me retorcían y estaba segura de que iba a vomitar en cualquier momento. Cesare me sujetó el pelo y me ayudó a emborracharme. No llegué a vomitar, pero tuvimos una charla íntima.

Mientras disfrutábamos del resplandor de las llamas y sentíamos el calor de la hoguera en la cara, le pregunté a Cesare por su familia. Me dije que, si se enfadaba, siempre podría echarle la culpa a que estaba borracho. "¿Tu familia hace cosas ilegales?". El momento era tenso, y se me revolvió aún más el estómago. Si se enfadaba, vomitaría.

Pero en lugar de eso, me rodeó los hombros con un brazo y tiró de mí. "Mi familia hace lo que tiene que hacer para proteger a los suyos. El mundo no siempre ha sido amable con los italianos, sobre todo en Estados Unidos. Eso significaba que muchos grupos se formaban bajo un nombre familiar fuerte para protegerse unos a otros." Sabía lo que decía, pero me limité a escuchar. No quería que dejara de hablar. Cada palabra que pronunciaba era como un bálsamo para mi estómago inflamado.

"Mi abuelo era un hombre muy poderoso, pero cuando llegó a Manhattan, lo menospreciaron a él y a otros como él. Así que formaron su propia pequeña familia. A veces las cosas que hacían no eran legales para los estándares actuales", explicó, "pero eso les protegía. Es una tradición que heredó mi padre y que también heredará Raniero. Y, hasta cierto punto, a mí mismo".

Aunque el fuego ardía y notaba unas gotas de sudor en la frente, un escalofrío me recorrió la espina dorsal. "¿Qué quieres decir?"

Cesare me besó la coronilla y me dijo que no me preocupara. "Pero que sepas que si alguna vez tienes problemas, dímelo. Lo resolveremos juntos. No estás en esto de mi familia, pero eres tan importante para mí como mis hermanos. Siempre estaré aquí para ti, Kessa".

Cesare es la primera persona a la que acudo cuando puedo levantarme del suelo del salón.

Tengo que parar tres veces en el camino a su casa porque estoy temblando mucho. Pero al final entro en su garaje y suspiro de alivio. Estar aquí es como volver a casa. Estar con Cesare es

seguro. Sé que pase lo que pase, él me protegerá.

Cuando entro, lo encuentro en el salón con su portátil. Sus dedos vuelan por el teclado y me preocupa interrumpirle. Pero entonces Cesare levanta la vista y me sonríe. Me parto en dos y rompo a llorar antes de que pueda saludarme. Deja el portátil a un lado justo cuando me acerco a él. No sé qué me lleva a acurrucarme en sus brazos -quizá sea el miedo, quizá saber que es el único en quien he confiado plenamente-, pero me subo a su regazo y dejo que me abrace.

"No pasa nada", susurra mientras lloro en su pecho. "Sea lo que sea, lo solucionaremos". No me presiona para que le cuente lo que me pasa; se limita a pasarme la mano por el brazo mientras me susurra palabras tranquilizadoras al oído.

Ocho años de culpa se me escapan por los ojos, empapando su camisa blanca con mis lágrimas y mi maquillaje. Eso me hace llorar aún más. "Lo siento mucho. No quería estropearte la camisa".

Cesare me abraza más fuerte. "A la mierda la camisa, Kessa". Es tan amable que me vuelve a excitar.

No sé cuánto tiempo sigo antes de que finalmente se me acaben las lágrimas. Parece toda una vida, pero probablemente hayan sido solo unos minutos. En cualquier caso, cuando puedo levantar la cabeza de su pecho, me encuentro con una mirada de preocupación en su rostro. "Hice algo malo, Cesare", susurro. "Y ahora me castigan por ello".

Sé que soy una hipócrita. Cuando estábamos en el instituto, me negué a perdonar a Cesare por engañarme con Kiersten Karminski. Ella era la bailarina rubia perfecta que yo nunca pude ser. Y para vengarme por lo que me hizo, juré que nunca volvería a salir con él. Incluso cuando me hizo sentir que yo era la única chica que importaba. Incluso cuando se disculpó un millón de veces. Incluso cuando era la única persona en la que confiaba. Me estaba vengando de por vida privándonos a los dos de una relación que deseábamos desesperadamente.

Ahora esa venganza ha vuelto para golpearme justo en las tripas. Lo sé, y también lo sabe Cesare cuando le enseño la nota y le explico lo sucedido.

Su mandíbula permanece tensa durante todo el relato. Cuando le digo que alguien ha entrado en mi casa, sus cejas se fruncen de rabia. No sé qué se le pasa por la cabeza, pero parece disgustado durante toda la saga. Puedo ver el dolor físico en su cara cuando le hablo de mi aventura. Se enfada aún más cuando le cuento por qué entré en ella. "Maldito Peter", jura en voz baja.

Oír el nombre de mi difunto marido en labios de Cesare es duro. Es como si me clavaran repetidamente un cuchillo en el corazón. Cesare y Peter nunca fueron mejores amigos, pero se caían bien. Peter comprendió que Cesare siempre formaría parte de mi vida y lo aceptó lo mejor que pudo. Es casi doloroso oír que mi mejor amigo está enfadado con mi difunto marido, porque los mejores años de mi vida fueron cuando estábamos los tres juntos.

"No sé qué hacer", termino por fin. La historia es tan larga que en un momento dado me bajo del regazo de Cesare y me acurruco en el sofá. "El tipo que entró no me dijo nada sobre lo que debo hacer a continuación. Pero creo que me están chantajeando. ¿Qué crees que quiere el jefe del tipo?".

Cesare se queda callado unos instantes antes de llevarse las manos a la cabeza. Veo sus dedos clavarse en las sienes mientras se frota furiosamente un inminente dolor de cabeza. "No lo sé,

Kes. Si hay una nota, es probable que vengan más. Creo que tienes razón: te están chantajeando".

Se me cae el corazón. Esperaba equivocarme de milagro. Tal vez estaba investigando demasiado. Pero si Cesare está de acuerdo, ¿entonces qué hay que dudar? "¿Qué hago?"

Vuelve a quedarse callado y le veo pensar. No me mira a los ojos, sólo mira al suelo y rechaza una idea tras otra. A veces abre la boca un poco y creo que tiene una solución, pero luego la cierra con la misma rapidez y vuelve a sopesar sus opciones. Finalmente, me mira. "Gracias por acudir a mí, Kessa, por confiar en mí. Sé que admitir lo que hiciste hace tantos años debe de haber sido duro".

No creo que hubiera podido hablar de ello con nadie más. Estoy más cerca de Cesare que de mi propia hermana.

"¿Puedes confiar en mí para manejar esto?". Me pregunta al cabo de unos segundos. "Haré que un amigo investigue la nota y veremos si podemos encontrar al tipo que fue a tu casa. Hay cámaras por toda la ciudad", sonríe, "incluso en los timbres de la gente. Lo localizaremos, o a su coche, o algo. Lo resolveremos, Kessa. Créeme".

Sus palabras me quitan un peso de encima. Sabía que tenía razón al venir a hablar con él. Cesare siempre ha mirado por mí. "Confío en ti para todo, Cesare. Si crees que puedes averiguar lo que este tipo quiere, entonces te lo dejo a ti. Pero, ¿y si se lo cuenta a todo el mundo? ¿Y si pierdo mi trabajo? ¿Y si Eric pierde su trabajo?"

A Cesare le tiembla la mandíbula cuando digo el nombre de Eric, pero finjo no darme cuenta. Fue hace mucho tiempo, y si eso le enfada, no puedo hacer nada para cambiarlo. Eric y yo ya no estamos tan unidos como antes. Sólo nos vemos en entornos profesionales, e incluso entonces, todo son negocios. "Lidiaremos con eso si sucede, pero te prometo que no dejaré que llegue tan lejos. Tienes que confiar en mí".

Confío en él con mi vida. Tal vez por eso digo que sí. "De acuerdo. Dime qué quieres que haga".

Cruza el espacio que nos separa para cogerme la mano. "Quiero que te quedes aquí conmigo. No me gusta lo fácil que le resultó a ese tipo entrar en tu casa. No puedo protegerte si no estás aquí. Quédate conmigo, Kessa, al menos hasta que todo esto termine".

"Esperaba que dijeras eso". Sonrío mientras se me llenan los ojos de lágrimas. Sé que estoy pisando un camino peligroso, pero tal vez sea hora de renunciar a mi venganza de toda la vida.

Quizá sea hora de volver a salir con mi ex.

CESARE

No sé lo que se supone que debo "encontrar", pero mientras Francesca está en la cocina trabajando como una esclava sobre una estufa caliente, llamo a Mateo.

"Estoy un poco ocupada ahora." El bebé grita, y algo se estrella. Mateo jura en voz baja.

"Sí, lo mismo". Miro el teléfono como si pudiera verme. "Considerando que Kessa acaba de venir a pedirme ayuda con este asunto de Eric Benson".

Se oye otro ruido, y escucho cómo mi hermano coge a su niña y empieza a susurrarle cosas dulces al oído. Tengo que reconocerlo; yo sería un desastre si tuviera que consolar a un bebé gritón y mi hermano estuviera al otro lado de la línea echándome la bronca. "Ya te he dicho que lo tengo cubierto", dice tras unos instantes de silencio. "De vez en cuando, dile que has quedado con alguien. Enviaré a mi chico a su casa o me aseguraré de que la vea en el supermercado. Probablemente pueda hacer que deje una nota anónima en su carrito de la compra o algo así". Suelta la idea como si le hubiera venido la inspiración.

"No", siseo en el altavoz. "Está aterrorizada, Mat. Hoy ha llorado durante quince minutos. No puedes seguir acosándola".

Mateo resopla al otro lado del teléfono. "Sí, vale", dice con incredulidad. "Porque voy a dejar que me digas lo que tengo que hacer con mi vida".

La frustración se me hincha en el pecho y me dan ganas de cruzar el teléfono y darle un puñetazo en la boca a Mateo. "Es la vida de Kessa y la mía. Usted no sólo está tirando una broma en ella; usted está aterrorizando a ella ".

Hay más ruido al otro lado del teléfono, y le oigo encadenar una retahíla de palabrotas antes de pasar a Marceila. Bambi hace un par de arrullos y oigo a Mateo besarle la mejilla. "Lo siento", le susurra a su mujer, "deja que me ocupe de esto rápidamente".

Mateo y Bambi me recuerdan a Kessa y a mí. Si alguna vez tenemos hijos, espero que estemos tan juntos como ellos dos.

"Muy bien, escucha aquí, hijo de puta." Una puerta se cierra detrás de Mateo mientras se encierra en una habitación lejos de su esposa y su hijo. "No fui yo quien envenenó al marido de Francesca; fuiste tú. No fui yo quien ahuyentó a una compañera de trabajo interesada; de nuevo, fuiste tú. No fui yo quien amenazó a los hombres en los callejones que si no rompían con Francesca, les romperías la pierna en una docena de pedazos. No, mira, simplemente les habría

roto la puta pierna. Dijiste que si no aprendían de sus errores, les cortarías los dedos y harías una búsqueda del tesoro para encontrarlos. Porque eres un tipo jodido, Cesare. Si crees que estoy aterrorizando a Francesca, será mejor que te mires en el maldito espejo".

Mateo no ha endulzado nada en toda su vida, y no va a empezar ahora. Me duelen los dedos de agarrar el teléfono con rabia. El estómago se me revuelve de asco al darme cuenta de que mi hermano, el tipo que me conoce desde que era un bebé, tiene razón. Siempre duele más cuando tu familia se da cuenta de que eres un imbécil.

No siempre he estado de acuerdo con las decisiones de Mateo. Cuando Bambi lo mandó a la cárcel, pensé -como todos los hombres Valenti- que tenía que renunciar a ella y empezar de nuevo. Pero él quería hasta que salió de la cárcel y le dio tiempo para sentirse cómodo con su presencia antes de que él la ganó de nuevo. A Mateo no le importaba que se enfrentaba a lo inevitable; se dejó la piel para recuperar a su chica.

La diferencia es que yo no estoy trabajando para recuperar a Kessa. Hemos sido los mejores amigos durante casi dos décadas. La conozco por dentro y por fuera. Conozco sus miedos y sus aspiraciones. Sé que ella quiere trabajar su camino hasta Superintendente un día porque ella quiere hacer un cambio real. Sé que tiene miedo de no volver a encontrar el amor ahora que Peter ha muerto. Sé que le gusta su horario y sus reglas. Sé que si te metes con ella, te enfrentarás a la ira de esa petarda pelirroja que conocí a los catorce años.

Me he pasado toda mi vida adulta intentando volver a salir con Francesca para demostrar que lo que pasó en el instituto fue casualidad. O al menos eso es lo que me convencí a mí mismo. Lo único que nunca intenté fue decirle lo que sentía.

"Eres un buen tipo, Mat. No dejes que nadie te convenza de lo contrario". Cuelgo el teléfono al oír que empieza a preguntarme qué quiero decir con eso. No tengo tiempo de explicárselo.

Ha sido un viaje para llegar a este momento. He hecho cosas de las que no estoy orgulloso. Contraté a unos hombres para que asaltaran una tienda de comestibles para que los dos acabáramos juntos, y todo lo que conseguí fue un nervio cortado en el brazo y un compañero de piso. Tal vez es hora de que haga lo que he tenido miedo de hacer desde que éramos niños.

Hace una década me convencí a mí mismo de que nunca podría volver a invitar a Kessa a salir; tenía que esperar a que ella viniera a mí. Pero he tenido miedo de que me rechazara, y me aterroriza perder al amor de mi vida.

"Kes", la llamo mientras bajo las escaleras. Mis pies cogen velocidad sin esperar a que yo se lo diga y, antes de darme cuenta, estoy en la cocina viendo a la chica más guapa del mundo preparar la cena. Canta al ritmo de Brad Paisley, con música de principios de los 2000 a todo volumen en su teléfono. Lleva el delantal que me hizo mi madre cuando cumplí dieciocho años y que dice ¡Bésame, soy italiana! Su melena pelirroja rebota a cada paso que da. Y cuando necesita coger algo del estante superior de mis armarios, saca el taburete y se estira todo lo que puede sobre la punta de los pies hasta que sus dedos rozan la bolsa de harina.

"Kessa, deberíamos..." Mi repentina aparición la sobresalta. No llego a terminar la frase antes de que se retuerza asustada en el taburete y deje caer la harina. Como si estallara una bomba, el ingrediente seco explota al caer al suelo y lanza metralla por todas partes.

Francesca se agarra a la encimera, pero no es suficiente. Sigue cayendo al suelo en medio de un revoltijo de harina blanca. Estoy a su lado enseguida, inhalando el producto y sintiendo que me empiezan a picar los pulmones. Kessa y yo estornudamos juntas mientras intentamos sacarnos la harina de la nariz.

Pero nos sentamos juntas en el suelo, cubiertas del desastre que hemos hecho, cuando nuestras miradas se cruzan. Sus ojos verdes brillan a través de la bruma que nos rodea y tiene una media sonrisa en los labios. "Tienes que llevar un timbre", insiste, "eres demasiado silencioso".

No tengo nada más que decir. Me he pasado años siendo el hombro perfecto sobre el que llorar y la mejor amiga que necesitaba tras la muerte de su marido. Me he quedado sin palabras. Así que hago lo que he querido hacer desde el primer día que la conocí: Aprieto mis labios contra los suyos.

Y el mundo de repente se inclina sobre su eje.

FRANCESCA

El beso es seco y polvoriento por la harina del aire, pero abre algo dentro de mí. Han pasado seis meses desde la última vez que besé a un hombre. No era nada especial, sólo alguien con quien salía de vez en cuando desde hacía unas semanas. Era un chico simpático, con unos labios en forma de arco de Cupido y un pelo tan rizado que me daban ganas de pasarlo por los dedos. Tuvimos química desde que nos conocimos, pero se esfumó cuando nos besamos. Luego desapareció, me dejó como fantasma. Nunca volví a saber de él y, francamente, no quería volver a saber nada después de la mala sesión de besos que tuvimos.

Los labios de Cesare me hacen retroceder casi veinte años. Vuelvo a tener catorce años y él es mi primer beso. Estamos de pie detrás de la cafetería mientras el sol primaveral nos golpea. Al otro lado del edificio, también escondidos de los monitores del almuerzo, están los fumadores. El aroma de los cigarrillos nos envuelve mientras Cesare me levanta la barbilla y me pregunta si estoy bien. Siento que el corazón se me cae al estómago y me duele el pecho por la adrenalina que corre por mis venas. Sin mediar palabra, le digo que sí con la mirada. Y lo siguiente que recuerdo es su boca contra la mía.

Este beso no está envuelto en humo de cigarrillo, pero me envuelven los recuerdos. Cada uno de los buenos momentos que compartimos destella en el lienzo de mi cerebro. Veo a Cesare cambiar con los años, pero siempre a mi lado. Me vuelve a doler el pecho, pero esta vez es porque mi corazón le anhela.

Su mano me sobresalta cuando la siento en mi mejilla. Su tacto atraviesa la textura arenosa de la harina y acaricia mi piel. Y por un momento, cuando Cesare se aparta, quiero agarrarle de la camisa y volver a acercarme a él. "Lo siento", se ríe, "es que estabas demasiado guapa y no sabía qué más hacer".

"No te disculpes. Me ha gustado". A decir verdad, ha sido el beso más dulce que me han dado en años.

El silencio sigue a mi admisión mientras nos sonreímos estúpidamente. Si tuviera dinero, apostaría a que el mundo ha dejado de moverse. La tierra podría temblar y un tornado podría arrasar la casa, pero no creo que ninguno de los dos pudiera separarnos.

"Deberíamos levantarnos". Cesare se aclara la garganta y mira el desastre de harina que nos rodea. "Caray", sacude la cabeza después de un momento, "qué desastre. Siento haberte asustado".

No lo siento. Tal vez sea el miedo a que mis secretos salgan a la luz o cómo se siente mi corazón después de pasar las últimas tres semanas viviendo con mi mejor amigo. Tal vez es sólo el hecho de que desde que Peter murió, no me he sentido tan cerca de nadie como lo he hecho con Cesare. Los hombres con los que he estado han ido y venido, algunos sin siquiera despedirse. Pero nunca Cesare. Mi mejor amigo nunca me ha dejado atrás; siempre ha estado aquí para mí. "Deberíamos ducharnos".

Mira el desorden y asiente con la cabeza. "Sí, creo que tengo harina en sitios donde no debe estar".

El corazón me da un vuelco y siento un nudo de ansiedad en la garganta. "Quería decir juntos. Guarda un poco de agua o lo que sea". Las palabras salen en un susurro ronco, pero lo bastante alto como para llamar la atención de Cesare.

Sus ojos oscuros se dilatan y veo cómo crece su pupila. "Kes -baja la voz-, ¿estás segura de que es una buena idea? Su tono es ronco de deseo.

Si quiero echarme atrás, esta es mi oportunidad. Todo lo que tengo que hacer es reírme y decirle que era una broma. Pero hablo muy en serio. Quiero verlo desnudo. Quiero enjabonarlo y quitarle la harina. Quiero besar la cicatriz que se forma en su hombro por la bala que recibió por mí. Quiero tocar todas las partes de su cuerpo que no he sentido desde una noche imprudente en la universidad. "Sólo si tú quieres". Me atrevo a decir las palabras que he tenido demasiado miedo de pronunciar.

Cesare no duda como yo. Se levanta y me echa una mano. Mientras me levanta, mira mi ropa empapada de harina. "Vamos a dejar harina por toda la casa".

"No si nos desnudamos aquí". Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Me agarro la camisa y me la tiro por encima de la cabeza, dejando al descubierto mi torso y mis pechos.

Una notable huella de la polla de Cesare se perfila ahora en sus pantalones. "Kessa", hace una pausa, con los ojos clavados en mi pecho, "siento que debería decir algo. Lo que estamos haciendo es peligroso. Esto es territorio inexplorado".

Entonces llámame explorador porque quiero cartografiarlo. Quiero ponernos en el mapa. Quiero explorar cada centímetro de su cuerpo y ser la persona que escriba libros sobre ello. "No pienses más en ello, Cesare. Vamos a hacer esto. Lo necesito".

Hay un gemido en mi tono que me produce náuseas. Escucharme suplicar su atención y tener sexo con él me hace querer hacerme un ovillo y morir. Pero la vulnerabilidad de tal confesión es la parte que más duele. Porque si me rechaza o me dice que deberíamos hablarlo, temo gritar, llorar y vomitar al mismo tiempo.

Pero Cesare agarra el dobladillo de su camisa y se la quita lentamente. Cae en la harina con un plop casi imperceptible, levantando una polvareda blanca en el aire. "Siempre estoy aquí para ti, Kessa".

Nuestras ropas quedan olvidadas en el desorden de la cocina. La estufa se apaga mientras nos dirigimos al baño principal. Nuestras pisadas dejan polvo en todo lo que tocamos, un rastro que conduce de nuevo a la cocina donde todo esto comenzó.

He estado en la habitación de Cesare una docena de veces desde que estoy aquí, pero la sensación es diferente cuando estamos desnudos en el baño con la ducha abierta. La luz se cuela por la ventana y el olor a eucalipto inunda el aire; un grupo de tallos en forma de banda cuelga de la alcachofa de la ducha.

Parece sacado de una telenovela. Cuando el calor del agua llena la habitación de vapor, nos metemos bajo los chorros y todo cambia.

CESARE

No sé dónde acaba su cuerpo y empieza el mío. Cuando sale el jabón, todo es libertad para tocarse, frotarse y gemir. Todo está húmedo y burbujeante; es un sueño hecho realidad.

Con su culo apretado contra mi frente, le toco los pechos. Aprieta la cabeza contra mi pecho y sus párpados se cierran mientras masajeo cada parte de ella que puedo tocar. Llevo años esperando este momento. Soñé con él cuando estaba casada con Peter. Fantaseé con él cuando volvió a estar soltera. Pero nada se acerca a vivirlo.

Las puntas de su pelo se pegan mientras se apoya en mí. Hago rodar un pezón entre el pulgar y el índice y observo cómo la piel se eriza bajo mi contacto. Sus dientes salen para rozarle el labio inferior y utilizo su lenguaje corporal para guiar mis manos. Una de ellas se desliza por la parte delantera de su cuerpo hasta que noto un mechón húmedo y escaso de rizos en su montículo.

La mano de Kessa cubre la mía por un momento, y mis dedos descienden hasta acariciar su raja. El espacio entre sus piernas es cálido, y permito que mis dedos acaricien la seda de su núcleo. Sus gemidos son suaves como maullidos de gatito, así que aumento mi fervor.

Muevo la mano de un pecho al otro y aprieto su pezón entre los dedos. Al mismo tiempo, arrastro la mano entre sus piernas, posándome en su clítoris con un golpe del pulgar como si fuera un instrumento. El dolor de su pezón y el placer de su pequeño bulto sensible la hacen jadear. Aflojo los dedos unos instantes antes de volver a apretar, retorciéndole el pezón de un lado a otro hasta que su cuerpo baila contra mis caricias.

La frustración se apodera de ella, porque al cabo de unos instantes me agarra de la muñeca y aprieta más mi mano contra su clítoris. Con las caderas inclinadas, intenta conseguir la mayor fricción posible. Suelto su pezón para tener mejor acceso al resto de su cuerpo. El agua caliente me hace sudar ahora que estoy tocando a la mujer con la que he fantaseado toda mi vida adulta.

Verla correrse es un afrodisíaco infernal. Mis manos recorren su cuerpo durante unos minutos, frotando y tocando su piel húmeda y brillante. Hago círculos alrededor de su clítoris con los dedos, y ella balancea su cuerpo de un lado a otro en función de la fricción que necesita para correrse. Pero cuando lo consigue, levanta las manos contra las paredes para sujetarse y estalla sobre mis dedos. Echa la cabeza hacia atrás y me golpea el pecho, provocándome un dolor agudo en el hombro lesionado. Pero ahora mismo me da igual que me disparen otra vez. No podría dejar de tocarla aunque mi vida dependiera de ello.

Cuando deja de retorcerse y su cuerpo se desploma sobre el mío, la rodeo con los brazos y me

limito a sostenerla bajo los chorros del agua mientras se recupera. Pero nada dura para siempre, ni siquiera nuestra agua caliente. Al cabo de un rato, las gotas se vuelven tibias y empiezan a enfriarse. Kessa se adelanta para cerrar el grifo y pregunta si está bien después. Se le pone la piel de gallina en los brazos y le prometo que no pasa nada.

Hay suficiente vapor de nuestra ducha que el cuarto de baño es nebuloso cuando salimos. Le paso una toalla y ella se envuelve como un burrito. Me mira desde unos metros mientras me seco cada centímetro de mi cuerpo. Si fuera cualquier otra persona, le preguntaría lascivamente si le gusta lo que ve. Pero es mi mejor amiga. Así que dejo la toalla en el suelo y me acerco a ella. "¿Cómo te sientes?"

Francesca me mira con cara de culpabilidad. "¿Puedo confesarte algo?"

Podría decirme que ha matado a un hombre y yo no la miraría de otro modo. En todo caso, le preguntaría si necesita ayuda para enterrar el cuerpo. "Puedes admitirme cualquier cosa, Kes. Ya lo sabes".

Sus mechones rojos están apretados contra su pecho en un estado de desorden. Sus ojos verdes parecen desorbitados y su piel se ruboriza cuando me pregunta si quiero follármela.

"Es una pregunta difícil. No porque no quiera", le digo con sinceridad, "sino porque no quiero que eso sea todo lo que hay entre nosotros, Kes. Quiero acostarme contigo, hacerte el amor y follarte hasta la saciedad. Pero también quiero que después bajemos a cenar y hablemos de lo que ha pasado hoy o de lo que vamos a hacer mañana. Quiero ser algo más que el tío que te excita. Quiero ser tu compañero, Kessa. Quiero estar a tu lado cuando salgamos de esta habitación, no sólo el tipo que te folló y te dejó ir".

Francesca deja caer su toalla. "No sé lo que quiero todavía, Cesare, pero sé que ahora mismo, sólo quiero estar cerca de ti. Quiero estar cerca de la única persona que siempre ha estado a mi lado".

La puerta a una relación no se me ha cerrado en las narices, pero tampoco está abierta. Hay una rendija que me permite atisbar nuestro futuro. Tal vez funcione, tal vez no, pero nunca lo sabré si no le doy lo que quiere ahora. Está intentando ahogar sus miedos con familiaridad, y no se lo voy a quitar.

Agarro a Kessa por la cintura y la subo a la encimera del baño. "Dime lo que quieres y lo haré realidad", le prometo. "Hoy, mañana y todos los días del resto de nuestras vidas".

Me pasa los brazos por los hombros y me rodea el cuello mientras me coloco entre sus muslos. Agarro mi erección y acaricio su entrada durante unos segundos, esperando a que me detenga. Cuando no lo hace, cuando lo único que ocurre es que sus labios se encuentran con los míos y me roza la piel con los dientes, aprieto contra ella.

La última vez que ocurrió, estábamos en la universidad. Fue la única vez que estuvimos juntos. Recuerdo algunos detalles, pero se han desvanecido con el tiempo y con la invención del alcohol. Pero este momento manchará mis recuerdos para siempre. La sensación de su coño envolviendo fuertemente mi miembro es algo que nunca olvidaré. Y sus labios retorciéndose contra los míos mientras enreda sus piernas alrededor de mi cintura quedarán grabados en mi cerebro para siempre.

Kessa se mueve con mi cuerpo. Su culo está en el borde del fregadero y ella se aferra a mí para salvar su vida. Me balanceo en ella y sus uñas rastrillo contra mi espalda. Es rápido, es apasionado, y nos une.

No importa que me corra dentro de ella y que el semen gotee por el lavabo. No importa que me muerda el hombro para no gritar, dejando la huella oscura de sus dientes en mi piel. Lo que importa es cómo deja caer la cabeza sobre mi pecho cuando acabamos y cómo se aferra a mí cuando intento sacarla.

"No", susurra, "quédate aquí unos minutos más".

La abrazo como si soltarla significara morir. Porque temo que así sea. Me aterroriza pensar que en cuanto la suelte, volveremos a ser lo que éramos.

Pero por ahora, con mi polla dentro de ella y sus pechos desnudos apretados contra mí, puedo fingir que tenemos el resto de nuestras vidas por delante. Lo que ocurra cuando la suelte será un problema para el futuro Cesare.

CESARE

Ella me ama.

Ella me ama, no.

Ella me ama.

Ella me ama, no.

Me quiere.

Una pequeña mano se extiende para aplastar la flor que sostengo. Cuando levanto la vista, veo la cara sonriente de Gabriel. "Fow", dice con confianza.

"Flor", le digo con la cabeza.

Me arrebata la margarita a medio arrancar de la mano y sale corriendo a buscar a su madre. Calíope está sentada junto a la piscina con una mano exhausta sobre el estómago. Está embarazada de nuevo y, aunque apenas se le nota, Raniero dice que este embarazo es más duro para ella que el primero.

Mi hermano mayor tiene un don con las mujeres. Si no fuera así, sospecho que no habría podido quedarse con Calíope después de secuestrarla y dejarla embarazada contra su voluntad. La buena apariencia sólo te lleva hasta cierto punto. Al final, debes demostrar que eres carismático, encantador y que vales el tiempo de una mujer.

"Siento haber tardado tanto", se disculpa Raniero cuando sale de la casa. "Hubo un incidente con el hijo de Grace". Su cocinera y ama de llaves, o algo así. No conozco muy bien a Grace. "Supongo que el mayor pensó que sería divertido atracar una tienda de golosinas con una pistola falsa. Me llamó asustada esta mañana y tuve que ponerme en contacto con el jefe Jackson". Sacude la cabeza mientras toma asiento frente a mí. "Odio hablar con mi suegro".

La vida de Raniero está llena de incidentes. Anoche quise quedar con él, pero estaba ocupado ocupándose de una aventura con Nicholas Calvino. Nunca entenderé cómo tiene tiempo para dirigir un imperio, una familia y seguir siendo el mejor hermano mayor que un hombre puede pedir. Apenas tengo tiempo para pensar.

"Si necesitas atender algo", empiezo a decir, pero me hace un gesto con la mano.

"Lo tengo todo bajo control. Voy a sacar al chico del reformatorio y a sellar su expediente, pero

tendrá que cumplir un montón de horas de servicio comunitario y este verano tendrá que trabajar aquí, en la casa. Soy todo tuyo, Cesare". Ha hecho más antes del almuerzo de lo que yo haré en todo el día. "Derrama, chico. ¿Qué necesitas?"

Mi hermano vigila a Gabe, que corretea por el patio como un cachorro sin correa. Mientras Calliope se sienta junto a la piscina con un libro en la mano, nunca la veo vigilar a su hijo. Está segura de que Raniero controla las cosas. La confianza que tiene en su marido es conmovedora.

"Necesito un consejo sobre Kessa. Creo que metí la pata". La ceja levantada de Raniero me pide que me explaye. Intento explicar todo lo que ha pasado, pero cada tangente trae una nueva historia que había olvidado. Mi saga con Francesca Scot se ha desarrollado a lo largo de dieciocho años, y cada vez que creo que estoy a punto de terminar, hay un nuevo giro. Me siento agotada cuando termino de contar nuestra historia, y todavía no estoy ni cerca del final.

En honor a Raniero, nunca me para para preguntarme en qué coño estabas pensando. Ojalá lo hubiera hecho, porque es una pregunta válida. Pasé buena parte de mi vida tratando de asegurarme de que la única persona que Francesca tuviera fuera yo. He sido la persona en la que ha confiado para hablar de chicas y a la que ha recurrido en una crisis. Pero para hacer eso, hice algunas cosas realmente atroces. No me arrepiento de nada; sólo quiero saber en qué coño estaba pensando cuando decidí arruinarle la vida para que pudiéramos estar juntos para siempre.

Pero cuando termino, Raniero deja de asentir para mostrar que está escuchando, y una mirada pensativa aparece en su rostro. La historia llega a su fin y él se queda pensativo. Observo cómo golpea la mesa con los dedos mientras piensa en lo que va a decir. Diría que mi hermano mayor es un libro abierto, pero creo que son los treinta y dos años que llevamos siendo hermanos los que me permiten comprender quién es en el fondo.

"Para empezar, hablaré con Mateo y conseguiré que se desinvolucre. Nunca debió involucrarse en primer lugar, independientemente de si te ayudó o no". Raniero pone los ojos en blanco con disgusto. "Sólo porque se entrometió en la vida de Bambi hasta que ella estaba demasiado débil para rechazarlo no significa que tenga que entrometerse en la de Francesca".

No soy estúpida; Mateo y yo tenemos patrones similares. Ambos nos enamoramos con fuerza y cuando el destino intentó separarnos, dijimos que no. Estábamos dispuestos a hacer lo que fuera por el felices para siempre que creíamos merecer. Pero todo lo que Mateo hizo por mí fue enturbiar las aguas. No sé si Francesca quiere estar conmigo porque me ama o porque tiene miedo y cree que soy el único que puede salvarla. Quiero las dos cosas, si te soy sincero.

"En segundo lugar, no estoy diciendo que te sinceres, pero creo que deberías intentar un poco de honestidad a partir de ahora. Has sido amigo de Kessa desde la secundaria. Creo que vuestra amistad debería poder soportar algo de sinceridad". Los ojos de Raniero siguen a Gabriel mientras corre hacia nosotros con una flor idéntica a la margarita que me robó.

"Fowr", exclama mientras me entrega la margarita. Tiene una mirada muy seria.

"Creo que tienes que cogerla", sonríe Raniero.

Le doy las gracias a Gabriel por la flor y retuerzo el tallo entre el índice y el pulgar. "Me ha quitado la flor antes", le explico.

Mi hermano asiente con la cabeza. "Ya me lo imaginaba. Siempre devuelve las cosas, pero no

siempre en las mejores condiciones".

Esta flor tiene menos pétalos que la que me quitó. De hecho, sólo tiene uno.

Ella me ama.

No necesito arrancar el último pétalo blanco para saber que el juego de la infancia está completo. Aunque esta flor no puede decirme si Francesca me quiere o no, decido confiar en ella. Y no sólo porque Raniero me dice que sea sincero con Kessa. Sino porque creo que estoy cansado de juegos, los de la infancia y los de los adultos.

FRANCESCA

Cesare irrumpe por la puerta principal como si fuera un policía. Se me cae el libro de las manos y resuena por toda la casa al chocar con la baldosa de la cocina. "Por Dios, Cesare", le digo, "¿qué demonios te pasa?". Mi pulso galopa a 110 latidos por minuto, según mi Fitbit. Hoy no estoy preparada para sufrir un infarto, y Cesare tiene que calmarse antes de provocármelo.

Tiene la boca abierta, listo para decir algo, hasta que ve todo el papeleo esparcido por el mostrador. "Espera. ¿Qué es todo esto?" Empieza a mirar los documentos y a fruncir el ceño, intentando leer los titulares y asimilarlo todo.

"Voy a vender la casa, Cesare. Ya es hora". Era el momento hace cuatro años cuando Peter murió. Cada habitación era un recuerdo de nuestra relación. Las paredes tenían nuestras fotos; las sábanas, nuestros recuerdos. No sé por qué me he aferrado a ellos durante tanto tiempo. Peter habría entendido si, después de un año o dos, hubiera seguido adelante. Nunca habría querido que le llorara para siempre. Entonces, ¿por qué elegí hacer eso?

Cesare sigue rebuscando entre los papeles. Tengo un contrato de una agente inmobiliaria que dice que va a vender mi casa y otro contrato que dice que trabajaremos juntos durante los próximos sesenta días mientras ella intenta encontrar una casa para mí. Tengo el papeleo de la venta de mi casa, acuerdos de divulgación y comparativas del vecindario. Tengo impresiones de lugares que mi agente cree que me gustarán. "¿Te vas a mudar a Junction City?". Me mira. "¿Vas a dejar Bluemont?"

Han pasado un par de semanas desde que Cesare y yo nos enrollamos en su cuarto de baño. Hemos vivido una extraña vida desde entonces. Me trata con el mayor respeto, pero puedo decir que está esperando algo. Quiere que me enamore de él o que le diga que no quiero volver a verle. No estoy segura de qué espera más, pero sé que Cesare quiere una respuesta. Dice que es paciente, pero nadie lo es para siempre.

"No, al menos ahora no. Supongo que depende de cómo vayan las cosas con el chantajista". No hemos recibido ni una sola nota desde que llegué a casa aquel día y me derrumbé en su regazo, pero sé que el tipo sigue ahí fuera. Probablemente me esté vigilando y esperando a que haga algo que desapruebe para arruinarme la vida.

Cesare arruga el papel bajo su mano mientras cierra el puño a su alrededor. La casa de Junction City desaparece en una bola blanca mientras intenta contener su ira. "Ya te he dicho que mis hermanos y yo estamos trabajando en ello. Si estás huyendo de ese tipo", empieza a suplicar.

Rápidamente niego con la cabeza. "No lo hago", juro. "Al menos, no de verdad. No sé lo que estoy haciendo, Cesare. Sólo sé que necesito vender la casa y mudarme".

Su cara es decidida cuando dice que puedo mudarme aquí. Cuando le digo que no hay espacio suficiente, dice que se deshará de cosas. "Si necesitas que venda mi sofá, lo haré. Si quieres mi dormitorio, puedes quedártelo. De todas formas, me gusta más la ventana de la habitación de invitados de abajo", admite Cesare con una sonrisa.

Me duele el estómago cuanto más lo miro. "No es tan sencillo. No quiero echarte de tu casa, Cesare. Es tu casa".

"Es nuestra casa", corrige frunciendo el ceño. "Llevas semanas aquí. Me curaste".

"Estuviste bien". Podría haber vivido solo y estar bien. Sólo quería hacer lo correcto. "Ya no me necesitas. Te han quitado el cabestrillo y estás haciendo fisioterapia. Volverás a la normalidad enseguida. Además, en algún momento vas a querer tener citas o casarte o algo así, y tener a una mujer en tu casa va a ser un problema".

Siento que contengo la respiración mientras espero su respuesta. No quiero despedirme de mi mejor amigo, pero estoy siendo sincera con él y conmigo misma. Estamos mejor como amigos. No porque me hiciera daño una vez, sino porque utilicé esa única vez para castigarle durante casi dos décadas. Soy una mala persona.

"Eso es una mierda." Cesare tira el papel arrugado por encima del hombro. "Estás huyendo de mí, Kes".

"No, eso no es..." Cesare arroja todos los papeles de la encimera de la cocina y vuelan por el aire como si recogieran cincuenta y dos naipes. "No me mientas. ¿No es eso lo que siempre nos hemos prometido? ¿Ser sinceros?"

Sé de al menos tres ocasiones diferentes en las que me ha mentido en el último año. No fueron grandes cosas en las que mintiera, pero el punto es que nunca hemos sido 100% honestos el uno con el otro. Ni siquiera le hablé de Eric hasta que el chantajista amenazó con delatarme. "Estoy siendo sincera, Cesare". Cruzo los brazos sobre el pecho, frustrada, y él se ríe de mí.

"Sí, vale", resopla. "Entonces, ¿por qué te mudas? Y no digas que es porque voy a tener otra mujer aquí en cuanto te vayas, porque eso es una gilipollez".

Generalmente, cuando Cesare se enoja, no es conmigo. No hemos tenido una pelea a gritos desde que teníamos veinte años. Pero hoy, levanta la voz como si eso fuera a hacerme cambiar de opinión. "Ni siquiera importa por qué me mudo, Cesare. Me mudo. Eso es todo lo que tienes que saber. No pago alquiler. No tengo contrato de alquiler. Puedo irme cuando quiera".

Cesare cruza la cocina hacia mí y, si fuera cualquier otra persona, tendría miedo. Pero es mi mejor amigo y nunca me ha levantado la mano. "No, no puedes", dice finalmente. "Te quedas y ya está".

"No, no me quedo. Deja de comportarte como un bebé. Me mudo y punto". Empiezo a recoger los papeles que ha esparcido por la cocina, pero antes de alejarme un metro, Cesare me coge del brazo y tira de mí hacia él. Me golpeo contra su pecho y me sujeta como si tuviera miedo de soltarme.

"Escúchame, Francesca Scot, no te vas porque te quiero, joder. Te quiero desde el día en que nos conocimos. Te he dado espacio y me he disculpado por la mierda que hice cuando era niña, pero ahora somos adultos". Reclama mis labios en un beso áspero y furioso. "Lo que pasó entre nosotros hace un par de semanas fue sólo el principio de lo que va a seguir pasando. Me necesitabas, Kes. Siempre me has necesitado. Y yo estoy harta de fingir que no te necesito también".

La mitad de mi corazón quiere protegerse. Me grita que me aleje de él y corra, sin mirar atrás. La otra mitad dice que esto es lo que me he pasado la vida esperando. El tipo de amor que trasciende la mierda mala que nos hemos hecho el uno al otro. El tipo de amor que sobrevive a través de otras parejas y circunstancias locas. Ya no sé qué parte de mi corazón creer.

"No seas loco, Cesare." Pero las palabras suenan débiles a mis oídos. "No somos el uno para el otro. Somos personas diferentes. Tú tienes tu familia y yo tengo mi trabajo. No puedo ser directora de un colegio y la mujer de un, bueno", bajo la voz, "un mafioso".

Se burla con disgusto, pero no me suelta. "¿Qué clase de cosas malas crees que he hecho, Kes? Dímelo".

Sé lo que hizo su hermano. Estuve con Cesare en el juicio por Mateo. Mateo Valenti, un tipo cuya propia prometida lo entregó a la policía. Claro, no fue acusado de matar a un hombre, pero Bambi Schelling dijo que lo vio suceder. Sin cuerpo, no hay crimen. Sé que Mateo probablemente lo hizo, e hizo que sus hermanos lo ayudaran a esconder la evidencia. No sería tan descabellado creer que Cesare estaba involucrado de alguna manera.

"Sí, no tienes nada", añade Cesare después de unos segundos. "Porque nunca he hecho nada para hacerte daño a ti ni a nadie. He protegido a la gente que quiero, Kes. No siempre ha significado tomar la decisión fácil, pero lo he hecho cueste lo que cueste. Dejé que te casaras con el puto Peter Anderson porque eso evitó que te rompieran el corazón. Sabía que merecías mucho más, y dejé que pasara porque eras feliz. Mi propio corazón se rompió el día que le dijiste sí quiero".

Cesare hace una pausa en su discurso para besarme de nuevo y esta vez me cuesta apartarlo. Sus labios son más tiernos que antes y el beso me toca más profundamente. "Estoy harto de rechazar mi propia felicidad, Kessa. Te quiero y quiero pasar el resto de mi vida contigo".

De repente, la intención de su carrera hacia la casa se hace evidente. Cesare se arrodilla y saca una cajita negra del bolsillo. "Iba a hacer esto cuando aparecí, pero entonces empezamos a pelearnos. Y cuando digas que sí, te pondré este anillo en el dedo y podremos seguir peleando todo el tiempo que quieras. Pero Francesca Scot, he sabido durante años que me iba a casar contigo algún día. No puedes decirme que no has imaginado un futuro conmigo. Somos perfectos el uno para el otro. Eres todo lo que yo no soy y no hay otra mujer con la que quiera volver a estar".

Odio que se me llenen los ojos de lágrimas. No autoricé que mis emociones se desbordaran. "Cesare, estás actuando por impulso porque llevo semanas aquí".

"No", se mantiene firme, "estoy haciendo lo que debería haber hecho hace años. Cuando Peter y tú empezasteis a salir, debería haber hecho esto. Debería haberte parado y haberte dicho que estaba tan total y locamente enamorada de ti que nunca sobreviviría si te casabas con él. Pero me las arreglé para sobrevivir a tu boda y a tu matrimonio. Ahora vuelves a ser libre, Kessa, y es

hora de que por fin pueda hacerte la única pregunta que he querido hacerte desde el instituto".

El corazón se me sube a la garganta cuando abre la caja y descubre un anillo de compromiso de diamantes. Siento que tiemblo cuando me coge la mano y desliza el anillo en mi dedo izquierdo. "Francesca Scot, ¿quieres casarte conmigo?

Si digo que no, nuestra amistad quedará dañada sin remedio. ¿Qué otras opciones tengo?

EPÍLOGO

Cesare - 4 meses después

Le mentí a Francesca: he hecho cosas para herirla. Soy la razón por la que su marido está muerto. Soy la razón por la que fue amenazada en el supermercado. Soy la razón por la que ninguna de sus relaciones funcionó. Soy la razón por la que se está volviendo loca ahora mismo.

"El vestido no me queda. Cesare," me llama desde el armario, "¡la boda es el próximo fin de semana, y mi vestido no me queda!" No me deja entrar a verla. Cuando decidió probarse el vestido esta mañana, metió un zapato por debajo de la puerta para que no pudiera abrirla y atraparla. Kessa dijo que daba mala suerte ver a una novia con su vestido de novia. "¡Tienes que llamar a Sylvia ahora mismo!"

Me paro al otro lado de su vestidor con una sonrisa en la cara. Nunca pensé que llegaría este día. Fantaseaba con ello e imaginaba lo que pasaría cuando llegara, pero nunca pensé que llegaría de verdad. Nunca pensé que tendría el valor de pedirle que se casara conmigo. "Estoy marcando ahora mismo. ¿Puedo ofrecerte algo?"

Esta vez oigo su voz más cerca de la puerta. "Sí, una Máquina del Tiempo para poder volver atrás y dejar de comer tanto el último mes porque ahora no me cabe el vestido de novia". Su tono es agotado y lloroso.

"Kes, por favor, quítate el vestido y déjame entrar. Puedo hacer que te sientas mejor". Cojo el teléfono del bolsillo y empiezo a buscar la información de contacto de Sylvia. Vuelvo a mentir: No voy a marcar el número de su hermana todavía.

"No", gime Kessa al otro lado de la puerta del armario. "Sólo quieres acostarte conmigo. Eso no me hará sentir mejor".

Dios me libre de querer acostarme con mi prometido, pero no lo digo. "No suenas muy molesta cuando tenemos sexo, Kes. Tal vez el alivio del estrés es exactamente lo que necesitas".

Kessa deja caer la cabeza contra la puerta del armario con un ruido sordo. "Lo que necesito es un vestido más grande, Cesare. Necesito que Sylvia venga a soltarlo para poder comer de aquí a la boda".

Me encorvo hasta quedar en el suelo. "Kessa, te quiero. Te voy a querer lleves un vestido blanco

o unos vaqueros y una camiseta a nuestra boda. Somos más fuertes que un par de kilos en el lugar equivocado, cariño".

El silencio es lo único que sigue. Oigo su respiración, pero no está hiperventilando. Es una buena señal.

"Es algo más que el vestido", admite al cabo de unos minutos. Le doy un poco de espacio y le permito que termine su hilo de pensamientos a su antojo. "Cesare, estoy embarazada. Estoy embarazada y tengo miedo de perder al bebé".

Estoy llena de emociones. No sé si dar saltos de alegría o llamar al médico para que venga a casa. Intento mantener la calma, pero temo que mi voz no transmita esa emoción. "No pasa nada, Kes. Pase lo que pase, tú y yo estamos juntos en esto. Abre la puerta y deja que te abrace, cariño".

"Verás el vestido", gimotea.

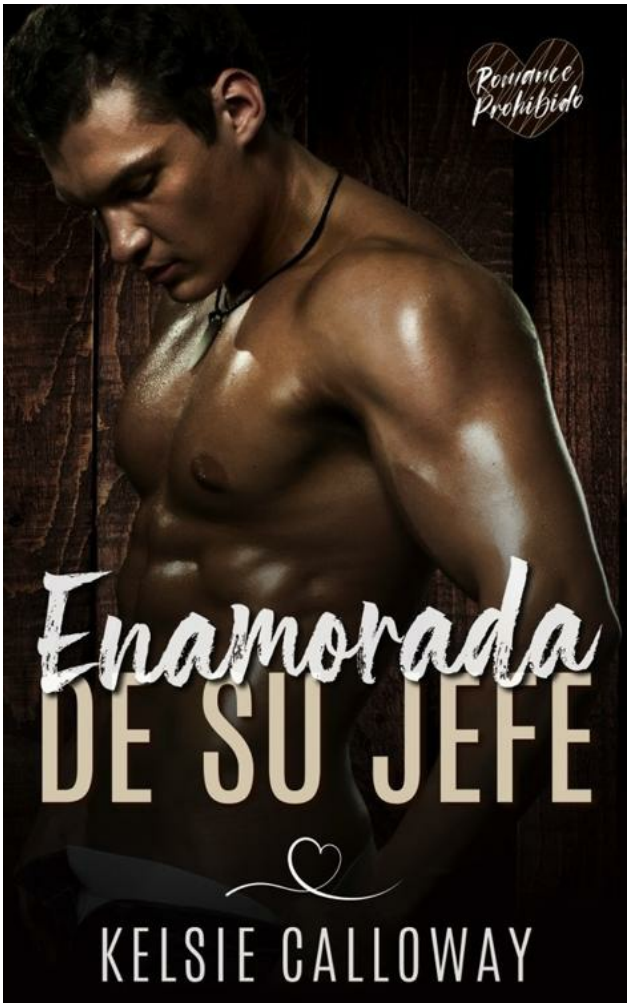
A la mierda el vestido, pero tampoco puedo decirlo en voz alta. "Me pondré una venda si quieres. Me sacaré los ojos. Haré lo que quieras; sólo déjame abrazarte, Kessa. Sé que esto no estaba en nuestros planes, y que ya has luchado antes con un aborto espontáneo, pero estoy contigo sin importar el resultado, cariño. Estamos juntos en esto".

Kessa se queda callada unos instantes más antes de que la oiga sacar el zapato de debajo de la puerta. Se oye un crujido en su lado de la puerta y luego el pomo gira. Está sentada en el suelo, hecha un ovillo de tul, con los pechos fuera del vestido porque la cremallera de la espalda no se cierra. "Tengo miedo", susurra.

Me arrastro por la alfombra para abrazarla. "Lo sé, cariño. Podemos tener miedo juntos". Lo primero que voy a hacer cuando salgamos de este piso es llamar al médico. Vamos a afrontar esto sabiendo cuál es la mejor manera de manejar el embarazo y cualquier secuela. Antes no sabía lo que le pasaba, pero ahora sí. Y Kessa y yo no tendremos el mismo final que ella y Peter. Esto no será lo que nos rompa.

He amado a Kessa durante dieciocho años. Contra viento y marea, la amaré los próximos dieciocho. Y cada dieciocho años que tengamos juntos más allá de eso. Le he hecho cosas indecibles a esta mujer en nombre del amor y pasaré el resto de mi vida compensándola.

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

https://amazon.com/author/kelsiecalloway